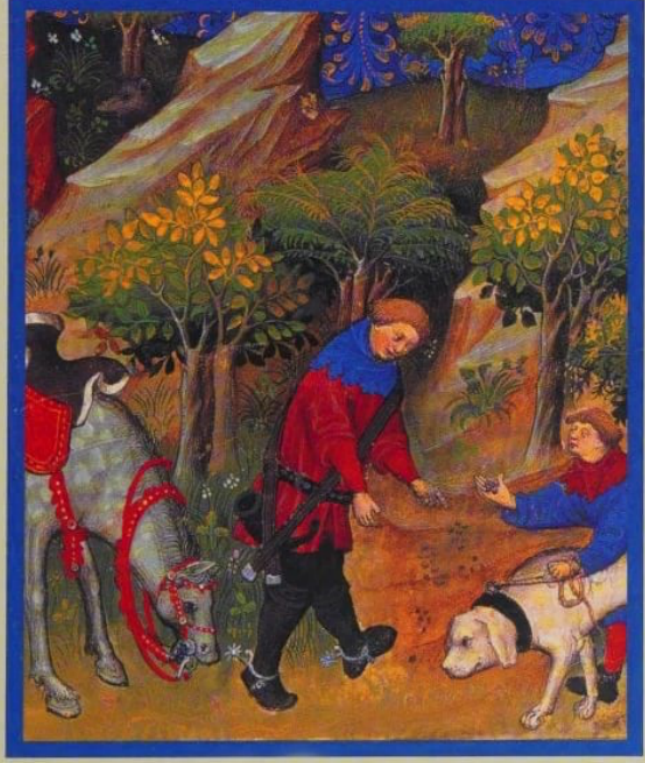
CUENTOS LATINOS DE LA EDAD MEDIA



El ejemplo medieval, antecedente directo del cuento moderno, es una forma literaria cultivada durante toda la Edad Media que incluye relatos históricos, leyendas, fábulas y milagros. Dado su carácter folklórico y popular, constituye un excelente medio para conocer la mentalidad del hombre medieval. El presente volumen ofrece una antología de los más importantes cuentistas y colecciones del período, así como los relatos más difundidos a lo largo de la Edad Media.

AA. VV.

Cuentos latinos de la Edad Media

ePub r1.0
Titivillus 02.08.2023

Título original: *Cuentos latinos de la Edad Media*
AA. VV., 2006
Diseño de cubierta: Manuel Janeiro
Ilustración de cubierta: Miniatura del *Livre de chasse* de Gaston Fébus (1405-1410)
Edición: Hugo O. Bizzarri

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Cuentos latinos de la Edad Media

Introducción
1. El ejemplo medieval
2. Tipos de ejemplos y fuentes
3. La tradición ejemplar: del exemplum a la novella
4. Ejemplo latino y cuentística vernácula
5. Vida cotidiana y religiosidad popular
6. El didactismo
7. Criterios de esta antología
Cronología
Bibliografía

Libro de fábulas de Esopo
Epístola de Rómulo
Epístola de Esopo
La gallina y la perla
El lobo y el cordero
La rana y el ratón
El perro con el trozo de carne
La partición de la presa
La boda del sol
La culebra desagradecida
El ratón de campo y el ratón de ciudad
El cuervo con el trozo de queso en la boca
El calvo y el jardinero
Prólogo al libro II
Júpiter y las ranas
La montaña parturienta
La perdiz y la zorra
La rana inflada
El león agradecido
El león y el caballo inteligente
La viuda de Éfeso

La meretriz y el joven
Esopo y el hijo salvaje
El perro y el lobo
El mono en la corte del león
Juno y el pavo real
De dos hombres, uno honesto y otro falso
El león y el hombre
La hormiga y la cigarra
La estatua de Esopo

Disciplina clericalis
El medio amigo
El amigo entero
El hombre y la serpiente
El rústico y la avecilla
El ladrón y el rayo de luna

Los ocho libros de milagros
Del sacramento del cuerpo del Señor, cuya mitad fue convertida en carne cerca de San Trond
De una abadesa entregada al adulterio que voluntariamente se retiró del pecado y no permitió que un soldado cometiera adulterio
Cómo fue demostrado a un maestro que antes podía desviar todas las aguas del Sena que explicar por comparación el sacramento de la Trinidad
Es ejemplo del arzobispo servidor de la beata Virgen María, etc._
De un filósofo, a quien la Virgen María le restituyó la mano amputada

Ejemplos extraídos de sus sermones vulgares
El rústico y la avecilla
El castigo del maestro
El sudario del agonizante
El ermitaño tentado por la blasfemia
El testamento del soldado
Carlomagno prueba a sus hijos
Ejemplo del unicornio
La partición de la presa

San Martín y los viajeros precipitados
El hombre y la mosca
El sacerdote codicioso
San Bernardo rechaza a una mujer lujuriosa
La mujer que contradecía a su marido
La viuda de Éfeso
La mujer que pecó con su propio hijo
El escándalo salvado por el auxilio de la Virgen María
La elección de una vida ejemplar

Fábulas
Del modo en que los árboles eligieron rey
De cómo los polluelos eligieron rey
Del abad, la comida y los monjes
De cierta ave de San Martín
Del hijo del sapo y sus sandalias
Del joven y la vieja
Del gato que se hizo monje
Del ratón doméstico y del silvestre o campestre
De la zorra y el lobo y el cubo del pozo
Del león, el lobo, la zorra y los cazadores
De un hombre que encomendó doce ovejas a su compadre, el lobo
Del zorro que confiaba sus pecados al gallo
De Gualterio, deseoso de hallar un lugar donde siempre goce
De los dos aliados, uno honesto y otro mentiroso
Del soldado cazador y del león que invitaba a las bestias
De los ardides del zorro y el gato
De la disputa de la oveja blanca, la oveja negra, el asno y el cabrón
De la rana inflada
De un ateniense

Parábolas
De un religioso y de un secular que lo servía
De Sócrates y el peso del oro
Del hortelano, Satanás y el médico
De un hombre resucitado por las lágrimas del sacerdote
De la serpiente colocada en el pecho
De un pintor y el Diablo

Del rey de Grecia y su hermano
Del anciano a quien el ángel le mostró el juicio de Dios
De un sacerdote cerdeño y uno sarraceno
De una santa religiosa
De dos efesios y Juan Apóstol

Tabla de ejemplos, según el orden alfabético
Los clérigos y la perrilla
La prueba de la esposa

Hechos de los romanos
Sobre la fidelidad continua
Del juramento cumplido
De la vida de San Alexis, hijo del emperador Eufemiano
Del inexcusable engaño de las viejas
El curso de la vida humana
Del veneno del pecado con el cual cada día somos alimentados
De que todas las cosas siempre deben ser hechas con consejo y providencia
Sobre la concordia
Sobre la gran soberbia y de qué modo los soberbios frecuentemente llegan a gran humildad
Sobre el recuerdo de los favores
Del llamado maravilloso de los errantes y de la pía consolación de los afligidos
De la prueba de la verdadera amistad
De Antíoco que conoció a su hija carnalmente y tanto la amó que nadie la podía tener por esposa si no resolvía un enigma propuesto para ello

Directorio de la vida humana o parábolas de los sabios antiguos
De la embajada de Berozías a la India
El religioso robado
Las dos cabras y la zorra
La alcahueta y el amante
La mujer de la nariz amputada
El león y la liebre
El camello que se ofreció al león
La rata transformada en niña
El asno sin corazón y sin orejas

Del ermitaño, y es de aquel que es activo en sus negocios sin mirar el fin ni lo que le viene por ello, lo que es de prevenir en grado sumo
Del rey y del ave, y es de los aliados que se enemistan mutuamente y de qué modo deben guardarse mutuamente
De la paloma, el pájaro y la zorra, y es del hombre que da a otros consejo, y a sí no puede dar ninguno

Escalera del Cielo
El sacerdote glotón curado por la abstinencia
Alejandro soporta la sed
El dragón voraz vencido gracias al ayuno
la viña llena de malas hierbas
Las cuatro reglas de la vida
El cuervo con el trozo de queso en la boca
Los dos hombres, uno honesto y otro falso
El adulterio probado por milagro
La conversión del Papa
De la amistad ejemplar de Damián y Fisíaco
Amelio y Amico
Ejemplo de los dos amigos
Ejemplo del medio amigo
San Basilio libera a un hombre
El rey por un año
La desgracia de la casta hija del conde de Poitou
De la hija del emperador de Constantinopla y el mercader tolosano
La mujer castigada por haber callado un pecado durante la confesión
El mercader de Burdeos y la joven hija de Alejandría
Un hombre prueba en su madre la perversión de las mujeres
De los tres hijos que buscaban el agua de la juventud para su padre enfermo
La abadesa encinta
El sacerdote devoto y la flor
La Virgen, el diácono y el demonio con el pergamino
La casulla de san Ildefonso
El sacerdote devoto
Del pacto con el diablo
Las cinco preguntas del rey

Historia del caballero Plácido
La leyenda de Udo de Magdeburgo
La leyenda de Roberto el Diablo
El niño que comprendía el lenguaje de los pájaros

Notas

INTRODUCCIÓN

1. EL EJEMPLO MEDIEVAL

El ejemplo medieval pertenece al ámbito de las formas narrativas y se entrelaza con diversas manifestaciones folklóricas, tales como el cuento popular, los relatos de aparecidos, los milagros y aun los refranes. De todos tiene algo y de todos se distingue. El ejemplo medieval puede ser, por cierto, el relato de un hecho milagroso, basarse en una narración popular o aun tener su origen en un refrán y guardar estrechos vínculos con él. Sin embargo, designamos y distinguimos con esta locución una forma literaria precisa que se desarrolló en la Edad Media.

Definiciones de qué cosa sea un ejemplo abundan y no pretendo dar aquí una nueva, pues creo que es más útil una caracterización de la especie. La definición más antigua la presenta Quintiliano en su *Institutio oratoria* (Lib. V, 11):

> Muy influyente, pues, es entre estos que son de este género que propiamente llamamos ejemplo, esto es, las hazañas o como hazaña útil para la persuasión de lo que intentas, la conmemoración [1].

Quintiliano se basa en el «ejemplo antiguo», es decir, en un tipo de relato que recrea los «dichos y hechos» de personajes heroicos utilizado en el discurso forense. De ahí su carácter persuasivo y

conmemoratorio. Esta definición pasó a las retóricas de la Edad Media, entre ellas la *Rhetorica ad Herennium* (§ 49), que seguía basando la definición en el «ejemplo antiguo», aunque el género en la Edad Media hubiese ya evolucionado:

> Ejemplo es la exposición de algún hecho o dicho antiguo con el nombre cierto de autor [2].

Una de las definiciones modernas de esta especie la dio Th. F. Crane al señalar que la voz «exemplum» era utilizada por los escritores eclesiásticos con dos sentidos. El primero era el de «ejemplo» en un sentido general; el segundo, más restrictivo, cobraba la significación de historia ilustrativa, es decir, una historia que recreaba un discurso [3]. Pero Crane no se interesó por el ejemplo de forma teórica sino con vistas a editar los de Jacques de Vitry y, por tanto, no se explayó en su definición. Por ejemplo, nada dijo del tipo de discurso que ilustraba esta historia.

La definición canónica de la forma literaria «exemplum» se la debemos a J.-Th. Welter, quien sí dedicó una monografía en especial a los aspectos teóricos e históricos de este tipo de relatos. Welter señalaba:

> Por la palabra *exemplum* se entendía, en el sentido amplio del término, un relato o una historia, una fábula o una parábola, una moralidad o una descripción que podían servir de prueba a una exposición doctrinal, religiosa o moral [4].

La definición que ofrece Welter es lo suficientemente abarcadora como para comprender dentro del vocablo todo tipo de relatos, tanto los de carácter narrativo (la narración, la historia o la fábula) como los que no lo son (las descripciones, las parábolas o las moralidades). Todo, según su opinión, puede ser considerado ejemplo siempre que se cumpla la siguiente condición: que pueda servir de apoyo a una exposición doctrinal, religiosa o moral. Vale decir que el ejemplo no es un relato autónomo sino que está enfocado hacia un fin práctico, subsidiario, secundario, dentro de un contexto. De ahí que especificara que el ejemplo tiene tres partes esenciales: una narración, una descripción y una enseñanza moral o

religiosa con una aplicación de esta última al hombre. Entendido de este modo, la enseñanza moral o religiosa no es parte externa del relato medieval sino uno de sus miembros, tanto como la narración de un suceso o su descripción. Esto conlleva una nota constitutiva: el ejemplo medieval no se compone por el mero gusto de la narración. No estamos en presencia de narraciones cerradas en sí, sino ante narraciones que tienen un fin didáctico fundamental. El carácter didáctico del ejemplo medieval es innegable. Lo importante es que el que se produjese una evolución del relato ejemplar hizo que también hubiera una evolución de su ejemplaridad. Dejando este interesantísimo problema sobre el cual volveré más adelante, es necesario tener en cuenta que el ejemplo medieval no es una narración independiente en sí sino más bien un relato inserto dentro de un discurso con una aplicación directa al hombre. Esto hace que en estos pequeños relatos tengamos planteados los problemas morales, religiosos y humanos que preocupaban al hombre de la Edad Media y expuesto su punto de vista sobre el mundo. En el ejemplo encontramos desarrollada la cosmovisión del hombre medieval, su creencia en la presencia del milagro en el mundo, las acciones humanas premiadas o castigadas por Dios, la creencia en apariciones demoníacas y su fe más firme, las costumbres de los hombres simples y las leyendas locales. En definitiva, toda una parte del mundo medieval del cual el ejemplo da testimonio.

En el mismo sentido que la de Welter se orienta la definición que de esta especie dan Bremond - Le Goff - Schmitt, aunque intensificando la relación del ejemplo con el sermón:

> [...] el *exemplum* medieval, en el sentido que nosotros lo entendemos, no designa jamás a un hombre sino a un relato, una historia a tomar en su conjunto como un objeto, un instrumento de enseñanza y/o de edificación [5].

Para estos críticos, muchos son los elementos que hay que tener en cuenta en la definición de esta forma de relato: el propio carácter narrativo, su brevedad, la dependencia directa del discurso del cual forma parte, en especial del sermón, la finalidad que se perseguía con estos pequeños relatos, la persuasión del auditorio y la salvación del alma, la lección que con ellos se da, determinante

de su carácter didáctico, y la comunicación que hay entre el locutor y su público, ya que, como ellos lo hallan ubicado generalmente en el sermón, los relatos se presentan en discursos que hacen apelaciones constantes a su público. Finalmente, esbozan su definición formal:

> [...] una narración breve dada como verídica y destinada a ser inserta en un discurso (en general un sermón) para convencer a un auditorio para una lección saludable [6].

El corpus de obras que analizan tanto Welter como Bremond - Le Goff - Schmitt está constituido por relatos que se hallan en colecciones de sermones o que tuvieron una íntima vinculación con la predicación. De hecho, la definición que exponen está absolutamente influida y hasta limitada por este campo. Esto hace que en ella el fin moralizante sea patente, aunque hay que aclarar que puede darse de diferentes formas. Por ejemplo, Juan Manuel compone su *Conde Lucanor* como una forma de adoctrinar sobre las decisiones que debe tomar un gran señor. Chaucer y Boccaccio no intentan convencer a un auditorio, sin embargo, no está ausente en ellos la moralidad.

Partiendo de esta concepción, en otro trabajo Bremond ha ido más lejos al punto tal de negar carácter de género literario al ejemplo. En su concepto, esta forma de narración es un elemento más de retórica de la que se vale el predicador en su afán de persuadir a su auditorio [7]. Claro que también podemos hallar colecciones en las que se agrupan ejemplos aislados de su contexto, pero ellas tienen un mero uso instrumental y en muchas los predicadores incluyen moralizaciones, es decir, segmentos de discurso. Obsérvese que hasta en un autor como Juan Manuel es necesario el contexto. Con ese fin coloca a su *Conde Lucanor* un marco dialogado en el que presenta una problemática que es solucionada en el relato ejemplar. La quiebra de esta relación entre discurso y ejemplo y de esta subordinación del ejemplo al discurso marca una de las pautas del nacimiento de la *novella* [8].

Continuando en esta línea, Jean Yves Tilliette llegó a afirmar que un ejemplo no es un relato con el que se quiere persuadir a un

público sino más bien un modo de persuasión que toma la forma de relato [9].

Frederic C. Tubach hizo una necesaria distinción entre «proto-ejemplo» y «ejemplo» [10]. El primero es el esbozo de un relato que presenta las acciones narrativas delineadas de una forma simple y sus protagonistas son personajes que valen en cuanto arquetipos humanos. Serán, pues, narraciones simples, sin demasiada pretensión literaria, constituyendo, en definitiva, una suma de principios religiosos. El ejemplo también presenta personajes y situaciones generales para mostrarlos como arquetipos humanos, pero es algo más complejo. Es, en palabras suyas, un «espejo del mundo» en el cual el narrador trata de presentar personajes más concretos, individuales en su medida y con acciones más elaboradas que también los singularizan. En ambos casos, estamos en presencia de relatos breves, pero no por una limitación creativa sino por un principio de estética medieval, que veía en la *brevitas* un signo de elegancia y de concisión estilística.

Para que se vea con más claridad el paso del «proto-ejemplo» al «ejemplo» tomemos la *Vida de Segundo*. Se trata de un relato compuesto a la manera de los «hechos y dichos de filósofos» y, ciertamente, en la Edad Media se tomó a Segundo como un filósofo tan histórico como el mismísimo Aristóteles [11]. El relato ejemplar es rico en peripecias, poniendo de relieve, en el fondo, el heroísmo del sabio, quien hace peligrar su propia vida por mantenerse fiel a su promesa [12]. Este relato se divulgó en Occidente desde el siglo II d. C. con una biografía y una lista de treinta preguntas enigmáticas, cuyo listado naturalmente podía variar de versión en versión. Juan Gobi (núm. 19) retoma este relato, pero bajo la forma de un «proto-ejemplo», simplificando los elementos de la historia y suprimiendo el prontuario de preguntas. Es más, hasta transforma el relato eliminando un motivo tan básico como el del heroísmo del sabio [13].

De igual modo Gobi transforma en «proto-ejemplo» su relato núm. 24, «La casulla de San Ildefonso», que ya había recreado como un relato extenso y detallado Cesáreo de Heisterbach (ej. núm. 4), o la «Historia del caballero Plácido» (ej. núm. 29) que se narra extensamente en los *Hechos* (ej. núm. 11). La forma de proceder de Juan Gobi es la característica de los predicadores: no ve en el

ejemplo un instrumento de realización estética, sino un medio de persuasión, de ahí que frecuentemente opte por el «proto-ejemplo» más que por el ejemplo.

El ejemplo, pues, se nos presenta como un tipo particular de relato, que no puede ser definido por sus características formales, ya que, como se vio, absorbió otras formas de narración, tales como la fábula, el milagro, las hagiografías, las vidas ejemplares y un largo etcétera. Si una pequeña fábula puede ser considerada ejemplo tanto como un extenso relato poblado de diálogos como es la «Historia de Apolonio, rey de Tiro» según como la presenta *Hechos* (ej. núm. 13), significa que su rasgo distintivo no yace en lo formal sino en su intencionalidad.

2. TIPOS DE EJEMPLOS Y FUENTES

Dado el escaso determinismo formal del ejemplo y de tratarse de un tipo de composición literaria que se emparenta con tantas otras, no ha habido una única manera de establecer y describir su tipología. Hay quienes se basaron en la observación de las fuentes, en los tipos de relatos, en las formas literarias con las que se relaciona o en categorías más abstractas.

Para Welter, por comenzar con el caso más célebre, el problema de una clasificación tipológica del ejemplo está íntimamente relacionada con las fuentes utilizadas por los predicadores. Esto, según su opinión, otorga una gran variedad a una misma forma de relato. Efectivamente, los predicadores y colectores de ejemplos no se basaron en una única fuente, sino más bien en un amplio abanico de materiales. La colección de *Rómulo* fue una de las que abrió una vía de penetración en la tradición latina y más tarde en la vulgar de Europa: la tradición fabulística esópica. Su *modus operandi* establece una forma de comportamiento del colector de ejemplos frente a su fuente, puesto que *Rómulo* extrae sus fábulas de una fuente principal, *Fedro*, pero luego amplía con otras, como las fábulas que adiciona de una obra perdida que Thiele identificó como *Esopo latino* [14]. El caso del *Kalila wa Dimna* podría acercarse al de *Rómulo*: se trata de una colección formada a partir de una fuente inicial a la que se le han ido añadiendo nuevos

elementos narrativos[15]. Pero el *Kalila wa Dimna* presenta una nueva vía de penetración de la fabulística en Europa, la tradición de carácter oriental que veía en la fábula y en el relato ejemplar un instrumento de educación del gobernante. Con esta intencionalidad la tradujo al castellano Alfonso X hacia 1252, aunque la aportación más importante de esta obra no ha sido en el aspecto ideológico sino en el narrativo, pues ofrecía a Occidente técnicas narrativas muy particulares. A partir de aquí, el ejemplo tuvo en Europa una doble tradición, la oriental y la occidental. La primera tuvo su apogeo en España en el siglo XIII, mientras que la segunda dominó durante toda la Edad Media al otro lado de los Pirineos. El cruce de ambas se dio con obras como el *Directorium vitae humanae* de Juan de Capua, que tradujo una versión hebrea del *Kalila wa Dimna*, que, a su vez, provenía de una versión árabe y, sobre todo, con la *Disciplina clericalis* del judío converso Pedro Alfonso, la cual habiendo sido escrita en latín tuvo una amplia difusión por toda Europa y no escasearon ni sus copias, ni sus traducciones a lenguas vulgares, ni sus adaptaciones aun a nuevas formas literarias como el verso.

Odo de Cheritón fue un continuador de la tradición esópica occidental, aunque ya no necesitó basarse en una única colección previa —o, por lo menos, nada indica que así lo haya hecho—[16], sino que debió de sacar sus relatos de diversas fuentes tanto escritas como orales. Pero el ejemplo medieval no sólo retoma la tradición fabulística. Se basa también en la literatura de milagros, como lo hace Cesáreo de Heisterbach, en especial el ciclo de los milagros de la Virgen María, en leyendas hagiográficas, crónicas, vida de los Santos Padres, la vida y hechos de filósofos, parábolas búdicas como el *Barlaam et Josafat*, las *Acta sanctorum*, o en tratados científicos.

Pero una gran fuente de inspiración y de renovación del material ejemplar fue la experiencia del propio predicador o colector. El cisterciense Cesáreo de Heisterbach fue en este campo un pionero colocando los hechos milagrosos que le contaban en su entorno monástico. Pero luego los dominicos, dedicados a la predicación vagabunda, hicieron frecuente uso de este recurso. Así no sólo entraron relatos de carácter piadoso, sino también leyendas lugareñas o creencias populares. Algunos hasta pueden tener

relación con el chiste popular, como ocurre en el relato de Jacques de Vitry (núm. 3) donde el agonizante irrumpe con un grito para poner fin a una discusión inútil entre su mujer y su sirvienta sobre el sudario que lo habría de cubrir. O el pequeño relato de Odo de Cheritón (núm. 6) donde relata haber visto un joven enamorado de una vieja repulsiva que, habiéndole sido preguntado por qué la amaba, respondió con orgullo que para él sí era hermosa. Todo, en fin, sirvió de material de inspiración a predicadores y colectores para entresacar sus ejemplos.

Welter determinó, según su procedencia, nueve tipos de ejemplos [17].

1. *Ejemplo bíblico*. Se trata de relatos sacados de la *Biblia*, tanto del Viejo como del Nuevo Testamento, de los evangelios apócrifos, de la historia judía, de relatos legendarios y de los escritos de los primeros cristianos.

2. *Ejemplo piadoso*. Provienen de las historias de los Padres de la Iglesia, *Vitae Patrum*, *Collationes patrum* y de tratados de devoción.

3. *Ejemplo prosopopéyico*. Se trata de relatos de apariciones y visiones.

4. *Ejemplo profano*. Son los tomados, por lo general, de la Antigüedad. Presentan los hechos y dichos de sabios y héroes, siendo sus fuentes más frecuentes Séneca, Valerio Máximo y Diógenes Laercio. Será el que más difusión tenga en el siglo XV.

5. *Ejemplo histórico*. Se lo toma de crónicas tanto antiguas como medievales. Al principio se basaron en la historiografía latina, pero luego también se tuvo en consideración la historia en lengua vulgar y la más contemporánea.

6. *Ejemplo legendario*. También provienen de crónicas, pero estos toman historias fabulosas de la Antigüedad y de la tradición celta.

7. *Ejemplo cuento y ejemplo fábula*. Son los tomados de la

tradición oriental. Se caracterizan por presentar pequeños dramas protagonizados tanto por personas como por animales.

8. *Ejemplo moralizado*. Están sacados de la historia natural, de tratados geográficos, de descripciones de animales. Los aspectos narrativos no están casi desarrollados o directamente no existen.

9. *Ejemplo personal*. Es el vivido, escuchado o visto por el predicador o colector. Debieron de haber tenido un fuerte impacto ante el auditorio, puesto que así se narraba un hecho que había ocurrido en algún lugar conocido o cercano. Con ello el auditorio podría sentir no sólo la presencia cercana de Dios, la Virgen y el milagro en el mundo sino también del demonio, sus apariciones y las de figuras espeluznantes.

Bremond - Le Goff - Schmitt establecen otra tipología con la que distinguen cuatro tipos de ejemplos[18]. Primeramente por su origen o fuente, sea de fuente cristiana, oriental o pagana. El segundo criterio es el de la naturaleza de la información. Se distingue así el ejemplo libresco del escuchado. El tercer criterio es la naturaleza de los personajes puestos en escena, sean seres sobrenaturales, hombres o animales. El cuarto y último es la estructura formal y lógica del relato. Distinguen así entre el ejemplo fundado en la analogía y el ejemplo fundado en una metonimia generalizadora *(ab uno disce omnes)*.

María Jesús Lacarra establece su tipología a partir de elementos formales. Toma como base el *Libro de los gatos*, traducción castellana hecha hacia 1350 de las *Fabulae* de Odo de Cheritón[19], alcanzando así una tipología de las unidades breves de esta colección castellana que puede ser ampliada con otras colecciones.

1. Una narración breve de un acontecimiento presentado como verdadero y sucedido alguna vez a personajes humanos.

2. Relatos protagonizados por animales (fábulas).

3. Ejemplo o fábula susceptible de una interpretación alegórica.

4. Descripciones de costumbres de animales.

5. Las comparaciones. Se trata, en este caso, de la descripción de una realidad estática.

El trazado de esta tipología le sirve, finalmente, para esbozar una definición de la especie: «En una acepción general, *exemplum* será toda forma breve, narrativa o no, susceptible de servir de prueba para un argumento religioso» [20].

Como se ve, no se ha establecido una única tipología para el ejemplo, así como no se ha dado una única definición de él. Y esto se debe a que una tipología es también una forma de definición o, por lo menos, de delimitación y descripción de una forma literaria.

3. LA TRADICIÓN EJEMPLAR: DEL *EXEMPLUM* A LA *NOVELLA*

La tradición ejemplar de la Edad Media hunde sus raíces en la Antigüedad, aunque debió de producirse una transformación importante en la configuración del género hasta darse tal como se presenta en la Edad Media. Esa transformación, que Bremond - Le Goff - Schmitt calificaron de «ruptura», se vio determinada por la presencia del cristianismo, elemento que introdujo no sólo un cambio ideológico, sino, además, nuevos objetivos para la utilización del relato breve [21].

El ejemplo en la Antigüedad, según como lo entendió Aristóteles (*Retórica*, I, 2), es un elemento retórico y tuvo su lugar junto a otros recursos de la elocuencia, como el «semeion», «enthymema» y el «paradeigma». Este tipo de relato se emparenta con la historia, porque narra hechos que le sucedieron a personajes famosos y paradigmáticos de la historia romana. Claro que también puede presentar hechos que sean fabulosos, pero atribuidos siempre a personajes históricos. El eje del ejemplo en la Antigüedad es, pues, el personaje histórico. De ahí que la ejemplaridad de estos relatos resida en presentar situaciones en las que se ven envueltos personajes de la historia romana y en ver cómo ellos, erigidos en modelos virtuosos dignos de ser imitados, las solucionan. Estos relatos en los que el protagonista era un héroe se conocen con el

nombre de *memorabilia* o *mirabilia*, y en ellos se recrean hechos curiosos, sensacionales o maravillosos. Eran los *exempla maiorum*, los hechos ilustres que les habían sucedido a los antepasados y que valía la pena recordar [22].

Valerio Máximo en sus *Dicta et facta memorabilia libri IX* fue quien más perfectamente cifró la esencia del «ejemplo antiguo». Dedicó su obra al emperador Tiberio (42 a. C. - 37 d. C), pudiéndola haber finalizado el mismo año de la muerte del emperador. Valerio sintetiza esa particular visión de la historia que presenta el ejemplo de la Antigüedad. Le interesa sobre todo la historia romana, aunque también da entrada en su obra a relatos basados en historias acaecidas en otras tierras. Así, de sus cerca de 956 relatos, 636 son *exempla domestica* y 320 *exempla externa*, pero todos presentan héroes que son modelos de conducta. La colección de Valerio posee una organización temática. Lamentablemente, la Edad Media no recogió esta forma de organización de la colección, debiendo ser un redescubrimiento que tardó cerca de mil años en volverse a encontrar.

La obra de Valerio tuvo una gran popularidad no sólo en la Antigüedad, sino también en la Edad Media. Con data en el siglo IX, se halla uno de sus manuscritos más antiguos, el de Lupus de Ferrières *(ca.* 805-862), tal vez realizado en su estudio del monasterio de Fulda. Nuevos testimonios aparecen en el mismo siglo IX y en el XII, con la innovación de que, habiendo sido utilizada esta obra en la escuela como libro de texto, se llevaron a cabo varias expurgaciones de sus relatos. En el siglo XIII los manuscritos abundan, mientras que en los siglos XIV y XV no sólo se realizaron traducciones a las lenguas romances, sino también versiones acompañadas de comentarios [23].

De manera que los *Dicta et facta* significaron un entronque directo del ejemplo antiguo con el medieval y trazan una línea de continuidad entre las dos épocas. Sin embargo, la llegada del cristianismo implicó una transformación del género, puesto que entonces no importó tanto ver en el relato un vehículo de las virtudes de un mundo heroico, sino un medio para transmitir una enseñanza evangélica. Se cambió así el objetivo del relato: no estaba destinado ya a formar a los ciudadanos en el patriotismo, a mostrarles la grandeza de un imperio, sino más bien a formarlos

como buenos cristianos. En consecuencia, el mundo de los héroes dejó paso al mundo anónimo y cotidiano de todo cristiano, de aquellas personas que defienden su fe a costa de su vida, que se presentan como modelos de buena o mala conducta para recibir un galardón en el otro mundo y, fundamentalmente en los primeros tiempos del Cristianismo, que renuncian a todo para abrazar la vida eremítica. El ejemplo medieval abandonó así como materia narrativa la época del imperio y se volvió a la que para los cristianos era una edad mítica y fundadora, la de los episodios de la Biblia. El relato pasó, pues, a reproducir este período y a ilustrar «auctoritates», es decir, sentencias o dichos del texto bíblico en primera instancia, luego de los Padres de la Iglesia y finalmente de los autores que entraron dentro del canon cristiano.

Los Padres de la Iglesia se valieron profusamente del ejemplo, puesto que ellos colocaban el acento en la enseñanza a través del relato ejemplar. Lo consideraban como una de las mejores herramientas de persuasión. San Gregorio Magno sostuvo que «al amor de Dios y del prójimo más excitan ejemplos que palabras» («Sed quia ad amorem Dei et proximi plerumque corda audientium plus exempla quam verba excitant», *PL*, T. 76, col. 1300). Así dio al ejemplo cristiano un puesto central en la exposición doctrinal, tanto que hoy puede ser considerado el «padre del ejemplo medieval».

El ejemplo comenzó, pues, a ser utilizado como arma de retórica en la exposición doctrinal. La que primero echó mano a este recurso fue la por entonces nueva orden cisterciense. Utilizados dentro de un ambiente monástico, hallaron rápida cabida en las innúmeras vidas de los padres *(«Vitae Patrum»)* que se componían como paradigmas de fe cristiana. La vida de un santo, en tanto relato, era un eje narrativo del cual se desprendían nuevos y pequeños relatos ya como excursus o como ilustración de los hechos más notables de la vida del santo[24]. En este sentido, el ejemplo medieval tomó el espacio que había dejado el ejemplo antiguo. De estas vidas de santos, la que más atrajo la atención fue la de la Virgen María, sobre la cual había, además, una extensa tradición de relatos milagrosos. San Ambrosio la consideró en su tratado *De Virginibus* un «ejemplo de vida» («es lícito que toméis de aquí ejemplos de vida»[25]), valiéndose en él no sólo de relatos marianos sino también de otros cuyos protagonistas son vírgenes y hombres

castos. Este nuevo tipo de relato, pues, tiene como finalidad primordial la de convertir; por tanto, lo dogmático forma parte constitutiva de él.

En este período que va del siglo VIII al IX tomó forma el ejemplo religioso como sustituto de aquel retórico nacido en la Antigüedad. Estamos ante una etapa en la que el ejemplo va apareciendo como forma auxiliar de una construcción mayor, la hagiografía. Estas vidas se sirven de una tradición que vive paralelamente, pero que todavía no ha logrado plasmarse en un corpus propio.

El siglo XII representará un paso adelante en la historia del ejemplo: comienza ahora a ser utilizado dentro de los ámbitos escolares en todo tipo de tratados, pero florecerá especialmente en tratados morales y políticos[26]. En primera línea están las obras de carácter histórico, como son las *Gesta regum Anglorum* de Guillermo de Malmesbury (1140) y, sobre todo, las *Memorias saeculorum* o *Pantheon* o *Chronicon universale* de Godofredo de Viterbo *(ca.* 1190). En esta obra, escrita parte en prosa y parte en verso y dedicada al Papa Urbano III, Godofredo se propuso escribir una historia del universo basándose en el Nuevo y Viejo Testamento y en el repertorio de emperadores, reyes y reinos que existieron desde el origen del mundo hasta sus días, así como dar cuenta de las edades y de sus hechos, un intento que muchas décadas después retomó el rey Alfonso X de Castilla con su *General estoria*, aunque con diferentes propósitos. Como esquema de su historia tomó la Biblia y para su continuación la lista de todos los pontífices romanos, emperadores y reyes, desde Pedro hasta Urbano III y Federico I e incluso su hijo Enrique IV. Se trata de una obra escrita para que los reyes conozcan qué cosa es la justicia, pues éstos «si fueren ignorantes de la filosofía, errarían más frecuentemente de lo que se los vería reinar» («si fuerit philosophia nescius, errare saepius quam regnare videtur»)[27]. En su concepto, sólo los animales brutos ignoran qué es la justicia. Y para traer ejemplos que demuestren lo que se propone, introduce relatos del Viejo y Nuevo Testamento, pero también de autores paganos, como Josefo, Estrabón, Orosio, Julio Africano, así como historias de caldeos y egipcios. El hecho de que haya compuesto su obra parte en prosa y parte en verso, es tan sólo porque se vale del recurso de la *variatio* con el fin de no cansar a su público.

Guillermo de Concheds *(ca.* 1150) dice haber tomado su *Liber moralis philosophia de honesto et utili* [28] de proverbios que leyó y escuchó, aunque su fuente fundamental es Séneca. Sin embargo, no hay que dejar de destacar esta participación incipiente de la oralidad que con el tiempo va a ir reafirmando su presencia en los colectores, aunque siempre en menor medida que las fuentes escritas. La obra, pues, está presentada como un florilegio de citas, donde no deja, sin embargo, de intercalar pequeños relatos. También Pedro el Venerable en su obra *De miraculis* [29] recogió una colección de milagros que le llegaron de diversos modos, ya que confiesa algunos haberlos leído, otros haberlos escuchado. Su intención fue la de instruir con las «gestas», es decir, los hechos que presentan estos milagros.

Pero tal vez el autor escolar más importante de este período sea Juan de Salisbury con su *Policraticus* (*ca.* 1155) [30]. Se trata de uno de los «espejos de príncipes» más famosos de la Edad Media, conservado en más de cien manuscritos [31]. Salisbury brinda una formación sobre el buen gobernante, llegando incluso a justificar el tiranicidio. En su exposición se basó fundamentalmente en «dichos de filósofos», es decir, en sentencias tomadas de autores de la Antigüedad a las que adicionó citas de la Biblia y de los Padres de la Iglesia y a las que explanó frecuentemente con ejemplos tomados tanto de la historia antigua como de la contemporánea. Por ejemplo, cuando habla de la disciplina militar (Lib. VI, cap. XIV), ejemplifica primeramente con un caso referido a Julio César, pero luego pasa a tomar ejemplos del rey Enrique II de Inglaterra (cap. XVIII). El ejemplo histórico, a semejanza de los *Dicta et facta* de Valerio Máximo, cobra en Juan de Salisbury su más plena significación. Y tal vez lo más novedoso de este maestro sea que junto al ejemplo antiguo haya transformado a la historia contemporánea en materia ejemplar, en *memorabilia*, como antes había hecho Valerio Máximo. Su ejemplo en la tradición política y ejemplar en lengua vulgar fue seguido en Castilla a fines del siglo XIII por los *Castigos del rey don Sancho IV*.

La consolidación del ejemplo en colecciones se da también en el siglo XII, aunque lejos de los círculos escolares. Tenemos que remontarnos a Aragón, donde Pedro Alfonso de Huesca compiló su

Disciplina clericalis. La obra, contrariamente a lo que hemos visto hasta ahora, no se inserta en una tradición ejemplar occidental, sino que utiliza fuentes orientales tanto escritas como orales. Es el propio Pedro Alfonso quien en su prólogo habla de la heterogeneidad de fuentes:

> [...] compuse mi librito parte de proverbios de los filósofos y sus enseñanzas, parte de los proverbios y consejos árabes, y de fábulas y versos y parte sirviéndome de las comparaciones con aves y animales **[32]**.

Nada tiene de raro que una obra así haya florecido por aquellas épocas en Aragón, dados los estrechos contactos que esta parte de España mantenía con el mundo musulmán. Lo cierto es que esta tradición le proporcionó material ejemplar muy diferente al que había sido utilizado hasta ahora en el resto de Europa. Pero hay otros elementos que la singularizan. Por un lado, el tipo de organización que posee, hasta el momento desconocida en Occidente: el relato enmarcado en el diálogo entre un padre y su hijo o entre un maestro y su discípulo, del cual dependen proverbios y ejemplos que explanan la sabiduría cifrada en esos proverbios. Por otro, el hecho de no estar escrita por un cristiano ortodoxo, sino por un judío converso. Pedro Alfonso teme que se le escapen matices de la fe, máxime sabiendo que él está más del lado de los filósofos que del de los teólogos, y, por tanto, compuso su obra desde el punto de vista de aquellos:

> [...] dejo en su mano y en la de todos los formados en la fe católica la posibilidad de enmendarlo, pues el filósofo, entre las cosas humanas, ninguna considera perfecta (pág. 44).

Finalmente, porque también recoge una forma del relato breve, como es la fábula, que había sido muy cultivada en la Antigüedad y que en la Edad Media había sido recogida por autores como Rómulo, pero que todavía no había interesado para la enseñanza evangélica. En este sentido, Pedro Alfonso se enraíza dentro de una tradición árabe que sí veía en la fábula un poderoso vehículo

formativo, como ya lo había ensayado Ibn al-Muqaffa' en el *Kalila wa-Dimna* [33].

La *Disciplina clericalis* se transformó en una de las colecciones más difundidas de toda Europa occidental. Sus copias son numerosísimas, se hicieron frecuentes adaptaciones e inmediatamente fue considerada como una compilación de relatos, tal como las que se comenzaron a configurar a partir de ese momento. Pero también esta obra de Pedro Alfonso ofrecía una forma originalísima de presentación de los relatos, de estrategias didácticas, tanto que hubo casos en que se las eliminó con el fin de asimilar esta colección a una forma occidental [34].

Pero es en el siglo XIII cuando comenzó el verdadero período de compilación de colecciones de ejemplos, tradición que no se detuvo hasta el siglo XVII y que sirvió a diversos móviles ideológicos como el mendicante, la Reforma o la Contrarreforma. Sólo entre los siglos XIII y XV J.-Th. Welter contabilizó unas cuarenta y seis, aunque esta no es una lista cerrada [35]. Nacieron así recopilaciones que transmitían un material que les era común; de ahí que contengan relatos que tan frecuentemente se repitan. A ellos sólo les importaba el nuevo corpus que compilaban. En consecuencia, la verdadera marca de originalidad estaba en la manera de presentar su corpus más que en las variaciones novedosas de sus relatos [36]. Es cierto que en general no les importaba tanto la forma de compilación como el tratamiento interno de los relatos. Muchas veces estos eran meros bosquejos, escasos esbozos en los que el compilador no se preocupaba en perfilar caracteres o situaciones en toda su complejidad como vimos en los «proto-ejemplos». Pero no nos engañemos. Pequeñas variantes serán las que nos den las pautas de la particular visión que el compilador expone en el relato o su opinión personal sobre el suceso que narra. Hay también excepciones, como el caso de Juan Gobi con su *Scala coeli* o el anónimo autor de las *Gesta romanorum*, que se revelan como unos de los grandes cuentistas de la Edad Media. Ellos se dejan llevar por el relato, enmarañan a sus personajes en una compleja red de situaciones aunque nos presenten caracteres y situaciones tópicas y, aunque, finalmente, sometan su narración a una moralización. Esta tradicionalidad que se observa en la compilación de repertorios se ve apoyada por el carácter generalmente anónimo de estas obras.

Serán las menos las que presenten el nombre de su autor y, aun cuando lo hagan, ello no impide que sus relatos sean utilizados por otros colectores.

Las dos colecciones que inauguran el período de grandes compilaciones son las del autor cisterciense Cesáreo de Heisterbach (*ca.* 1180-1240), *Dialogus miraculorum* y los *Libri ocio miraculorum*, escrita entre los años 1219-1222 la primera y en 1225 la segunda[37]. *Dialogus miraculorom*, según dice el propio Cesáreo en el prólogo, la compone a petición de los novicios, que deseaban que se les narraran los hechos milagrosos que se dieron en sus tiempos, pues considerarían grave pérdida si ellos cayeran en el olvido. Escribe, en consecuencia, un tratado de 746 capítulos compuesto a manera de diálogo entre un novicio y un monje, dividido en doce «distinciones»: conversión, contrición, confesión, tentación, el demonio, la simplicidad, Santa María, las visiones, el sacramento de la carne y la sangre de Cristo, los milagros, los agonizantes y el premio de los muertos. Nos hallamos, pues, frente a una colección que organiza temáticamente su corpus a partir de las preguntas que hace el novicio y de las respuestas que le da el monje. Los ejemplos pueden ser introducidos directamente o precedidos de la simple locución «He aquí el ejemplo». Cesáreo no es propenso en esta obra a revelar sus fuentes, pero en ocasiones los relatos comienzan con las frases «se me narró» o «recuerdo» que denotan una procedencia oral.

El segundo tratado agrupa una serie de milagros que fueron recogidos por él o le fueron relatados. De la obra se desprende que Cesáreo conocía bien la *Vitae Patrum*, la *Vida de Bernardo de Clairvaux*, la *Vida de Santa Malaquía*, los diálogos de Gregorio, la *Historia Damiatina* y la *Historia de los reinos de tierra santa* del monje Oliver y otros textos, pero la mayor parte de sus relatos proviene de informes orales. La diferencia de este libro con el anterior es que este es un repertorio de milagros agrupados temáticamente, pero sin marco dialogado. Es interesante ver cómo en el prólogo el autor se compara con un cocinero que tiene que conocer las buenas hierbas para, una vez juntadas, purgarlas y, finalmente, cocinarlas en la olla. Con esta metáfora quiere dar a entender todo el complicado proceso que llevó compilar esta obra y, fundamentalmente, el fino trabajo expurgador de todo elemento

pagano a la que la sometió.

Poco después aparecía un predicador, tal vez uno de los de más renombrada fama en su tiempo, Jacques de Vitry (1180-1260?), que va a ser el primero en utilizar metódicamente ejemplos en sus sermones. De hecho, Jacques de Vitry no compiló ninguna colección de relatos, pero tan famosos fueron sus sermones contra la herejía albigense o contra los sarracenos que no tardaron en compilarse manuscritos que expurgaran los relatos de sus sermones y los presentaran como una verdadera colección [38].

Jacques de Vitry echó mano para extraer sus relatos a recuerdos de sus lecturas, pero también y con mucha frecuencia se valió de un recurso típico de los predicadores: su propia experiencia, ya sea relatando las cosas que él directamente había visto o cosas que le habían contado. En esta técnica Vitry fue un puntal, tal vez porque antes que nadie se dio cuenta del papel persuasivo del ejemplo para la predicación. Si en el siglo XII había entrado la recepción oral de ejemplos, ahora, en el siglo XIII, se patentiza la experiencia como generadora de materia ejemplar.

Poco más tarde las órdenes mendicantes harán de este recurso un arma propia, pues llegada la mitad del siglo XIII estas órdenes religiosas cobraron presencia en el mundo haciendo del ejemplo su arma más eficaz. Coincide en este momento el auge en el desarrollo de una obra de oratoria, el llamado «sermón universitario», donde se dieron lugar todo tipo de recursos persuasivos. Si bien el sermón estuvo presente en la predicación evangélica desde los orígenes del cristianismo, es en este momento cuando alcanza su más alta madurez como género. El sermón universitario era una obra de retórica en la que estaban muy estructuradas todas sus partes. Debía partir del comentario de una cita o pasaje bíblico, llamado *thema*, al que le podía seguir una cita subsidiaria, llamada *subthema*. A partir de aquí este tipo de sermones dividía su desarrollo en dos clases según el público para el que estuviera orientado: la llamada *divisio intra* o la llamada *divisio extra*. La primera estaba orientada a un público docto y, por tanto, conocedor del latín y de la Biblia. La segunda estaba orientada al bajo clero y al pueblo y, por tanto, era rica en digresiones, imágenes y propensa a introducir todo tipo de relatos como aclaración de la explicación [39]. Esto hizo que a partir del siglo XIII la aportación de las órdenes mendicantes, tanto

de la dominica como de la franciscana, fuera sustancial para la historia del ejemplo medieval.

Este proceso literario fue acompañado de un hecho histórico puntual, que le dio una nueva razón de ser a la tradición del relato breve en la Edad Media. En 1215 se realizaba en Letrán el IV concilio con el propósito de reformar el clero inferior, convencidos de las bajas costumbres morales del clero, acostumbrado a tener mancebas, portar armas, a no saber latín y a usufructuar los beneficios de la Iglesia para propia satisfacción [40]. Las jóvenes órdenes mendicantes asumieron aquí un papel fundamental llevando a cabo dicha reforma. Ellas eran las que recorrían los caminos de Europa predicando en los pueblos. Muchos problemas debieron de afrontar si se piensa que sus miembros muchas veces eran, lógicamente, rechazados por los clérigos del lugar, que no veían con agrado la llegada de un forastero que se entrometía a predicar en su jurisdicción. Pero con todo, los dominicos y franciscanos fueron los que más contacto tuvieron con el pueblo y los que se veían en la obligación de hacer comprehensible los preceptos de la Biblia y las costumbres del buen cristiano. Eran ellos los que tenían que predicar contra el mundo y los que tenían que hacer que las personas enmendaran sus costumbres. Todo esto dio como resultado un auge increíble del relato breve como elemento evangelizador. Y no sólo en el campo latino, sino también —y podría decir muy especialmente— en el de las lenguas vulgares, pues gracias a esa necesidad de tener que hacer entender la palabra bíblica a los no letrados se vieron en la obligación de abandonar la lengua latina y de predicar en vulgar. Por tanto, también sintieron la necesidad de coleccionar anécdotas en lenguas romances y de insertarlas en sus sermones. Desde entonces, los caminos de la predicación y de la literatura estuvieron indisolublemente unidos [41].

Pero volviendo a nuestro recorrido histórico, en 1275 un franciscano inglés anónimo compiló el *Liber exemplorum ad usum praedicantium* bajo la novedosa forma de la rúbricas ordenadas alfabéticamente [42]. Pronto este método se popularizó, pues ofrecía una forma práctica de disposición del material. Así, hubo otras colecciones inglesas franciscanas, como por ejemplo la *Tabula exemplorum secundum ordinem alphabeti*, escrita hacia 1277 [43],

o el *Speculum laicorum*, escrito entre 1279-1292[44], que siguieron esta forma de presentación del material ejemplar. Hay que tener en cuenta que el siglo XIII es el siglo de la elaboración de las grandes sumas escolares, obras que se planteaban la utilización de la mayor cantidad de información y su necesidad de hacerla accesible al público escolar. Sin salirnos del ámbito franciscano, un ejemplo de este tipo de colecciones a fines del siglo XIII nos la brinda el ms. Lat 3555 de la Biblioteca Nacional de París, que editó oportunamente J.-Th. Welter[45]. Se trata de un códice compuesto entre los años 1272 y 1279 por un franciscano del Midi francés, tal vez oriundo de Montpellier o de una zona cercana. Incluye 235 ejemplos precedidos de una rúbrica sin un programa muy claro; más bien parece anotar los ejemplos a medida que los recuerda, los lee o se los narran sus cofrades. Con todo, representa un claro caso de una de las colecciones compiladas para ayudar en la predicación y de las cuales las bibliotecas europeas están siempre provistas.

La técnica de ordenación alfabética fue seguida por otros escolares, como Juan Gobi con su *Scala coeli*, pero hacia el año 1308 ó 1310 el dominico Arnold de Liège revolucionó nuevamente la forma con su *Alphabetum narrationum*: al final de sus ejemplos coloca la fórmula «esto vale para...», reenviando a otras rúbricas de la colección. Así no sólo daba más organicidad a su colección, sino que hacía que cada ejemplo fuera merecedor de más de una lectura.

En los siglos XIII y XIV abundan las colecciones moralizadas. Entre las más famosas se cuentan las de Odo de Cheritón, Juan Gobi y la anónima *Gesta romanorum*. Son estas colecciones las que van a asumir de lleno los ideales reformistas lateranenses. Odo de Cheritón, por ejemplo, coloca abundantes glosas alegóricas a sus relatos, aleccionando contra los vicios más frecuentes de la clerecía. Es un continuador de la tradición esópica, es decir, agrega fábulas de Esopo y las que han escrito sus continuadores, como Rómulo o Aviano. Las *Gesta*, por el contrario, no se interesan por la tradición fabulística, sino que prefieren retomar el mundo heroico de la Antigüedad, dando pie, luego del relato, a abundantes comentarios alegóricos. Juan Gobi, por su parte, en su *Scala coeli* se vale de todo tipo de relatos, interpretándolos siempre con la misma técnica. Así, el relato, en este tipo de autores, pasa a tener dos partes, una narrativo-alegórica y otra exegética. Quiere esto decir que el relato

es en sus manos una narración cifrada de la que el autor, finalmente, debe desplegar sus significados espirituales. De este modo, los elementos dispuestos en la primera parte van a ser retomados en la segunda para ofrecer la interpretación alegórica, es decir, espiritual del ejemplo. En el plano exegético estos autores, adiestrados en la retórica de la interpretación bíblica y de la peroración oral, harán uso de todos los recursos que han aprendido. Así, sus explicaciones se transforman en trabajadas piezas de retórica en las que se entrelazan citas de la Biblia, de los Padres de la Iglesia, metáforas, comparaciones y todo tipo de recursos elocutorios con el objeto de convencer a su auditorio, de inducirlo a una vida virtuosa. Es aquí donde el autor hace gala de todas sus armas de persuasión. Los relatos muchas veces son apenas bosquejos donde la narración es mínima y donde no existe la creación de caracteres porque sus personajes, lejos del individualismo, son siempre arquetipos humanos. En ocasiones, toda su parte narrativa consistirá en una metáfora que luego será explicada. Pero también existen casos de excelentes narradores, que ponen tanto empeño en la parte explicativa como en la narrativa, como tantas veces ocurre con Juan Gobi o el autor de las *Gesta*.

Las colecciones moralizadas van a influir poderosamente en la literatura vulgar, a veces, como es el caso de la *Scala coeli o* de las *Gesta*, proporcionando elementos aislados a los narradores vulgares, como es el caso de Juan Manuel o del *Libro de los ejemplos por a.b.c.* que toman asistemáticamente relatos de esta tradición [46], otras veces siendo traducidos completamente o en parte, como es el caso del *Libro de los gatos*, que traduce las fábulas de Odo de Cheritón [47], o dando pie a que los propios predicadores compongan sus narraciones en lengua vulgar, como es el caso de Nicolás Bozón, que en opinión de Paul Meyer escribía en «le mauvais français qu' on parlait, et surtout qu' on écrivait» [48], o del florentino Giordano da Pisa [49].

Así el ejemplo medieval fue evolucionando a formas narrativas cada vez más complejas. El último paso lo darán autores que escriben sus obras en vulgar, como son Chaucer o Boccaccio, independizando al relato de su carga moralizante y colocando el peso de la ejemplaridad no ya en una peroración moral, sino en la

ejemplaridad que se desprende de la anécdota misma y de los comportamientos de los personajes [50]. Pero ellos se han basado en el tratamiento que dieron al ejemplo autores como Juan Gobi o el anónimo de las *Gesta*, que ya presentaban un paso más en la evolución del relato medieval, la evolución del *exemplum* a *novella*, un tipo de relato que, como bien han señalado Bremond - Le Goff - Schmitt [51], no se distingue tan sólo por su mayor extensión, sino por presentar una estructura más compleja, por servirse de símbolos que pertenecen ya a otra mentalidad, por estar al servicio de una función ideológica diferente y, sobre todo, por un modo de enunciación y de recepción diferentes. Es decir, en la base de la *novella* está el *exemplum*, aunque se trata de dos tipos de relatos totalmente diversos. El viejo ejemplo medieval se transformó así en el padre del cuento moderno.

4. EJEMPLO LATINO Y CUENTÍSTICA VERNÁCULA

Ernst Robert Curtius calificó a la Edad Media latina como «la calzada romana, desgastada por el tiempo, que conduce del mundo antiguo al moderno» [52]. Con esta metáfora, el filólogo alemán quería destacar la importancia que la literatura latina de la Edad Media jugó en el desarrollo de las nuevas literaturas. Efectivamente, ha habido contactos directos durante toda la Edad Media entre la literatura latina y la de las nuevas literaturas vernáculas, tanto más en un campo como el de la cuentística en el que los compiladores de ejemplos habían sido instruidos en el *trivium* y el *quadrivium*. Esto implicó la existencia de un contacto bidireccional, es decir, de la literatura latina hacia la vernácula y de las literaturas vulgares hacia la latina, pues, aunque con menos frecuencia, no fue raro el caso en que una obra escrita en vulgar recibió el honor de haber sido traducida al latín, lo cual implicaba no sólo una consideración especial de su valor estético y moral sino también la posibilidad de una mayor difusión.

La cuentística europea sufrió un constante vaivén del ámbito latino al vulgar y del vulgar al latino. La literatura latina puso a disposición de las literaturas vernáculas una riqueza inmensa de relatos, pero a su vez los colectores volcaron al latín muchos relatos

que habían escuchado en vulgar, sucesos que habían presenciado o relatos que se habían escrito antes en el lenguaje del pueblo. De una forma u otra, los contactos fueron constantes.

La tradición vernácula del ejemplo medieval se desarrolló en cada región de Europa de una manera particular. Se trata de una misma forma literaria que, por su misma naturaleza, no escapó a condicionamientos locales, siendo determinada por la geografía y por las tradiciones literarias de cada región. Dada la gran variedad de formas que adoptó esta manifestación de la Edad Media, no voy aquí sino a señalar algunos puntos de contacto entre la cuentística latina y la vernácula.

Gran parte de los ejemplos conocidos en francés derivan de modelos latinos. Los más antiguos pertenecen a autores de Inglaterra como Roberto de Gretham, autor del *Miroir* o *Evangiles des dames*, escrito hacia 1230, donde se contienen diecisiete ejemplos tomados de las *Vitae Patrum*, de Beda, de las *Homiliae* de San Gregorio, así como de alguna otra fuente desconocida. Lo mismo sucede con el *Manuel des péchés*, obra anónima de hacia 1260-1270, que ofrece nada menos que sesenta y cuatro ejemplos. La obra fue escrita por un clérigo inglés que la dirige a unos laicos, tomando como fuentes las *Vitae Patrum*, los *Diálogos* de San Gregorio, Beda, Dionisio Areopagita, tal vez de segunda mano, y Guillermo Peraldo.

La literatura latina influyó en Francia durante los siglos XIII y XIV, creándose así el ejemplo piadoso. Aparecieron obras como la *Vie des Pères*, el *Tombel de Chartrose*, el *Rosarius*. No obstante este auge del ejemplo religioso, en la evolución del género en Francia los predicadores tuvieron poca influencia. Este desarrollo del ejemplo en los siglos XIII y XIV pronto dio sus frutos cuando del dominio religioso se pasó al laico. Este proceso se produjo fundamentalmente en el siglo XIV con obras destinadas a la educación de las mujeres, como fueron el *Livre du chevalier de la Tour Landry pour l'enseignement de ses filles* y el *Ménagier de Paris*.

En el siglo XV el género pareció decaer con la pura y simple traducción de colecciones latinas, como son el *Dialogue des créatures*, traducción del *Dialogus creaturarum*, y el *Violer des*

histoires romaines, traducción de las *Gesta romanorum* [53].

Las colecciones de las órdenes cistercienses y mendicantes circularon en Italia gracias a su uso escolar. Así, la *Summa virtutum et vitiorum* de Guillermo Peraldo influyó sobre autores como Guittone d'Arezzo, Brunetto Latini y Dante.

Colecciones latinas compiladas en Italia influyeron en la tradición ejemplar europea. El *Dialogus creaturarum*, compuesto hacia 1326 por un autor milanés, fue traducido al francés en 1482 por Colert Mansion *(Dialogue des créatures)* y al inglés por un autor anónimo *(The Dialogue of Creatures Moralysed)*. La *Summa de poenitentia* del franciscano Servasanto di Faenza, que vivió en el convento de Santa Croce en Florencia, es una de las fuentes principales del *Libro de los ejemplos por a. b.c.* de Clemente Sánchez de Verdal.

Las grandes colecciones de ejemplos se compusieron en Italia en los siglos XIV y XV, período en el que el aporte de los sermonarios dominicos y franciscanos es importantísimo. Ya San Francisco de Asís insertó ejemplos en su *Epístola ad fideles*. Folco de Santa Eufemia, hacia 1216, compuso en Pavía un sermonario *De tempore et de sanctis*, que es una de las muestras más antiguas de uso de ejemplos en las homilías.

La tradición clásica del ejemplo fue introducida por el *Policraticus* y por el *Breviloquium* o *Communiloquium* de Juan de Gales. Caso inverso lo presenta el *Liber de dictis philosophorum antiquorum* de Juan de Prócida, que tradujo una obra castellana de fuente árabe, *Bocados de oro*. En fin, hasta tal punto estuvo presente la tradición latina del ejemplo medieval en Italia que incluso es posible que el marco estructural del *Decamerón* fuera compuesto bajo el modelo que presentaban las tantísimas *summae exemplorum* [54].

En Castilla la tradición del ejemplo estuvo marcada en el siglo XIII por la fuerte presencia de la literatura árabe. Así, colecciones como *Calila e Dimna* y el *Sendebar* derivan directamente de modelos árabes. Pero este tipo de literatura fue desplazada hacia el final de la centuria por otra que impulsaban las órdenes mendicantes, uniéndose con ello España a una tendencia cultural

que se desarrollaba más allá de sus fronteras. Los *Castigos del rey don Sancho IV* fue la primera obra que introdujo relatos occidentales, abriendo un surco que fue seguido luego por cuentistas como el anónimo autor del *Libro del caballero Zifar* y sobre todo por don Juan Manuel con su *Conde Lucanor*. Tan grande llegó a ser la influencia dominica en este autor que a este ideario se remonta gran parte de su pensamiento social y religioso. Hasta la antipatía que don Juan Manuel siente por las «beguinas» (ej. núm. 17) responde a una identificación con el espíritu dominico.

La influencia de las órdenes mendicantes es patente en la tradición ejemplar hispánica. Se tradujeron algunas de las colecciones más famosas, como las *Fabulae* de Odo de Cheritón bajo el título *Libro de los gatos*, hacia 1350, o el *Speculum laicorum*, traducido con el título *Espéculo de los legos* en el siglo XV. A veces, a partir de colecciones mendicantes se compusieron otras, como el mencionado *Libro de los ejemplos por a.b.c.* y el anónimo *Libro de confesiones de Medina de Pomar* o aun el *Libro de buen amor*.

También en Castilla el *Policraticus* y el *Breviloquium* ofrecieron material de la Antigüedad a la *Glosa al regimiento de príncipes* de Fray Juan García de Castrojeriz. En el siglo XV se realizaron en Castilla y Cataluña varias traducciones de los *Dicta et facta* de Valerio Máximo.

A todo esto, no hay que dejar de lado el desgaje de algunos relatos de sus colecciones primitivas, como la *Vida de Segundo*, traducida a partir del *Speculum historíale* de Vicente de Beauvais, o la *Historia de Apolonio*, impresa en Zaragoza por Pablo Hurus en 1498 a partir de las *Gesta romanorum* **[55]**.

En fin, todo esto permite ver que las relaciones entre la cuentística latina y la vernácula fueron constantes y que se debieron redefinir en cada país y en cada época. Y si bien puede hablarse de recíprocos contactos, está claro que la literatura latina ofreció a la cuentística vulgar materiales y técnicas para que esta pudiera crecer y superarla. Un padrinazgo que con el tiempo iba a redundar en un abandono de la lengua latina como contadora de cuentos.

5. VIDA COTIDIANA Y RELIGIOSIDAD POPULAR

El ejemplo es una de las formas literarias de la Edad Media donde más se han reflejado las costumbres, creencias populares y detalles de la vida cotidiana. Como bien han indicado Bremond - Le Goff - Schmitt [56], este tipo de narraciones trasunta la vida cotidiana en diferentes niveles: recogiendo fragmentos de literatura oral, creencias y leyendas populares, gestos y ritos de la vida cotidiana, expresiones idiomáticas, tales como refranes, locuciones, cantos, juegos, etc.

Las tradiciones orales están en la base del «ejemplo» recogiendo relatos que circulaban en el entorno de los monasterios o en la plaza pública. Es el caso de Cesáreo de Heisterbach, quien toma sus relatos milagrosos de lo que oye narrar a sus cofrades o de lo que éstos directamente le narran a él. En el ejemplo núm. 1 da cuenta de la creencia popular del efecto milagroso de los sacramentos. Así es como una mujer el día de Pascua besa a su enamorado con la hostia en la boca, pensando que de esta forma la amará locamente. Luego el relato abandona la figura del enamorado y se focaliza en la historia milagrosa de la hostia y el arrepentimiento de la mujer, pero el punto de arranque de la narración fue una creencia popular en los filtros mágicos o milagrosos. Juan Gobi relata en su *Escalera del cielo* (núm. 9) la historia de San Gerberto, quien alcanzó las más altas dignidades gracias a un pacto que selló con el diablo. Si bien este es un difundido motivo folklórico de la Edad Media, el relato finaliza recogiendo una creencia local posiblemente nacida en Borgoña pero luego de gran difusión en Alemania, Francia y los Países Bajos: San Gerberto muere arrepentido, despidiendo sus huesos perfume y haciendo gran estruendo y, por tanto, cada vez que muere un Papa sus huesos vuelven a despedir perfume y estrépito.

Los relatos medievales están llenos de motivos folklóricos [57]. Daré cuenta tan sólo de algunos de ellos. Es frecuente la recurrencia al tema del incesto [58]. Segundo probará en su propia madre si es cierto aquello que aprendió en las escuelas de que no hay mujer casta y sólo la virtud del joven evitará que copule con ella. Antíoco (*Hechos*, núm. 13) comete incesto con su hija y ésta es la causa de que luego mueran por justicia divina. Otro tema folklórico es la

prueba del padre a sus hijos para que estos muestren su sabiduría o superen una prueba[59]. Pedro Alfonso, en el cuento «El medio amigo», presenta a un padre que pone a prueba a su hijo: debe mostrar si ha sabido elegir a sus amigos. Jacques de Vitry (núm. 6) muestra a Carlomagno probando la obediencia de sus hijos. El relato sigue la estructura ternaria típica de los relatos folklóricos: Gobaut se niega a recibir en la boca la fruta que el emperador tiene en la mano, mientras que los otros dos que la aceptan sumisamente reciben parte del imperio. Juan Gobi en la *Escalera del cielo* (núm. 21), relata el caso de un padre con una enfermedad incurable que llama a sus tres hijos para que le traigan un poco del agua de la fuente de vida. De sus tres hijos, el que superará la prueba será el menor que, aunque más débil, se mostrará de ingenio más agudo. También el tema de las adivinanzas es folklórico. Apolonio (*Hechos*, núm. 13) toma muchas de sus adivinanzas de una colección muy difundida en la Edad Media, *Simphosius*, pero el recurso es tradicional. Toda esta profusión de temas folklóricos nos ancla en un tipo de mentalidad: aquella que vive de arquetipos folklóricos y que concibe la cultura como un encadenamiento, en la que lo personal se diluye en el sentir de una comunidad.

Muchos son los rastros de religiosidad popular que se impregnan en los relatos medievales. Por ejemplo, la presencia cotidiana de Satanás en la vida de los hombres y la convicción de que las malas acciones están impulsadas por Satanás o que los malvados son instrumento suyo. La mujer que quiere seducir una noche a San Bernardo (Vitry, núm. 12) lo hace «con el estímulo de Satanás». El propio demonio se presenta ante un pintor (Odo de Cheritón, núm. 25) reprochándole que lo hubiera pintado a él tan horrible y, en cambio, a la Virgen María tan bella. La mujer que poseía a su hijo (Vitry, núm. 15) lo hace por «diabólica sugestión» y el demonio, temeroso de su arrepentimiento, pergeña una estratagema para que la mujer muera. El hombre religioso que se hospedaba en la casa de una mujer también religiosa (Vitry, núm. 16) es empujado por el demonio al pecado envidioso de su honestidad y buena fama. Ambos personajes serán salvados por la intercesión de la Virgen María. El relato es un ejemplo de lo que puede evitar la intermediación de la Virgen María en la vida de los hombres. De esta forma, se evidencia hasta qué punto la religiosidad impregna la

vida cotidiana del hombre medieval.

No menos frecuentes son las visiones del otro mundo. Así, la hija que una vez muertos sus progenitores y ante la encrucijada de decidir por qué tipo de vida optar, si por la que le marcó su padre o la que le marcó su madre, tuvo en sueños la visión de la recompensa que ambos habían alcanzado en el otro mundo (Vitry, núm. 17). Odo de Cheritón (núm. 23) presenta el alma del difunto disputada por espíritus blancos y negros. Juan Gobi, en la *Escalera del cielo* (núm. 18), presenta la visión de la pena que sufre una mujer que murió habiendo callado su pecado de adulterio. Así, pues, el ejemplo medieval nos muestra la vida de los hombres pendiendo entre las fuerzas del bien y del mal.

Algunos ejemplos parecen haber sido reelaborados a partir de relatos populares muy cercanos a lo que hoy llamaríamos el chiste. Jacques de Vitry (núm. 13) relata el suceso de una mujer que contradecía constantemente a su marido. El ejemplo, que parecería unirse al tema de la mujer brava, acentúa aquí los elementos cómicos: el empecinado capricho de la mujer de contradecir a su esposo y la picardía de éste de dejarla morir en lo hondo, justificando su proceder en el carácter caprichoso de su esposa. El relato del ladrón que quiso deslizarse por el rayo de luna, según se cuenta en *Disciplina* (núm. 6), parece basarse también en un chiste popular: el nombre que tendrá el ladrón, en verdad, es la moraleja que se saca del relato.

No menos importantes son las costumbres que se reflejan. Cuando los ejemplos retoman relatos del bajo imperio, se hallan en ellos mezcladas las costumbres de dicho período con las propias de la Edad Media, consecuencia de una constante reinterpretación que el hombre medieval hizo de la cultura heredada de la Antigüedad y de la necesidad de reinterpretar costumbres y creencias paganas reemplazándolas por otras cristianas. *Rómulo* transmite muchas costumbres del bajo imperio, por ejemplo, la de hacer lidiar en la arena a hombres y animales (ejs. núm. 15 y 24), la de crucificar a los ladrones y custodiar su cuerpo para que no sea sustraído (ej. núm. 17), la creencia en la arrogancia de los atenienses que piden un rey que castigue las costumbres de los malos (núm. 11) o la descripción viva de las labores que realiza un perro guardián en una finca romana (núm. 20).

Hay relatos que provienen de leyendas que aglutinan en sí tanto elementos paganos como cristianos. Un caso es el de la «Historia del caballero Plácido» (*Escalera del cielo*, núm. 29; *Hechos*, núm. 11), que narra la historia de un soldado romano, llamado Plácido, que lucha del lado del emperador y que se convirtió al cristianismo tras una visión, adoptando el nombre de Eustacio. La leyenda está trazada bajo el esquema de la historia bíblica de Job, por tanto, Plácido debe perder todos sus bienes terrenos, su honra y su familia para demostrar su fe en Dios. La historia contempla el reencuentro de los seres queridos, pero tan sólo para sufrir el martirio. Eustacio se opone a realizar sacrificios y, por tanto, como disponían las leyes romanas, él y toda su familia son arrojados al anfiteatro para luchar contra un feroz león. La fiera no los daña y, por tanto, son incinerados, pero las llamas respetan el cuerpo de Eustacio, de su mujer y de sus hijos. En fin, este relato muestra la mezcla de elementos paganos y cristianos, pero se desprende de él una moralidad cristiana.

Lo mismo ocurre con la «Historia de Apolonio» *(Hechos*, núm. 13). Nos encontramos una vez más con una historia formada sobre la historia bíblica de Job a la que se le suman motivos odiseicos: Apolonio perderá a su esposa y a su hija, con las que se reencontrará luego de muchos años. La historia recrea los viajes por mar, escenas en baños públicos, el juego de pelota, el espectáculo de los juglares y de las juglaresas, la creencia en los ídolos paganos, todo para presentar la figura de un rey modélico con una firme creencia en Dios. En su larga trayectoria de los siglos IV a fines del siglo XIII, en que se la recoge en los *Hechos de los romanos*, la leyenda se hace permeable a modelos culturales tanto paganos como cristianos.

La experiencia del predicador, de donde se originan muchos de los ejemplos medievales, da cuenta también de la historia menuda. Cesáreo de Heisterbach (núm. 2) relata la historia de una abadesa que no permitió a un soldado caer en el pecado contada por el padre Zacarías, novicio en el monasterio cisterciense de Santa María en Westerwald, en Nassau. Jacques de Vitry relata una historia que escuchó acerca de la disputa que tuvo una esposa con su criada por el sudario que debería llevar su esposo agonizante (núm. 3), así como el relato que escuchó sobre la mujer muerta que no quería ser

enterrada por el sacerdote hasta que no se le entregase dinero (núm. 11).

Hay veces que se da el proceso que Bremond - Le Goff - Schmitt denominaron de «refolklorización»[60]. Como hemos visto, los relatos medievales recrean tradiciones folklóricas. Esta base permite que muchas veces los relatos transformados en ejemplos puedan difundirse y popularizarse tanto que un autor letrado no deba necesariamente conocerlos por la lectura de una fuente escrita. Es el caso del cuento de «El medio amigo» y de «El amigo entero» de *Disciplina clericalis* (núms. 1 y 2) que ingresaron al folklore internacional. Vitry encabeza su ejemplo núm. 8, «La partición de la presa», con un general «se cuenta», a pesar de ser un relato de origen esópico. El relato núm. 10, «El hombre y la mosca», pese a encontrarse en *Fedro*, dice que lo escuchó, y lo mismo ocurre con el relato núm. 14, «La viuda de Éfeso», que proviene de *Rómulo* (núm. 17). Se trata, en todos los casos, de fuentes orales y no de escritas, hecho totalmente factible, puesto que no hay que creer que los predicadores sólo conocieran los relatos por sus fuentes escritas sino también por su difusión en forma tradicional por canales orales.

Pero los ejemplos medievales no sólo recrean temas folklóricos, costumbres y creencias. Muchas veces dan cuenta de giros lingüísticos populares. La relación entre el relato breve y el refrán fue entrevista hace mucho tiempo por los investigadores[61]. De hecho, hay una línea indivisible entre refranes y cuentos: muchos refranes se originan de cuentos y muchos cuentos de refranes. Las retóricas medievales aconsejaban comenzar o terminar un relato con un proverbio para condensar su enseñanza[62]. Nada decían de los refranes. Pero en la realidad, las formas populares de sabiduría muchas veces desplazaron a los proverbios. *Rómulo*, núm. 5 comienza el relato con un refrán: «Nunca es justa la partición del poderoso con el pobre», y lo ilustra con el cuento del juicio arbitrario que dio el león cuando la vaca, la cabra y la oveja debieron repartir el ciervo que cazaran en el bosque.

Pero lo más frecuente es que el relato se cierre con un refrán. *Rómulo*, núm. 14, condensa la moraleja del relato de «La rana inflada» con el refrán: «No quieras inflarte para no reventar»; Vitry, núm. 3, cierra su relato del sudario del agonizante con el refrán

«hazlo corto para que no se ensucie». En cambio, Odo de Cheritón presenta un caso diferente: el de una frase que se desgaja de un relato y se transforma en proverbial. Es el caso del relato núm. 19, de un ateniense que quería ser considerado como filósofo. La prueba que debía pasar era la del silencio, lo cual lo une a los filósofos pitagóricos. Pero el ateniense habla apresuradamente, por lo que se le dice: «Si hubieses callado, filósofo hubieras sido». Esta frase sufrió también un proceso de «refolklorización», de igual manera a lo sucedido a muchos relatos. El ejemplo de Jacques de Vitry, núm. 6, que narra la prueba que Carlomagno hace a sus hijos, muestra otro fenómeno: el del nacimiento de una frase proverbial en «Tarde boqueó Gobaut».

En fin, el ejemplo medieval es un rico abrevadero en el cual se pueden encontrar documentadas costumbres, creencias, formas de pensamiento y de expresión, en suma, cifrado el mundo medieval. En él no se nos narran los hechos de los grandes hombres, muy por el contrario sus protagonistas son anónimos personajes y, cuando personalidades históricas son el centro del relato, no se las toma para narrar sus grandes gestas sino para presentar situaciones que podrían acaecerle a cualquier hombre. Frederic C. Tubach llamó al ejemplo medieval «espejo del mundo», una acertada imagen no sólo por sus connotaciones medievales, sino también por resumir el propósito que se buscaba con estas pequeñas narraciones.

6. EL DIDACTISMO

No ha habido en el ejemplo medieval una sola forma de didactismo. En este sentido, es tan heterogénea su forma de impartir una enseñanza como la enseñanza misma que estas narraciones breves transmiten. La pregunta es, pues, dónde está la ejemplaridad de un relato medieval y qué es. La respuesta tiene relación no sólo con el tipo de ejemplo del que se trate, sino también con sus técnicas discursivas. Los ejemplos de los predicadores siguen un desarrollo lineal. En sus relatos, el didactismo o es implícito o explícito. En el primer caso, el ejemplo termina con la narración misma. La enseñanza deberá deducirla el propio lector u oyente. Es el caso de *Escalera del cielo*, núm. 7, que retoma un ejemplo de origen esópico: la fortuna del hombre

verdadero y del falso en la tierra de los simios. Gobi no explicita ninguna enseñanza, pero puede deducirse su pensamiento sobre la fortuna del hombre verdadero y del adulador en el entorno real. De esta forma, el ejemplo termina con la narración misma y la interpretación de su ejemplaridad corre por cuenta del receptor.

En otras ocasiones hay un didactismo explícito. En este caso, se suele condensar una pequeña enseñanza del ejemplo o se hace su interpretación alegórica. Tómese como muestra Vitry, núm. 1, «El rústico y la avecilla». Luego de narrado el relato, el predicador concluye:

> Así necios y engañados escolares colocan su fe en algunas fantasías y cosas increíbles, las que, igualmente con risa frívola noblemente deberían rechazar.

Se presenta el ejemplo y, una vez narrado, se cierra con una reflexión que condensa la enseñanza. En otros casos, el esquema se complica cuando se recurre al recurso de la alegoría. En este caso sólo se vuelve al relato para sacar sus elementos imprescindibles para la interpretación alegórica. Obsérvese la extensa leyenda de Plácido que contiene *Hechos*, núm. 11. Por lo general, esta segunda parte del ejemplo es señalada por los predicadores con el vocablo «moralización», lográndose con este procedimiento una absoluta cristianización del relato, aunque éste provenga de tradiciones de origen eminentemente paganas o de relatos de la Antigüedad. De esta forma, como bien han señalado Bremond - Le Goff - Schmitt[63], el ejemplo se transforma en un instrumento de conversión y su finalidad es la de transformar a un auditorio. Fuera del ámbito de la predicación, el ejemplo recurrirá a otros procedimientos y tendrá otras finalidades.

El *Calila e Dimna* y el *Directorio* de Juan de Capua no tienen como finalidad la de convertir a un auditorio al cristianismo. En ellos se transmiten normas de conducta para moverse en la sociedad y en el entorno real. Pertenecen a un tipo de obra que tenía por finalidad la de instruir al futuro gobernante, por tanto, su mensaje no tiene necesidad de ser tan explícito. El relato se verá inmerso en un mundo de proverbios y, en algunos casos, servirá para explicitar la enseñanza cifrada en alguno de ellos. Al no estar dirigidas a un

auditorio parroquiano, sus estrategias didácticas son más complejas, abandonando la estructura lineal que, por ejemplo, tienen los relatos de los predicadores. Sus capítulos están estructurados en un marco dialogado: casi nada sabemos del rey y del filósofo, que en la versión de Juan de Capua se llaman Disles y Sendebar. Pero cada capítulo es, en definitiva, una pregunta que el rey hace sobre hechos de estado que el filósofo responde con un proverbio y luego con un o una sucesión de ejemplos. Hay veces en que los ejemplos están unidos por un mismo personaje. Es lo que se denomina técnica del «ensartado de ejemplos», como puede verse en el ejemplo núm. 2a del *Directorio*, «El religioso robado», donde el religioso, protagonista del primer ejemplo, es espectador de los tres siguientes. Otro procedimiento es el de las «cajas chinas», donde un relato da pie a otro, transformándose así en marco del que le sucede. Es el caso del ejemplo núm. 7 del *Directorio*, «Del ermitaño», en el que se trata de enseñar a no proceder atropelladamente. El relato del religioso que tiene un hijo da paso a uno nuevo: el del religioso que sueña con las ganancias que todavía no ha obtenido. La enseñanza de este ejemplo no está dicha en forma abstracta sino que es la esposa del ermitaño quien la dirige a su esposo: no hay que fiarse de lo que no se tiene. Pero el ermitaño no sabrá asimilar esta enseñanza y finalmente no sólo perderá a su hijo sino que también será injusto con quien trató de salvar a su ser más querido.

Tanto en la técnica del «ensartado de ejemplos» como en la de las «cajas chinas» no hay un límite para la inserción de relatos. La diferencia entre una técnica y otra es que en la primera el relato del religioso continúa, mientras que en el procedimiento de las «cajas chinas» cada relato se suspende para dar entrada al siguiente y sólo se cerrará cuando se vayan finalizando los relatos insertados. No estamos, pues, ante un desarrollo lineal de los relatos, sino más bien circular, pues estos volverán para confirmar la enseñanza inicial: el hombre debe ser previsor y actuar con prudencia.

Hay en la tradición occidental también casos de relatos enmarcados, aunque su desarrollo es más simple. Por ejemplo, el sabio que llega a la aldea de ladrones (*Rómulo*, núm. 6) narra la fábula de las bodas del sol. A propósito de la fábula de «Júpiter y las ranas» *(Rómulo*, núm. 11), se introduce el relato de las ranas

que pedían un rey, que, posteriormente, vemos en forma independiente en el *Libro de buen amor* (cc. 198-206). El relato del buey atado al yugo del campesino (*Rómulo*, núm. 19) está precedido por el esbozo de otro relato: el del padre que tenía un hijo indómito que día y noche se peleaba con los demás. Odo de Cheritón (núm. 15) relata el diálogo de un soldado, quien le pregunta a un letrado qué gozos habrá en el paraíso. Al enterarse el soldado de que no habrá canes ni aves para dedicarse a la caza no tiene muchos deseos de ir allí, por lo cual el letrado relata el ejemplo del banquete del león. En ningún caso el segundo ejemplo insertado repercute en el primero. Aunque el segundo sea introducido por algunos de los personajes del primer relato, no nos hallamos aquí ante una narración del tipo que se da en la narrativa oriental.

No estamos simplemente ante meras técnicas de inserción de relatos. Hay, en el fondo, una forma diferente de entender el didactismo y transmitir una ejemplaridad. Los predicadores buscan formas narrativas simples, mientras que la tradición oriental, que ve en el ejemplo una forma de instrucción del gobernante, prefiere formas más complejas. Ambos tienen en común presentar categorías morales relativamente simples (el bien y el mal, Dios y el demonio, los santos y el diablo, la virgen y los pecadores, el castigo eterno y el paraíso celestial, etc.). Se trata de una misma forma de interpretar el mundo, aunque diversas formas de transmitir una ejemplaridad.

7. CRITERIOS DE ESTA ANTOLOGÍA

La tradición latina del ejemplo medieval es riquísima y multifacética y ha nutrido, como hemos visto más arriba, la cuentística vulgar. Puesto que en castellano ya hay varias antologías de cuentistas que escribieron en lenguas vulgares o sus obras están reiteradamente impresas y traducidas, he optado por presentar una antología que muestre especialmente el desarrollo y evolución del ejemplo latino.

El ejemplo latino no ha atraído mayormente la atención de los antologistas como sí lo ha hecho el ejemplo vulgar. Por tanto, esta antología no está hecha sobre la base de una antología previa, sino

en base a la búsqueda personal de autores y obras, lo cual ha implicado la utilización de una heterogeneidad de fuentes. Para *Rómulo* me he servido de la excelente edición de Thiele (1910) y no en la más deficiente de Hervieux (1894), para *Disciplina clericalis* me he basado en Lacarra-Ducay (1980), para Cesáreo de Heisterbach en Meister (1910), para Vitry en la canónica de Crane (1890), para Odo de Cheritón en Hervieux (1894), para la *Vida de Segundo* en Perry (1964), para Juan Gobi en Polo de Beaulieu (1991), para el *Directorio* en Geissler (I960), para la *Tabla* en Welter (1926), para los *Hechos* en Oesterley (1872), salvo para la «Historia de Apolonio» *(Hechos*, núm. 13) basada en Singer (1895). Creo con esto ofrecer una antología variada, aunque siempre se puedan señalar importantes omisiones en una tradición que —insisto— se caracteriza por su multifacetismo.

Los relatos fueron elegidos con el propósito de trazar un perfil del colector y de las colecciones. La recurrencia de ciertos relatos permitirá ver la tradicionalidad de algunos ejemplos, así como su paso de "proto-ejemplo» a «ejemplo» o viceversa. No quedó afuera el deseo de presentar una selección atrayente al lector más desinteresado, amante de estos viejos textos. Cada selección va precedida de una noticia general en la que desarrollo aspectos que no he podido incluir en la introducción. He colocado, además, notas que tienden a señalar la tradición del relato, su difusión en las literaturas hispánicas y aclarar su significación. Todos los cuentos van precedidos de un epígrafe. Cuando la tradición manuscrita no nos lo ha transmitido junto al cuento, yo mismo adiciono uno entre corchetes como una manera de identificar al ejemplo. En caso de que el cuento posea un epígrafe, lo conservo tal como ha sido legado por la tradición. He optado por conservar el bilingüismo que presentan algunos relatos, pues considero que es algo con lo que el autor ha jugado o contado. En el caso de cita de textos hispánicos en castellano antiguo, he optado por modernizarlos para facilitar su lectura.

CRONOLOGÍA

350-500Se compone el *Romulus* tomando

elementos de *Phaedrus* y otros cuentistas latinos. En total recoge ciento un relatos.

805-862 Lupus de Ferrières traduce en el monasterio de Fulda los *Dicta et facta* de Valerio Máximo, evidenciando la pervivencia del ejemplo antiguo en la Edad Media.

1095 El Papa Urbano III comienza la predicación de la Primera Cruzada en el Concilio de Clermont.

1099 Primera Cruzada. Toma de Jerusalén por los cruzados.

1106 Pedro Alfonso compone en Aragón la *Disciplina clericalis* basándose en fuentes orientales. Se produce así el primer contacto con la cuentística oriental.

1119 Fundación de la Orden de los Templarios en Jerusalén por Hugo de Payns y otros ocho caballeros franceses.

1140 Guillermo de Malmesbury compila la *Gesta regum anglorum* incorporando a su texto algunos ejemplos históricos.

1148 El Papa Eugenio III confía a San Bernardo de Clervaux la predicación de la Segunda Cruzada.

1150 Guillermo de Conches compila el *Liber moralis philosophorum*, florilegio de citas que no deja de intercalar pequeños relatos.

1155 Juan de Salisbury compone el *Policraticus*, tratado político que da cabida en su interior al

ejemplo antiguo, especialmente la tradición de los *Dicta et facta*. Esta obra fue tomada como modelo para muchos «espejos de príncipes» occidentales, entre ellos los *Castigos del rey don Sancho IV*.

1167 Guillermo Médico, monje de la abadía de San Denis, trae de Grecia unos manuscritos, entre ellos la *Vita Secundi*, que traduce al latín.

1190 El Papa Gregorio VIII requiere apoyo para la organización de la Tercera Cruzada. Muerte de Federico Barbarroja. Godofredo de Viterbo compone su obra historiográfica, el *Pantheon*, incorporando en ella algunos ejemplos, como la leyenda de Apolonio.

1198-1216 Pontificado de Inocencio III. Odo de Cheritón predica sus sermones y compone sus *Fabulae*.

1199 Muere Ricardo I Corazón de León en el sitio del castillo de Châlus.

1206 Predicación de Santo Domingo contra los cátaros. San Francisco se retira del mundo.

1209-1229 Inocencio III organizó la cruzada contra los albigenses que capitaneó Simón de Montfort. Jacques de Vitry predicará contra esta secta.

1215 Se celebra el IV Concilio de Letrán entre cuyas disposiciones se incluyen las de alentar la predicación extra muros y aprobar la predicación de la

Cuarta Cruzada.

1219-1223 Cesáreo de Heisterbach compone el *Dialogus miraculorum*, compendio de milagros relatados para sus novicios.

1225-1226 Cesáreo de Heisterbach compone sus *Libri octo miraculorum*, compendio de milagros que le fueron relatados o que fueron buscados por él mismo en sus lecturas.

1180-1260 Vive y predica Jacques de Vitry. Utiliza con regularidad ejemplos en sus sermones.

1228 Federico II inicia la Sexta Cruzada.

1230 Vicente de Beauvais comienza a escribir su *Speculum maius*, dividido en dos partes, el *Speculum naturale* y el *Speculum historíale*. En este último se incluyen gran cantidad de relatos, entre ellos la *Vita Secundi*.

1248 Inocencio IV predica la Séptima Cruzada que dirige Luis IX de Francia.

1250 Vicente de Beauvais reelabora su *Speculum maius* desprendiendo ahora el *Speculum doctrinale* del *naturale*.

1252 En el entorno de la corte del rey Alfonso X de Castilla se traducen el *Calila e Dimna*, el *Barlaam et Josafat* y otras obras de fuente árabe.

1253 Fundación de la Sorbonne. Don Fadrique, hermano de Alfonso X, traduce del árabe el *Sendebar*.

1268 Luis IX se pone al frente de la

Octava Cruzada.

1275 Compilación del *Liber exemplorum ad usum praedicantium*, primera colección de ejemplos ordenada alfabéticamente.

1277 Interdicción dictada en París contra las obras de Aristóteles por Étienne de Tempier. Se compila, tal vez en Francia, la *Tabula exemplorum*, colección alfabética de unos trescientos ejemplos.

1278 Traducción del hebreo del *Directorium humanae vitae* por el judío converso Juan de Capua, autor oriundo tal vez de esta ciudad, en Casería.

1292 El rey Sancho IV de Castilla toma Tarifa y bajo su protección se termina la compilación de los *Castigos del rey Sancho IV* para su hijo, el futuro Fernando IV de Castilla.

1294 Elección del Papa Bonifacio VIII.

1300 Se escriben las *Gesta romanorum*, colección de cuentos moralizados que recrea historias de la Antigüedad.

1323-1330 Juan Gobi compila en la abadía de Saint-Maximin la *Scala coeli*, colección de 972 relatos ordenados temáticamente.

1330 Se compila en el círculo del rey Alfonso XI de Castilla el *Libro del caballero Zifar*, historia caballeresca que incorpora gran cantidad de ejemplos tanto de tradición oriental como de tradición occidental.

ca. 1350 Se traducen al castellano las *Fabulae* de Odo de Cheritón bajo el título *Libro de los gatos*.

BIBLIOGRAFÍA

A. Aarne y Stith Thompson, *Los tipos del cuento folklórico. Una clasificación*, Helsinki, Academia Scientiarum Fennica, 1995.

C. Alvar, «Narrativa breve: tradiciones, adaptaciones, interpretaciones», *Crisol*, 4 (2000), 135-148.

R. Ayerbe-Chaux, *El Conde Lucanor. Materia tradicional y originalidad creadora*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1975.

W. Berges, *Die Fürstenspiegel des hohen und späten Mittelalters*, Leipzig, Hiersemann, 1938.

J. Berlioz, Claude Brémond y Catherin Velay-Vallantin, *Formes médiévales du conte merveilleux*, Paris, Stock, 1989.

J. Berlioz y Marie-Anne Polo de Beaulieu, *Les exempla médiévaux. Introduction à la recherche, suivie des tables critiques de l'Index exemplorum de Frederich C. Tubach*, Garae/Hesiode, Carcasona, 1992.

— (eds.), *Les exempla médiévaux: Nouvelles perspectives*, Paris, Honoré Champion, 1998.

H. O. Bizzarri, «La crítica social en el *Libro de los gatos*», *Journal of Hispanic Philology*, 12 (1988), 3-14.

—, «Técnicas del sermón medieval en el *Libro de los gatos*», *Cultura Neolatina*, 55 núms. 1-2 (1995), 103-116.

—, *Diccionario paremiológico e ideológico de la Edad Media (Castilla, siglo XIII)*, Buenos Aires, Secrit, 1999 (Incipit, Publicaciones, 5).

— (ed.), *Vida de Segundo (Versión castellana de la* Vita Secundi *de Vicente de Beauvais)*, Exeter, Exeter Hispanic Texts, 2000.

— (ed.), *Castigos del rey don Sancho IV*, Francfort del Meno-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 2001 (Medievalia Hispánica, 6).

—, *El refranero castellano en la Edad Media*, Madrid, Laberinto, 2004.

M. Boas, *Disticha Catonis*, recensuit et apparatu critico instruxit, opus post Marci Boas mortem edendum curavit Henricus Johannes Botschuyver, Amsterdam, North-Holland Publishing Company, 1952.

E. Bonnell (ed.), *M. Fabii Quintiliani. Institutio oratoria libri duodecim,* Leipzig, Teubner, 1905, 2 vols.

C. Bremond, Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt, *L'exemplum*, Turnhout-Belgium, Brepols, 1982 (Typologie des Sources du Moyen Âge Occidental, directeur: J. Genicot, fasc. 40).

Brunetto Latini, *Libro del tesoro. Versión castellana de Li livres dou trésor*, Ed. Spurgeon Baldwin, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1989

V. A. Burrus (ed.), *Esopete ystoriado (Toulouse 1488)*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Study, 1990.

L. Camarena y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos de animales*, Madrid, Gredos, 1997.

P. Carnes (ed.), *Proverbia in Fabula. Essays on the Relationship of the Fable and the Proverb*, Berna - Francfort del Meno-Nueva York-Paris, Peter Lang, 1988 (Sprichwörterforschung, t. 10).

G. Cary, *The Medieval Alexander*, Ed. B. J. A. Ross, Cambridge, Cambridge UP, 1956.

A. Cascón Dorado, *Fedro, Fábulas. Aviano, Fábulas. Fábulas de Rómulo*, Madrid, Gredos, 2005.

J. Corominas (ed.), *Libro de buen amor*, Madrid, Gredos, 1967.

V. Chauvin, *Bibliographie des Ouvrages arabes ou relatifs aux arabes publiés dans l'Europe chrétienne de 1810 à 1885*, Lieja, Imprimerie H. Vaillant-Carmanne, 1892-1922, 12 vols.

Th. F. Crane (ed.), *The Exempla or Illustrative Stories from tbe Sermones Vulgares of Jacques de Vitry*, Londres, The Folklore Society, 1890.

E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, traducción de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre, México, FCE, 1975, 2 vols.

B. Darbord (ed.), *Libro de los gatos*, París, Annexes des Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale, 1984, vol. 3.

H. Delehaye, *Les légendes hagiographiques*, Bruselas, Société des Bollandistes, 1927 (Subsidia Hagiographica, 27).

C. Delcorno, *L'exemplum nella predicazione volgare di Giordano da Pisa*, Venecia, Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti, 1972.

—, *Exemplum e Letteratura tra Medioevo e Rinascimento*, Bolonia, Il Mulino, 1989.

D. Devoto, *Introducción al estudio de don Juan Manuel y en especial de El Conde Lucanor. Una bibliografía*, Madrid, Castalia, 1972.

G. Dicke, *Die Fabeln des Mittelalters und der frühen Neuzeit*, Múnich, Wilhelm Fink Verlag, 1987 (Münstersche Mittelalter-Schriften, t. 10).

Dictionnaire de théologie catholique, Paris, Librairie Letouzey et Anê, 1925.

Du Change, *Glossarium mediae et infimae latinitatis*, Paris, Instituti Regii Franciae Typographi, 1840-1850, 7 vols.

E. Ducay (ed.), *Pedro Alfonso de Huesca. Diálogo contra los judíos*. Introducción J. Tolan, texto latino K.-P. Mieth, coordinación M. J. Lacarra, Zaragoza, Larumbe, 1996.

B. Dutton (ed.), *Gonzalo de Berceo. Obras completas. II. Los*

milagros de Nuestra Señora, Londres, Támesis, 1971.

R. Ellis (ed.), *The Fables of Avianus*, Hildesheim, Georg Olms Verlag, 1966.

Encyclopédie de l'Islam, E. J. Brill, Leiden, 1973.

Enzyklopädie des Märchens, Berlín-Nueva York, De Gruyter, 1979-1984.

A. C. Friend, «Master Odo of Cheriton», *Speculum*, 23 (1948), 641-658.

F. Geissler (ed.), *Beispiele der alten Weisen des Johann von Capua. Übersetzung der hebräischen Bearbeitung des indischen Pañcatantra ins lateinische*, Berlin, Akademie-Verlag, 1960 (Deutsche Akademie der Wissenschaften zu Berlin-Institut fur Orientforschung, Veröffentlichung núm. 52).

É. Gilson, «Michel Menot et la technique du sermon médiéval», en *Les idées et les lettres*, París, J. Vrin, 1955$_2$, págs. 93-154.

Fr. Glorie, *Variae collectiones aenigmatum merovingiae aetatis*, Turnholt, Brepols, 1968 (Corpus Christianorum, Series Latina, 132 y 133).

C. González (ed.), *El libro del caballero Zifar*, Madrid, Cátedra, 1983.

J. Greven (ed.), *Die exempla aus den Sermones feriales et communes des Jakob von Vitry*, Heidelberg, Carl Winter's Universitätsbuch-handlung, 1914 (Sammlung mittelalterlicher Texte, 9).

N. Guglielmi, *El Fisiólogo. Bestiario medieval*, Buenos Aires, Eudeba, 1971.

L. Hervieux (ed.), *Les fabulistes latins, depuis le siècle dAuguste jusqu'à la fin du Moyen Âge*, Paris, Firmin-Didot, 1893-1899, 5 vols.

A. Hilka y W. Söderhjelm (eds.), *Die Disciplina clericalis des Petrus Alfonsi (das älteste Novellenbuch des Mittelalters)*,

nach allen bekannten Handschriften, Heidelberg, Carl Winter's Universitätsbuch-handlung, 1911 (Sammlung mittelalterlicher Texte, 1).

J. E. Keller y L. J. Zahn (eds.), *Libro de los exemplos por a.b.c.*, Madrid, C.S.I.C., 1961.

— y R. W. Linker (eds.), *Barlaam e Josafat*, Madrid, C.S.I.C., 1979.

R. Kinkade (ed.), *Los 'Lucidarios' españoles*, Madrid, Gredos, 1968.

A. H. Krappe, «Les sources du *Libro de los ejemplos*», *Bulletin Hispanique*, 34 (1933), 5-54.

W. Krömer, *Formas de la narración breve en las literaturas románicas hasta 1700*, Madrid, Gredos, 1973.

M. J. Lacarra, *Cuentística medieval en España: Los orígenes*, Zaragoza, Departamento de Literatura Española, 1979.

—, «El *Libro de los gatos*: Hacia una tipología del 'enxienplo'», en *Formas breves del relato (Coloquio. Febrero de 1985)*, Zaragoza -Departamento de Literatura Española-Universidad de Zaragoza, 1986, págs. 19-34.

—, «Enxenplo de un obispo que bivia deleitosamente. La leyenda de Udo de Magdeburgo en la tradición peninsular», *Diablotexto*, 3 (1996), 173-186.

— (ed.), *Sendebar*, Madrid, Cátedra, 1989.

— (coord.), *Estudios sobre Pedro Alfonso de Huesca*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1996 (Colección de Estudios Alto-aragoneses, 41).

—, *Cuento y novela corta en España. 1. Edad Media*, Prólogo general de Maxime Chevalier, Barcelona, Crítica, 1999.

— y E. Ducay (eds.), Pedro Alfonso, *Disciplina clericalis*, Zaragoza, Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses, 1980.

— y J. M. Cacho Blecua (eds.), *Calila e Dimna*, Madrid, Castalia, 1985.

M. E. Leach (ed.), *Amis and Amilioun*, Londres, 1937 (Early English Text Society, 203).

F. Lecoy, *Recherches sur le 'Libro de buen amor' de Juan Ruiz*, with a New Prologue, Supplementary Bibliography and Index by A. D. Deyermond, Londres, Gregg International, 1974.

Lexikon des Mittelalters, Múnich, Lexma Verlag, 1977-1980, 10 vols.

Lexikon für Théologie und Kirche, Friburgo-Basilea-Roma, 1997-2001, 11 vols.

M. R. Lida de Malkiel, *Estudios de literatura española y comparada*, Buenos Aires, Eudeba, 1969.

P. Linehan, *La iglesia española y el papado en el siglo XIII*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1975.

A. G. Little (ed.), *Liber exemplorum ad usum praedicantium saecula XIII compositus a quodam Fratre Minore de Provincia Hiberniae*, Aberdeen, 1908.

D. W. Lomax, «The Lateran Reform and Spanish Literature», *Ibero-romania*, 1 (1969), 299-313.

M. Manitius, *Geschichte der Lateinischen Literatur des Mittelalters*, Múnich, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1911-1931, 3 vols.

F. Marx, (ed.), *Ad Herennium de ratione dicendi*, Stuttgart-Leipzig, Teubner, 1993.

A. Meister (ed.), *Die Fragmente der Libri VIII Miraculorum des Caesarius von Heisterbach*, Freiburg im Breisgau, 1910 (Römische Quartalschrift fur christliche Alterthumskunde und fur Kirchenge-schichte, 13- Supplementheft).

P. Meyer (ed.), *Les contes moralisés de Nicole Bozon, frère mineur, publiés pour la première fois d'après les manuscrits de Londres et de Cheltemham*, Paris, Librairie de Firmin-Didot, 1889.

J. F. Niermeyer, *Mediae latinitatis lexicon minus*, Leiden, J. Brill,

1976.

H. Oesteley (ed.), *Gesta romanorum*, Berlin, Weidmann, 1872.

B. E. Perry, «The Origin of the Book of Sindibad», *Fabula*, 3 (I960), 1-94.

—, *Secundus the Silent philosopher*, Ithaca - Nueva York, The American Philological Association, 1964.

M.-A. Polo de Beaulieu (ed.), *La scala coeli de Jean Gobi*, París, Édition du Centre de la Recherche Scientifique, 1991.

F. Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1979-1987, 4 vols.

G. Serés, (ed.), *Don Juan Manuel. El Conde Lucanor*, Barcelona, Crítica, 1994.

S. Singer, *Apollonius von Tyrus. Untersuchungen über das Fortleben des antiken Romans in späten Zeiten*, Halle, Max Niemeyer, 1895.

—, *Sprichwörter des Mittelalters*, Berna, Verlag Herbert Lang & Cie, 1944-1947, 3 vols.

J. Strange (ed.), *Caesarii Heisterbacensis monacii ordinis cisterciensis. Dialogus miraculorum*, Textum ad quatuor codicum manuscriptorum editionisque principes fidem, Colonia-Bonn-Bruselas, 1851, 2 vols.

Thesaurus Proverbiorum Medii Aevi. Lexikon der Sprichwörter des romanisch-germanisch Mittelalters, begründet von S. Singer, Berlín-Nueva York, Walter de Gruyter, 1995-2002, 14 vols.

G. Thiele (ed.), *Der lateinische Äsop des Romulus und die Prosa-Fassungen des Phädrus*, kritische Text mit Kommentar und einleitenden Untersuchungen, Heidelberg, Carl Winter's Universitäts-buchhandlung, 1910.

T. Tomasek, *Das deutsche Rätsel im Mittelalter*, Tubinga, Max Niemeyer Verlag, 1994.

F. C. Tubach, «Exempla in the Decline», *Traditio*, 18 (1962),

407-17.

Verfasserlexikon, Berlín-Nueva York, Walter de Gruyter, 1978-2001, 11 vols.

P. Von Moos, *Geschichte als Topik. Das rhetorische Exemplum von der Antike zur Neuzeit und die Historiae im Policraticus Johanns von Salisbury*, Georg Olms Verlag, Hildesheim - Zurich - Nueva York, 1988.

S. de la Vorágine, *La leyenda dorada*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, 2 vols.

H. Walther, *Lateinische Sprichwörter und Sentenzen des Mittelalters in alphabetischer Anordnung*, Gottingen, Vandnhoeck & Ruprecht, 1966, 6 vols.

J.-Th. Welter (ed.), *Le speculum laicorum. Édition d'une collection d'exempla composée en Angleterre à la fin du XIIIe siècle*, París, 1914.

— (ed.), *La Tabula exemplorum secundum ordinem alphabeti. Recueil d'exempla compilé en France à la fin du XIIIe siècle*, Paris-Toulouse, 1926.

— (ed.), *L'exemplum dans la littérature religieuse et didactique du Moyen Âge*, Paris-Toulouse, Occitania, 1927.

— (ed.), *Un nouveau recueil franciscain d'exempla de la fin du XIIe siècle*, Société et Librairie Saint François D'Assise, 1930.

RÓMULO

LIBRO DE FÁBULAS DE ESOPO
(Romulus)

Esta colección de fábulas atribuidas a un tal Rómulo constituye una de las más antiguas manifestaciones de la tradición esópica en la Edad Media. Su autor no conoció la obra en griego de Esopo, pese a que así lo afirme en la epístola inicial, pero sí sus derivados. Constituyó su colección a partir de la tradición latina de estas fábulas, conocida bajo el nombre de *Fedro*. Pero Rómulo no se limita a transcribir las fábulas, más bien las parafrasea, reorganiza su orden y simplifica los cinco libros de su fuente en dos. A esto suma otros materiales. Hay un grupo de tres fábulas que no están en *Fedro* y que Thiele (1910) indicó como pertenecientes a una obra perdida que designó como *Esopo latino*. Hay, además, veinte desconocidas. Ocho de esas fábulas se hallan también en forma casi literal en la colección del comentarista Pseudo-Dositheus. Las restantes, parecen haber sido creadas a partir de la imitación del estilo de *Fedro*.

En total, la obra consta de ciento una piezas. De estas, las dos primeras son introductorias, una carta de Rómulo dirigida al hijo de Tiberio, ambos personajes ficticios, y una carta de Esopo dirigida al maestro Rufo. La última, «La estatua de Esopo», es una pieza de cierre de la colección. Quedan en total noventa y ocho fábulas.

Hay algunas piezas dentro de la colección que denotan un esquema estructural. La fábula núm. 1, «La gallina y la perla», está orientada no a impartir una enseñanza moral abstracta, sino a

advertir sobre la lectura de la colección. Luego, la fábula núm. 10, «El calvo y el jardinero», introduce el nuevo prólogo para el libro II. La fábula núm. 11, «Júpiter y las ranas», ilustra la moralidad que cierra al prólogo II. Las fábulas 15 y 16 son como un contrapunto. Ambas tratan de leones, uno encarna la prudencia, el otro la estupidez. En ambos relatos hay un elemento que los une: la espina.

La tradición textual de esta colección se divide en dos ramas bien definidas. Una conocida como *recensio gallicana*, cuyo códice más antiguo es del siglo X (Ms. Burneianus 59 de la British Library), que conserva un total de ochenta y una fábulas. Dentro de este grupo se distingue el códice Vossianus Lat. 8o 15 de la Biblioteca Universitaria de Leiden, designado como *recensio Ademari*, que perteneció al presbítero Chabanais. Fue escrito hacia el año 1025, en el Monasterio de San Martial de Limoges, y posee un total de sesenta y siete fábulas. La otra rama de la tradición es designada como *recensio vetus*, cuyo códice más antiguo es el Ms. Weiβenburger, Gudianus Lat. 148 de la Herzog August Bibliothek Wolfenbüttel, del siglo X, que posee cincuenta y seis fábulas. Ambas tradiciones, pues, se remontan al siglo X, aunque la división en ramas debió de ser muy anterior.

Nada sabemos del autor ni de la fecha de composición. Ciertos nombres de animales parecen indicar el origen galo del autor, aunque esto no es definitorio. Mayores datos pueden hallarse para determinar su fecha de composición. La fábula núm. 23 hace una enumeración de las huestes del rey acorde a la que había en la época de Constantino. La fábula núm. 15 recrea el mundo del imperio en el siglo IV. Las fábulas núm. 15 y 20 transmiten una visión del mundo cristiana. Todo hace pensar que la obra debió de ser escrita entre el 350 y el 500.

Las fábulas siguen un esquema que puede ser transgredido. Las encabeza una sentencia, llamada *promitio*, le sigue el relato y finalizan con otra sentencia llamada *epimitio*. Algunas, como la núm. 9, no tienen epimitio. En la núm. 22 la sentencia final pudo haber sido desplazada por el discurso de Juno. Hay algunas fábulas, como las núm. 6 y 19, que presentan un relato dentro de otro relato, pero este segundo no repercute sobre la narración inicial como sí ocurre en la cuentística oriental.

La colección de Rómulo tuvo una amplia difusión. De ella tomó

Simphosius (siglo X) los enigmas relativos a animales; Vicente de Beauvais (siglo XIII) interpoló una selección de sus fábulas tanto en el *Speculum historíale* como en el *doctrinale*; hay varias paráfrasis, como el *Romulus Nilantinus* (siglo XI), el *Romulus anglici* (siglo XII) y el llamado *Romulus ulmensis*, editado por H. Steinhöwels en 1476, a partir de un manuscrito perdido del siglo X.

En suma, Rómulo no es sólo un transmisor de las fábulas de *Fedro*, sino un renovador de su tradición.

[EPÍSTOLA DE RÓMULO] [1]

¡De Rómulo al hijo de Tiberio, de la ciudad de Ática!

Esopo, un hombre griego e ingenioso, enseñó a sus esclavos lo que los hombres deben respetar. Con el deseo de mostrar la vida y sus costumbres, presentó aves, árboles, animales y ganados que hablan y escribió fábulas de todo tipo. Y para que los hombres entendieran y supieran para qué fue inventado el género de las fábulas, las narró clara y brevemente. Puso los males junto a las verdades, reunió los puros a los buenos, escribió las calumnias de los malos, las razones de los malvados; enseñó que los débiles sean humildes, que se guarden mejor de las palabras lisonjeras y muchas otras cosas y miserias que puso en estos ejemplos.

Yo, Rómulo, traduje este libro de la lengua griega a la latina. Si, pues, lo leyeras, oh hijo de Tiberio, y con buen ánimo prestaras atención, encontrarás mezcladas bromas que a ti te multiplicarán la risa y aguzarán el ingenio.

[EPÍSTOLA DE ESOPO]

¡De Esopo al maestro Rufo!

Te entrego mi obra, querido Rufo. Tendrás escrito en pergaminos y con radiante belleza lo que has obtenido de mí. Acepta este regalo como el precioso labio adornado con piedras de diverso color. Que tengas una vida agradable en espera de los maduros años de la vejez, que vivas siempre feliz con amigos, estés libre de mujer lujuriosa, impongas disciplina a los siervos, distingas bien las promesas de los tuyos y leas atento las fábulas; y a no ser que por casualidad el lector juzgue el error como ignorancia, verás

que serán narradas por tus siervos las soluciones a los problemas que plantea cada fábula [2]. En el pasado, antiguas y pocas fueron las fábulas; sin embargo, para que fuera el conjunto mayor, añadí otras nuevas escritas por mí clara y brevemente. Coloqué los males junto a las verdades, reuní los puros con los buenos, mostré los caminos de los malos, confirmé el de los buenos. Siga cada uno lo que quiera. Por todas estas cosas, no es pequeña mi labor para el docto y el inteligente. Para que cualquiera sepa para qué fueron inventadas las fábulas, enseñé mostrando a los que desean leer la vida y las costumbres de los hombres.

1

[LA GALLINA Y LA PERLA] [3]

Primeramente este Esopo puso una fábula que habla de él mismo.

Mientras buscaba comida, una gallina encontró en el estercolero una margarita que yacía en un lugar que era indigno para ella. Ni bien la vio, dijo:

—¡Objeto precioso que yaces en el estercolero! Si deseoso de riqueza te hallase, con qué gozo te recogería para que brillaras con el antiguo esplendor de tu belleza. Yo te encontré tirado en este lugar, pero ahora quiero comida. Ni yo a ti te aprovecho ni tú a mí.

Esto narra este Esopo a los que leen esto y no lo entienden [4].

2

[EL LOBO Y EL CORDERO] [5]

Esopo narró esta fábula que trata sobre el ingenuo y el falso.

El cordero y el lobo llegaron sedientos por diferentes caminos al río. En lo alto bebía el lobo y, alejado de él, en la parte inferior, el cordero. El lobo, cuando vio al cordero, le dijo:

—Me ensuciaste el agua que iba a beber.

El cordero, paciente, respondió:

—¿De qué modo pude ensuciar el agua que baja de donde estás tú hasta mí?

El lobo no se avergonzó con la verdad, y dijo:

—¡Me injurias!

Respondió el cordero:

—¡No te injurié!

Insistió el lobo:

—Hace seis meses que lo hiciste.

El cordero respondió:

—Entonces yo no había nacido.

Así el lobo con malvado rostro, le dijo:

—Y todavía tienes el arrojo de hablar, ladrón.

E inmediatamente se dirigió hacia él y le arrebató al ingenuo la vida.

Esta fábula se dice de aquellos que son engañados por los hombres.

3

[LA RANA Y EL RATÓN] [6]

Quien piensa cosas adversas al bien de otro no escapa a la pena [7]. Sobre esto, escucha esta fábula.

El ratón, queriendo pasar el río, le pidió auxilio a la rana. Ella se dirigió hasta un grueso lino, sujetó al ratón a su pie y comenzó a nadar. En medio del río, la rana se sumergió para arrebatar la vida al mísero ratón. Éste, que era robusto, aún tenía fuerzas; de repente vino un milano volando hacia él, lo arrebató con las uñas y al mismo tiempo arrastró con él a la pesada rana.

Así acontece a aquellos que piensan en contra del bien de otro.

4

[EL PERRO CON EL TROZO DE CARNE] [8]

Deja lo que es suyo quien desea ávidamente tomar lo ajeno. De

estos, cuenta así la fábula de Esopo.

Un perro que pasaba por el río tenía un trozo de carne en la boca. Como vio su reflejo en el agua, abrió la boca para tomar la otra presa. Inmediatamente, aquel trozo de carne que llevaba en la boca se le cayó, lo arrastró el río y desapareció bajo el agua. Así no pudo obtener lo que codiciaba y perdió aquella presa que llevaba en la boca.

Si alguien desea lo ajeno, mientras más lo desea, pierde lo suyo.

5

[LA PARTICIÓN DE LA PRESA] **[9]**

Se dice en el proverbio: Nunca es justa la partición del poderoso con el pobre. Sobre esto veamos qué narra esta fábula.

La vaca, la cabra y la oveja, que eran compañeras, fueron juntas hasta el león. Como en el bosque cazaron un ciervo, en el momento de hacer la partición, dijo el león:

—Yo me sirvo primero porque soy el león; la segunda parte es mía porque soy más fuerte que vosotras; la tercera reclamo para mí porque corro más que vosotras; quien la cuarta toque, me tendrá por enemigo.

Así con perversidad toda aquella presa retuvo sólo para sí.

6

[LA BODA DEL SOL] **[10]**

Nadie cambia su naturaleza, pero de malo nace peor, lo cual prueba esta fábula.

Los vecinos, que eran todos ladrones, asistían a unas bodas. Entonces llegó un sabio para felicitarlos y ni bien los vio comenzó a decir:

—¡Prestad atención a vuestras alegrías! El sol quiso tomar mujer, hecho que reprobó todo el pueblo, y entonces con insistencia no dejaron de gritar a Júpiter. Éste, conmovido por aquellos gritos,

buscó las causas del daño. Entonces uno de ellos le dijo:

—El sol es uno y, cuando se aparta de su curso, con su gran calor perturba a todos. ¿Cuál será nuestro futuro, cuando el sol tenga hijos?

7

[LA CULEBRA DESAGRADECIDA] [11]

Quien auxilia al malo sabe que se equivoca, pues cuando este haya sacado provecho, sabe que lo dañará. Por tanto, escuchemos esta fábula.

Estando una culebra endurecida por el frío y el hielo, un hombre, que sintió piedad de ella, se la llevó a su casa, la tuvo con él y la calentó durante todo el invierno. Con el paso del tiempo, la culebra se sintió restablecida y comenzó a dañar con su veneno. Y como no se marchó agradecida, quiso dañar al hombre.

Sepan aquellos esta fábula, que con su voluntad cobijan a los ingratos que, cuando se quieren ir, los dañan.

8

[EL RATÓN DE CAMPO Y EL RATÓN DE CIUDAD] [12]

Es mejor vivir seguro en la pobreza que consumir la riqueza en el tedio, según se prueba por esta breve fábula del autor.

Un ratón de ciudad iba por el camino y fue recibido como huésped por otro ratón. El ratón de campo lo invitó a una casulla y le ofreció bellota y cebada. Luego, al despedirse, el ratón de ciudad rogó al ratón del campo que viniera con él a almorzar a su casa. Así lo hicieron y ambos marcharon. Entraron a una casa lujosa, que tenía llena la despensa de ricos manjares. Cuando el ratón se los mostró, le dijo:

—Disfruta conmigo, amigo, que estos manjares nos sobran diariamente.

Y cuando se habían servido muchos alimentos, de pronto

apareció el despensero y empujó la puerta de la despensa. Con el horrendo estrépito, los ratones intentaron la fuga por diversos lugares. El ratón de ciudad rápidamente se escondió en una cueva que conocía. Pero aquel mísero campesino, ignorante, huyó por las paredes creyendo estar próximo a la muerte. Cuando se marchó el despensero del almacén cerrando la puerta, dijo el ratón de ciudad al campesino:

—¿Por qué te turbaste al huir? Gocemos, amigo, de estos bienes; nada receles ni temas.

El campesino le respondió:

—Tú goza de todos estos bienes y no temas, ni te asustes, ni la turbación cotidiana te aterre. Yo vivo pobremente en el campo donde en cualquier parte estoy alegre: ningún temor me aterra ni ningún peligro corporal. Tú vives angustiado, sin embargo, nada es suficiente para ti por más que tengas una amplia ratonera o te coma el gato cuando te capture.

Esta fábula increpa a aquellos que se unen a los más ricos para disfrutar de algunos de los bienes que la fortuna no les dio. Deseen los hombres pobre vida y estarán seguros en su pequeña casa.

9

[EL CUERVO CON EL TROZO DE QUESO EN LA BOCA] [13]

Aquellos que gozan en engañarse con palabras lisonjeras, se arrepienten luego con el engaño. Sobre ellos es esta fábula.

Luego que el cuervo robó un queso de una ventana, se marchó a lo alto de un árbol. La zorra, cuando lo vio, le dijo:

—Oh cuervo, ¿qué se compara a ti? ¡Y cuán grande es la belleza de tus plumas! ¡Cuál sería tu belleza si tuvieses una voz sonora! Ningún ave sería superior a ti.

Y el cuervo, queriendo complacer a la zorra y mostrar su voz, gritó muy fuertemente en lo alto del árbol y, olvidándose del queso, se le cayó de su boca abierta. La astuta zorra se lo arrebató ávidamente con los dientes. Entonces el cuervo se levantó y alejándose con estupor se arrepintió de haberse dejado engañar. Pero después de hecho el daño en forma irreparable, ¿de qué vale

arrepentirse?

10

[EL CALVO Y EL JARDINERO] [14]

Un calvo pidió a un vecino jardinero que le diera alguno de sus melones. Éste, burlándose, le dijo:

—Anda calvo, anda, no te quiero dar de mis melones porque tú eres tosco. Invierno y verano siempre tienes males: tu calvicie tiene sobre tu frente moscas y tábanos que comen y beben la sangre de tu cabeza calva y luego excrementan sobre ti.

El calvo, enfureciéndose, lo cogió de los cabellos para cortárselos con la espada. El jardinero tomó un melón y golpeó al calvo en la frente. El calvo, siendo más diestro, le cortó la cabeza.

Quien no distribuye los bienes a los que se lo piden no da buenas palabras ni respuestas.

[PRÓLOGO AL LIBRO II]

Todo tipo de fábulas se prueba en los hombres. ¿Quién no es malo sino el hombre y quién no es bueno sino el hombre? Gran cosa es comprender la vida y costumbres de los hombres, sin embargo, soy audaz al escribir brevemente estas fábulas. Diré los hechos de los buenos y de los malos. En cuanto a esto, viva seguro aquel que no tiene qué temer.

11

[JÚPITER Y LAS RANAS] [15]

Los atenienses eran buenos y libres, a nada tenían temor y ellos mismos se gobernaban. Un día pidieron que se les otorgara un jefe que reprimiera y castigase las costumbres de los malos. Muchos se aterrorizaron. Unos temían ser apresados; otros eran castigados y se dolían de que se hiciese bajo pretexto de corrección, porque los

miserables hacían mucho mal y porque los atenienses, oprimidos con esta ley, temían grave peligro, no porque el jefe fuese cruel, sino porque ellos, desacostumbrados a vivir bajo el peso de esta ley o porque no estaban acostumbrados a vivir sirviendo la voluntad de otro, les resultaba este jefe una pesada carga de sufrir y entonces, arrepentidos, lloraban su penitencia. Entonces Esopo contra tales como éstos narra la siguiente fábula:

Las ranas, que vivían ociosas en libres pantanos y lagunas, a grandes gritos pidieron a Júpiter un rey que corrigiera a los que erraban [16]. Como ellas insistieron, Júpiter se burló.

Entonces nuevamente dieron gritos. Y como no vieran ninguna señal a su reclamo, comenzaron a rogar con más fuerza. Júpiter, apiadándose, vio la ingenuidad de las ranas y envió a la laguna un gran leño, que con el gran ruido que hizo al caer todas huyeron aterrorizadas. Luego una rana alargó su cabeza hasta el leño queriendo conocer al rey de todas ellas. Cuando vio el leño, llamó a todas para que lo vieran. Algunas nadaron llenas de temor a saludar al gran rey. Luego, como vieron que ningún hálito de vida había en el leño, subieron sobre él y comprendieron que no era nada y lo pisotearon con los pies. Una vez más comenzaron a rogar por un jefe. Entonces Júpiter les envió un «idro», esto es, una gran culebra, que comenzó a devorarlas una tras otra. Entonces llorando elevaron sus voces al cielo:

—¡Ven aquí, Júpiter, que morimos!

Y Júpiter les respondió desde lo alto:

—Cuando vosotras pedisteis un rey, no quise dároslo; como insististeis, y como no quisisteis aceptar al bueno, soportad al malo.

Para que alguien viva seguro, no tenga temor a nada.

12

[LA MONTAÑA PARTURIENTA] [17]

Donde hay temor y gran terror, con frecuencia nada hay, como esta fábula enseña.

Un monte sufría dolores de parto y daba grandes gritos. Todos los pueblos de aquella región, cuando lo escucharon,

inmediatamente se alteraron y se aterrorizaron. Ninguno podía atender sus negocios. El monte se sacudió con un fuerte ruido. El dicho monte que lanzaba grandes gemidos luego dio a luz un ratón. La fama de este suceso voló y aquellos a los que el temor había invadido, recobraron el espíritu, y lo que creían malo, devino para todos en nada.

13

[LA PERDIZ Y LA ZORRA] **[18]**

Mientras la perdiz estaba sentada en un lugar muy alto, llegó la zorra y le dijo:

—¡Qué hermosa es tu cara! Tus piernas son como rosal **[19]**, tu boca es como coral. Pues si durmieras, más hermosa serías.

Creyendo en ella, la perdiz cerró los ojos e inmediatamente la zorra la atrapó y la perdiz envuelta en lágrimas dijo:

—Por virtud de tus artes te pido que antes digas mi nombre y luego me devores.

Y cuando la zorra quiso decir el nombre de la perdiz, abrió la boca y la perdiz escapó. Lamentándose, dijo la zorra:

—¡Ay de mí!, ¿qué necesidad tuve de hablar?

Respondió la perdiz:

—¡Ay de mí!, ¿qué necesidad tenía de dormirme ante quien no respeta el sueño?

Algunos cuando no les es necesario hablan y, cuando conviene vigilar, duermen.

14

[LA RANA INFLADA] **[20]**

Si algún pobre quiere igualarse a un poderoso, revienta. Sobre este asunto el autor compuso esta fábula.

En el prado una rana vio alimentarse al buey. Pensó que podría llegar a hacerse igual a aquél si inflaba su arrugada piel. Se infló

con fuerza y preguntó a sus hijos:

—¿Soy como este buey?

Dijeron:

—¡No!

Entonces se infló aún más y dijo a los suyos:

—¿De este modo?

Respondieron:

—¡No eres para nada igual!

Como se infló por tercera vez, reventó su piel y murió.

Por tanto, sea cauto con este ejemplo quienquiera que intente ser más de lo que es. Y en el vulgo se dice: No quieras inflarte para no reventar **[21]**.

15

[EL LEÓN AGRADECIDO] **[22]**

Deben los poderosos retribuir favores a los pobres; incluso si hubiera pasado mucho tiempo, no debe ser olvidado. Así lo prueba esta fábula.

Un día mientras el león vagaba por la selva, llevando prisa pisó un tronco y, aglutinada la sangre dentro de su herida, comenzó a cojear. La fiera fue al encuentro de un pastor y comenzó a mover su cola suspendiendo al mismo tiempo el pie herido. Pero el pastor, atemorizado al ver avanzar hacia sí al león, le ofreció sus reses creyendo que el león deseaba comida. Pero el león no quería comida, sino más bien medicina para su herida y, sin detenerse, apoyó el pie en el pecho del pastor. Éste, cuando vio la herida y la gran contusión, comprendió lo que le pasaba. Tomó una aguda lezna y poco a poco abrió la herida. Curó la contusión, sacó la sangre y la astilla. El león sintió el alivio y como pago por la medicina lamió con su lengua la mano del pastor. Se sentó un momento a su lado, recobró energía y se marchó ya sano **[23]**.

Pasado mucho tiempo, este león fue apresado para que estuviese en la arena de un anfiteatro y allí corriera. El pastor, apresado por un crimen, fue echado a las bestias en ese mismo lugar donde estaba encerrado el león. El pastor fue arrojado a la arena justo ante

la puerta del león. Éste, que siempre acudía con ímpetu, ahora se paseaba lentamente, hasta que llegó donde estaba el pastor y ni bien lo vio, lo reconoció. Levantó los ojos y el rostro hacia el pueblo lanzando un gran rugido. Luego rodeó el podio y allegándose al encargado de las bestias se sentó junto a él, lo invitó a que volviera a sus cosas y regresó hasta el pastor. Éste reconoció tener delante de sí el león de otro tiempo; observó que era aquel que había nacido en la selva y a quien había curado la contusión. Se envió al león para que lo matara, pero el león no lo mató, más bien lo defendió. El pueblo, cuando esto vio, comenzó a asombrarse y preguntaron al encargado de las bestias el motivo de aquello, y cuando el encargado reveló la causa al pueblo, todos reclamaron con grandes votos la indulgencia para aquel hombre e inmediatamente fueron enviados el león a la selva y el pastor a su casa.

Esto debe ser señalado para que todos los hombres se devuelvan recíprocamente los buenos favores recibidos.

16

[EL LEÓN Y EL CABALLO INTELIGENTE] [24]

Algunos no conocen ninguna habilidad; éstos se meten en peligros, así como esta fábula nos enseña.

El león muy fuerte vio al caballo paciendo en el prado. Y para engañarlo con astucia, se aproximó a él simulando ser no sólo su amigo sino también médico. El caballo intuyó el engaño, pero, sin embargo, no rechazó su ayuda. Así, le vino a la mente una idea. Fingió, levantando el pie, tener una espina clavada.

—¡Hermano, dijo, ayúdame, compañero, que llegaste hasta aquí! ¡Ayúdame, que me clavé una espina!

El león, aparentando compasión, se acercó disimulando su engaño y el caballo rápidamente le dio fuertes coces. El cuerpo enemigo del león cayó y el tonto permaneció desvanecido en tierra durante largo tiempo. Cuando recobró el conocimiento, no vio al caballo por ningún lugar. Notó que su cabeza, el rostro y todo su cuerpo estaban lastimados, y dijo:

—Con justa razón fui víctima del caballo, que siempre yo

llegaba como carnicero y ahora me acerqué simulando engaño como si fuera amigo y médico ante quien debí venir como enemigo, según acostumbraba.

Así esto enseña: sé lo que eres y no quieras mentir [25].

17

[LA VIUDA DE ÉFESO] [26]

Casta es aquella mujer que no permite lo indebido [27]. De donde el autor de este título coloca la siguiente fábula.

Una mujer había perdido a su marido, se dirigió al mausoleo donde su marido había sido colocado para que allí pasara sus lúgubres días. Sucedió que alguien cometió un delito y recibió como condena ser crucificado. Le pusieron como custodio un soldado para que sus compañeros no lo robaran durante la noche. Éste, que era observado por el pueblo, cansado, se acercó sediento al mausoleo para pedir un poco de agua. La recibió, bebió y después se marchó. Y como allí vio a la hermosa viuda, volvió para consolarla. Lo hizo así una segunda y una tercera vez. Mientras con frecuencia se sentía atraído a ir hasta donde estaba la viuda, fue sustraído aquel cuerpo que pendía en la cruz. De regreso al lugar del castigo, el soldado no encontró al crucificado y, tornando hasta la mujer, se echó a sus pies y le dijo:

—¿Qué haré?, ¿qué haré? ¡Ayúdame! ¡Necesito tu consejo!

Ella, compadeciéndose del soldado, levantó al marido del lugar donde reposaba y en la noche lo colocó en la cruz. Así ocultaron con engaño el delito. El soldado pudo apreciar la misericordia de la mujer. La mujer no se avergonzó de su daño y, si primero fueron tomados por inocentes, luego ambos admitieron el engaño [28].

Los muertos tienen por qué dolerse, y los vivos por qué temer.

18

[LA MERETRIZ Y EL JOVEN] [29]

Sobre las meretrices el autor nos narra esta fábula, porque las mujeres desvergonzadas con su astucia dominan a los hombres.

Una meretriz era muy pérfida y engañaba a un joven al que a menudo afligía con afrentas, pero él fácilmente se excitaba debido a que mantenía relaciones con ella. Le dijo:

—Aunque muchos con altos cargos sobre mí contiendan, yo verdaderamente te amo más a ti y te tengo más afecto.

Y el joven, aunque muchas veces fue engañado por ella, sin embargo, respondió afablemente:

—Tú eres para mí mi luz, no porque me sirvas fielmente, sino porque eres para mí encantadora.

Así, con palabras se engañaron mutuamente.

Pues los hombres simples, si por casualidad se hallan desnudos, así se embellecen.

19

[ESOPO Y EL HIJO SALVAJE] **[30]**

Conviene dominar a algunos cuando son menores, puesto que es difícil hacerlo cuando son mayores.

Un padre de familia tenía un hijo indómito. Cada día se quedaba afuera de la casa y los sirvientes eran por esto golpeados. Entonces el autor relata esta fábula.

Un campesino unció un ternero a su buey mayor. Pero el ternero con las coces y los cuernos rechazaba el yugo que tenía puesto en el cuello. Y como el ternero aterrorizaba al buey, el campesino le dijo:

—No os uno para que trabajéis, sino porque quiero domar al menor, pues si lastima a alguien con coces y cornadas lanzadas al aire, será castigado con piedras y azotes.

Por tanto, conviene domesticar a los hijos mientras son pequeños **[31]**.

20

[EL PERRO Y EL LOBO] **[32]**

La fábula del autor narra brevemente lo dulce que es la libertad. Toda libertad es una forma de bienestar. Así, en los libres hay violencia, en los siervos virtud y gloria. En efecto, vemos a los siervos tener mucho y nada a los que son libres.

Una vez el perro y el lobo se encontraron en la selva. Dijo el lobo al perro:

—¿Por qué, hermano, estás tan robusto?

El perro le respondió:

—Soy guardián del señor contra los ladrones que puedan venir y nadie puede entrar en la casa por ninguna parte. En la noche, si por casualidad viene un ladrón, lo delato. Me dan del pan, el señor me ofrece huesos iguales y abundantes. Me ama toda la familia y me arrojan todo lo que les sobra. Me dan lo que desdeñan de cada una de las comidas. Así mi vientre se llena. Me echo bajo un techo acogedor. El agua es abundante para mí. Así, ocioso, paso la vida.

Y el lobo, contento, dijo:

—Hermano, tú tienes muchos bienes; yo quisiera que éstos me alcanzaran para así, ocioso, hartarme con la comida y vivir bajo un mejor techo.

El perro le respondió al lobo:

—Si crees que es bueno para ti, ven conmigo. Nada hay que temer.

Cuando caminaban juntos, vio el lobo el cuello del perro marcado por una cadena; y dijo:

—¿Qué es esto, hermano? ¿Qué yugo marcó tu cuello?

Y el perro le dijo:

—Porque soy violento, durante todo el día permanezco atado; en la noche me liberan y paseo suelto por la casa; donde quiero me echo a dormir.

Pero el lobo respondió al perro:

—No es para mí este trabajo. Goza de estas cosas que alabaste. Quiero vivir libre y que me venga en suerte cualquier cosa. Quiero andar libre allí por donde quiera, sin que ninguna cadena me retenga ni ninguna causa me lo impida. Los caminos están abiertos para mí en el campo, la entrada a los montes; el temor no existe para mí; más bien gusto del rebaño; me burlo de los canes con ingenio. Tú vive como acostumbras. Yo, como acostumbro, llevaré mi vida [33].

21

[EL MONO EN LA CORTE DEL LEÓN] [34]

Hablar ante los tiranos es pena y callar tormento, como prueba la siguiente fábula.

Cuando las fieras eligieron como rey al fortísimo león, quiso, según era costumbre en el reino, lograr buena fama. Y, renunciando a los hechos que había realizado en el pasado, instauró la costumbre de no lastimar a ningún ganado y tomar la comida sin sangre. Juró observar a esta ley santa e incorrupta lealtad. Luego, como se arrepintió de esta ley y no podía cambiar su naturaleza, comenzó a traer a algunos en secreto. Y preguntaba con engaño si tenía limpia la boca. Sin embargo, despedazaba a todos: a aquellos que decían «limpia» y a los que decían «no limpia». Así se saciaba con sangre. Como hiciera esto muchas veces, llamó al simio para que viniera hasta él y le preguntó si tenía limpia la boca. Aquél tímidamente dijo que estaba perfumada con canela casi como los altares de los dioses. El león respetó al adulador pero, para matarlo y burlarlo, cambió su intención y buscó un engaño. Simuló languidecer. Continuamente venían médicos que veían su pulso sano en las venas; le aconsejaron tomar algún alimento que fuese ligero y le sacara el asco por la digestión, que a los reyes todas las cosas les están permitidas. Y el león dijo:

—Me es desconocida la carne del simio. ¡Quiero probarla!

Ni bien lo dijo, al instante el simio elocuente fue asesinado para que se sirviera su carne en la comida.

Una misma, pues, es la pena del que habla y la del que no habla.

22

[JUNO Y EL PAVO REAL] [35]

Lo que fue dado a cada uno, esto se debe aceptar, así como la fábula del autor nos cuenta.

El pavo real vino hasta Juno irritado e indignado, preguntando por qué el ruiseñor cantaba y por qué la bestia humana también

sabía cantar y esto mismo a él no le había sido dado, sino más bien que se burlaba dándole una voz baja. Entonces Juno consolándolo cariñosamente le explicó la causa:

—Tu vista supera a la voz y tu hermosura supera al ruiseñor. Estás cubierto con el color y brillo de la esmeralda. Nadie es igual a ti, y tu cola y tu cuello refulgen con plumas adornadas de gemas.

El pavo respondió a Juno:

—¿Por qué me fueron dadas estas cosas?

Y Juno dijo:

—Por el juicio del destino fueron dadas por los dioses partes a todos vosotros. A ti, el brillo y el color y la forma, mayor fuerza al águila, al ruiseñor el canto de la voz, el cuervo recibió los augurios, la paloma aceptó gruñir, la tórtola se duele siempre, mostró siempre el tiempo de la grulla y el tordo engendró en la oliva, los higos para degustar a los árboles frutales, la golondrina goza con la luz, el desnudo murciélago vuela a la tarde, el gallo anuncia las horas nocturnas. Abunda a todos lo suyo. No quiero que quieras lo que a ti no te fue dado por los dioses.

23

[DE DOS HOMBRES, UNO HONESTO Y OTRO FALSO] **[36]**

Se suele desde antiguo por causa de malvados hombres tener como algo bueno al engaño y la adulación y, por otra parte, reprobar la honestidad, la verdad y la bondad, sobre lo cual esta fábula nos instruye.

Dos hombres, uno falso y otro honesto, hacían juntos un viaje. Cuando marchaban, llegaron a la tierra de los simios. Como a estos hombres los vio uno de la manada de los simios, el simio mayor dijo:

—¿Cómo soy yo?

El falso dijo:

—Tú eres emperador.

Una vez más preguntó:

—¿Y estos que junto a mí veis, qué son?

El mismo falso respondió:

—Estos son compañeros tuyos, príncipes, soldados y de otros oficios.

Y por ello, este que fue alabado con la mentira con toda su tropa, ordenó recompensarlo, porque fue adulado y los engañó a todos.

Y el hombre honesto dijo para sí:

—Si éste, que es falso y miente a todos, fue de esta forma aceptado y recompensado, ¿qué pasaría si yo dijera la verdad?

Cuando esto deliberaba consigo mismo, dijo aquel simio que se llamaba emperador:

—Dime, ¿qué soy yo y estos que ante vos veis?

Y aquél, que amaba la verdad y siempre acostumbraba decirla, le respondió:

—Tú eres un simio y todos estos son simios iguales a ti.

Inmediatamente ordenó matarlo con dientes y uñas, porque dijo lo que era verdad.

Esto sólo suele ser hecho por malos hombres para que se ame la falacia y la mentira y se lacere la honestidad y la verdad.

24

[EL LEÓN Y EL HOMBRE] [37]

Obra de virtud es probar algo con hechos. Y, por tanto, escucha esta fábula.

El hombre y el león disputaban entre sí quién de ellos fuese superior y buscaron una prueba de esta disputa. Y como llegaron hasta un sepulcro donde había una pintura en la que se mostraba que un león había sido muerto por un hombre, éste la señaló como prueba. Dijo el león:

—Esto fue pintado por el hombre, pues si el león supiese pintar, con frecuencia verías pintado que el león mata al hombre. Pero yo te daré una prueba verdadera.

El león condujo al hombre hasta el anfiteatro y le mostró con la realidad que el hombre era matado por el león, y dijo:

—Aquí no son pruebas de colores, sino hechos verdaderos.

Esta fábula prueba que la ilusión compuesta con el color pronto

es superada por la verdad, donde hay prueba cierta.

25

[LA HORMIGA Y LA CIGARRA] [38]

El autor cuenta esta fábula del perezoso y lento.

En época invernal la hormiga comía el trigo que en el estío había traído a la caverna. Pero la cigarra le rogaba, hambrienta, que le diera algo de comida para vivir.

La hormiga le dijo:

—¿Qué hacías en el estío?

Y ella respondió que no estaba ociosa. Estaba cantando por las cercas. Y la hormiga, volviendo al trigo y guardándolo, dijo:

—Si en el estío cantaste, en el invierno salta.

Esta fábula enseña al perezoso que trabaje en el tiempo seguro y no cuando tenga menos, porque cuando pida no recibirá nada.

[LA ESTATUA DE ESOPO]

Sobre la estatua de Esopo hecha por los ciudadanos.

Para recordar los escritos y el genio de Esopo, que hizo amplísimos caminos de las muchas sendas y respetó a los humildes, obligando a muchos que eran los más importantes de los atenienses, colocaron una estatua dedicada a Esopo, debajo de la cual estaba escrito:

> *«Porque comprendió con ingenio los caminos del arte, inmediatamente creó fábulas; por esto, los ciudadanos erigimos una estatua que es buena remuneración de tantos trabajos para que así sean seguidas sus sabias querellas».*

PEDRO ALFONSO

DISCIPLINA CLERICALIS

La *Disciplina clericalis* constituye la colección de cuentos hispánica más antigua y una de las más antiguas de Europa occidental. Muy poco se sabe de su autor, Pedro Alfonso. De hecho, los escasos datos que manejamos nos los proporciona el mismo autor en el Prólogo de una de sus obras apologéticas, *Diálogo contra los judíos*:

> En el momento del bautismo, además de todo aquello que ya dije, prometí mi fe en los santos apóstoles y en la Santa Iglesia Católica. Sucedió esto en el año del Señor mil ciento seis, en el año mil ciento cuarenta y cuatro de la era, en el mes de junio, en el día de la muerte de los apóstoles Pedro y Pablo, de donde, por la veneración y el recuerdo de aquel apóstol, adopté el nombre de Pedro. Fue mi padrino Alfonso, glorioso rey de España, que me sacó de la sagrada fuente, por lo cual, añadiendo su nombre al ya citado mío, me impuse el nombre de Pedro Alfonso (Ducay, 1996: 198).

El rey al que hace referencia es Alfonso I el Batallador (1073?-1134). Además de su colección de cuentos y de esta obra apologética que escribió una vez convertido al cristianismo, sabemos que Pedro Alfonso es autor de una serie de obras científicas: un tratado en el que estudia el movimiento de los astros llamado *De dracone*, unas tablas astronómicas, *De astronomía*, y

una «Carta a los estudiosos franceses», en la que hace una extensa exposición sobre las ciencias, en especial las referidas al *cuadrivium*, mostrándose a la vanguardia del saber científico de su época. Por sus conocimientos sobre astronomía, despertó la admiración de los estudiosos en Inglaterra y Francia. No se ha probado su amistad con Adelardo de Bath; lo cierto es que este científico y Daniel de Morley, ambos estudiosos de la escuela de Chartres, visitaron la Marca Superior del Ebro atraídos por los conocimientos científicos que allí se manejaban.

Para la elaboración de su *Disciplina clericalis*, Pedro Alfonso se valió de un profundo conocimiento de la literatura semítica, de la que extrae materiales que compila traduciéndolos al latín. Su propósito es el de aleccionar el alma humana, y no ve mejor modo de hacerlo que con estos medios.

Se vale para presentar su material del modelo dialógico del padre que amonesta a su hijo y del filósofo que lo hace a su discípulo. Dentro de este lábil esquema introduce temas como el del temor de Dios, la amistad, las relaciones sociales de los hombres o la relación con Dios, teniendo como instrumentos didácticos narraciones tradicionales, sentencias, preceptos, consejos, ejemplos y versos proverbiales. La obra nos muestra una indivisible línea de continuidad entre diversas formas breves.

Pero *Disciplina clericalis* no es sólo la obra hispánica más antigua de este género, sino también una buena muestra de la literatura proverbial y cuentística que circulaba en el siglo XII en Aragón. Relatos suyos como el del «medio amigo» y el «amigo entero» van a tener gran difusión y a incorporarse al folklore universal. Gracias a estar escrita en latín y a haber entrado en la lista de colecciones de relatos utilizadas por los predicadores, fue ésta una de las colecciones de cuentos más conocidas por toda Europa. Sus manuscritos se hallan no sólo en España sino en casi todas las naciones de Europa occidental y no han faltado traducciones al francés, alemán e inglés, así como numerosas adaptaciones, y, en el siglo XV, algunas de sus fábulas fueron incorporadas a las versiones de Esopo. Con Pedro Alfonso se inicia la influencia de la cuentística árabe en Europa.

1

[EL MEDIO AMIGO] [1]

Un árabe a punto de morir llamó a su hijo y le dijo:

—Dime, hijo, ¿cuántos amigos obtuviste en tu vida? El hijo respondió:

—Adquirí cien amigos, según creo.

Le respondió el padre:

—Dice el filósofo: No alabes al amigo hasta que haya sido probado. Yo, por cierto, que he nacido antes que tú, apenas adquirí la mitad de uno. Entonces, ¿de qué modo pudiste adquirir cien? ¡Ve a probarlos a todos para saber si alguno de ellos será un amigo perfecto!

Dijo el hijo:

—¿De qué modo me aconsejas probarlos?

Contestó el padre:

—Pon un ternero muerto y despedazado en un saco para que, de este modo, el saco esté por fuera impregnado de sangre. Y cuando estés ante los amigos, diles: «Amigo mío, por accidente asesiné a un hombre, te ruego que en secreto lo sepultes. Nadie sospechará de ti y así me podrás salvar».

Hizo el hijo así como el padre le mandó. Efectivamente, el primer amigo al que se llegó, le dijo:

—¡Llévate el muerto sobre tus hombros! Ya que hiciste mal, ¡sufre el castigo! ¡En mi casa no entrarás!

Habiendo hecho con cada uno lo mismo, le respondieron todos de la misma manera. Y regresando hasta su padre, le relató lo que le había sucedido. Le dijo el padre:

—Te ocurrió lo que dice el filósofo: Muchos son amigos mientras se los cuenta, pero pocos lo son en la necesidad. Ve hasta un medio amigo que yo tengo y presta atención a lo que te diga.

Llegó hasta él y así como a los otros había dicho, así le habló a él. El hombre respondió:

—¡Entra a la casa! No es éste secreto que deba ser conocido por los vecinos.

Y habiendo retirado a su esposa y a toda su familia, cavó una sepultura. Cuando el joven observó todo lo que había hecho, según la situación lo requería, se lo agradeció mucho. Luego regresó hasta su padre y le relató lo que había sucedido. El padre le dijo:

—Por un amigo como éste dice el filósofo: Es verdadero amigo el que te ayuda cuando el mundo te abandona.

Preguntó el hijo al padre:

—¿Viste un hombre que haya obtenido un amigo entero?

Entonces, el padre le respondió:

—No lo vi, por cierto, pero escuché hablar de él.

Entonces, el hijo le dijo:

—Háblame de él, a ver si acaso me procuro uno semejante.

2

[EL AMIGO ENTERO] [2]

Se cuenta de dos comerciantes, de los cuales uno estaba en Egipto y el otro en Bagdad, que sólo se conocían de oídas y se enviaban por intermediarios las cosas que necesitaban. Un día el que era de Bagdad fue por un negocio a Egipto. Enterado el egipcio de su llegada, corrió a su encuentro y lo tomó gozoso en su casa y lo sirvió en todas las cosas, así como se suele hacer con los amigos durante ocho días, y le mostró todas las variedades de cantos que poseía en su casa. Finalizados los ocho días, el huésped enfermó. El señor, con preocupación, hizo venir a todos los médicos egipcios para que vieran al amigo hospedado. Pero los médicos, habiéndole palpado el pulso y una y otra vez analizado su orina, no descubrieron en él ninguna enfermedad. Y puesto que no poseía ninguna enfermedad corporal, advirtieron que se trataba de una

pasión amorosa. Enterado de esto, vino el señor hasta él y le preguntó si había alguna mujer en su casa a la que él amase. Le respondió:

—Preséntame a todas las mujeres de tu casa y, si por casualidad viera a ésta entre ellas, te la señalaré.

Escuchando esto, le presentó cantoras y criadas, de las cuales ninguna le agradó. Luego, le mostró a todas sus hijas: a éstas también, como a las primeras, rechazó y despreció completamente. Sin embargo, tenía el señor una noble doncella en su casa, a la cual hacía ya tiempo educaba para tomarla por esposa y a la cual le mostró. Mirándola, dijo:

—¡Por ésta es mi muerte y en ésta está mi vida!

Habiéndolo oído, le dio a la noble doncella por esposa con toda la dote con que había sido recibida, y, además, le dio lo que hubiera obsequiado a la doncella, si la hubiera tomado por esposa. Concluido esto, recibida la mujer, hecha la negociación y tomada como esposa, regresó a su patria

Aconteció luego que el egipcio perdió por muchos motivos toda su fortuna, y llegando a pobre pensó entre sí ir a Bagdad hasta el amigo que ahí tenía para que se apiadara de él. Así, emprendió el viaje desnudo y famélico, llegando silenciosamente a Bagdad muy entrada la noche. Pero el pudor le impedía ir a la casa del amigo. Tal vez, no siendo reconocido, fuera echado de la casa. Entró en un templo antiguo para pernoctar. Pero entonces, ansioso, permaneció largo tiempo revolviéndose en su lecho. Llegaron al templo donde él estaba dos hombres, de los cuales uno mató al otro, y luego escapó furtivamente. De inmediato, ante el estrépito muchos ciudadanos se precipitaron y encontraron al asesinado. Buscaron quién había perpetrado el homicidio, y así entraron al templo esperando hallar ahí al homicida. Encontraron allí al egipcio, y preguntando a aquél quién había asesinado al hombre, escucharon que él mismo decía: «¡Yo lo maté!». Pues deseaba terminar vehementemente su pobreza con la muerte. Fue capturado y encarcelado. Por la mañana fue llevado ante los jueces y condenado a ser conducido a la muerte en la cruz. Muchos, según era costumbre, acudieron a ver su ejecución, de los cuales uno era el amigo por cuya causa se dirigiera a Bagdad. Y con acucia descubrió que al que iban a ajusticiar era el amigo que en Egipto había dejado. Y recordando las bondades que en Egipto le

había hecho, pensando que luego de su muerte no podría retribuírselas, decidió asumir él mismo la muerte. Así, dando grandes voces exclamó:

—¿Por qué condenáis a este inocente? ¡No merece la muerte! ¡Yo asesiné al hombre!

Lo prendieron con las manos, lo ataron, lo llevaron a la cruz y absolvieron al otro de la pena de muerte. Mientras tanto, el homicida, encontrándose entre la misma muchedumbre, dijo para sí:

—Yo lo maté y éste es condenado. Este inocente es llevado al suplicio; yo, por el contrario, gozo de libertad. ¿Cuál es la causa de esta injusticia? No interpreto otra cosa que no sea la paciencia de Dios. Verdaderamente, Dios, justo juez, ningún crimen impune deja escapar. Así, para que luego no me castigue más duramente, yo me daré a conocer como responsable de este crimen. Y, de este modo, librándolo de la muerte, pagaré el pecado que he cometido.

Se enfrentó entonces con el peligro, diciendo:

—¡A mí, a mí! ¡Yo lo hice! ¡Dejad a este inocente!

Los jueces, sin embargo, muy asombrados, lo condenaron con el otro a muerte. Y, desconcertados, condujeron a ambos junto con el primeramente liberado ante el rey. Por tanto, el rey en concilio general les perdonó toda culpa que hubiese recaído sobre ellos. Sin embargo, les rogó con este pacto que descubrieran las causas que los llevara a atribuirse el crimen. Y ellos le explicaron la verdad de los hechos. De común acuerdo fueron todos liberados. El nativo que por su amigo decidió morir lo condujo a su casa y con todo honor, según correspondía al rito, le dijo:

—Si te place permanecer conmigo, todas las cosas, en la medida que convenga, serán comunes entre nosotros; pero si regresas a tu casa, mis pertenencias serán repartidas contigo en igual medida.

Y aquél, seducido por la dulzura del suelo natal, recibió parte de todo lo que antes le había dado, y así volvió a su patria.

Y luego de concluir su relato, dijo el hijo al padre:

—Difícilmente puedes hallar un amigo así.

Dijo otro filósofo acerca de los amigos no probados: Cuídate una vez del enemigo y mil de los amigos, porque alguna vez un amigo se hará enemigo y así rápidamente podrá procurar tu daño.

3

[EL HOMBRE Y LA SERPIENTE] [3]

Dijo un árabe a su hijo:

—Si vieras a alguien estar agobiado por el poder de los malos, no te entrometas, porque quien el péndulo haya soltado, caerá la ruina sobre él.

Pasando un hombre por el bosque encontró una serpiente a la que unos pastores le habían sujetado sus extremidades con palos; la desató y procuró calentarla. La serpiente, reanimada, se lanzó contra quien la había abrigado y, finalmente, lo apretó enrollándose en él fuertemente [4]. Entonces el hombre dijo:

—¿Qué haces? ¿Por qué devuelves mal por bien?

—Actúo conforme a mi naturaleza.

El hombre respondió:

—¿Te hice bien y me lo pagas con mal?

Así, se llamó a la zorra para que resolviera el juicio entre aquellos contendientes. Le contaron todo según había sucedido. Entonces la zorra dijo:

—Sobre este hecho no puedo juzgar de oídas, si no veo primeramente qué es lo que sucedió entre vosotros. La serpiente se enrolló nuevamente como antes lo había hecho.

—Ahora, dijo la zorra, si puedes escapar, retírate. Y tú, hombre, no quieras esforzarte en salvar a la serpiente. ¿No leíste que quien haya soltado el péndulo, la ruina caerá sobre él?

4

[EL RÚSTICO Y LA AVECILLA] [5]

Dijo un filósofo: Quien junta riquezas, mucho se afana y se consume en vigilias para no perderlas. Finalmente, se duele cuando pierde lo que obtuvo.

Preguntó el discípulo al maestro:

—¿Apruebas juntar riquezas?

Respondió el Maestro:

—Sí. Adquiérelas, pero gástalas justamente y bien y no las escondas en el tesoro.

Otro filósofo dijo: No desees los bienes del otro, y no te duelas de la cosa perdida, porque con dolor nada será recuperable.

Un hombre tenía un matorral de ramas, en donde con los arroyuelos fluyentes los brotes empezaron a crecer y por la cualidad del lugar acudían a reunirse allí pájaros ejercitando con la modulación de las voces diversos cantos. Un día, mientras el hombre, fatigado, descansaba en su vergel, una avecilla se posó sobre un árbol cantando dulcemente. Como la vio y oyó su canto, la atrapó engañándola con un lazo. El pájaro dijo al hombre:

—¿Por qué te afanaste tanto en atraparme? ¿Qué provecho esperaste alcanzar con mi captura?

El hombre le respondió:

—Sólo te apresé para escuchar tus cantos.

Le dijo el ave:

—Inútilmente te esforzaste, porque presa no cantaré ni por súplicas ni por dinero.

Y aquel respondió:

—Si no cantas, te comeré.

Y el ave dijo:

—¿De qué forma me prepararás? Si me preparas cocida en agua, ¿qué valdrá una ave tan pequeña? Y, además, la carne será dura. Y si me asas, seré mucho más chica. Pero si me dejas escapar, habrás conseguido de mí un gran provecho.

Y aquél replicó:

—¿Qué provecho?

El ave dijo:

—Te enseñaré tres consejos sabios, que serán más valiosos que tres trozos de carne de ternera.

Y el hombre prometió que dejaría ir al ave. Y ella le dijo:

—Uno de los consejos prometidos es «¡No creas todos los dichos!». Segundo «Lo que tuyo sea, consérvalo siempre». Tercero «No te duelas de lo perdido».

Dicho esto, la avecilla se marchó del árbol y comenzó a decir con un dulce canto:

—Bendito sea Dios que cegó la vista de tus ojos y te quitó la sabiduría, porque si hubieras buscado en los pliegues de mis

intestinos, hubieras encontrado el peso de una onza.

Oyendo esto el hombre comenzó a llorar y a golpearse el pecho, porque había dado fe a los dichos de la avecilla. Y el ave le dijo:

—Rápidamente has olvidado los consejos que te enseñé. ¿No te dije «no creas todo lo que se te diga»? ¿Y de qué modo crees que haya en mí un jacinto que sea de una onza de peso, cuando yo no soy tan pesada? ¿Y no te dije «lo que tuyo sea, consérvalo siempre»? ¿Y de qué modo puedes obtener una piedra de mí si yo estoy volando? ¿Y no te dije «no te duelas de la cosa perdida»? ¿Y por qué te dueles por el jacinto que hay en mí?

Con tales palabras el ave escapó del burlado rústico volando hacia el bosque.

5

[EL LADRÓN Y EL RAYO DE LUNA] [6]

Un padre aconsejaba a su hijo: No creas todo consejo que escuches, mientras que antes no fuere probado en alguien con provecho, no suceda contigo así como aconteció al ladrón que creyó en el consejo del señor de una casa. Y dijo el hijo:

—Padre, ¿cómo sucedió eso?

El padre relató:

Se dice que un ladrón se dirigió a una casa con la intención de robar. Y subiendo al tejado, llegó a una ventana abierta por la cual salía el humo, y escuchó si alguien adentro estaba despierto. El señor de la casa lo descubrió y dijo a su esposa en voz baja:

—Pregúntame en voz alta de dónde obtuve tantos bienes como los que tengo. E insiste en saberlo.

Entonces, la esposa, en voz alta, dijo:

—Señor, ¿de dónde obtuviste una fortuna tan inmensa cuando nunca fuiste mercader?

Y él respondió:

—Conserva lo que Dios regala, utilízalo a tu voluntad y no preguntes de dónde vino tanta fortuna.

Y ella, así como le fuera encargado, lo instigaba más y más para llegarlo a saber. Por último, casi obligado por las súplicas de su

mujer, dijo:

—Mira, no descubras a nadie nuestro secreto. Fui ladrón.

Y ella dijo:

—¡Me parece asombroso! ¿De qué manera pudiste adquirir con hurtos una fortuna tan grande, siendo que nunca escuchamos rumor o alguna denuncia sobre ello?

Y él dijo:

—Un maestro mío me enseñó un sortilegio para que lo dijera una vez subido al tejado; y que llegando a la ventana tomara un rayo de luna con la mano y dijera siete veces mi encantamiento: «saulem», y, de este modo, descendiera sin peligro y robara si encontraba algo precioso en la casa. Y hecho esto, de nuevo me llegara al rayo de luna y, dicho el mismo canto siete veces, subiera al tejado con todas las cosas tomadas en la casa y escondiera lo que me llevaba en mi casa. Gracias a este ardid que poseo, tengo mi fortuna.

Y la mujer dijo:

—Hiciste bien en decírmelo; pues si alguna vez tuviera un hijo, para que no viva pobre, le enseñaré este ardid.

Y el señor le dijo:

—Déjame ahora descansar, porque ahora con el sueño más pesadamente quiero dormir.

Y para todavía engañarlo más, comenzó a roncar como si durmiera. Escuchadas estas palabras, el ladrón se alegró en exceso y, dicho siete veces el sortilegio y tomando un rayo de luna, deslizó las manos y los pies por la ventana y cayó en la casa haciendo gran ruido y, quebrándose el brazo y la pierna, gritó. Y el señor de la casa dijo con ingenuidad:

—Tú, ¿quién eres que de este modo caíste?

Y dijo el ladrón:

—Yo soy aquel ladrón infeliz que creí en tus dichos falaces.

Y dijo el hijo:

—Has hablado bien, pues así me enseñaste a evitar los consejos engañosos.

CESÁREO DE HEISTERBACH

LOS OCHO LIBROS DE MILAGROS
(Libri VIII Miraculorum)

Cesáreo de Heisterbach vivió entre los años 1180 y 1240. Estudió en la escuela catedralicia de Colonia bajo la tutoría del famoso maestro Rudolf. En 1199 fue novicio del monasterio cisterciense de Heisterbach cerca de Bonn, donde permaneció el resto de su vida. Gracias a su sabiduría fue elevado al grado de *«magister novitiorum»* y hacia 1227 a la categoría de prior.

El propio Cesáreo nos ha legado un catálogo de sus obras en una epístola que escribió al Prior Pedro del monasterio cisterciense de Marienstatt, en Nassau. Se computan allí un total de treinta y seis obras que tienen carácter teológico e histórico. Entre las primeras se encuentran gran cantidad de sermones y homilías. Entre las segundas, obras como la *Vita sancti Engelberti arciepiscopi Coloniensi*, amigo personal de Cesáreo, o la *Vita beatae Elisabethae Landgraviae*. Un tratado como el *Libellas in honorem Dei genitricis super verba Salomonis* revela su profunda devoción mariana, que también aflora en gran parte de sus relatos.

Pero sus obras más importantes son el *Dialogus miraculorum*, escrito hacia 1219-1223, y el *Libri VIII miraculorum*, compuesto hacia 1225-1226. El primero consiste en un diálogo entre un novicio y un monje. Posee 746 capítulos, dispuestos en *«distinctiones»*, que tratan sobre diversos temas teológicos que terminan con una alabanza a la Trinidad o una cita bíblica.

El *Libri VIII miraculorum* se conserva incompleto. Fue planeado

en ocho libros, pero sólo escribió tres. Mientras lo componía ocurrió la sorpresiva muerte del arzobispo Engelbert, acaecida en noviembre de 1225, de quien pensaba incluir sus hechos y milagros. No sabemos si este suceso le truncó el proyecto o si, abocado a escribir la vida del arzobispo, luego abandonó su empresa inicial. Cesáreo confiesa haber hallado algunos de sus milagros en la tradición libresca, pero la mayoría de ellos los toma de fuentes orales. Muchas veces, al comenzar sus relatos, deja constancia de ello indicando que escuchó del abad de Waltsassen tal relato o que un sacerdote de su comunidad le contó a él mismo determinado hecho milagroso. Aunque Cesáreo tome un relato de fuentes orales, hace siempre alusión a la procedencia del mismo, tal vez como una forma de darle autenticidad al relato, ya que lo que se propone con esta colección es dejar constancia de la historia milagrosa, aquella que no aparece en los grandes tratados y con la que él posiblemente se toparía a diario escuchando los relatos que circulaban en los ambientes monásticos. Cesáreo nos presenta así un precioso documento de la sociedad y de las costumbres de su época. En sus relatos abundan los temas relacionados con el servicio a Dios, la piedad, la blasfemia, pero también están llenos de visiones, apariciones demoníacas, creencias populares, mitología popular, etc. No obstante, sus relatos responden a los tipos universales del cuento popular, como es el de Teófilo, que vende su alma al diablo.

Cesáreo de Heisterbach tuvo una gran influencia en su época. Sus relatos milagrosos hicieron escuela. Influyeron sobre autores como Juan Gobi, Arnold de Lieja, Juan Bromyard o en obras como el *Speculum exemplorum* o el *Alphabetum narrationum*. Su *Dialogus* fue reelaborado y ampliado por un autor anónimo y se hizo una traducción al alemán por Juan Hartlieb y otra anónima al holandés. Pero también fue un predicador muy admirado. Inició la modalidad de ampliar el sermón intercalando pequeñas historias que atrajeran la atención del público, siguiendo su ejemplo Jacques de Vitry y Odo de Cheritón, que luego hicieron este recurso absolutamente suyo.

1

DEL SACRAMENTO DEL CUERPO DEL SEÑOR, CUYA MITAD FUE CONVERTIDA EN CARNE CERCA DE SAN TROND [1]

En el año de gracia de 1223 cerca de Pentecostés ocurrió lo que diré. En Hasbania [2], villa de aquella diócesis de Lieja, una mujer, yendo a confesarse a su sacerdote, le contó una historia bastante maravillosa.

—Señor —dijo—, diez años son pasados desde que yo, mujer infeliz, cometí sacrilegio con el cuerpo santísimo del Señor. En el día de la Pascua, viniendo a la iglesia tomé y deglutí el cuerpo de Nuestro Señor. De inmediato fui corriendo a la próxima iglesia, tomé un sacramento y lo retuve íntegro en la boca. Y así, dirigiéndome hasta mi enamorado, lo besé con la esperanza de que por la virtud del sacramento más me amaría. Movida a acto tan repugnante, cuando quise deglutir la hostia, no pude hacerlo. La saqué de mi boca y la oculté en la grieta de un muro de la iglesia envuelta en tres pañitos muy limpios—. Me preguntó el sacerdote si había visto la hostia y respondí:

—Sí, el año pasado vi esa hostia y estaba incorrupta.

Entonces el sacerdote me dijo:

—Ven y muéstrame el lugar donde está.

Llegaron a la iglesia y —¡oh, hecho maravilloso!— tan pronto como la mujer señaló el lugar donde estaba, tanto horror le invadió, que cubrió con el palio su cabeza y huyó. El sacerdote, sin necesidad de consejo, porque estaba inspirado por Dios, se acercó al obispo de Livonia [3], que estaba consagrando una iglesia en las cercanías, y le relató lo sucedido. Habiendo escuchado el relato, el

obispo, muy asustado, tomó consigo a todos los sacerdotes y clérigos que habían venido a la consagración de la iglesia, se dirigió rápidamente hasta el lugar donde estaba la hostia, extrajo el sacramento y volviendo con él a su iglesia lo colocó solemnemente en el altar. Cuando desplegó el paño ante la vista de los clérigos, aparecieron en él tres gotas de sangre reciente y, luego de haberlas examinado atentamente, el obispo, estupefacto, retiró la mano. De inmediato envió una carta al maestro Juan, el monje aquense [4], por entonces elegido para la abadía de San Trond, y lo invitó a ver tan gran milagro, con el secreto fin de valerse de su consejo. El lugar distaba apenas media milla de la ciudad. Una vez que llegó el monje, con gran prisa fue desplegada la mitad del pañito, que todos veían que estaba ungida con óleo; desplegado todo el paño en el que había sido envuelto el sacramento, apareció el milagro antedicho a la vista de todos. Se veía la mitad de esta hostia convertida en carne tan roja que a todos llenaba de temor. Le hicieron reverencia y vieron al Cristo moverse en la cruz. La roja sangre de la parte exterior se mantenía fresca, mientras la parte de dentro se había secado y adherido. Y todos vieron de qué forma despegaban la hostia del paño; y así se mostrará a las gentes futuras como testimonio de nuestra fe. El obispo, al igual que el maestro Juan y todo el clero, con mucha humildad e insistencia rogaban llevar la hostia a Livonia para incrementar la nueva fe de aquella gente. Pero le advirtieron y dijeron que el pueblo no lo permitiría, y entonces aceptaron que se sacara medio paño, aunque no debería ser de la parte exterior en la que se encontraban las dos gotas de sangre. El maestro Juan colocó la tercera gota entre sus reliquias y la mostraba solemnemente a la vista de todo el pueblo cada vez que predicaba ante la cruz. Yo vi esta gota con mis propios ojos cuando la mostraba el sobredicho Juan, que fue quien me contó esto. Antes de que el pontífice volviera, el milagro era conocido por todos en la ciudad y por esto se quería llevar la hostia. Fueron enviados sesenta hombres armados para que resistieran, quienes la llevaron con el clero y el pueblo, que se había reunido en la iglesia de San Trond, y con el debido honor la tomaron y la colocaron en un vaso cristalino.

Aquel que no crea mis palabras, vaya a ese monasterio y no sólo con el testimonio de todos, sino con el ojo de la fe comprobará lo que dije.

¡Bendito sea Dios, que hace tales milagros!

2

DE UNA ABADESA ENTREGADA AL ADULTERIO QUE VOLUNTARIAMENTE SE RETIRÓ DEL PECADO Y NO PERMITIÓ QUE UN SOLDADO COMETIERA ADULTERIO

El padre Zacarías era sacerdote en el monasterio de Santa María[5]. Hace mucho tiempo me contó una historia de una mujer piadosa. Para que ningún demonio sea tenido por pío, esto que diré, más lo adscribo a la bondad divina que a la voluntad del poderoso demonio. El sacerdote, que hoy día rige la parroquia de Prüm[6], tenía una concubina llamada Petrissa que era muy hermosa. Ella, inspirada por influjo divino, eligió la clausura para purgar sus pecados y el sacerdote le permitió que se recluyera con quien antes había pecado. El diablo, enemigo de esta penitencia y envidioso de todo perdón divino, envió a un soldado, llamado Federico de Tréveris, hasta la arrepentida. Este soldado ablandó el espíritu de la mujer con palabras y con joyas, por lo cual ella le prometió que lo seguiría y que haría todo lo que él quisiese. Y comenzó a prepararse vestimentas de paño traídas por el soldado más adecuadas para cumplir sus deseos lujuriosos. Antes de que la mujer se fuera de la clausura, el diablo se dirigió apresuradamente hasta su celda para decirle estas palabras:

—¿Qué haces, mísera? ¿Por qué habiendo despreciado al esposo celeste elegiste al adúltero? Juntaste tantas malas acciones que yo, el diablo, tu maestro, llevaré tu alma en la vasija de mi maestro y te crucificaré eternamente en llamas perpetuas.

Con estas palabras la reclusa se aterrorizó y echó e incineró en el fuego las ropas que había preparado para el encuentro amoroso. ¡Oh cosa maravillosa! La mujer fue con mucho apresuramiento al lugar donde el dicho soldado solía estar, comenzándolo a increpar, y entre otras amenazas le dijo:

—Federico, gran infeliz, ¿qué es lo que quisiste hacer? ¿Por qué robas la esposa al altísimo y la ensucias con el adulterio? ¿Por qué hiciste esto? ¿Qué te proponías hacer ensuciando mi nombre y mi

fe? Serás rápidamente colocado en la vasija de mi maestro Belcebú donde eternamente sufrirás pena por tanto crimen.

El soldado, muy aterrorizado por estas palabras y confundido, cambió su intención y no molestó a partir de aquel momento a la reclusa con su apetito de adulterio.

He aquí que por la gracia de Cristo y por el oficio del diablo cuántos reclusos son salvados.

Narrado por Zacarías de la propia boca de la reclusa. Está atestiguado por haber sido escuchado.

3

CÓMO FUE DEMOSTRADO A UN MAESTRO QUE ANTES PODÍA DESVIAR TODAS LAS AGUAS DEL SENA QUE EXPLICAR POR COMPARACIÓN EL SACRAMENTO DE LA TRINIDAD [7]

Un día en París, como en la escuela alguien disputó con un eximio maestro sobre el sacramento de la Trinidad, comenzaron los escolares a exigirle una comparación palpable por la cual entendieran cómo en una sola deidad pudieran ser tres personas, o sea, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; asimismo cómo alguna de estas personas era Dios, y que fuera un dios y no tres dioses. Éste, regodeándose, les respondió:

—Luego os daré una buena comparación.

Sin embargo, habiendo estado pensando toda la noche en ello, no se le ocurrió nada convincente. Por la mañana, vinieron los escolares y exigieron la prometida comparación. El maestro calló. Y como los escolares insistieron, el maestro, cubriendo su cabeza con la capucha, se retiró en silencio, y sentándose en la orilla del Sena comenzó a meditar largamente sobre esta cuestión. ¡Y he aquí! Muy cerca, frente a sí, vio estar sentado un niño de rostro hermosísimo, que hacía con su dedo un hueco pequeño en la orilla y frotaba insistentemente dentro del hueco con el dedo sumergiéndolo completamente en el río. Deleitándose con su vista, le preguntó:

—¿Qué haces, buen niño?

Respondió:

—Yo quiero conducir todas las aguas de este río a esta pequeña fosa.

Y como le dijo: «¡Esto es imposible!», acotó el niño:

—Es más posible para mí hacer esto que para ti explicar por una comparación el sacramento de la Trinidad y su unidad.

Resolvió el niño inmediatamente con estas palabras lo que pensaba en torno al sacramento y lo que debía enseñar a sus escolares. El dicho maestro dando gracias a Dios, verdaderamente contento, llamó a sus discípulos y confesando su error, enseñó que el sacramento de la Trinidad y de la unidad de Dios se debía discutir no con la razón sino con la fe. Este niño fue enviado como ángel de Dios, o lo que se debiera creer, que la visión de este hermosísimo niño fuera el mismo Jesucristo, que de muchas maneras se digna aparecer ante sus creyentes.

¡Cuántos bienes y cuánto honor de salud trae el recuerdo y la invocación de la santa y divina Trinidad no sólo a los vivientes, sino también a los muertos!

4

ES EJEMPLO DEL ARZOBISPO SERVIDOR DE LA BEATA VIRGEN MARÍA, ETC. [8]

Había en la ciudad de Toledo un arzobispo llamado Ildefonso [9], muy religioso y adornado de buenas obras, que, entre otras preocupaciones, amaba a Santa María, madre de Dios y, cuando podía, la honraba con toda reverencia. Compuso en su alabanza en estilo elegante un insigne volumen sobre su sagrada virginidad [10]. Y un día en que tenía ese libro en la mano, Santa María se le apareció y por dicha obra lo premió. Éste, amándola aún más, la comenzó a honrar y celebraba fiestas cada año durante ocho días en la fiesta natal del Señor, por la cual Dios hecho hombre vino al mundo, y una fiesta en la anunciación del Señor, la cual se celebra antes de la resurrección del Señor, instituyéndola en el día antes que había instituido la de la Virgen. Y le parecía justo que se colocara la fiesta de la santa madre de Dios antes que la natividad de Cristo, cuya solemnidad fue celebrada y confirmada en el

concilio general por muchos lugares de la Iglesia. Luego nuevamente la santa madre de Dios se le apareció, estando sentada sobre una cátedra, puesta cerca del altar y llevando una vestimenta para el sacerdote, que nosotros llamamos casulla, y le dijo:

—Vístete con esta prenda del paraíso de mi hijo en mi fiesta y en esta cátedra te sentarás. Pero sabe certeramente que salvo a ti a nadie le es permitido estar en esta cátedra y a nadie esta vestimenta le estará permitido llevar.

Así anticipaba su juicio vengador. Dicho esto, Santa María se alejó dejándole la vestimenta que le había mostrado. Él la usaba en el día estipulado y en servicio de su santa madre y así cotidianamente con alabanzas le hacía mayor reverencia que antes y más y más crecía el ejemplo para todos transcurriendo sus días en buenas obras. Pasado el tiempo, marchó hasta el Señor con felicidad, dejando a los que le sucedieron ejemplo de adoración a la madre de Dios.

Luego de su muerte fue arzobispo en la ciudad un clérigo llamado Siagrio. Éste, sintiendo poca devoción por su predecesor, se colocó en la dicha cátedra en contra de la prohibición de la beata Virgen María, queriendo lucir la sagrada vestimenta. Dijo:

—Así como yo soy hombre, sé que mi predecesor fue también hombre. ¿Por qué no podré vestir yo esto, que le era colocado como vestimenta? Así, pues, de igual forma que él vistió, administraré yo el oficio.

Diciendo esto se colocó aquella sagrada vestimenta, pero inmediatamente, vengándose Dios de su presunción, cayó muerto ahogado con la misma vestimenta. Los que esto vieron, que estaban cerca, se asustaron y le sacaron la sagrada vestimenta y la cátedra, que indignamente había tomado, y en el tesoro de la iglesia reposan donde se contemplan hasta hoy día.

Así la santa Virgen María, madre de Dios, recibió en el cielo al beato Ildefonso, que la sirvió; por el contrario, se vengó de Siagrio por su presunción con su muerte, demostrando que, puesto que Ildefonso la había honrado en escritos, que tenía la gracia de Dios y la suya.

DE UN FILÓSOFO, A QUIEN LA VIRGEN MARÍA LE RESTITUYÓ LA MANO AMPUTADA

Juan[11], que fue eximio filósofo, cuando estuvo en la curia del rey de Damasco, tenía muchos detractores que lo querían indisponer en el odio del rey. Éstos escribieron falsas cartas, según el estilo que sigue: *Las cartas de Juan son enemigas del rey y procuran el modo en que lo pueden dañar tanto en lo referente a su persona como a sus cosas*. Estas cartas fueron descubiertas y mostradas al rey, y por la forma engañosa y fraudulenta en que los detractores las habían dispuesto, el rey envió por Juan y le hizo amputar la mano con la que se decía había escrito las cartas. Sin embargo, el dicho Juan no se defendió ante el rey de estas acusaciones, sino que mantuvo pacientemente su reverencia y confianza en la beata Virgen María, por lo cual tomó aquella mano amputada, la colocó con la otra mano en su lugar y rogó humildemente a la beata Virgen para que la dicha mano por su virtud le fuera restituida. La mano, con el auxilio de Dios y la gracia de Santa María, le fue restituida con una hermosísima cicatriz hecha con hilo de plata en el mismo lugar de donde antes le había sido amputada. Cuando el rey vio esto, se admiró mucho y le dijo:

—¿Qué médico te curó así?

Juan respondió:

—Yo te lo mostraré. ¡Ven conmigo!

Y le mostró un retablo decorado con la imagen de la beata Virgen, ante el que diariamente oraba con devoción. El rey comenzó a recordar que la Virgen María había sido la madre de Cristo, por cuya ayuda Juan sanó. Se regocijó y rezó con sentimiento profundo. El rey fue devotamente ante la imagen de la Virgen María y se convirtió junto a muchos de los suyos, y así el rey de Damasco fue cabeza espiritual de la gloriosa Virgen María.

JACQUES DE VITRY

EJEMPLOS EXTRAÍDOS DE SUS *SERMONES VULGARES*

(Manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, Lat. 17509)

Jacques de Vitry fue uno de los predicadores más famosos de su época. Y dados los altos cargos que ocupó, tenemos bastantes datos sobre su vida. Según el *Magnum chronicon Belgium* nació en Argenteuil, una villa del Sena, cercana a París, aunque por su apellido muchos piensan que debió de nacer en Vitry. Aquí el panorama se complica más, puesto que hay dos villas con este nombre: una es Vitry-le-Brulé, cercana a París, y la otra Vitry-le-Français, cercana a Marne, en el departamento de Chalons.

Nuestro autor fue ordenado en 1210, lo cual hace pensar que debió de nacer hacia 1180. Estudió teología en la Universidad de París, llegando a obtener el grado de Maestro. Mientras estudiaba oyó hablar de Marie d'Oignies, abandonando sus estudios para ir a conocerla. Nació, entonces, entre ellos una gran amistad que sólo la muerte interrumpió. Así, terminados sus estudios, fue a predicar al Monasterio de Oignies. En 1212 el obispo de Toulouse, Foulques, fue expulsado por el conde Raymond VI, comenzando a predicar la cruzada contra los albigenses. Vitry trabó amistad con él y, bajo su influjo, se abocó a la misma tarea. Sin embargo, no pudo dedicarse mucho a ello, pues en 1213 murió Marie, permaneciendo Vitry junto a ella hasta en sus últimos momentos. Luego, retomó la cruzada contra los albigenses, teniendo gran éxito en la diócesis de Rheims. En este período, a pedido de su amigo Foulques, escribió

una biografía de Marie d'Oignies.

Fue entonces cuando Inocencio III predicó la cruzada contra los sarracenos, ideal que también Vitry hizo suyo. A partir de aquí comenzó una carrera ascendente. En 1214, los canónigos de la ciudad de Acre, en Palestina, lo eligieron como obispo. Viajó rumbo a Roma siguiendo la Via Aemilia. Así pasó por Milán, Perugia, Piacenza, Parma, Ruggio, Modena, Bolonia, Faenza y Rimini, lugares todos por los que predicó incansablemente. Pero al llegar a Roma acaeció el fallecimiento de Inocencio III, al que le sucedió Honorio IV. El 24 de julio fue consagrado obispo de Acre, llegando a dicha ciudad en septiembre. Propuso, entonces, el ataque a los sarracenos en Egipto, pensando recuperar así Tierra Santa. Pero sus planes chocaron contra la realidad, siendo las tropas cristianas vencidas por los sarracenos. En 1226 volvió a Roma, predicando luego una vez más la cruzada contra los albigenses en Rheims y Lieja. En 1228, el Papa Gregorio IX lo hizo cardenal y obispo de Tusculum.

Sus últimos años son borrosos. En las luchas entre el emperador y el papa que se dieron en esos años, Vitry aparece como mediador en varios documentos de los años 1231 y 1237. Quizá en 1239 fue elegido por los clérigos de Oriente Patriarca de Jerusalén, aunque no fue aceptado por el papa. Murió entre 1240 y 1260.

La producción literaria de Jacques de Vitry es variada. Escribió crónicas, como la *Vida de la beata María de Oignies*, una *Historia oriental*, una *Historia occidental*, cartas y sermones (dominicales, de santos, vulgares y comunes). Sus *Sermones vulgares* alcanzan el número de setenta y cuatro, dividiéndose en *ad status* y *ad homnium genus*. Sus sermones tuvieron mucha difusión, al punto tal que desde temprano se expurgaron de ellos sus relatos reuniéndolos en volúmenes especiales. El más completo de ellos es el manuscrito Vaticano 9352, del siglo XIV.

Sus relatos están en ocasiones imbuidos de sus ideales de cruzada. Por ejemplo, bajo esta óptica reinterpreta el ejemplo «Del rústico y la avecilla» de Pedro Alfonso (núm. 1), o nos muestra el castigo a un maestro de lógica que no se dedicaba a la enseñanza correcta de la ciencia (núm. 2), o a un soldado que ha luchado contra los sarracenos que debe cuidar por el cumplimiento de su voluntad (núm. 5). Así se nos perfila este predicador que hizo del

cuento una de sus principales armas apologéticas.

1

[EL RÚSTICO Y LA AVECILLA] [1]

Vanos y simples son los maestros que creen las noticias nuevas y desconocidas y no quieren seguir a los maestros antiguos y probados, como dice el *Eclesiastés* xxxix: «El sabio busca a los antiguos» [2]. Estos deambulan entre grandezas y maravillas que andan sobre ellos. Deambulan entre grandezas quienes piensan de qué modo en este mundo tendrán riquezas y serán alzados a dignidades. Deambulan entre maravillas que andan sobre ellos quienes piensan qué pueden hacer o decir para que los hombres los admiren. En verdad, mayormente nuevas y desconocidas noticias fingen aquellos que, a pesar de que son increíbles, colocan su fe en los curiosos y tontos auditores, igual que aquel hombre que, cuando capturó un ruiseñor, le dijo Filomena:

—Ves cuán pequeña soy. Si me matases y comieras, no obtendrías mucha comida de mí; si me permitieses ir, te enseñaré sabiduría que mucho te podrá aprovechar.

Este respondió:

—Enséñamela y te dejaré ir.

Filomena le dijo:

—Nunca te esfuerces en aprehender lo que no puedes aprehender y nunca de la cosa perdida, que no puedas recuperar, te duelas, y nunca coloques tu fe en palabra increíble.

Habiendo escuchado esto, le permitió volar. Entonces Filomena, queriéndolo probar, le dijo:

—¡Oh, mísero, qué hiciste, que me dejaste escapar! ¡Tengo en mis vísceras una margarita que excede en grandeza el tamaño de un

huevo!

Escuchando esto, se entristeció rápidamente y se esforzó en atraparla. Ella le dijo:

—Ahora conozco tu necedad por la cual de mi doctrina no te aprovechaste; te esfuerzas en atraparme cuando no puedes seguirme en mi camino; te dueles de la cosa perdida que no puedes recuperar. Crees que en mis vísceras hay una margarita más grande que mi vientre, cuando yo todo el tamaño de un huevo no puedo superar.

Así necios y engañados escolares colocan su fe en algunas fantasías y cosas increíbles, las que igualmente con risa frívola noblemente deberían rechazar.

2

[EL CASTIGO DEL MAESTRO] [3]

La ciencia de la piedad es saber leer las escrituras, entender a los profetas, creer en el evangelio, no ignorar a los apóstoles. Pues la doctrina de los gramáticos puede ser útil a la vida mientras sea adaptada por los más sabios para su uso. Aunque Jerónimo dejara de enseñar las artes triviales, este también es azotado por el ángel y corregido porque leyó los libros de Cicerón. Ciertamente le es dicho: «Eres ciceroniano, no cristiano». Creemos que se dice esto porque está más ocupado en estas cosas y se distrae con curiosidad más en libros de Tulio que en los teológicos. Así, un parisino contó que un discípulo, luego de muerto, apareció un día ante su maestro, el cual había sido visto llevando una caperuza de pergamino escrita con diminutas letras. Y como el maestro Sella —así se llamaba el maestro— dijo al discípulo que se sacase esta capa y las letras, respondió: «Cada una de estas letras más me pesa que si llevara sobre mi cuello la torre de esta iglesia», teniendo delante de sí la iglesia de San Germán de París en cuyo prado su discípulo apareció. «Estas letras — dijo— son sofismas y curiosidades en las cuales consumí mis días», y añadió: «No te puedo decir con cuánto ardor me atormento bajo esta capa, pero con una gota de sudor te lo puedo mostrar». Y en cuanto el maestro extendió la palma para que

cayera la gota de sudor, le fue perforada su mano con la hirviente gota como si fuese una agudísima saeta. Pronto aquel maestro dejó las escuelas de lógica, y entrando en la orden cisterciense dijo: «Dejo el croar a las ranas, el canto a los cuervos, y las banalidades a los vanos, vuelvo a la lógica que no teme a la muerte». Pues mientras vivió en la orden tuvo la mano perforada y hasta nuestro tiempo, cuando en París estuvimos, vivió en las escuelas mostrando la herida de su mano.

3

[EL SUDARIO DEL AGONIZANTE]

Escuché de una mujer que se desesperó por la vida de su marido, y éste, cercano a la muerte, perdió el uso de la lengua y los miembros. Llamó a una sirvienta y le dijo la mujer de aquel hombre:

—Apúrate y compra tres varas de tela bordada para el entierro de mi marido.

La sierva respondió:

—Señora, tenéis abundante cordón de tela; te daré cuatro varas de este o más para el sudario.

Y ella, indignándose, le dijo:

—¡Son suficientes para él tres varas!

Y en esto la señora y la sierva estaban en desacuerdo. Escuchándolas el hombre aquel con gran esfuerzo respondió:

—¡Corto o largo, hacedme el sudario y no me cubráis con estiércol!

Lo que es decir, según el proverbio vulgar gálico: «Cort le me faites pour ne le croter» [4] .

4

[EL ERMITAÑO TENTADO POR LA BLASFEMIA] [5]

Un ermitaño, tentado por el espíritu de la blasfemia, pensó que

no eran justos los juicios de Dios, que afligen a los buenos y benefician a los malos. Un ángel del Señor apareció ante él en especie de hombre y le dijo:

—¡Sígueme! Dios me envió para que vengas conmigo y te muestre sus juicios ocultos.

Y lo condujo hasta la casa de un buen hombre, quien generosa y benignamente los recibió con su amistad dándoles todas las cosas que les fueran necesarias. Por la mañana el ángel robó un cáliz a su anfitrión, que este mucho apreciaba, y el ermitaño comenzó a lamentarse pensando que el ángel no había sido enviado por Dios sino por el demonio. Otra noche fueron hospedados en la casa de un hombre que les dio mal hospicio y los trataba mal. El ángel le dio a este el cáliz que había robado al hombre del hospicio. Viéndolo, el ermitaño se entristeció y comenzó a tener peor impresión del ángel. Llegada la tercera noche, fueron hospedados en la casa de un hombre bueno que los recibió con gran alegría y les proveyó de las cosas necesarias. Por la mañana, les envió un joven esclavo para conducirlos y mostrarles el camino. El ángel lo arrojó desde el puente y el esclavo se ahogó en el río. Viéndolo el ermitaño, se escandalizó y se entristeció. La cuarta noche un hombre bueno los recibió muy bien, con rostro alegre, ofreciéndoles copiosa comida, y les hizo preparar lechos apropiados; pero un niño que el anfitrión tenía comenzó a llorar en la noche y no los dejó dormir. Levantándose, el ángel lo estranguló en la oscuridad de la noche. Viendo esto el ermitaño, pensó que el ángel que lo guiaba era un ángel de Satanás e intentó matarlo. Entonces el ángel le dijo:

—El Señor me envió hasta ti para que te muestre sus juicios ocultos y sepas que todo tiene su causa en la tierra. Aquel hombre bueno cuyo cáliz llevé tanto lo apreciaba que lo servía con esmero, pensando frecuentemente en el cáliz cuando en verdad debería estar pensando en Dios, y así por su bien se lo sustraje y se lo di a aquel mal anfitrión, que en su hospicio no nos recibió bien, para que recibiera su merced en este mundo y en el otro no tuviera ninguna otra retribución. Ahogó a aquel sirviente porque al siguiente día su señor lo iba a matar, y así liberó al buen anfitrión nuestro con la muerte del sirviente y a su siervo que lo iba a ajusticiar, que ya estaba preparado para que fuera castigado con más fuerza en el infierno. Nuestro cuarto anfitrión, antes de tener a su hijo, hacía

muchos bienes y todo lo que de alimento y vestido podía tener se lo daba a los pobres; pero, una vez nacido su hijo, retiró sus manos de las obras de misericordia y todo lo reservaba para su hijo. Yo, anticipándome, llevé la causa de su avaricia al Señor y coloqué el alma del niño inocente en el paraíso.

Escuchándolo, el ermitaño se sintió liberado de toda tentación de matarlo y comenzó a glorificar los juicios de Dios, que son muy oscuros.

5

[EL TESTAMENTO DEL SOLDADO] [6]

Leemos de un soldado que, cuando estaba en Hispania con el emperador Carlos luchando contra los sarracenos, llegó el momento de su muerte. Para salvación de su alma, dejó su caballo y otras pertenencias señaladas en su testamento para que fueran dadas por un soldado, compañero suyo de batallas en el que confiaba poco, a los pobres. Este otro soldado le echó el ojo al caballo y, vencido por la codicia, se lo quedó. Luego de ocho días, se le apareció el alma del difunto y le dijo:

—Te entregué mis cosas para que las distribuyeras porque confiaba en ti; tú, sin embargo, infiel y traidor, te quedaste con el caballo. Yo te vigilo atentamente, porque retrasaste mi liberación del purgatorio y ahora, que estoy libre de él, camino feliz a la región de los vivos. Tú, sin embargo, sabrás que mañana dejarás la vida por tanta iniquidad.

El soldado quedó confundido y aturdido y al día siguiente el mísero esperaba la llegada del suceso que el muerto le había predicho. Lo tomaron negros cuervos, lo elevaron en el aire y luego, lanzándolo sobre una roca desde lo alto, se quebró la cerviz y murió miserablemente.

6

[CARLOMAGNO PRUEBA A SUS HIJOS] [7]

Así como el Señor difunde los rayos de su gracia por el universo, los pusilánimes se licúan igual que la cera al sol, ya que no reciben el signo de la cruz, según cuenta el ejemplo de un hijo del emperador Carlos que se llamaba Gobaut. Según se cuenta, quiso Carlos probar la obediencia de sus hijos y le entregó a uno de ellos un trozo de fruta que tenía en la mano. Le dijo:

—¡Gobaut, abre la boca y toma!

Respondió que no abriría ni soportaría tal insulto por parte de su padre. Entonces el padre llamó a otro hijo de nombre Luis y le dijo:

—¡Abre la boca y toma lo que te doy!

Este le respondió:

—Haz conmigo lo que te plazca, así como lo harías con tu siervo.

Y, abriendo la boca, recibió la fruta de mano de su padre. Inmediatamente el padre agregó:

—Y yo te doy el reino de Francia.

Y como el tercer hijo, que se llamaba Lotario, fue tomado para que abriera la boca ante todos, el padre dijo a su hijo que esperaba:

—Por parte del fruto que recibiste en la boca, te concedo el ducado de Lorreine.

Entonces Gobaut, acongojado, le dijo:

—¡Padre, padre, aquí abro la boca! ¡Dame parte del fruto!

El padre le respondió:

—Tarde la abriste. Ya no te daré ni fruto ni tierra.

Y comenzaron todos a burlarse de él diciendo: «A tart bea Gobaut». Esto es: «Tarde boqueó Gobaut» **[8]**.

7

[EJEMPLO DEL UNICORNIO] **[9]**

Leemos que un hombre, huyendo de un unicornio, se cayó en una gran y profunda fosa; y, extendiendo sus manos, tomó una hierba y vio dos ratones que aparecían ante sus ojos, uno blanco y el otro negro, royendo incansablemente la raíz del arbusto, y arriba cuatro cabezas ásperas que roían los árboles y los devoraban, y en el fondo de la fosa vio un dragón ávido por devorarlo a él. Arriba,

sobre su cabeza, pendía una aguda espada con un agudo filo que estaba colocada para tajarlo. Pues como el peligro era tan grande, alzó sus ojos y vio una gota de miel que se destilaba de las ramas del arbusto, y rápidamente, olvidando el peligro, comenzó a extender la mano y a beber la miel dulcísima, y este súbito e imprevisto árbol que era corroído cayó. La espada cayó sobre su cabeza, él cayó en la fosa con fuego, y el dragón insidiosamente lo raptó y lo comenzó a devorar.

El unicornio es la bestia cruel que a todos persigue y a nadie le evita la muerte; la fosa es este mundo; los arbustos el largo de nuestra vida que continuamente, días y noches, nos corroe como dos ratones; por el ratón blanco se designa el día, por el negro las noches. Las cuatro cabezas ásperas son los elementos en nuestro cuerpo, por los cuales la estructura del cuerpo se disuelve desordenada y perturbadoramente. La serpiente es el diablo; la profundidad de la fosa el infierno; la espada cercana a la cabeza la sentencia del juicio en la vecindad; la gota de miel la dulzura de la delectación temporal; la caída de este hombre el fin de la vida.

8

[LA PARTICIÓN DE LA PRESA] **[10]**

Se cuenta que el lobo y la zorra se unieron al león para cazar, y como atraparon [un toro] **[11]**, un becerro y una oveja propuso el león que se dividiera y repartiera. El lobo dijo:

—Señor, vos tendréis el toro, yo el becerro y el zorro la oveja.

El león, indignado, elevando el pie golpeó al lobo y la piel de la cabeza le arrancó con las uñas, y ordenó al zorro que partiera la presa. Respondió el zorro:

—Señor, justo es que vos, que nuestro rey sois, tengáis el toro; la reina, vuestra esposa, que también es nuestra señora, tendrá el becerro; vuestros hijos, los leoncillos, tendrán la oveja.

Le dijo el león:

—Hiciste una justa partición. ¿Quién te enseñó a repartir tan bien?

El zorro, pues, mirándolo con respeto le dijo:

—Señor, éste, al que roja cabellera hiciste, me enseñó a partir.

Así sucede para quien sería útil consejo salir de Babilonia y dejar la compañía de los malos y en paz y seguridad servir al Señor.

9

[SAN MARTÍN Y LOS VIAJEROS PRECIPITADOS] [12]

Muchos males provienen de la precipitación. Donde leemos que el beato San Martín, cabalgando una tarde hacia París, pasó junto a los que conducían una cuadriga que marchaba apresuradamente, dudando de poder llegar a París antes de la noche. Le preguntaron al santo varón de qué manera podían llegar de día a París. Respondió:

—Llegarías bien si fuerais a buen paso y no os apresurarais.

Al verlo pobre, de viles vestiduras y cabalgando en un asno, se indignaron pensando que se burlaba de ellos y lo insultaron y lo golpearon con impíos puños. Se marcharon apresuradamente, mientras Martín marchaba tranquilamente siguiéndolos de lejos. Así fueron arrojados del caballo por vano apresuramiento, fue derribada la cuadriga y la rueda se quebró. Dijo Salomón: «Quien es festivo ofende a sus pies». Y San Martín, que caminaba despacio, los alcanzó. Dijo:

—Si me hubierais creído y no os hubierais marchado apresuradamente, podríais haber caminado tranquilamente de día y a la ciudad llegar así como yo llegaré, si Dios me lo concede.

¡Trabajemos en este mundo para que descansemos y recojamos el fruto en el otro!

10

[EL HOMBRE Y LA MOSCA] [13]

Escuché que una mosca molestaba mucho a un calvo picándolo en la cabeza. El hombre intentaba golpearla, pero volando la mosca sobre su cabeza, se golpeaba a sí mismo. La mosca volvió diez veces

y el hombre tantas veces golpeó su cabeza; la insultaba y ella se burlaba de él. Finalmente, el calvo le dijo:

—¿De qué te ríes, oh mísera e insignificante, que puedes herir poco y fácilmente ser lastimada?

Y como la mosca una y otra vez volvía sobre el calvo, golpeándose fuertemente y a la mosca ni siquiera rozándola porque constantemente lo burlaba, no la alcanzó y se mató.

11

[EL SACERDOTE CODICIOSO]

Escuché que había un sacerdote codicioso, si se permite decirlo, que cuando la madre de un joven murió, no quería sepultarla hasta no recibir dinero. El joven, que era pobre, no sabía qué hacer. Luego de muchas angustias y deliberaciones y una vez llegada la noche, puso a su madre en un saco, lo cerró con fuerza y, colocándolo sobre sus hombros, fue hasta la casa del sacerdote, diciéndole: «Señor, no tengo el dinero que me pides, pero te ofrezco como garantía unos ovillos, es decir, unas madejas de fino hilo que mi madre tejía con tela que ella misma fabricaba», y dejándole delante el saco, se fue. Entonces el sacerdote, llamando a un clérigo suyo, se acercó gozoso hasta el saco y, como tocase la cabeza de la mujer, dijo:

—¡Buen vadio[14] tenemos ajeno! ¡Esta madeja que toqué es muy gruesa y vale bastante dinero!

Cuando desató la boca del saco, ocurrió que los pies de la vieja, que su hijo había doblado con gran esfuerzo, salieron golpeando fuertemente en el pecho del sacerdote. Éste, estupefacto y paralizado por el terror, inmediatamente se dio cuenta de qué se trataba. Sepultó el cuerpo de la difunta y, de ese modo, fue burlado el engañador y avaro.

12

[SAN BERNARDO RECHAZA A UNA MUJER LUJURIOSA] [15]

Se cuenta de San Bernardo que, cuando era un joven muy hermoso, fue hospedado en la casa de una mujer que puso sus ojos en él y se enardeció con tanta lujuria que saliendo en la noche, mientras todos dormían en sus casas, fue hasta el lecho en el que yacía aquel santo amablemente con Dios. Éste, en cuanto palpó a la mujer, comenzó a gritar:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

Escuchado esto, ella se escapó rápidamente de su lecho. Los hombres, que en la casa descansaban, se alborotaron y por todas partes buscaron al ladrón, pero no lo pudieron hallar. Y cuando regresaron para dormir, la mujer, excitada con el estímulo de Satanás, volvió una vez más hasta el lecho donde Bernardo yacía. Y él, no queriéndola difamar y temiendo peligro para sí mismo, comenzó a gritar como anteriormente lo había hecho. Cuando lo escuchó, ella escapó y los hombres salieron de la casa, pero por más que buscaron no hallaron a ningún ladrón.

Llegada la mañana, cuando San Bernardo, muy cansado por lo sucedido durante la noche, salió a cabalgar con un compañero, este le comenzó a preguntar por qué gritara en la noche «¡Ladrones! ¡Ladrones!» y a todos dos o tres veces hiciera levantar de la cama. Y él, para satisfacer a su compañero, respondió:

—Hermano, un ladrón muchas veces vino a mi lecho esta noche para despojarme de todos los ayunos, vigilias y oraciones y otros bienes que en toda mi vida junté, pero el Señor me auxilió.

Escuchando esto su compañero, cuando conoció lo que había sucedido esa noche, se enorgulleció de él.

13

[LA MUJER QUE CONTRADECÍA A SU MARIDO] **[16]**

Escuché decir de una mala mujer que siempre contradecía a su marido y hacía todo lo contrario a sus deseos. Todos los días su marido invitaba a algunos amigos al almuerzo y le rogaba a ella que recibiera a los huéspedes alegremente; sin embargo, ella hacía justamente lo contrario, afligiendo mucho a su marido. Un día aquel hombre invitó a algunos amigos al almuerzo e hizo poner la

mesa cerca del río. Ella, colocándose en la parte del río, miraba con rostro torvo a los invitados alejándose un poco de la mesa. El marido le dijo:

—¡Muestra el rostro alegre a nuestros huéspedes y acércate a la mesa!

Ni bien lo escuchó, ella se alejó aún más de la mesa acercándose peligrosamente a la orilla del río, que estaba detrás, justo a su espalda. Viendo esto su marido, dijo muy enojado:

—¡Acércate a la mesa!

Y ella comenzó a hacer lo contrario, y con gran ímpetu se alejó tanto más de la mesa, tanto que cayó al río y, habiéndose hundido, no salía a la superficie. Y su esposo, simulando tristeza, se metió en una nave y navegando contra la corriente del río con una gran pértiga comenzó a buscarla en el agua. Entonces sus vecinos le preguntaron por qué la buscaba en la superficie del río, cuando la debiera buscar en lo hondo. Respondió aquel hombre:

—¿Acaso no visteis que mi mujer siempre contradecía y nunca tomaba la vía correcta? Creo que, contra lo que la corriente del río pretende, subió y no se hundió como todos acostumbran hacerlo.

14

[LA VIUDA DE ÉFESO] [17]

De otra escuché que amó tanto durante toda su vida a su marido que, cuando él murió, día y noche no le quería dar sepultura. Ocurrió un día que un soldado, que había ofendido mucho al rey, fue colgado en la horca levantada junto al cementerio, y el rey ordenó a uno de sus soldados que custodiase al ahorcado para que no viniera un compañero suyo y lo hurtase. Dijo el rey al soldado:

—Si no lo custodias bien, te haré lo mismo que le hice a este malhechor.

Habiendo este soldado vigilado durante varias noches al ahorcado, una noche comenzó a tener gran sed. Y atraída la dicha mujer que hacía luto por su marido por el fuego que había encendido el soldado, se llegó hasta el cementerio. Y mientras el soldado bebía agua, que sacaba de la fuente, compañeros del

ahorcado secretamente se llevaron el cuerpo.

Y como cuando llegó no encontró al ahorcado, consternado regresó hasta aquella mujer y comenzó a quejársele y a llorar.

Y ella, clavando sus ojos en el soldado, le dijo:

—¿Qué haréis por mí si puedo liberaros a vos y a todos vuestros bienes de la mano del rey?

Él dijo:

—Todo lo que pueda hacer, lo haré por ti gustoso, pero no veo de qué modo me puedes ayudar.

Respondió la mujer:

—Júrame que contraerás matrimonio conmigo y yo te liberaré del peligro de la ira del rey.

Y como él se lo juró, le dijo:

—Tomemos el cuerpo de mi marido y colguémoslo en el patíbulo sin que lo sepa nadie.

Lo colgaron y el rey creyó que aquel era el cuerpo del malhechor, y así el soldado escapó de manos del rey.

He aquí cuán repentino es el cambio de la dicha mujer, que, por otro sobreviviente, no sólo mostró amor olvidando al primer marido, sino, además, sacándolo del sepulcro lo colgó en la horca. La mujer siempre tiene variado y mudable corazón.

15

[LA MUJER QUE PECÓ CON SU PROPIO HIJO] **[18]**

A veces los demonios, conociendo los pecados de los hombres, los acusan para traerlos a la muerte y que no sigan el camino de la penitencia.

Escuché que una mujer muy religiosa, cuando estaba en la ciudad de Roma, teniendo un hijo pequeño, lo ponía consigo en el lecho todas las noches hasta que fuera adulto. Así, por diabólica tentación sucedió que una noche la madre poseyó a su propio hijo. Temiendo el diablo que se arrepintiera, porque veía que hacía muchas limosnas y saludaba frecuentemente a la Beata Virgen, se transfiguró en una especie de escolar, que venía hasta el emperador romano. Dijo:

—Señor, yo soy un experto astrónomo que nunca fallo; sé predecir los hechos futuros, develar los hurtos escondidos, y sé muchas otras cosas que podrías averiguar con certero experimento, si me quisieras tener en tu séquito.

El emperador lo aceptó gozoso y el escolar comenzó a predecir muchas verdades y a develar robos ocultos. El emperador le creía completamente y lo honraba ante todas las huestes. Un día dijo al emperador:

—Señor, es maravilla que esta ciudad no haya sido tragada por la tierra, pues hay en ella una detestable mujer que poseyó y parió a su propio hijo.

Habiendo escuchado esto, el emperador comenzó a mirar fijamente a dicha mujer, puesto que aquella mujer era considerada entre todas las mujeres romanas como la más religiosa y así lo creía junto con su clérigo, puesto que nunca pudo concebir que le mintiera. Cuando aquella viuda recibió permiso del emperador, fue con lágrimas a la confesión y día y noche comenzó a suplicar a la Beata Virgen para que la liberara de la infamia y de la muerte. Habiendo sido asignado el día de la ejecución, no encontró amigo alguno que fuera con ella o que se opusiera al clérigo del emperador, a quien todos creían como a profeta. Cuando entró en la casa del emperador, comenzó el clérigo a aterrarse y a temer. El emperador le dijo:

—¿Qué tienes?

Y este calló. Acercándose la mujer, comenzó a emitir un lastimoso grito, y dijo:

—He aquí a María que viene con esta mujer y ella la conduce llevándola de la mano.

Y dicho esto desapareció retrocediendo entre remolinos y hedores. Y la mencionada viuda, por la virtud de la confesión de la Beata Virgen fue liberada de la muerte y de la infamia. Luego el cautivo se mantuvo en servicio de Dios.

Alguna vez estas malas viejas simulan ser adivinas para sacar dinero a aquellos que les preguntan con curiosidad.

16

[EL ESCÁNDALO SALVADO POR EL AUXILIO DE LA VIRGEN MARÍA]

Me contaron de un hombre muy religioso que en uno de los lugares en los que se alojó halló una honesta y religiosa matrona que venía día y noche a la iglesia y servía a Dios de manera devotísima. Un monje, custodio y tesorero del monasterio, tenía gran fama de religioso y de hecho lo era. Pues como hablaban frecuentemente en la iglesia de aquellas cosas que atañen a la religión, el diablo, envidiando la honestidad y fama de estos, los empujó a vehementes tentaciones, por lo cual fue convertido el amor espiritual en carnal. De donde convinieron y acordaron noche en la cual se fugaría el monje del monasterio con el tesoro de la iglesia y la matrona se iría de su casa con gran cantidad de dinero que llevaría furtivamente a su marido. Como así se fueron y fugaron, los monjes, levantándose por la mañana, vieron las arcas quebradas y el tesoro de la iglesia robado. Y como no encontraron al monje, rápidamente lo siguieron. Y de igual modo el marido de dicha mujer, viendo su arca abierta y el dinero robado, la siguió y, atrapando al monje y a la mujer con el tesoro y el dinero, los trajeron y los pusieron en una prisión. Tal fue el escándalo por toda la región que todos infamaban a los religiosos y, así, más profundo fue el daño de la infamia que el pecado de ellos. Entonces el monje comenzó con muchas lágrimas a rogar a la Beata Virgen, a la que siempre había servido desde la infancia y nunca le había hecho algo igual. Y, así, la dicha matrona también comenzó a implorar al instante el auxilio de la Beata Virgen, a la que frecuentemente días y noches acostumbraba saludar y junto a su imagen inclinar las rodillas. Finalmente, la Beata Virgen se apareció ante ellos enardecida y los reprendió:

—Puedo —dijo— obtener la remisión de vuestros pecados por mi hijo, pero ¿qué puedo hacer con tanto escándalo? Vosotros hicisteis heder el nombre de las personas religiosas ante los ojos de todo el pueblo, puesto que ahora nadie cree en las personas religiosas. Éste es casi un daño irreparable.

Luego, vencida la pía Virgen por sus oraciones, llamó a los demonios que les hicieron llegar a esto, diciéndoles que así como habían infamado la religión, que procuraran que cesara la infamia. Ciertamente, como no podían resistir su poder, luego de muchas

ansiedades y varias meditaciones hallaron el camino con el que poner fin a la infamia. Restituyeron en la noche al monje a la iglesia y el arca quebrada como primeramente había sido hecha y en ella depositaron el tesoro. El arca que la matrona había abierto cerraron y llevaron y los tesoros los repusieron en ella, y la colocaron en su cámara, en el lugar donde por la noche solía orar la mujer. Cuando los monjes encontraron en su casa el tesoro y al monje que, como acostumbraba, oraba a Dios y el marido encontró a la mujer, el tesoro y aun el dinero como primeramente estaba, comenzaron a espantarse y a admirarse, y corrieron a la cárcel, donde vieron al monje y a la mujer con grillos en los pies, como primeramente los habían enviado. Así se veía que un demonio se había transfigurado en forma de monje y otro en forma de mujer. Como toda la ciudad acudió a la vista de este hecho maravilloso, los demonios dijeron a todos los que escuchaban:

—Retrocedamos, bastante engañamos ya a todos y los hicimos pensar en la religiosidad de malas personas.

Y dicho esto, rápidamente desaparecieron. Todos a los pies del monje y de la mujer se echaron haciendo la señal de la cruz.

He aquí cuánta infamia, escándalo e inestimable daño hubiera ocasionado el diablo contra personas religiosas, si la Beata Virgen no los ayudase.

17

[LA ELECCIÓN DE UNA VIDA EJEMPLAR] **[19]**

Muy difícil es que por malos padres no se corrompan los hijos.

Se lee de un hombre bueno que era muy simple y temeroso de Dios y trabajando diariamente en el campo vivía pobremente de la labor de sus manos. Su mujer, permaneciendo en la casa todo el día, comía y bebía con comensales y, todo lo que su marido podía ganar, ella lo consumía viviendo lujuriosamente. Ocurrió que murieron ambos y dejaron a una única hija que tenían. Esta comenzó a pensar si debía imitar la vida del padre o de la madre. El diablo ponía ante sus ojos que la vida de su padre había sido muy dura y áspera y que en dolor y miseria siempre había vivido. Su madre, por el contrario,

había vivido en grandes deleites y placeres y con gran felicidad. Y ya su ánimo era inclinado hacia esto último para que, viendo la pobre recompensa del padre, imitara a su madre.

En la noche siguiente, el ángel del Señor se le apareció en sueños y vio que la conducía a un fétido y horrendo lugar de tormentos, donde entre otros condenados veía a su negrísima madre quemándose en fuego insoportable mientras que serpientes le corroían todos sus miembros y los devoraban con mordiscos amargos. Entonces ella le comenzó a decir casi gritando:

—¡Ven, hija, que a causa de viles y transitorios deleites soy atormentada sin fin y nunca obtendré el perdón! ¡Cuídate, hija mía, no imites mi miserable y torpe vida, ya que de ningún modo puedes evitar el tormento eterno!

Luego se vio conducida hasta un lugar amenísimo y glorioso, donde en comunidad de los santos y honor de los espíritus vio a su padre brillando con el esplendor de un sol, coronado con gloria y honor. Le dijo el ángel:

—¿Qué vida quieres imitar, la de tu padre o la de tu madre?

Ella respondió:

—Señor, te juro y prometo que nunca imitaré la vida de mi madre, sino que con el ejemplo de mi padre en penitencia y trabajo mi vida quiero consumir. Por la mañana, lo que tenía daba a los pobres y, llevando una vida muy austera, se recluyó en una gruta.

De estos padres que quieren a sus hijos en lo que concierne sólo a la carne y no se preocupan del alma, sino que más bien les ofrecen mal ejemplo, dijo el Señor: «Quien no odia al padre y a la madre por mí no es digno de mí» **[20]** .

ODO DE CHERITÓN

FÁBULAS

Extraídas del manuscrito Corpus Christi 441 de la Universidad de Cambridge

Odo de Cheritón nació entre 1180 y 1190 en el condado de Kent, cerca de Folkestone. Fue hijo de una familia normanda afincada en Inglaterra. Y si bien tempranamente debió dejar su patria natal, la influencia de la cultura francesa e inglesa son patentes en su obra. En el año 1200 se estableció en París, donde alcanzó el grado de *magister* en Artes y Teología entre 1210 y 1211. Años después, en 1219 ó 1220, regresó a Inglaterra para luego entrar su biografía en un extenso cono de sombra que se prolonga hasta 1232, año en que regresó a Inglaterra para recibir la herencia de su padre. Ahí vivió hasta el año 1246 ó 1247, fecha de su muerte, siendo enterrado en la catedral de Rochester.

Hay, sin embargo, un período de doce años de su existencia (1220-1232) del cual no tenemos ninguna noticia y que coincide justamente con el período de mayor actividad literaria de Odo. Se ha conjeturado, dada la gran cantidad de menciones a hechos sucedidos en España o a situaciones que sólo se conocen habiendo vivido en la Península a los que hace referencia en el cuerpo de sus *Fábulas*, que durante esos años Odo debió de permanecer en la Península Ibérica. Siendo que esos años también son los de mayor apogeo de la Universidad de Palencia, se cree muy probable que este escritor haya sido maestro de dicha Universidad, pero todo esto es muy vago e improbable. Y de hecho, hay un documento del año

1222 en el que se menciona un «magistri Odonis, canonici palentini». A tal punto llegó la fama de Odo en España que hacia 1350 y 1400 su colección de fábulas fue traducida al castellano con el sugestivo título *Libro de los gatos*.

La actividad literaria de Odo comprende la creación de tratados religiosos, sermones dominicales, festivos y epistolares y una colección de *Fábulas* que constituye su obra más difundida. El relato núm. 17 («De la disputa de la oveja blanca, la oveja negra, el asno y el cabrón») ofrece pistas para la datación de la colección. Allí se critican diversas órdenes religiosas, siendo la más moderna de ellas la de los Trinitarios, fundada en 1198. Los silencios también son significativos. No se menciona ni a los Franciscanos (1209) ni a los Dominicos (1216), lo cual hace pensar que la obra debió de ser compuesta entre estas dos fechas extremas, es decir, hacia el año 1200. Se trata de un total de 119 fábulas y narraciones que resumen tradiciones de diversas procedencias: esópicas, el ciclo de Renard, descripción de animales, comparaciones. Todas o casi todas con moralizaciones en las que se propagan los postulados reformistas surgidos a partir del IV Concilio de Letrán, celebrado en 1215. La colección parece haber sido compuesta para uso práctico en la peroración pública. Sus reprensiones a las relajaciones de la época no se detienen en una aguda crítica al clero, sino que también atacan con virulencia a los poderosos señores de su tiempo.

Los relatos se enlazan con una tradición de raíz netamente latino-eclesiástica. Hay algunos, como los núms. 3, 5 y 19, que no incluyen moralización, en cuyo caso las relatos poseen una moralidad implícita. Pero la mayoría de las veces los relatos son moralizados. Cada narración está pulcramente explicada en una moralización, lo que les otorga un carácter alegórico. Se establecen así dos niveles: el narrativo y el exegético. En este segundo plano no hay en sentido estricto una interpretación del relato sino más bien un desciframiento de sus significados alegóricos. En la explicación se aplican todas las técnicas de la exégesis medieval. Sólo en un caso, en el ejemplo núm. 15 («Del soldado cazador y del león que invitaba a las bestias»), se coloca un relato dentro de otro. En ocasiones, puede haber dentro de la moralización un relato como apoyo de la explicación. No faltan en estas fábulas la gravedad de las citas bíblicas ni la gracia de los elementos populares. Como es

frecuente que ocurra en las fábulas, los personajes hacen gala de su astucia, imprescindible en un mundo en el cual se necesita de ella para sobrevivir. Con ello, Odo nos presenta, esencialmente, un mundo en pugna.

1

DEL MODO EN QUE LOS ÁRBOLES ELIGIERON REY [1]

Los árboles pactaron que elegirían un rey. Dijeron a la oliva:

—Reina sobre nosotros.

Ella respondió:

—¿Acaso puedo abandonar mi aceite que los dioses y hombres aprovechan para que yo sea elevada sobre los otros árboles?

Fueron hasta la higuera y le dijeron:

—Toma reino sobre nosotros.

Respondió:

—¿Acaso puedo dejar mi dulzura y frutos agradabilísimos para que yo sea elevada sobre los otros árboles?

Fueron hasta la vid para que reinara sobre ellos. Ella respondió:

—¿Acaso puedo dejar el vino que regocija a Dios y los hombres?

Y no quiso ser coronada. Dijeron los árboles a la rama:

—Reina sobre nosotros.

Respondió la rama:

—Si me coronáis como rey, venid, y bajo mi sombra descansad. Si no lo queréis, que el fuego sea alejado de la rama y devore los cedros del Líbano [2].

Mística. Los árboles significan los hombres campesinos, los monjes y la congregación sin pastor. Vienen para elegir a la oliva, a alguien justo, quien rechazándolos dice que no quiere dejar la robustez de la caridad y ser elevada a la dignidad propuesta.

La higuera significa el justo que, dedicado a la contemplación, prueba cuán suave, cuán dulce es el Señor y produce dulces frutos

con el bien de su obra y, puesto que en las dignidades hay muchas amarguras y muchas turbaciones, no quiere cambiar su placer por las dignidades.

La vid es el hombre justo que goza con alegría espiritual, y dice: «Nuestro gozo es testimonio de nuestra conciencia». Puesto que son muchas las amarguras y muchas las turbaciones en la repugnante dignidad, por esto no quiere ser elevado.

De donde el canónigo turinense como rechazó la elección, pronto se cambió de bando y descubrió a su aliado. Siendo interrogado sobre por qué no aceptó el episcopado, respondió: «Si yo hubiese sido elegido por el concilio de sacerdotes, yo hubiese sido elegido por el número de los que serían culpables».

Igualmente, como el maestro H. [3] luego de haber sido hecho sacerdote de Meaux, visitó con sus aliados París y dijo: «Si tuviese enemigo mortal y le deseara algún mal, suplicaría que Dios lo hiciera sacerdote y esto yo tendría por máxima maledicencia».

También como los sacerdotes son las columnas del cielo y los quicios del templo, gobiernan la Iglesia de Dios y la sustentan. Y los que son justos transforman el noble fruto de las almas en vida eterna.

La rama inútil con agrado recibe el episcopado. La rama es el arbusto espinoso, carente de sombra, que a causa de la excesiva aridez expele fuego. Así el impío que ninguna sombra de refrigerio o consolación tiene, dice: «Descansad bajo mi sombra». Muchos bienes promete, pero el fuego de la avaricia, de la soberbia, de la lujuria brota de sí, y, de este modo, a los árboles, esto es, a los fieles, quema con erróneo ejemplo.

Así los Sicemitas eligieron a Abimelec, que los quemó [4].

2

DE CÓMO LOS POLLUELOS ELIGIERON REY

Una vez las gallinas eligieron por rey a la serpiente que las devoraba. Los polluelos celebraron concilio para elegir otro rey. Dijo uno más sabio que todos los demás:

—Elijamos a la paloma, que es animal simple y no nos

despedaza, ni nos hace daño, ni nos devora.

Así lo hicieron, y la simple paloma se mezcló entre los polluelos. Dijeron los polluelos:

—Nuestro rey no vale nada, puesto que no nos golpea ni despedaza.

Dijeron otros:

—Depongámoslo. ¿A quién elegiremos?

Dijeron a su vez:

—Elijamos al milano.

Y así lo hicieron. El milano, una vez coronado rey, un día comenzó a despedazar y devorar a un polluelo con sus fauces y sus uñas. Luego a otro y más tarde a un tercero. Y así por un rey perverso fue el pueblo afligido.

De igual manera, muchos no están contentos con un rey benigno, con un simple sacerdote, un inocente abad. Eligen uno perverso que a todos destruye. Por esto es necesario alguna vez picar a los súbditos y golpearlos, alguna vez punzarlos, alguna vez ungirlos, para que no se ensoberbezcan ni se entristezcan por excesiva aflicción.

3

DEL ABAD, LA COMIDA Y LOS MONJES

(Y SE APLICA A MALOS GOBERNANTES Y PEORES SUCESORES) [5]

Un abad dio a sus monjes tres comidas. Dijeron los monjes:

—Éste nos da poco. Roguemos a Dios que se muera pronto.

Y por esta causa o tal vez por otra, pronto murió. Fue sustituido por otro que les dio tanto como dos comidas. Los monjes, airados y afligidos, dijeron:

—Ahora debemos suplicar más que Dios le quite su vida, puesto que una comida nos ha suprimido.

Finalmente, murió. Fue sustituido por el tercero, que suprimió dos comidas. Airados los monjes dijeron:

—Éste es el peor de todos, puesto que nos arrastra al hambre. Roguemos a Dios que se muera pronto.

Dijo un monje:

—Ruego a Dios que le dé larga vida y lo tenga en su mano para nuestro bien.

Todos admirados preguntaban por qué había dicho aquello. Respondió:

—Veo que el primero fue malo, el segundo peor, éste pésimo. Temo que, cuando muera, otro peor le suceda que nos mate completamente de hambre.

De donde se suele decir: *Selde cumet se betere*, es decir: Rara vez sucede otro mejor [6].

4

DE CIERTA AVE DE SAN MARTÍN

(CONTRA LOS OSADOS DE PALABRA Y NO DE OBRA) [7]

Un ave es llamada en España de San Martín, muy pequeña, a modo de reyezuelo. Tiene los pies delgados, a modo de junco, y son largos. Sucedió que, estando el sol ardiente, cerca de la fiesta de San Martín, se echó al sol junto a un árbol y levantó sus pies, diciendo:

—¡Ea!, si el cielo ahora cayera, lo sostendría sobre mis pies.

Y cayó una hoja cerca y el ave voló espantada, diciendo:

—¡Oh, San Martín!, ¿por qué no ayudas a tu avecilla?

Semejantes son muchos que en un tiempo creen y en otro se entregan a las tentaciones. Así fue Pedro, que fue preparado para ir en defensa de Cristo a la muerte y a la cárcel. Pero cuando vio a su Señor ser maltratado, dijo a la criada con plena voz: «Mujer, no sé qué dices. No lo conozco» [8]. Los hijos de Effrem extendiendo y dirigiendo el arco, fueron convertidos en el día de la batalla [9]. Se aplica a algunos soldados que, si alguna vez su cabeza es resfregada con vino o cerveza, dicen poder mantenerse en pie contra tres franceses y vencer a los más fuertes. Pero si alguna vez están en ayunas y ven lanzas y soldados cerca de sí, dicen:

—¡O San Martín, ayuda a tu avecilla! *¡O Sein Martín, eide nostre oiselin!*

5

DEL HIJO DEL SAPO Y SUS SANDALIAS

(CONTRA EL FALSO JUICIO DE LA RAZÓN A CAUSA DEL AFECTO) [10]

Una vez los animales celebraron concilio. El sapo envió allí a su hijo. Pero habiendo olvidado sus sandalias nuevas, el sapo buscó algún animal veloz que pudiera marchar apresuradamente hasta el concilio. Vio que la liebre corría bien. La llamó y, convenida la paga, le dijo que llevara las sandalias nuevas a su hijo. Respondió la liebre:

—¿De qué manera puedo distinguir a tu hijo en el concilio?

Dijo el sapo:

—Aquel que es más hermoso entre todos los animales, ése es mi hijo.

Dijo el lobo *(sic)*:

—¿Acaso la paloma o el pavo es tu hijo?

Respondió:

—De ningún modo, puesto que la paloma tiene negras carnes y el pavo torpes pies.

Dijo la liebre:

—¿Cuál es, entonces, tu hijo?

Y dijo el sapo:

—Aquel que tiene una cabeza igual a la mía, tal vientre, tales tibias, tales pies, ése tan hermoso, ése es mi hijo. Tú llévale las sandalias.

Llegó la liebre con las sandalias y narró al león y a las otras bestias de qué manera el sapo había descrito a su hijo. Y dijo el león:

—*Ki crapout eime, lune li semble* [11]. Si alguien ama a una rana, la rana juzga que es Diana [12].

6

DEL JOVEN Y LA VIEJA [13]

Vi un joven que amaba a una vieja repulsiva. Buscó consejo acerca del modo en que podía apartarse de ese amor. Y dijo uno:

—¿Por qué la amas, ya que no es muy bella?

Respondió que para él sí era muy hermosa.

De igual modo sucede que alguna mujer tiene un marido hermoso; sin embargo, ama a un ribaldo repulsivo más que a su marido.

De igual modo el alma del pecador, que es esposa de Cristo, siempre ama más un sapo que la apariencia del hombre hermoso. Pues cualquiera que fornicación, adulterio o hurto comete, al hermoso esposo abandona y al sapo ama. Se consagra al diablo, se une al sapo. Ve al sapo más hermoso que el sol o la luna o que al mismo Dios[14]. ¡Eu! ¡Así es éste! ¡Cuánta ceguera! ¡Cuánto engaño! Ilumina, Señor, nuestros ojos, para que te entendamos cuán bello eres y amemos tu intelecto sobre todas las cosas. Agustín dijo: Tú, Señor, hiciste todas las cosas. Porque eres hermoso, éstas son hermosas. Porque eres bueno, éstas son buenas. Porque existes, son. Y no son con maldad, sino también son buenas, sino también son así como tú, creador de ellas. Comparado con éste, ni son hermosas, ni son buenas, ni son[15]

7

DEL GATO QUE SE HIZO MONJE

(CONTRA LOS DESEOSOS DE HONORES, BENEFICIOS Y DIGNIDADES, ETC.)[16]

En un refectorio había un gato que atrapó y mató todos los ratones, a excepción de uno enorme. Pensó el gato de qué modo podría engañar y devorar a aquel enorme ratón. Finalmente, se hizo tonsurar, vistió una casulla y se hizo monje. Luego se sentó entre los canónigos y comió. Al ver esto, el ratón se alegró creyendo que ya no lo querría dañar. El ratón danzó aquí y allá y mientras el gato disimulaba desviar sus ojos de toda vanidad, el ratón se aproximaba lentamente hasta el gato. Éste lo atrapó fuertemente con las uñas y lo sostuvo con firmeza. Dijo el ratón:

—¿Por qué haces tal crueldad? ¿Por qué no me perdonas? ¿Acaso no te has hecho monje?

Dijo el gato:

—Nunca suplicarás tan bien como para que te perdone, hermano. Cuando quiero, soy monje; cuando quiero, soy canónico.

Y devoró al ratón.

Así hacen muchos cuando no pueden poseer riquezas ni otras cosas que aman. Ayunan y fíngense buenos y santos, cuando en verdad son hipócritas y demonios que se transfiguran en ángeles de luz. Y otros se hacen monjes para ser despenseros, priores, abades, sacerdotes y así se hacen tonsurar para atrapar a un ratón. Y, finalmente, cuando tienen ilícitamente lo que desean, nunca tanto les predicarás que perdonen a su ratón.

8

DEL RATÓN DOMÉSTICO Y DEL SILVESTRE O CAMPESTRE

(CONTRA SIMONÍACOS Y USUREROS) [17]

Un ratón que vivía en una casa preguntó al ratón campestre qué comía. Éste respondió:

—Duras habas y secos granos de trigo o cebada.

Y dijo el ratón doméstico:

—Áridos son tus víveres. Es asombroso que no mueras de hambre.

Preguntó el silvestre:

—Y tú, ¿qué comes?

—Ciertamente como gordos bocados y panes blancos.

Luego agregó:

—Ven a mi almuerzo y comerás opíparamente.

Agradó esto al campestre y fue a la casa del otro ratón. Los hombres sentados en el almuerzo arrojaban migas y mendrugos. El ratón doméstico dijo al silvestre:

—¡Sal del agujero! ¡He aquí cuántas buenas cosas son arrojadas!

Salió el campestre y tomó un mendrugo, pero saltó el gato detrás del ratón y apenas escapó por el agujero. Dijo el ratón

doméstico:

—He aquí, hermano, qué buenos bocados frecuentemente como. Permanece conmigo algunos días.

Respondió el ratón silvestre:

—Buenos son los bocados; pero, ¿tienes todos los días tal compañero?

Y preguntó el doméstico:

—¿Cuál?

Y dijo el silvestre:

—Un gran gato cazador que casi me devoró.

Respondió el ratón doméstico:

—Es cierto, sin duda, puesto que mató a mi padre y a mi madre, y yo muchas veces escapé por poco.

Y dijo el campestre:

—No quisiera tener todo el mundo con tal peligro. Quédate con tus mendrugos. Más quiero vivir con pan y agua en seguridad que tener todos los lujos con tal compañero:

Quiero más roer haba que ser roído por una eterna preocupación.

De esta forma, si comprendieran los rectores de la Iglesia que son indignos, simoníacos y usureros con cuánto peligro comen, porque sobre el bocado mal adquirido está el diablo, está el gato que devora las almas. Quieren más comer pan de cebada con buena conciencia que tales manjares con tal compañero.

9

DE LA ZORRA Y EL LOBO Y EL CUBO DEL POZO [18]

La zorra cayó casualmente por un agujero en un pozo. Vino el lobo y preguntó qué hacía ahí. Dijo:

—Buen compadre, aquí tengo muchos y grandes peces. ¡Ojalá los compartieras conmigo!

Y dijo el Ysemgrino [19]:

—¿De qué modo podré descender allí?

Dijo la zorrilla:

—Arriba hay una cuba. Ponte dentro y bajarás.

Y había allí dos cubas: cuando una ascendía, otra descendía. El lobo se posó en la cuba que estaba arriba y descendió dentro. La zorrilla en la otra cuba subió. Y cuando llegó hasta él, dijo el lobo:

—Buen compadre, ¿dónde vas?

Y dijo la zorra:

—Ya comí bastante y ahora subo. Tú desciende y encontrarás maravillas.

Descendió el mísero lobo y no halló nada salvo agua. Por la mañana vinieron unos campesinos, sacaron al lobo y lo golpearon hasta matarlo.

La zorrilla significa el diablo que dice al hombre: «Desciende a mí en el pozo del pecado y encontrarás placeres y muchas buenas cosas». El necio se entrega y desciende en el hoyo de la culpa y ahí ninguna recompensa halla. Por último, vienen enemigos y sacan al impío, lo atormentan y lo matan. El diablo prometió a Adán muchos bienes, pero le pagó con muchos males.

10

DEL LEÓN, EL LOBO, LA ZORRA Y LOS CAZADORES [20]

El león, el lobo y la zorra acordaron que cada uno cazaría un animal. La zorra cazó un ánsar, el lobo un carnero robusto, el león un buey delgado. Luego fueron a almorzar. Dijo el león al lobo que partiera su presa. Respondió el lobo:

—Que cada uno se quede con lo que atrapó: el león su buey, yo el carnero, la zorra el ánsar.

El león, airado, levantó su garra y con las uñas arrancó al lobo todo el cuero cabelludo. Dijo el león a la zorra que repartiera la comida. Y la zorra respondió:

—Señor, vos comed cuanto queráis del robusto carnero, que tiernas tiene las carnes, y luego del ánsar cuanto queráis; por último, comed del buey con moderación, que duras tiene las carnes, y, lo que quede, dánoslo a nosotros que somos tus súbditos.

Dijo el león:

—Dices bien. ¿Quién te enseñó a repartir tan justamente?

Y la zorra respondió:

—Señor, este rojo capellán de mi compañero me enseñó a repartir con su cabeza.

Así el Señor enseñó al primer padre por su desobediencia, es decir, por muchas flaquezas con hambre, sed, desnudez y hasta con la muerte, por lo cual el rojo capellán Adán nos debiera servir de ejemplo para que nunca ofendamos a Dios. En las Parábolas se dice: «Castigado con el pestilente, el necio será más sabio» [21]. Que alguna vez se azote el cachorro en presencia del león, para que éste tema y se amanse. Así el Señor fustigó al triple león para que nosotros, cachorros míseros, temamos y nos abstengamos de pecado. Fustigaba a Satanás, fustigaba al primer Adán, fustigaba al segundo Adán, esto es a Cristo. De donde la voz de Cristo decía al Padre: «Por mí pasaron tres iras» [22], puesto que él mismo se puso en la cruz y en su propio hijo no escamoteó los flagelos. Todavía nosotros, míseros, no temamos. Señor, puedes decir: «He encontrado que todas las fieras son más dóciles que tú». Maldito sea tal cachorro que habiendo sido castigados tan grandes leones, no teme y reniega de ser castigado.

11

DE UN HOMBRE QUE ENCOMENDÓ DOCE OVEJAS A SU COMPADRE, EL LOBO

(CONTRA MALOS RECTORES, ETC.) [23]

Un padre de familia tenía doce ovejas. Quiso peregrinar y encomendó sus ovejas al Ysemgrino, esto es, al lobo, su compadre. Y el compadre juró que las cuidaría bien. A continuación el hombre se marchó. Entre tanto Ysemgrino pensaba en las ovejas y un día comió una, otro día otra, de tal modo que el padre de familia, cuando regresó, encontró apenas tres. Preguntó a su compadre qué fuera de las otras ovejas. Respondió Ysemgrino que la muerte por mal tiempo cayó sobre ellas. Y dijo el padre de familia:

—Dame las pieles.

Y encontró en ellas las huellas de los dientes del lobo. Y dijo el padre de familia:

—Tú eres reo de muerte.

E hizo colgar al lobo.

Así Cristo dio sus ovejas a los sacerdotes para la custodia. Pero muchos con erróneo ejemplo o por negligencia destruyen las ovejas de Cristo. El sacerdote pervertido es digno de tantas muertes como los ejemplos de vicio que dio a los súbditos. Cuando viene el padre de familia, por cierto, hace colgar al lobo en el infierno.

12

DEL ZORRO QUE CONFIABA SUS PECADOS AL GALLO

(CONTRA LOS GOLOSOS)

Una vez fue el zorro al gallinero. Acudieron los hombres con báculos y lo golpearon tan cruelmente que apenas escapó por un agujero. Se alejó lo que pudo, se arrojó sobre un cúmulo de heno y comenzó a gemir. Demandó por el capellán para que llegara hasta él y oyera sus pecados. Luego vino el canciller, es decir, el gallo, que es el capellán de las bestias. Temiendo un poco las costumbres de Reinardo, permaneció lejos de él. Reinardo confesó sus pecados y entre otras cosas colocó su rostro muy cerca del capellán. Y dijo el capellán:

—¿Por qué te acercas a mí?

Respondió Reinardo:

—La gran debilidad me obliga a hacer esto. Tened consideración de mí.

Una vez más dijo otros pecados, y, con la boca abierta, puso la cabeza en dirección al gallo, lo tomó y lo devoró.

Así son muchos monjes menores, laicos que se disfrazan de enfermos y débiles. Siempre tienen la mente puesta en devorar a los capellanes y sus mayores.

13

DE GUALTERIO, DESEOSO DE HALLAR UN LUGAR DONDE SIEMPRE GOCE [24]

Un hombre se llamaba Gualterio. Buscó lugar y estado donde siempre gozase y ninguna molestia soportara ni en la carne ni en el corazón. Se marchó y llegó hasta una dueña hermosísima, cuyo marido ya había muerto. Y Gualterio se acercó a ella. Hecho el saludo, la dama preguntó qué quería. Respondió Gualterio:

—Busco dos cosas, a saber: lugar donde siempre goce y no sufra ni en la carne ni en el corazón.

Dijo la dueña:

—Sé mi esposo, permaneceré contigo y tendrás todo lo necesario: casas, tierras, viñas, etc.

Le mostró el palacio y la cámara y ambos le agradaron.

Y preguntó dónde dormiría de noche. La dama le mostró el lecho. Cerca del lecho había un oso de una parte, un lobo de otra, gusanos de la tercera, serpientes en la cuarta. Y dijo Gualterio:

—¿Cuánto tiempo estaré contigo? ¿Acaso siempre tendré tales placeres?

Dijo la dueña:

—De ningún modo, porque como mi esposo ha muerto, tú también, finalmente, deberás morir. ¿Ves este lecho?

Gualterio respondió:

—Lo veo.

—El oso te destruirá, pero no sé si en la primera noche, o luego de un año, o de una década, o más. Lobos, gusanos y serpientes te devorarán.

Dijo Gualterio:

—Todos los otros son beneficios, pero este lecho me espanta, ni por ti, ni por todo el mundo querré cotidianamente yacer en tal lecho.

Gualterio se marchó. Fue hasta un reino donde el rey había muerto. Dijeron los hombres del reino:

—Gualterio, llegas en buen momento. ¿Qué buscas?

Y dijo Gualterio:

—Busco lugar donde siempre sea feliz y nunca sufra.

Dijeron los hombres:

—Sé nuestro rey y tendrás todos los bienes: este palacio, esta cámara.

Y, entre otras cosas, le mostraron un lecho semejante rodeado de las bestias antes mencionadas. Y dijo Gualterio:

—¿Es necesario que repose en este lecho?

Dijeron que sí. Una vez más, preguntó:

—¿Acaso no me dañarán las bestias?

Respondieron:

—El oso te destruirá y las bestias te devorarán a ti y a tus cosas. Así sucedió a otros reyes, pero no sabemos cuándo.

Respondió Gualterio:

—Peligroso es este reino. Rechazo el lecho y por ello me marcho.

Partiendo una vez más, llegó a un lugar donde había hermosos palacios, áureas columnas y vigas doradas. Los hombres lo recibieron y quisieron elevarlo en señor de todo el oro, pero le mostraron el lecho antes mencionado. Gualterio, espantado, se alejó del lecho. Finalmente, llegó a un lugar donde encontró a un viejo sentado al pie de una escalera, la cual terminaba en un muro y tenía tres escalones. Preguntó el viejo a Gualterio qué buscaba. Y dijo Gualterio:

—Busco lugar en donde siempre goce y no tenga pesar.

Y dijo el viejo:

—Si subes el muro por esta escalera, encontrarás allí lo que buscas.

Entonces subió y lo encontró.

Mística. Cualquier hombre busca estos tres placeres o alguno de ellos, o mujer hermosa por lujuria, o dignidad por vana gloria u oro o plata por avaricia. Pero, si atentamente prestara atención al lecho en que debe yacer, con sumo esfuerzo tales cosas rechazaría, puesto que en la cabeza del lecho se levanta la osa, esto es, la muerte que a nadie respeta. De ella dijo Oseas: «Atacaré a éstos igual que la osa privada de sus cachorros y destrozaré el interior de su corazón» [25]. Así como la osa, privada de sus cachorros, que por gran ira a nadie respeta, así tampoco la muerte lo hace. Asimismo los lobos son compañeros y servidores de los reyes, que devoran todas las riquezas de los muertos. De donde los muertos, sean salvos o condenados, en nada se preocupan. Los gusanos, por otra parte, roen el cuerpo y lo devorarán. Las serpientes son los demonios, que llevan el alma del impío y la devoran y la afligen con diversos

tormentos. Sea quien sea, ¡defiéndanos Dios de la serpiente! De estas personas se dice en el *Eclesiástico*: «Cuando muere el impío, heredarán serpientes, bestias y gusanos» [26]. El impío se divide en tres partes: serpientes, esto es demonios, que se llevarán el alma; bestias, esto es seres vivientes bestiales, o sea lobos, que se llevarán sus bienes; y gusanos sacan el cadáver.

Un poderoso fue adelante de los monjes que transportaban al usurero muerto y sus dineros [27]. Preguntó qué transportaban. Y dijeron:

—El cuerpo de este hombre y los dineros que nos dio.

Y dijo:

—No es así, porque fue uno de mis hombres. Vosotros y los gusanos tendréis el cadáver, yo tendré la riqueza y los demonios llevarán el alma.

Haced como hace Gualterio: ascended a la dorada escalera de Jacob, cuyo primer peldaño es contrición del corazón, el segundo confesión verdadera, el tercero plena penitencia. Si estos peldaños ascendierais, saltarás a la gloria de la vida eterna, donde gozarás sin fin y no tendrás ninguna molestia. ¡A la cual gloria nos conduzca el Señor, nuestro Jesucristo! [28].

14

DE LOS DOS ALIADOS, UNO HONESTO Y OTRO MENTIROSO

(CONTRA LOS ADULADORES) [29]

Una vez dos compañeros debían cruzar el desierto, y dijo uno de ellos:

—Te aseguro que más ganaré yo con falsedad que tú con verdad.

Respondió el otro:

—Acepto.

Y hecho el pacto, el mentiroso fue hasta una congregación de monos. Y dijeron los monos:

—¿Qué opinas de nosotros?

Dijo el mentiroso:

—Vosotros sois hermosísimos entre todos los animales que

habitan sobre la tierra y los hombres son semejantes a vosotros. Nunca vi grupo más hermoso.

Y mucho los alabó. Los simios, ante tales palabras, mucho lo honraron. Oro y plata le daban. Vino el otro, el honesto, y le preguntaron los simios que qué opinión tenía de aquella congregación. Respondió:

—Nunca vi tan torpe ni tan repugnante congregación.

Y los simios, enfurecidos, lo golpearon tanto que tuvo que escapar.

A veces daña decir toda la verdad **[30]**

Así hace quien adula a los clérigos y dice que todas las cosas llevan bien. Si entregan mil almas ahogadas, dicen los aduladores que hacen bien; éstos son alabados en la curia, se enriquecen y son llamados al concilio. ¡Que venga Cristo, venga Juan Bautista, venga Pedro y diga toda la verdad! Lo expulsarán y será alejado de todo bien: grave peligro hay para los hombres. Así muchas veces más gana el cuervo graznando que Filomena cantando dulcemente.

15

DEL SOLDADO CAZADOR Y DEL LEÓN QUE INVITABA A LAS BESTIAS

(CONTRA LOS SABIOS EN PECADOS DE LA CARNE)

Un soldado dijo a un letrado:

—¿Qué gozo habrá en el paraíso?

Y dijo el letrado:

—Tal gozo que ni el ojo lo vio, ni la oreja lo escuchó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que lo aman **[31]**.

Y dijo el laico que muchas veces gustaba cazar con canes y aves:

—¿Nunca habrá ahí canes y aves?

Respondió:

—¡Lejos está que los perros entren a lugar tan ameno!

Y el laico dijo:

—Cierto, pero si allí hubiera canes y aves, más desearía ir.

Respondió el clérigo [32]:

—Una vez el león con otras bestias celebró un gran banquete. Y llamó a muchísimas bestias y les dio diversos tipos de carnes y muchos manjares. Una vez celebrado el festín, regresaron las bestias a sus casas. El lobo encontró en el camino una puerca comiendo basura. Y dijo la puerca:

—¿De dónde vienes, Ysemgrino?

Este dijo:

—Vengo del noble convite del león. Y tú, ¿no fuiste ahí?

Y dijo la puerca:

—¿Acaso no hubo allí hermosas y muy deliciosas viandas?

Dijo el lobo:

—Sí, hubo muchas y hermosas y bien preparadas.

Y dijo la puerca:

—¿No hubo allí basura?

Y dijo el lobo:

—Maldita, ¿qué buscas? ¿Quieres que se sirva en tal banquete tan viles comidas?

Así son muchos que no cuentan sino basura o su lujuria o el buen vino o las delicias de la carne. De estos dice *Oseas* [33]: El Señor ama a los hijos de Israel y estos miran a los dioses ajenos y aprecian granos de uva. Tanto más aman basura. Igualmente hay más basura en la cerveza que granos de uva en el vino. Aman lo vil, aman los pecados.

16

DE LOS ARDIDES DEL ZORRO Y EL GATO

(CONTRA LOS ABOGADOS) [34]

El zorro o Reinardo iba delante del Tebergo, esto es, el gato, y dijo Reinardo:

—¿Cuántos ardides y artificios conoces?

Y dijo el gato:

—Sólo uno.

Y dijo Reinardo:

—¿Cuál es?

Respondió:

—Cuando los canes me siguen, sé subir a los árboles y escapar.

Y preguntó el gato:

—Y tú, ¿cuántos conoces?

Y respondió Reinardo:

—Conozco diecisiete y ahora tengo el saco lleno de ellos. Ven conmigo y te enseñaré mis trucos para que los canes no te atrapen.

Asintió el gato y marcharon juntos. Cazadores y perros los siguieron. Dijo el gato:

—Escucho perros. Ya temo.

Y dijo Reinardo:

—No temas. Te enseñaré cómo puedes escapar.

Se aproximaron cada vez más los perros y cazadores.

—Cierto, dijo el gato, no corro más contigo. Quiero utilizar mi artificio.

Y saltó sobre los árboles. Los canes lo abandonaron y persiguieron a Reinardo y, por fin, lo atraparon unos por las piernas, otros por el vientre, otros por el dorso, otros por la cabeza. Y el gato, estando sentado en lo alto, gritaba:

—¡Reinardo, Reinardo, abre tu saquito! Ciertamente, todos tus ardides no te valen un huevo.

Por el gato se entiende a los simples que no conocen sino un ardid, esto es, saltar al cielo. Por Reinardo entendemos abogados, leguleyos, engañadores que tienen diecisiete fraudes además de su saquito lleno. Vienen los cazadores y perros infernales y cazan a los hombres. Pero los justos saltan al cielo. Los impíos, los fraudulentos son atrapados por demonios y entonces el justo puede decir: «¡Reinardo, Reinardo abre tu saquito!». Todos los artificios tuyos no podrán librarte de los dientes y manos de los demonios.

17

DE LA DISPUTA DE LA OVEJA BLANCA, LA OVEJA NEGRA, EL ASNO Y EL CABRÓN [35]

Un día una oveja blanca, una negra, un asno y un cabrón

disputaron sobre religión. Dijo la blanca:

—He aquí cuán blanca piel tengo. Esto significa la limpieza e inocencia que tengo en el interior. Valgo más que todos.

Dijo la negra:

—Por cierto, soy negra por fuera, pero en el interior hermosa, ya que soy negra, fea y despreciada por el mundo. Y yo del mismo modo considero y menosprecio al horrendo mundo.

Dijo el asno:

—Por cierto, yo soy santísimo, ya que llevo la cruz sobre los hombros, semejo al crucifijo y clamo más alto que los otros.

Dijo el cabrón:

—Pero yo soy más santo que todos: me sirvo del cilicio que es de piel de cabras y tengo barba larga que nunca hice cortar para que no parezca más hermosa al mundo.

Mística. Con estos cuatro animales se designan todo tipo de órdenes: Por la oveja blanca, todos los que se sirven de hábitos blancos, como los Cistercienses **[36]**, Premonstratenses **[37]**, la orden de la Santa Trinidad **[38]** y otros. Por la oveja negra, todos los que usan negros hábitos, como los negros monjes **[39]** y sacerdotes. Por el asno, el que porta la cruz en las espaldas, todos los que cuelgan delante la cruz, como los del Hospital **[40]**, los Templarios **[41]** y otros. Por el cabrón barbado, Grandimontenses **[42]** y los Cistercienses conversos, que tienen barbas prolijas y no se permiten cortarlas. Estos a veces disputan entre sí cuál sea la mejor orden. Pero las ovejas blancas y negras, si no tienen otra santidad que hábitos blancos y negros, son de aquellas ovejas de las que habla el Salmista: «Como las ovejas son puestas en el infierno. La muerte los devorará» **[43]**. Igual sucede a los Templarios y Hospitalarios, si no tienen otra cruz en el corazón y en la carne, es decir, si no torturan la carne por los vicios de la lujuria y gula, y la mente por la concupiscencia de la avaricia y la soberbia. De no ser así son asnos del diablo, asnos del infierno, no importa de qué forma carguen la cruz, por mucho que clamen alto. Así sucede a los barbados, por mucha barba que tengan, nunca entrarán en la gloria, si no tienen gracia en el corazón ni en presencia de Dios y de todos buena vida. El verso:

Si a un barbado hace su barba beato

en el circo del mundo no sería más santo cabrón.
Nada negro hace al santo, ni el cándido hábito de ovejas
ni a un justo hace jamás una cruz de borrico.

18

DE LA RANA INFLADA

(CONTRA LOS GRANDES CODICIOSOS POR ENVIDIA) [44]

La rana vio al buey engordando en el prado. Pensó si podría ser tan grande como aquel buey y llamó a sus hijos diciéndoles:

—Mirad cuánta gracia y magnificencia; ¡si pudiese llegar a la corpulencia del buey!

Y se hinchó y creció cuanto pudo. Y dijo a sus hijos:

—¿Ahora soy tan grande como este buey?

Dijeron los hijos:

—¡Todavía no eres tan grande como la cabeza del buey!

Dijo la rana:

—¡Ahora me inflaré más!

Y tanto se hinchó que reventó su pecho.

Así son muchos que ven a sacerdotes, abades, diáconos como bueyes engordados con gran pompa. Piensan de qué modo pueden llegar a ser más grandes, y tanto se esfuerzan que mueren en cuerpo y alma.

19

DE UN ATENIENSE [45]

Era costumbre en Atenas que, aquel que quería ser considerado filósofo, fuera azotado y, si lo soportaba con paciencia, era finalmente considerado filósofo. Un hombre fue azotado brutalmente y, antes de que fuese juzgado si era filósofo, inmediatamente después de los azotes exclamó:

—¡Soy digno de ser llamado filósofo!

Y le respondió uno:
—Hermano, si hubieses callado, filósofo hubieras sido [46].

ODO DE CHERITÓN

PARÁBOLAS

Extraídas de los sermones dominicales del manuscrito de la Biblioteca Nacional de París 16506

Odo de Chéritón escribió, además de esta colección de *Fábulas*, dos tipos de sermones: *homelias de tempore* y *homelias de sanctis*. En ellos, es frecuente encontrar fábulas con las cuales explica algunos proverbios bíblicos o citas de autoridades. La suya no es una técnica original, sino que desarrolla una práctica muy común por entonces en la peroración pública, en la que se acostumbraba allanar la oscuridad de un texto con un relato, muchas veces de carácter tradicional. Esta es la novedad que aportaron las órdenes mendicantes, en especial la de los dominicos, y que influyó poderosamente en la literatura, al punto de ser una de las raíces fundamentales de la cuentística occidental. Pero para el caso especial de Odo, es curioso observar que, en ocasiones, algunas de las narraciones de su colección se vuelven a repetir en sus sermones con sutiles diferencias. Es por tal motivo que Hervieux, cuando editó las fábulas de Odo, no dejó de hacer una expurgación de las narraciones que se encuentran en uno de los manuscritos que conserva *homelias de sanctis*, el manuscrito 16506 de la Biblioteca Nacional de París.

Se trata de un pequeño volumen en cuarto, de 291 folios, escrito con letra del siglo XIII, que, salvo los tres primeros folios, se lee muy bien. Este manuscrito conserva una miscelánea de obras religiosas. Desde un tratado de confesión y penitencia, a sermones

que con seguridad no pertenecen a Odo. En los folios 123 a 218 se copian un total de sesenta y cuatro sermones de Odo relativos al Evangelio del domingo. El primer sermón es para el primer domingo de Adviento y el último para el domingo 24, luego de la octava de Pentecostés. La colección de sermones se cierra con un *explicit*: «Explicit liber euangeliorum dominicalium. Completum est hoc opus anno ab incarnatione domini. mº. ci. xixº, pridie kalendas januari. A magistro Odes ad laudem ipsius qui est alpha et O».

Se observará que en estos relatos expurgados de sus sermones, la fábula cede paso a narraciones tradicionales en las que los santos, meretrices y eremitas ganan protagonismo. La técnica narrativa de Odo es siempre la misma: ofrece un relato al que luego somete a una interpretación alegórica.

20

[DE UN RELIGIOSO Y DE UN SECULAR QUE LO SERVÍA]

En el desierto vivía un religioso a quien servía un seglar que le era fiel. En la ciudad vivía un hombre rico e impío que, una vez muerto, fue llevado por el sacerdote y por todo el pueblo de la ciudad hacia la sepultura con candelas. El que servía al religioso vio todo esto cuando volvía de la ciudad, como acostumbraba, llevándole pan. Entrando en la celda del religioso encontró que lo devoraba una bestia y, llegándose hasta él, le dijo:

—Señor, no me iré de aquí hasta que no me muestres por qué aquel impío tan honorablemente fue sepultado y éste santo fue abandonado aquí.

Y he aquí que el ángel le dijo:

—Aquel impío en el mundo rechazó el placer para tener en él otro descanso. Este santo guardaba un pecado y fue destruido por la bestia para que encuentre eterno descanso.

Y consolado por lo que había escuchado, dio gracias al Señor.

21

[DE SÓCRATES Y EL PESO DEL ORO] [47]

Llegaba Sócrates, el filósofo, a Atenas llevando consigo una pesa de oro. Entonces la arrojó al mar diciendo:

—¡Que yo te hunda a ti y no que tú me hundas a mí! [48] ¡No creo que las riquezas se puedan poseer al mismo tiempo que las

virtudes!

22

[DEL HORTELANO, SATANÁS Y EL MÉDICO]

Un hortelano gastaba todo su dinero en comida. Satanás envió a su corazón un presentimiento de que algo guardara para gastarlo en caso de enfermedad. Juntó una botella completa con denarios. Un día se le pudrió un pie. Así, todo lo que había juntado pronto lo gastó en médicos, pero en nada le aprovechó. Finalmente, el médico explicó que si no le amputaba el pie, todo el cuerpo se le pudriría. Acordado el día en que le sería el pie amputado, el hombre en la noche precedente comenzó a llorar, diciendo:

—Señor, recuerda las obras pasadas.

Vino el ángel y le preguntó:

—¿Por qué juntaste dinero?

Respondió el hortelano:

—Señor, pequé. ¡Perdóname!

Y le restituyó su pie. Y cuando vino al otro día el médico, le dijo la familia que estaba trabajando en el campo. Y el médico, dando gracias a Dios, se marchó.

No se perturbe el justo por la pérdida de las cosas terrenas, ni se coloque con Herodes en el lugar de los tormentos. Solamente tema no ofender a Dios. Tema no perder el reino de los cielos.

23

[DE UN HOMBRE RESUCITADO POR LAS LÁGRIMAS DEL SACERDOTE]

Un sacerdote, trabajando en el viñedo, fue llamado por un enfermo para que recibiera su penitencia. Éste dijo al nuncio que acudiera rápidamente, ya que le restaba por acabar pequeña obra. El nuncio fue hasta el agonizante y algo más tarde llegó el sacerdote; y el nuncio llegó afable, diciendo que no convenía

trabajar por el agonizante, puesto que ya moría. El sacerdote, doliéndose mucho, lloró profusamente a tal punto que por su ruego confió quitar el alma del peligro. El alma fue devuelta al cuerpo y cuando le preguntaron de qué modo había vuelto a la vida, dijo que negros espíritus habían bajado el alma. Y vinieron ángeles hermosísimos y dijeron a los negros que restituyeran el alma al cuerpo, porque el Señor había escuchado los gemidos y lágrimas del sacerdote.

Así, si nuestros sacerdotes fuesen protegidos por virtudes, muchas almas liberarían de las carreras del infierno.

24

[DE LA SERPIENTE COLOCADA EN EL PECHO] [49]

Un hombre encontró una serpiente enroscada y casi muerta por el frío. La serpiente le dijo de qué forma la podía soltar y que la pusiera en su pecho para calentarla. El hombre respondió:

—Prométeme que no me harás daño.

Hecha la promesa, puso la serpiente en su pecho. Y una vez que se había calentado, la serpiente lo mordió y lo envenenó. Y dijo a la serpiente:

—¿Por qué me dañaste quebrantando lo pactado?

Y la serpiente le respondió:

—Actúo según mi naturaleza, y así a los seres humanos, siempre que puedo, enveneno.

He aquí la naturaleza del diablo, que nunca es llevado a la fe, ya que, cuando puede, impregna a los hombres de veneno e infesta al alma.

25

[DE UN PINTOR Y EL DIABLO]

Un pintor dibujó al diablo con cuernos y agudos dientes, tan feo y repulsivo como pudo. Este mismo, por otra parte, dibujó la

imagen de la Virgen tan graciosa y hermosa como pudo. El diablo, encolerizado, acercándose al pintor, le preguntó por qué lo había pintado a él tan horrible y a la beata Virgen tan hermosa. Respondió que así era en verdad tal como lo mostraba la pintura, por lo cual era el diablo feísimo y la beata Virgen hermosísima. Satanás, enfurecido, quiso arrojar al pintor desde lo alto, desde el lugar donde había dibujado la imagen de la beata Virgen. Pero la imagen de la beata Virgen tendió su mano y sosteniéndolo fuertemente evitó que el pintor cayera.

26

[DEL REY DE GRECIA Y SU HERMANO]

Un rey de Grecia, pensando en el placer vacuo, temporal y vano mostraba siempre su rostro angustiado. Un día invitó a almorzar a muchas personas y, según acostumbraba, apareció con el rostro preocupado. Le preguntó su hermano por qué estaba así, máxime en presencia de tantos amigos invitados. El rey le dijo:

—A lo que es evidente no te respondo.

Era costumbre en aquella tierra que sonaran en la casa del rey trompetas para que recordara que era reo de la muerte. El rey instruyó a sus ministros para que un día, delante de la puerta de entrada de la casa de su hermano, sonaran dichas trompetas. Así se hizo. Cuando escuchó esto, su hermano se espantó creyendo que iba a morir. Los guardas lo condujeron atado por orden del rey delante del monarca. Cuatro sirvientes del rey lo rodearon por sus cuatro flancos con cuatro espadas desenvainadas sobre la cabeza. Y aunque veía por todas partes cítaras, vihuelas y otros instrumentos deleitables, no gozaba con ellos. Entonces el rey le preguntó por qué no disfrutaba, ni mostraba su rostro alegre con el sonido de los instrumentos. Le dijo:

—¡Señor, mísero de mí! ¿De qué modo gozaré si cuatro espadas me amenazan de muerte?

Dijo el rey:

—Ahora te responderé a la pregunta que me hiciste. Ésta es la causa por la cual me hallo triste y sin risa. Cuatro cosas son las que

me atormentan cuando las recuerdo, es decir: temor de los pecados que cometí, temor de la muerte, temor del juicio de Dios, temor de las penas del infierno. Éstas son cuatro espadas que me alejan del gozo del mundo.

Dicho esto, hizo desatar a su hermano.

27

[DEL ANCIANO A QUIEN EL ÁNGEL LE MOSTRÓ EL JUICIO DE DIOS] [50]

Un viejo le rogó a Dios que le mostrara su juicio. Un día se le presentó un ángel con la apariencia de un viejo, diciéndole:

—Ven, visitemos a los santos padres y seamos bendecidos por ellos.

Y los peregrinos llegaron a una caverna y, cuando llamaron, vino a ellos un viejo santo y los recibió con alegría. Luego de la oración, lavó sus pies y, puesta la mesa, los reconfortó. Finalmente descansaron. Por la mañana los despidió de buen grado; pero el ángel invisible se llevó el plato en el cual había comido. Viendo el hermano lo que había hecho, dijo para sí:

—¿Qué le hizo a este santo hombre que de tan buen grado nos recibió? ¿Por qué se llevó el plato?

Y cuando se marcharon, envió el viejo detrás de ellos a su hijo, diciéndole:

—¡Trae de vuelta el plato!

El ángel respondió:

—Ante nosotros está el hermano a quien fue dado. Ven y tómalo.

Y, cuando fue con ellos, el ángel lo empujó al precipicio y lo mató. Viendo esto, el hermano, afligido, temió, diciendo:

—¡Mira lo que hiciste! ¿No era suficiente llevarse el plato sin matar a su hijo?

Luego de dos días vinieron a la celda donde estaba el abad con dos discípulos, y cuando llamaron, llegó un discípulo diciendo:

—¿Quién sois? ¿Qué buscáis?

Respondieron:

—Venimos con esfuerzo y queremos ser bendecidos.

Les dijo:

—No es posible.

—¡Recíbenos esta noche para que descansemos!

Les mandó retirarse:

—¿Por qué andáis por aquí?

Y ellos comenzaron a suplicar:

—¡Recíbenos esta noche, sino seremos destrozados por las bestias!

E inmediatamente los recibió. Ellos rogaron que les diera un poco de luz, y no se la dio. Después rogaron para que les fuera dada un poco de agua. Entonces uno de los discípulos a escondidas les dio un poco de trigo y agua y rogó que no lo supiera el abad. Llegada la mañana, dijo el ángel a uno de los discípulos:

—Rogad al abad que diga un sermón, puesto que tenemos qué ofrecerle.

Escuchado esto, vino rápidamente el abad, a quien el ángel le ofreció el plato. Viéndolo el santo, que estaba con él, airado dijo:

—¡Aléjate de mí! ¡No iré más contigo, ya que tú robaste el plato al santo hombre y mataste a su hijo! Con este daño que a Dios no teme ni tuvo compasión del hombre, das el plato.

Respondió el ángel:

—¿Acaso no rogaste a Dios que te mostrara sus juicios? Fui enviado para mostrártelo. El plato que robé al hombre no era algo bueno ni convenía que un hombre santo lo tuviera en su celda sin que fuera pecado. Por esto maté a su hijo, puesto que éste habría matado a su padre. También como el plato había sido ganado con mal, es este mismo mal causa de su ruina.

Dicho esto, desapareció. Él, por su parte, conoció cuán justos son los juicios de Dios, por mucho que algunos los vean como injustos.

28

[DE UN SACERDOTE CERDEÑO Y UNO SARRACENO]

Un sacerdote de Cerdeña dijo en su predicación:

—Quien abandone la casa por mí o los campos o las viñas, lo

recibirá centuplicado, etc. [51].

Como lo escuchó un sarraceno, se dirigió al sacerdote, diciéndole:

—Si me prometes lo que dijiste en el sermón, distribuiré mis riquezas entre los pobres y en vida eterna las recibiré centuplicadas.

El sacerdote asintió de buena fe. El sarraceno se hizo bautizar y distribuyó sus riquezas entre los pobres. Pero, finalmente, se entregó a los pecados de la carne. Sin embargo, en el momento de su muerte, dijo al sacerdote:

—Recordad el pacto que sellasteis conmigo: si a mí las riquezas tras mi muerte no me fueran centuplicadas, que se dé lo equivalente a mis hijos.

El sacerdote asintió. Luego de su muerte, vinieron sus hijos hasta el sacerdote y pidieron sin dilación la fortuna del padre. El sacerdote sin saber qué hacer se refugió en las oraciones. Así, con el consejo que en ellas obtuvo, condujo a los hijos hasta el sepulcro de su padre, prometiendo que los satisfaría ahí. Cuando llegaron, en el abierto sarcófago encontraron una carta en la mano diestra del muerto, la cual, cuando la quisieron tomar los hijos, el muerto no se la entregó sino sólo al sacerdote. En esta carta estaba escrito que el muerto ya había recibido el céntuplo, así como el sacerdote le había prometido en el sermón. El pueblo dio a Dios las acciones de gracias y el sacerdote fue liberado.

29

[DE UNA SANTA RELIGIOSA] [52]

Una religiosa, como le preguntó un anciano de qué modo se había hecho santa religiosa, dijo:

—Cuando era pequeña, mi padre era muy dulce. Se lo veía salir de su casa con dificultad. Un día se curó, trabajó y nos llenó de frutos. Era tan callado que apenas se creía que pudiera hablar. Mi madre era todo lo contrario: charlatana, violenta, bebedora, lujuriosa. Frecuentemente promovía peleas. Mi padre nunca le hizo daño con su enfermedad. Un día mi padre murió. En seguida, se agitó el aire, relámpagos, truenos, tempestades lo hicieron levitar

sobre el lecho sin sepultura, por lo cual los hombres, moviendo sus cabezas, consideraron que esto recibía en castigo por sus infinitos pecados. Sólo después de tres días lo pudimos sepultar. Mi madre, luego de esto, pasó a tener una vida vergonzosa, empleando toda ella en lujuria. A su muerte, tanta serenidad conservó, que el aire manifestaba su complacencia en ella. Yo, tras su muerte, comencé a pensar qué tipo de vida llevaría, o la de mi madre, quien no tuvo ninguna pena, o la del padre que vivió con tanto dolor y con tanta vergüenza terminó su vida. Y dije: »Si la vida de mi padre hubiera sido buena, algún bien habría alcanzado». Y, así, me agradó seguir la vida conforme a la de mi madre. Luego se me presentó en un sueño por la noche alguien con gran cuerpo, con terrible aspecto, que decía:

—¿Qué pensaste?

Le dije con temor:

—Nada.

Pero me dijo:

—Esto y esto pensaste.

Y me dijo:

—Ven conmigo y te mostraré a tu padre y a tu madre, para que sepas qué vida elegir. Y me condujo a un campo hermoso, exhalante de maravillosos olores, cuya grandeza y belleza eran inestimables. Y sucedió que mi padre me abrazó. Le dije:

—Quiero permanecer aquí contigo.

Y me respondió

—No puedes. Si sigues mis pasos, luego vendrás aquí.

Y llevándome de allí este a quien seguía, me condujo a una oscura casa plena de ruido estridente y dolor. Y tenía un horno ardiente y ahí estaba mi madre enterrada hasta el cuello gritando, mientras gusanos la roían con los dientes. Ésta, viéndome, gritó:

—¡Eu!, ¡hija! ¡Esto sufro por mis malas obras! ¡Ayúdame, no quieras menospreciar las lágrimas de tu madre! Recuerda mis dolores al engendrarte.

Entonces, con voz conmovida y llena de lágrimas, comencé a gemir y a gritar. Pero por causa de mi guía, no pude ayudarla. De donde, luego de esta visión, juré seguir la vida de mi padre. Por esto me conviene trabajar, para descansar con mi padre.

30

[DE DOS EFESIOS Y JUAN APÓSTOL] [53]

Dos honorables hombres de la ciudad de Éfeso, vendiendo todas sus pertenencias y dándoselas a los pobres, marcharon detrás del beato Juan apóstol. Un día, entrando en la ciudad de Pérgamo, vieron a sus siervos vistiendo ropas de seda y resplandeciendo en la gloria del mundo. Por ello, la flecha del diablo los atravesó y se pusieron tristes, porque los padres se veían con un solo vestido. Advirtiéndolo, dijo el apóstol:

—Os veo a vosotros y a vuestros ánimos estar abatidos, ya que habéis seguido desnudos la doctrina de Cristo. ¡Traedme varas rectas en un haz!

Del mismo modo ordenó que llevaran pequeñas piedras a la costa del mar. Cuando lo hicieron, invocado el nombre de Dios, las varas fueron convertidas en oro y las piedras en gemas. Y ordenó que lapidarios de las escuelas de orfebres probaran el oro y las piedras. Y opinaron que era insuperable el oro y las piedras preciosísimas. Entonces les dijo:

—Vamos, rescatad las tierras que vendisteis, porque perdisteis los premios del cielo. Vestíos las ropas de seda, para que resplandezcáis así como la rosa, que mientras vive, presenta olor y color, pero rápidamente se marchita.

Y narró cómo fue enterrado el rico en el infierno y Lázaro, mendigo, descansó en el corazón de Abraham [54]. Diciendo esto el apóstol, trajeron ante él un joven muerto, hijo de una viuda, y por las plegarias de la multitud el apóstol lo resucitó, diciendo:

—¡Levantas a los muertos disolviendo el vínculo de la muerte! A estos dos, Ático y Eugenio, anunciaste cuánta gloria dejasen y a cuánta pena se precipitaban.

Entonces, levantándose, el muerto adoró al apóstol e increpó a sus discípulos, diciendo:

—Vi a vuestros ángeles llorando y a los ángeles de Satanás alegrándose por la expulsión vuestra. Ya el reino de Dios está preparado para vosotros, pero enviasteis por las gemas probadas, las casas provistas, llenas de gozo, de banquetes y delicias, de flores y de sonidos de instrumentos. Todos los lugares de las tinieblas que

adquiristeis con dragones y llamas estridentes y penas incomparables, donde no cesan gemidos y dolores. Rogad luego al apóstol que, así como me resucitó a la vida a mí, así vuestras almas resucite a la salud.

Entonces, animado, postrándose ante todo el pueblo y ante aquellos dos, suplicó al apóstol que intercediera por ellos ante el Señor. Entonces estos dos, llevando penitencia por el precepto del apóstol durante treinta días, suplicaron al Señor que las dichas varas y piedras fueran convertidas a su prístina natura. Hecho esto, le dijo que el Señor había recibido su penitencia y había procurado que las varas y piedras fueran devueltas a sus lugares primitivos.

Este ejemplo vale contra aquellos que, así como perros que regresan al vómito, vuelven a mirar hacia atrás con la mujer de Lot[55], se arrepienten de Sodoma, abandonan riquezas y la gloria del mundo.

VIDA DE SEGUNDO

Según la versión de Vicente de Beauvais

(Vita Secundi)

Este pequeño relato corresponde a una de las muestras más acabadas de los diálogos de preguntas enigmáticas. Se originó en el siglo II d. C. en una versión griega. No hay rastros de la existencia de un filósofo griego llamado Segundo y, aunque Filóstrato en la *Vida de los sofistas* menciona a un retórico de este nombre, no hay seguridad de que se refiera al mismo personaje.

Tampoco se conoce el origen de esta obra. Una de las cuestiones más importantes es saber si la biografía y el listado de treinta y cuatro preguntas se originaron simultáneamente o si tuvieron una vida previa independiente.

A partir de esta versión griega, la obra alcanzó una gran difusión. En el siglo VI o VII se hizo una versión al armenio y otra al siríaco. Extraordinaria fue su expansión en el mundo árabe a partir del siglo IX, en donde se hallan dos versiones e incluso una de ellas noveliza ampliamente la biografía. Además, influyó en el marco del *Sendebar* y de las *Mil y una noches*. Su difusión por Occidente se produjo a partir del siglo XII en versiones latinas. Su introductor fue un tal Guillermo Médico, monje de la abadía de San Denis, quien dice haberla traducido del griego. En una crónica de dicha abadía correspondiente al año 1167 se declara: «Este Guillermo Médico trajo libros griegos de Constantinopla». Posiblemente, Guillermo utilizó esta obra para sus clases. Pero no sólo la tradujo, sino que además amplió el grupo inicial de preguntas de treinta y cuatro a setenta y una, basándose en diálogos de igual naturaleza que circulaban por entonces. Una versión similar debió de conocer

Vicente de Beuavais a mediados del siglo XIII, quien la incorporó a su *Speculum historiale* (Lib. XI, caps. 70-71), y luego, en el siglo XV, Walter Burley a su *Vita et moribus philosophorum* (cap. 131).

No son escasas las versiones castellanas. Alfonso el Sabio la tradujo para incluirla dentro de su *Estoria de España* (cap. 196) y de allí salieron versiones autónomas; finalmente, en los siglos XV y XVI fue incorporada como capítulo final en manuscritos e impresos de la obra *Bocados de oro*. También en el siglo XV se tradujo la obra de Burley, que fue muy utilizada por Santillana como enciclopedia de biografías de sabios de la Antigüedad.

La obra consta de dos partes. Una biografía ejemplar y un prontuario de preguntas. La biografía, si bien está moldeada sobre motivos tradicionales, recrea la leyenda del gusto de Adriano por hablar con filósofos. La convicción de Segundo por guardar silencio aun a costa de su propia vida ofrecía en esta historia un claro ejemplo del heroísmo del sabio e instauraba al personaje como un modelo a imitar. El pitagorismo al que se alude al comienzo de la historia, por otra parte, no es un mero tópico literario. También entre las preguntas se manifiesta una filosofía pitagórica, especialmente entre las tres primeras, referidas a Dios, el océano y el mundo.

La *Vida de Segundo* fue muy utilizada por narradores medievales. Véanse aquí, por ejemplo, las versiones resumidas de Juan Gobi (núms. 20 y 27) y los *Hechos de los romanos* (núm. 5). Pero las recurrencias a esta obra no se acaban en la literatura medieval. Ramón Gómez de la Serna en su novela *El secreto del acueducto* recuerda a Segundo cuando hace que su personaje Pablo reflexione sobre la infidelidad de las mujeres y acentúa con ello la enfermedad senil del protagonista. En la pluma de Gómez de la Serna este antiguo diálogo volvió a transformarse en materia artística.

En tiempos del emperador Adriano [1], floreció el filósofo Segundo, que se comportó como un filósofo guardando siempre silencio y llevando una vida pitagórica [2]. Siendo niño, fue enviado a las escuelas a aprender [3]. Ahí escuchó la sentencia que decía que toda mujer era fornicadora e impúdica. Entonces regresó a su patria transformado en un sabio en filosofía, llevando el común hábito del peregrinante, portando el báculo y la alforja, los cabellos de la cabeza y la barba largos [4]. Se hospedó en su propia casa, sin que lo reconozcan sus propios siervos, ni aun por su propia madre. Y queriendo probar si era verdad aquello que había escuchado de las mujeres, llamó a una de las criadas prometiéndole diez monedas de oro si persuadía a su madre de que durmiera con él. Y su madre, accediendo a los ruegos de la criada, al caer la noche fue hasta donde estaba Segundo. Y cuando ella quiso unirse carnalmente con el peregrino, Segundo abrazó a su propia madre y durmió en el pecho de ella hasta la mañana siguiente.

Al otro día, en cuanto quiso abandonar a su madre y marcharse, ella, asiéndolo de un brazo, le dijo:

—¿Hiciste todo esto tan sólo para tentarme?

Él respondió:

—De ningún modo, señora madre, pero no es digno que yo ensucie este vaso por donde salí [5]

Ella le preguntó quién era y él le respondió:

—Yo soy Segundo, tu hijo.

Guardando silencio y no mostrando su turbación, la madre se

desmayó. Y Segundo, sabiendo que por lo que había dicho había muerto su madre, se impuso esta pena para siempre: que no hablaría jamás. Y así hasta la muerte guardó silencio.

En aquel mismo tiempo, llegó el emperador Adriano a Atenas. Escuchó hablar de Segundo y, haciéndolo venir hasta él, lo saludó primero[6]. Pero Segundo calló. Entonces Adriano dijo:

—¡Habla, filósofo, para que aprendamos algo de ti!

Como Segundo perseveró en el silencio que se había impuesto, llamó a Tirpón, un verdugo, y le dijo:

—¡No queremos que viva este que no habla al emperador! ¡Llévatelo y tortúralo!

Adriano, llamando aparte al verdugo, le dijo:

—Háblale en el camino, y persuádelo para que hable. Y si persuadido te respondiese, degüéllalo; si, por el contrario, no te respondiera, tráelo hasta mí.

Segundo fue llevado por el verdugo al lugar del tormento. Éste le dijo:

—Segundo, ¿por qué motivo morirás callando? ¡Habla y vivirás!

Pero Segundo, apreciando poco su vida, en silencio esperaba la muerte. Entonces el verdugo, llevándolo hasta el lugar destinado, le dijo:

—¡Extiende el cuello y soporta en él la espada!

Segundo, extendiendo el cuello en silencio, despreció su vida. Tomándolo, lo llevó hasta Adriano y dijo que Segundo calló hasta la muerte.

Entonces Adriano, admirado de la continencia del filósofo, le dijo:

—Puesto que esta ley de silencio, que a ti mismo te impusiste, no la quieres quebrar bajo ningún motivo, escribe utilizando esta tabla y, al menos, habla con tu mano.

Tomando Segundo la tabla, escribió de este modo:

—Yo, por cierto, Adriano, no te temo, porque eres príncipe de este tiempo; me puedes matar, pero no hay ninguna fuerza en ti que me obligue a pronunciar palabra.

Adriano, leyéndolo, dijo:

—Bien te has excusado. Pero ahora te propongo algunas preguntas para que me las respondas. La primera de ellas es:

[1] ¿Qué es el mundo? Segundo escribió: El mundo es extensa esfera, bagaje visible, forma multiforme, curso eterno, circuito sin error.

[2] ¿Qué es el océano? Abrazo del mundo, término coronado, hospicio de los ríos, fuente de las lluvias.

[3] ¿Qué es Dios? Alma inmortal, alteza incontemplable, forma multiforme, búsqueda inconsciente, ojo desvelado, contención de todas las cosas, luz de los buenos.

[4] ¿Qué es el sol? Ojo del cielo, circuito de calor, esplendor sin ocaso, adorno del día, distribuidor de las horas.

[5] ¿Qué es la luna? Púrpura del cielo, émula del sol, enemiga de los malhechores, consuelo de los que van en el camino, guía de los navegantes, signo de las ceremonias, rocío benigno, presagio de las tempestades.

[6] ¿Qué es la tierra? Base del cielo, centro del mundo, guarda y madre de los frutos, cubierta del infierno, madre de los que nacen, nodriza de los que viven, devoradora de todas las cosas, granero de la vida.

[7] ¿Qué es el hombre? Alma encarnada, fantasma del tiempo, explorador de la vida, esclavo de la muerte, viajero que pasa, huésped del lugar, alma laboriosa, morada de breve tiempo.

[8] ¿Qué es la hermosura? Flor marchita, felicidad carnal, humana concupiscencia.

[9] ¿Qué es la mujer? Confusión del hombre, bestia insaciable, continua preocupación, lucha incesante, continente del naufragio del hombre, esclava del hombre.

[10] ¿Qué es el amigo? Nombre deseado, hombre que apenas aparece, refugio de la infelicidad, felicidad que no cesa.

[11] ¿Qué son las riquezas? Peso de oro, siervo de las preocupaciones, deseo infeliz, envidia insaciable, deseo inexplicable, boca excelsa, concupiscencia invisible.

[12] ¿Qué es la pobreza? Bien muy odiado, madre de la salud, alejamiento de las preocupaciones, inventora de la sabiduría, negocio sin daño, posesión sin calumnia,

felicidad sin descanso.

[13] ¿Qué es la vejez? Mal deseado, muerte de los vivos, enfermedad sana, muerte viva.

[14] ¿Qué es el sueño? Imagen de la muerte, descanso de los trabajos, promesa de los enfermos, deseo de los miserables.

[15] ¿Qué es la vida? Alegría de los buenos, tristeza de los pobres, espera de la muerte.

[16] ¿Qué es la muerte? Sueño eterno, terror de los ricos, deseo de los pobres, evento inevitable, ladrón del hombre, fuga de la vida, liberación de todos.

[17] ¿Qué es la palabra? Traición del alma.

[18] ¿Qué es el cuerpo? Morada del alma.

[19] ¿Qué es la barba? Diferencia de sexos.

[20] ¿Qué es el cerebro? Guarda de la memoria.

[21] ¿Qué es la frente? Imagen del alma.

[22] ¿Qué son los ojos? Guías del cuerpo, vasos de la luz, delator del alma.

[23] ¿Qué es el corazón? Receptáculo de la vida.

[24] ¿Qué es el hígado? Custodia del calor.

[25] ¿Qué es la hiel? Agitador de la ira.

[26] ¿Qué es el bazo? Ancho de la risa y de la alegría.

[27] ¿Qué es el estómago? Cocinero de las comidas.

[28] ¿Qué son los huesos? Vigor del cuerpo.

[29] ¿Qué son los pies? Cimiento movible.

[30] ¿Qué es el viento? Agitación del aire, movimiento de las aguas, sequedad de la tierra.

[31] ¿Qué son los ríos? Curso sin fin, reposo del sol, irrigación de la tierra.

[32] ¿Qué es la amistad? Igualdad de almas.

[33] ¿Qué es la fe? Certeza de lo que no se puede ver.

[34] ¿Qué es lo que no hace mostrar al hombre cansado? La ganancia.

TABLA DE EJEMPLOS, SEGÚN EL ORDEN ALFABÉTICO

(Tabula exemplorum, secundum ordinem alphabeti)

Esta colección, conocida con el nombre de *Tabula* o *Liber* o *Tractatus exemplorum adap[ta]cionum ad omnem materiam in sermonibus secundum ordinem alphabeti ordinata*, fue compilada en Francia en la segunda mitad del siglo XIII. Se trata de un conjunto de trescientos ejemplos distribuidos en una lista temática ordenada alfabéticamente que forman parte de un manual que imparte enseñanza doctrinal y moral para instrucción de los más incultos. Cada rúbrica tiene dos partes distintas: una explicativa, la otra anecdótica. La primera parte es la doctrinal, en la que se esmaltan citas bíblicas de los Padres de la Iglesia o de autores contemporáneos como fuente de autoridad con la que sustentar el discurso. La segunda parte es la ejemplar, en la que se colocan relatos tomados de la historia sacra y profana, vidas de santos, leyendas, fábulas, así como de otras colecciones de ejemplos del siglo XIII. Entre estas últimas fuentes están Étienne de Bourbon, Odo de Cheritón, Jacques de Vitry, etc. La unión de exposición doctrinal con literatura ejemplar ya la hemos encontrado en otros autores como Odo de Cheritón. Lo novedoso de la *Tabla* es su ordenación bajo núcleos temáticos.

Welter (1926) conjeturó que su autor debió de ser francés, puesto que hay en la obra frecuentes expresiones en francés, así como personajes franceses de los siglos XIII y XIV, y algunos relatos están situados directamente en Francia. Hay, además, signos de que su autor debió de ser franciscano, puesto que esta orden es presentada como la orden ideal bajo la cual todo ser humano se

puede refugiar. Pero, sobre todo, Welter observa que el carácter realista de toda la colección y la frecuente utilización en ella de metáforas tomadas del mundo circundante son dos características estilísticas que unen la obra a la piedad franciscana.

La *Tabla* toma como una de sus fuentes fundamentales la colección de Étienne de Bourbon († 1264), y ella misma sirvió a su vez como fuente al *Speculum laicorum* (1279 ó 1280). En la *Tabla* se hace alusión a los sucesos que agitaron la universidad de París entre 1270 y 1277 (ej. núm 228), lo cual permite suponer que la obra se debió de componer hacia 1277.

Son veintidós los manuscritos conservados, uno de ellos del siglo XIII (Ms. Biblioteca del Arsenal de París, núm. 857), catorce del siglo XIV y siete del siglo XV.

Alma. Observa que no perfecciona el alma quien adorna su imagen, así como la cera cincelada que únicamente con su propia figura se sacia; se aplica a aquel que acepta la imagen de otro y antes su figura destruye.

Asimismo, observa a aquel hombre que, cuando estaba cerca de la muerte, dijo:

—Señor, me diste el cuerpo y yo a ti el alma.

Así sucedió que se puso el caballo afuera a la lluvia mientras estaba bien guardada en el establo la cuadrilla, tal es el que no se preocupa del alma sino sólo del cuerpo. Así el alma es como la nave del viajante que si tiene viento malo llega a los sarracenos, esto es, a los demonios; si, por otra parte, tiene viento bueno, viene a Jerusalén que es nuestra madre en lo alto. Así el mercader sabio pone en su navecilla aquellas cosas de que es colmado en su patria, porque son raras en aquel sitio en donde acampa y deja en beneficio suyo las que son viles en aquella región, llevando consigo cosas extraordinarias.

Del mismo modo observa el ejemplo de las mujeres que con tanta solicitud, habiendo hecho repugnantes sus figuras, en el espejo procuran cuidadosamente que no haya ahí ninguna mácula **[1]**

Cruz. Observa que vulgarmente se dice: *nest pas feste de boire abenap a criar* **[2]**, puesto que uno se ensucia, mientras otro se expone; por esto, el señor que de sus bienes quiere hacer fiesta, no los expone a cualquiera, para que no sean pisoteados por los indignos ni deshonrados; por ello los vuelve a poner en lo alto en el árbol de la cruz para que no sean tocados por los malos, sino por los buenos; de donde hace así como se suele hacer en las villas donde en la cima de los montes pone el premio divino para que quien más probo se manifieste esto anuncie [...]

2

[LOS CLÉRIGOS Y LA PERRILLA]

Asimismo observa que un clérigo tenía una perrita a la que mucho quería y a la que llamó Rosa, y le enseñó como gracia a caminar sobre sus pies delanteros. En fin, otro clérigo la maltrató, y puesto que no sabía su nombre, le puso otro, la llamó Violeta y le enseñó como gracia a caminar sobre los pies traseros. Pasando el tiempo, llegó el primer clérigo hasta la mencionada perrilla y la encontró en presencia del sacerdote parisiense con el otro clérigo. Uno afirmó que era suya. Dijo el primero:

—Yo le enseñé una gracia y le puse nombre.

Dijo el otro:

—Yo le enseñé una gracia y le puse nombre.

Entonces juzgó el sacerdote que la tendría aquel a cuyo llamado la perrilla respondiera y ella le sirviera como a maestro. El primero la llamó por su nombre, Rosa, y no quiso venir a él ni mostrar su gracia. Entonces, la llamó el segundo por el nombre de Violeta, le dio un golpe en la garganta e inmediatamente comenzó a caminar sobre sus pies traseros. Entonces el sacerdote la otorgó a aquel último.

Así Cristo llamó con su nombre a los cristianos y nos enseñó obra de penitencia. El diablo, en cambio, luego nos llamó con el nombre de ribaldos y nos enseñó obra de placer. Al pie de la cruz están el Señor y el diablo. Dios llama con su nombre a los cristianos, diciendo: «Sírvete de tus obras para venir a la cruz». El diablo, por el contrario, llama y grita: «Permanece, ribaldo, y quédate en los placeres; sírvete de tu obra». De este modo, aparecerán los que son cristianos y siervos de Dios y quienes ribaldos y siervos del diablo en la asunción de la cruz.

3

[LA PRUEBA DE LA ESPOSA]

Asimismo observa que estaba un hombre en una reunión con

otros hombres y dijo de su mujer que ella lo amaba mucho. Entonces uno le dijo:

—Tú dices que tu mujer mucho te ama y yo te aseguro que no saltaría por ti una varilla. Acordaron esto. Y regresado a su casa, comenzó a abrazar a su esposa y a amarla y le preguntó si lo amaba mucho. Respondió ella que sí. Le preguntó entonces:

—¿Acaso no harías tú por mí cualquier cosa que yo te pidiera?

Ella respondió:

—Sí.

Entonces lanzó en medio de la tierra una varilla y dijo:

—Amor mío salta esta varilla, puesto que yo te lo pido y lo deseo.

Mirando la varilla, dijo:

—¿Por qué la saltaré?

Respondió el hombre:

—¡Porque yo lo quiero!

Entonces el hombre saltó primeramente:

—¡De este modo puedes saltar!

—¿Acaso, dijo ella, me quieres engañar? No saltaré. ¿Qué ganas con esto?

Respondió el hombre:

—Me propuso uno que tú no saltarías una varilla por mí y pierdo mucho dinero si tú no saltas; si saltas, ganaré.

Respondió la mujer:

—¿De qué modo veo que esto no es una *moquerie* [3] ?

Y perdió el hombre lo que había apostado porque su mujer no saltó.

El hombre es Cristo, la mujer el cristiano que siempre dice amar a Cristo. Cristo da un salto por *les mauves* [4] , por enmienda de los malos saltó a la cruz. De donde se dice en el *Cántico*: «Helo aquí que ya viene saliendo por los montes» [5] . Te ruega que por este des un salto igual y respondes: Vosotros, predicadores, nos queréis encantar. ¿Qué ganáis con esto? Digo: Cristo pierde muchas cosas más allá del mar y no harías este salto a la cruz. ¡Pues salta para que Cristo gane!

HECHOS DE LOS ROMANOS
(Gesta romanorum)

Esta obra representa no sólo una de las colecciones más voluminosas de la Edad Media, sino también un punto de madurez del relato medieval. Ignoramos, como es ya frecuente, quién sea el colector, pero se presenta como una persona de una gran cultura, dada la cantidad de autoridades que cita y la inmensa variedad de fuentes de las que extrae sus historias. La obra parece haber estado concluida hacia el año 1300, puesto que el manuscrito más antiguo, aproximadamente del año 1342, presenta ya un texto reelaborado.

La colección no está precedida de un prólogo en el cual el autor indique el propósito que persiguió con la elaboración de su obra, señale sus fuentes o delate sus preferencias literarias. Todo, pues, debe ser buscado dentro de ella. En el caso particular de las fuentes, sólo las podemos intuir a través de las referencias que el propio autor hace en sus relatos. Retoma famosas obras de la literatura romana, aunque parece que los autores de la Antigüedad los conoció sólo indirectamente. Más bien buscó sus materiales en compendios y reelaboraciones posteriores. Como gran parte de la cultura de la Edad Media, la suya es una cultura basada en enciclopedias o sumas. A estos relatos de la Antigüedad, añade otros nuevos sacados de fuentes cristianas u occidentales. La Biblia, naturalmente, está entre las primeras, pero también autores como Isidoro de Sevilla, Pedro Alfonso, Paulo Diácono, Gervasio de Tilbury (*ca*. 1152-1220) con su obra *Otia imperialia*, etc. No deja de lado tampoco relatos hallados en la tradición oral.

Todo esto da una gran variedad a la obra y hace que la colección acoja en su seno gran cantidad de relatos procedentes de los más

diversos géneros. El autor recrea leyendas como la de Plácido (núm. 11), cuentos populares, parábolas bíblicas, un roman como la historia de Apolonio de Tiro (núm. 13), controversias como la que presenta el relato núm. 2, etc. Todo parece haber interesado a este anónimo autor para componer su colección.

Si bien el narrador recrea el pasado de la Antigüedad romana, el suyo no es un latín clásico, sino más bien medievalizado, sin rasgos de localismo como se pueden encontrar en otros autores. El estilo de sus relatos se acerca muchas veces al del cuento popular. Muy frecuentemente comienzan con la fórmula «había una vez...», o sus personajes presentan la simplificación de buenos o malos, nobles o traidores tan propia de los relatos populares. De todas formas, no siempre es así: hay relatos que comienzan con la cita de algún sabio.

Casi todas las narraciones están sometidas finalmente a un proceso de moralización. Los más diversos relatos sirven al autor para expresar sus comentarios de carácter moral y teológico. Presenta acciones ejemplares de los seres humanos moralizadas a través del recurso tan frecuente de la alegoría. Así, cada relato es reinterpretado según unas coordenadas morales, y sirve para transmitir una ideología cristiana. De este modo, la vieja literatura romana se convirtió en el medio para transmitir una cosmovisión cristiana. El autor medievaliza todas las historias y es muy probable que algunas variantes que sus relatos presentan frente a otras versiones del mismo se deban a esa necesidad que tuvo de cristianizar su historia.

Estamos, pues, ante una colección que se conforma como una sucesión de relatos sin una necesaria unidad. La única unidad posible es la de presentar una imagen de la Antigüedad no basada en el relato de la gran historia, sino más bien en el acontecer de los anónimos seres humanos.

1

SOBRE LA FIDELIDAD CONTINUA

Reinaba un rey en cuyo imperio un joven fue capturado por piratas. Su padre no lo quiso rescatar, por lo cual el joven fue durante mucho tiempo torturado en la cárcel. El pirata que lo tenía apresado con cadenas engendró la más hermosa y graciosa hija que pudieron haber visto los hombres, a la que custodiaba en su casa hasta que cumpliera los veinte años de edad. Ella muy frecuentemente iba a visitar al encarcelado y a consolarlo. Pero éste estaba tan desolado que ninguna consolación podía recibir y lanzaba continuos suspiros y gemidos.

Un día, cuando la joven lo visitó, le dijo:

—¡Oh, buena niña, ojalá quisieras colaborar en mi liberación!

Ella dijo:

—¿De qué modo puedo ayudarte en esto? Tu padre, que te dio la vida, no te quiere rescatar; yo, que soy una extraña para ti, ¿por qué deberé pensar esto? Y si te libero, incurriré en la ira de mi padre, puesto que perdería tu rescate. Sin embargo, concédeme una cosa y te liberaré.

El cautivo dijo:

—¡Oh, buena niña! Dime, ¿qué quieres? Si me es posible, te lo concederé.

Y ella dijo:

—Ninguna otra cosa pido por tu liberación, sino que me hagas tu esposa en tiempos prósperos.

Él respondió:

—¡Te lo prometo firmemente!

Inmediatamente, la joven lo liberó de las cadenas sin que lo supiera su padre y se fugó con él a su patria. Cuando regresó, su padre le dijo:

—¡Oh hijo, me alegro de tu llegada! Pero, dime, ¿quién es esta joven?

Él respondió:

—Es hija de rey y la tengo por esposa.

Dijo el padre:

—No quiero que la tengas por esposa, bajo pena de la pérdida de tu herencia.

Respondió:

—¡Oh padre!, ¿qué dices? Yo estoy más unido a ella que a ti. Cuando caí atrapado en manos de los enemigos y fuertemente encarcelado, te escribí para mi rescate y no quisiste rescatarme. Ella me liberó no tanto con peligro de cárcel, sino de muerte; por tanto, quiero hacerla mi esposa.

Dijo el padre:

—Hijo, yo te aseguro que no puedes confiar en ella y, en consecuencia, de ningún modo hacerla tu esposa. Engañó a su propio padre cuando te liberó de la cárcel ignorándolo él. Por esta liberación su padre perdió muchas riquezas que hubiera obtenido por tu rescate. Por tanto, se ve que tú no puedes confiar en ella y, en consecuencia, de ningún modo hacerla tu esposa. Aún hay otra razón. Ella, aunque te liberó, lo hizo movida del deseo, para tenerte por esposo y, por tanto, puesto que su deseo fue la causa de tu liberación, no me parece oportuno que sea tu esposa.

La joven, oyendo estas razones, dijo:

—A la primera razón, respondo: cuando dices que yo defraudé a mi propio padre, no es verdad. Es defraudado aquel que empobrece en algún bien. Pero mi padre está tan enriquecido que no tiene necesidad de ninguna ayuda. Como sospeché esto, liberé de la cárcel a este joven; y si mi padre recibiera su rescate, no sería por ello más poderoso, y tú estarías empobrecido por el rescate. Así, pues, con este acto te salvé porque tú no diste rescate y yo no hice a mi padre ninguna injuria. A la otra razón, cuando dices que hice esto por deseo, respondo: esto no lo puedes decir de ningún modo, porque el deseo o es por causa de la hermosura o por causa de las riquezas o por causa de la fortaleza. Pero tu hijo ninguna de estas

cualidades tenía, porque su hermosura estaba aniquilada por la cárcel; ni fue por las riquezas, porque no las tenía; por lo tanto, se rescató a sí mismo; ni por la fortaleza, porque la perdió por los tormentos del calabozo. Por tanto, sólo la piedad me movió a liberarlo.

El padre, escuchándola, no pudo argüir al hijo nuevos argumentos. Por tanto, el hijo la hizo su esposa con gran solemnidad y finalizó su vida en paz.

2

DEL JURAMENTO CUMPLIDO

Había un emperador muy poderoso que amaba mucho a una hermosa hija del rey. Cuando se casaron hicieron un juramento, que si alguno de ellos primero moría que el otro por desmesurado amor se mataría a sí mismo.

Sucedió, entonces, que este emperador se trasladó a tierras lejanas y pasó ahí mucho tiempo. Queriendo probar a su mujer, le envió un mensajero para que le informase sobre su muerte. Cuando escuchó esta noticia su esposa, por el juramento que antes había hecho a su esposo, se arrojó de lo alto de un monte con el propósito de matarse. Sin embargo, no murió y en poco tiempo su salud se restableció. Luego, una vez más quiso arrojarse para suicidarse.

Su padre, enterado de esto, fue hasta ella para que no cumpliera con el precepto y juramento que había hecho a su esposo. Pero ella no quería aceptar lo que el padre le proponía. Dijo el padre:

—Ya que no quieres consentir ni obedecerme, ¡sal inmediatamente fuera de mis dominios!

Y ella respondió:

—No quiero, y esto lo pruebo por varias razones. Cuando alguien está obligado por el juramento, se tiene que cumplir. Yo juré a mi esposo que por su amor me suicidaría, por lo cual no cometo una falta si el juramento quiero cumplir; por tanto, de tus dominios no debo ser echada. Del mismo modo, ninguno debe castigarme por esto que me fue encomendado. Pero como hombre y mujer son una misma carne, según Dios, es encomendado que la

mujer por amor a su hombre se mate. En la India había antes una ley por la cual la mujer, luego de la muerte de su esposo, por amor y dolor se debía quemar o enterrarse con él viva en el sepulcro. Y, por esto, según creo, no delinco cuando me suicido por causa del amor a mi esposo.

Dijo el padre:

—Cuando antes dijiste que obligada por el juramento antes fuiste..., etc., tal obligación no vale, porque está orientada a un mal fin, o sea, a la muerte. El juramento siempre debe ser racional y, por tanto, tu juramento es nulo. Según la otra razón, cuando dijiste que es encomendado que la mujer muera por el marido, no vale, porque, aunque son uno en cuerpo por deseo carnal, en el alma son dos que a su vez se diferencian realmente. Y, por tanto, no vale lo que alegaste.

La joven, al escuchar esto, no podía argumentar otra cosa. Aceptó las palabras del padre y no quiso de ahí en más suicidarse ni estar junto a su esposo.

3

DE LA VIDA DE SAN ALEXIS, HIJO DEL EMPERADOR EUFEMIANO [1]

Había un emperador en cuyo imperio hubo un joven llamado Alexis, hijo de Eufemiano, nobilísimo romano y el principal en el palacio real del emperador. Muchos jóvenes y siervos que ceñían dorados cinturones y portaban vestimentas de seda se colocaban cerca de él. Era, sin embargo, el mencionado Eufemiano muy misericordioso y cada día en su casa ofrecía tres mesas para pobres, huérfanos, peregrinos y viudas, a los cuales diligentemente servía, y a media tarde comía con los hombres religiosos lleno del temor de Dios. Su esposa, llamada Agaelis, tenía la misma religiosidad. Pero como no tenía hijo, el Señor les dio uno a raíz de sus súplicas. Inmediatamente, lo confirmaron para que viviera en castidad. Así el niño se entregó al estudio de las disciplinas liberales y destacó en todas las artes de la filosofía. Llegando a edad púber, una doncella de la casa imperial fue elegida para que lo cuidara y se unió en

matrimonio con ella. Vino luego la noche, en la cual tomó con su esposa solitario reposo. Entonces el santo joven comenzó a instruir a su esposa en el temor de Dios y a incitarla al pudor de la virginidad. Luego su anillo de oro y la hebilla del cinturón, que le ceñía y que había conservado para sí mismo, se los entregó diciéndole:

—¡Tómalos y consérvalos mientras le plazca a Dios, y el Señor esté entre nosotros!

Luego, tomando algo de su fortuna, se alejó hacia el mar y, subiendo ocultamente a una nave llegó a Edesa, ciudad de Siria, donde había una imagen de Nuestro Señor Jesucristo realizada sin participación humana. Éste, trayendo todas las cosas que llevaba consigo, las distribuyó entre los pobres y portando viles vestiduras se sentó con muchos pobres en el atrio de la progenitora de Dios, María; y de las limosnas, cuantas pudieran ser suficientes para sí, las retenía; pero las otras las distribuía a los pobres.

Su padre, lamentando la partida del hijo, envió a sus esclavos por todas las partes del mundo a que lo buscaran diligentemente. Algunos de ellos llegaron a la ciudad de Edesa y sin reconocerlo le tributaron limosnas junto a otros pobres. Recibiéndolas, dio gracia a Dios:

—¡Te doy gracias, Señor, porque me hiciste recibir limosnas de mis siervos!

De regreso, los siervos informaron que por ninguna parte lo habían podido hallar. Su madre, desde el día de su partida, había echado un saco en el suelo de su cama donde lamentándose daba lastimosas voces diciendo:

—¡Aquí quedaré contigo como una tórtola! [2]

Alexis permaneció diecisiete años en el mencionado atrio al servicio de Dios; finalmente, una imagen de la beata Virgen que ahí había dijo al custodio de la iglesia:

—Haz entrar al hombre de Dios, puesto que es digno en el reino de los cielos y el espíritu de Dios descansa sobre él; pues su oración asciende así como incienso ante la vista de Dios.

Sin embargo, como el custodio a quien habló no lo conoció, una vez más le dijo:

—Aquel que está sentado afuera en el atrio, ése es.

Entonces el custodio salió presuroso y lo condujo a la iglesia.

Hecho esto, se dio a conocer a todos y empezó a ser venerado. Y huyendo de la gloria humana, se alejó de allí y vino a Laodicea. Allí subió a una nave para ir hacia Tarso, en Cicilia, y con la ayuda de Dios y empujada por los vientos la nave llegó al puerto romano. Percatándose de ello, Alexis dijo para sí:

—Permaneceré como un extraño en la casa de mi padre y así no seré una carga para nadie.

Y regresando hasta el palacio de su padre, lo comenzó a llamar:

—¡Siervo de Dios, tómame como peregrino en tu casa y déjame alimentarme en tu mesa para que el Señor se digne tener compasión de tu peregrino!

Escuchándolo, por amor a su hijo el pobre lo mandó llamar y le asignó un lugar en su casa y le puso comida de su mesa y le delegó un ministro. El peregrino, no obstante, continuaba con sus oraciones y torturaba su cuerpo con ayuno. Los siervos de la casa, burlándose de él, derramaban frecuentemente agua de los utensilios de la casa sobre su cabeza, pero él todo lo soportaba pacientemente. Alexis permaneció como un extraño durante diecisiete años en la casa de su padre.

Viendo luego por mediación del espíritu que se aproximaba el fin de su vida, pidió pluma y papel y allí escribió toda la narración de hechos de su vida. Así el domingo, luego de la misa solemne, una voz resonó desde el techo en el santuario, diciendo:

—¡Venid a mí todos los que trabajáis y estáis fatigados, etc.! Al escuchar esto, todos cayeron de bruces al suelo. Y esta voz por segunda vez llegó, diciendo:

—¡Buscad al hombre de Dios para que ore por Roma!

Y lo buscaron, pero no lo pudieron hallar. Una vez más dijo:

—¡Buscad en la casa de Eufemiano!

Le preguntaron y decía no saber nada. Entonces los emperadores Arcadio y Honorio vinieron junto con el Sumo Pontífice Inocencio a la casa del dicho Eufemiano, y esta voz del criado de Alexis vino hacia su señor diciendo:

—Ved, señor, no está aquel peregrino nuestro que es hombre de gran paciencia.

Así, corriendo Eufemiano hasta él, lo encontró muerto y vio que su rostro tenía la apariencia de un rostro brillante de ángel, y quiso tomar la carta que tenía en la mano, pero no pudo. Salió y regresó

hasta los emperadores. El Pontífice y los demás entraron a la casa diciendo:

—Por mucho que seamos pecadores, vamos al gobierno del reino y a la cura universal del gobierno pastoral. Danos la carta para que sepamos qué cosas están escritas en ella.

Y acercándose el Pontífice tomó la carta con la mano. Y hecho esto, la leyó en medio de todo el pueblo, la multitud y su padre.

Escuchándola, Eufemiano se conturbó, quedó estupefacto y cayó en tierra exánime y quebrado. Cuando volvió en sí, rasgó sus vestimentas y comenzó a arrancar sus cabellos, a agarrarse las barbas y a golpearse a sí mismo y, arrojándose sobre su hijo, decía:

—¡Ay de mí, hijo mío!, ¿por qué me afligiste así y por qué me diste durante tantos años dolores y gemidos y suspiros? ¡Ay, mísero de mí, porque te veo, custodio de mi senectud, yaciente en el lecho y hablándome! ¡Ay de mí!, ¿de quién podré tener consolación?

La madre lo escuchó y estallando como una leona atrapada en la red rompió sus vestiduras, la cabellera revuelta, elevó los ojos al cielo y, como no pudo llegar hasta el santo cuerpo por la gran multitud que había entre ellos, gritó:

—¡Abridme paso para que yo vea al consuelo de mi alma que se amamantó de mis pechos!

Y cuando llegó hasta el cuerpo, se arrojó sobre él gritando:

—¡Ay de mí, queridísimo hijo mío, luz de mis ojos!, ¿por qué nos hiciste esto? ¿Por qué te portaste tan cruelmente con nosotros? Veías a tu padre y a mí, mísera, llorando y no te entregabas a nosotros. Tus siervos te injuriaban y tú resistías.

Y una y otra vez se postraba sobre el cuerpo y extendía los brazos sobre él, tocaba su rostro angélico con las manos, lo besaba y gritaba:

—Llorad conmigo todos los que estáis presentes, que por diecisiete años lo tuve en mi casa y no lo supe, a este que fue único para mí. Sus siervos lo insultaban y con puñetazos lo golpeaban. ¡Ay de mí, quién dará a mis ojos la fuente de las lágrimas para que llore día y noche el dolor de mi alma!

Pero la esposa de Alexis, vestida con ropa negra, llegó llorando y diciendo:

—¡Ay de mí, que estoy desolada y aparezco como viuda! Ya no tengo a quien mire y en quien alce los ojos. Ahora está roto mi

espejo y perdida mi esperanza. Desde hoy comienza mi dolor sin fin.

El pueblo, escuchándola, lloraba copiosamente. Entonces el Pontífice junto con el emperador pusieron el cuerpo en un hermoso féretro y lo llevaron al centro de la ciudad, anunciando al pueblo que había sido encontrado el hombre de Dios que toda la ciudad buscaba, y todos corrieron al encuentro del santo. Y si algún enfermo tocaba este cuerpo sagrado, curaba para siempre, los ciegos recuperaban la vista, los endemoniados se liberaban, y todos los enfermos, cualquiera que fuese su enfermedad, se curaban al tocar el cuerpo. Los emperadores, viendo tantos milagros, comenzaron a llevar el lecho con el Pontífice. Entonces los emperadores mandaron esparcir gran cantidad de oro y plata en la calle para que las turbas se ocuparan con el deseo de las riquezas y permitieran llevar el cuerpo santo a la iglesia, pero la plebe con deseo de las riquezas se arrojaba más y más a tocar el cuerpo santo y, así, con gran trabajo lo condujeron finalmente al templo del santo mártir Bonifacio y allí durante siete días, persistiendo en alabanzas a Dios, trabajaron en edificar un sepulcro hecho de oro y piedras preciosas en el que colocaron el cuerpo santo con gran veneración. De este sepulcro se desprendía un suavísimo olor que todo impregnaba de aromas. Murió en el año del Señor del 327.

Moralización. Amigo, Eufemiano puedes llamar a cualquier ser humano que tiene un hijo a quien ama mucho y a quien se empeña día y noche en hacer avanzar. Le da mujer, o sea, la vanidad del mundo para que se deleite así como el esposo con la esposa; por el contrario, muy a menudo se deleita más con la vanidad del mundo que el hombre con la mujer, puesto que por las vanidades mundanas el hombre deja escapar su vida.

La madre es este mundo, que ama mucho a los hijos mundanos. Pero el buen hijo, así como Alexis, más se afana en complacer a Dios por todas las formas que a los padres y a las vanidades del mundo para ganar esto. *Mateo* [3]: Quien deje el campo o la casa, el padre o la madre o la esposa por mí, lo recibirá centuplicado y poseerá la vida eterna.

Alexis tomó la nave, etc. Esta nave es la Santa Iglesia, que nos conviene alzar si queremos obtener la vida eterna y deponer las vestimentas preciosas, o sea, las pompas del mundo, y entre los

pobres, es decir, humildes, permanecer con la palabra y la obra.

El clérigo que lo introdujo en la iglesia es el confesor discreto que tuvo al pecador para instruir y lo introduce en el conocimiento de la Sagrada Escritura para que mejor pueda prevenir en el alma a los novicios.

Pero a menudo surge el viento y conduce al hombre a su propia patria, así como hizo con el santo Alexis. Este viento es la tentación diabólica que se esfuerza en impedir día y noche al hombre con buena obra. Si, pues, te sientes envuelto por alguna tentación, haz así como hizo el santo Alexis. Vístete a manera de peregrino, esto es, debes tener las virtudes del verdadero peregrino para que no puedas por el poder carnal ni por el mundo conocer a otro, sino para que seas hombre de Dios.

Pero a menudo cuando alguien elige la vida de penitencia, los padres se duelen y se entristecen mucho cuando ven a sus hijos dejar el mundo y amar la pobreza por amor a Dios. Pero es muy cruel ofenderlos, dejar esta vida de perfección. Busca así la carta, esto es, el testimonio de la conciencia, que fielmente serviste a Dios.

Entonces viene el Sumo Pontífice con los emperadores, esto es, Cristo con multitud de ángeles, y conducen tu alma a la iglesia de San Bonifacio, esto es, a la vida eterna donde abundan todos los bienes, es decir, todo placer.

4

DEL INEXCUSABLE ENGAÑO DE LAS VIEJAS [4]

Era una emperatriz en cuyo imperio había un soldado que tenía esposa noble, casta y hermosa. Un día el soldado se fue a peregrinar, pero antes le dijo a su esposa:

—No te dejo ninguna otra custodia, pues creo verdaderamente que no tienes necesidad de ella.

Preparada la tropa, salió. La mujer permaneció en la casa viviendo castamente. Un día, convencida por las dulces palabras de una vecina, salió de su casa. Más tarde regresó. Viéndola un joven comenzó a amarla con ardiente amor y envió muchos emisarios hasta ella, deseoso de la mujer. ¡Tanto ardía en amores! Sin

embargo, ella los rechazaba con profundo desprecio. Viéndose despreciado comenzó a lamentarse, por lo cual enfermó. Frecuentemente iba hasta ella, pero nada le valía, pues la señora lo despreciaba.

Un día, regresando de la iglesia, se marchó doliente y triste, e iba delante de él una vieja que tenía reputación de santa. Ella, cuando lo vio triste, le preguntó la causa de tanta tristeza. Y él le dijo:

—¿En qué me puede ser útil contártelo?

Y ella respondió:

—¡Oh amigo, mientras el enfermo esconda al médico su enfermedad, no podrá curarse! Por eso, ¡muéstrame la causa de tanto dolor! Con ayuda de Dios te curaré.

En cuanto esto oyó el joven, le descubrió el amor que sentía por la dama. Dijo la vieja:

—Anda a tu casa que en breve tiempo te curaré.

Dicho esto, el joven regresó a su casa y la vieja permaneció en la suya. Esta vieja tenía una perrilla a la cual forzó a ayunar dos días, y el tercer día le dio un pan hecho con granos de mostaza. Una vez que lo hubo comido, durante todo el día le lloraron los ojos por la acidez. Entonces la vieja fue con la perrilla hasta la casa de la señora que el joven tanto amaba. Inmediatamente fue recibida por la señora con honores en razón de que tenía reputación de santa.

Mientras se sentaban, la señora observó la perrilla llorosa, se admiró mucho de ello y preguntó qué le pasaba. Dijo la vieja:

—¡Oh queridísma amiga!, no quieras preguntar por qué llora, que tanto dolor tiene que apenas te lo podría revelar.

La mujer más y más la instigaba para que se lo dijera. Le dijo la vieja:

—Esta perrilla era una hija mía muy casta y muy hermosa a la que un joven vehementemente amaba, pero tan casta era que rechazaba totalmente su amor, por lo cual el joven, sufriendo tanto por el dolor, murió, y por esta culpa Dios convirtió a mi hija en una perrilla tal como ves.

Dicho esto, la vieja comenzó a llorar:

—¡Cuántas veces recuerdo a mi hija que tan hermosa niña era y ahora es una perrilla que llora y no se puede consolar! ¡Todo la impulsa a llorar con extremo dolor!

Cuando la escuchó, la señora pensó para sí:

—¡Ay de mí! De igual modo me ama un joven y por mi amor enfermó.

Y narró todo lo sucedido a la vieja. Una vez que la hubo escuchado, dijo la vieja:

—¡Oh queridísima señora!, no quieras rechazar el amor del joven, sino tal vez te transformarás en perrilla así como mi hija, que es un daño intolerable.

Le dijo la señora a la vieja:

—¡Oh buena matrona!, dame sano consejo para que no sea una perrilla.

Le dijo:

—Envía pronto por aquel joven y haz su voluntad sin más dilación.

Y ella dijo:

—Ruego a tu santidad que vayas hasta él y lo traigas contigo. Podría ser un escándalo si otro fuera hasta él.

Le dijo la vieja:

—Te lo procuraré y lo conduciré hasta ti de buen grado.

Y fue hasta el joven y lo condujo consigo y con la señora durmió. Y así por la vieja la señora cometió adulterio.

Moralización. Amigos, este soldado es Cristo, la mujer casta es el alma hermosa lavada por el bautismo a la cual dio Dios libre albedrío y la lleva a su voluntad cuando de este mundo asciende hasta el Padre. Esta mujer, o sea el alma, es invitada al convite, muchas veces inclinada a la concupiscencia carnal, puesto que el convite para los hombres carnales es vivir siempre en deleites. Así el joven, esto es, la vanidad del mundo, la aleja en cuanto puede para que la sujete. Si no consiente, se presenta la vieja, esto es, el diablo, que circunda buscando a quien devore el alma, o sea, fundamentalmente cuando puede solicita que se consienta en el pecado. ¿Y de qué modo? Ciertamente le muestra la perrilla llorosa. La perrilla es esperanza de larga vida y presumir de la misericordia de Dios que muchos tienen en tanto que pronto se inclinan al pecado. Pues así como la perrilla esta lloraba por la mostaza, así la esperanza frecuentemente aflige al alma para que no espere, en tanto que el hombre consiente en el pecado. Si, pues, queremos conservar la castidad del alma y precavernos de la decepción del

mundo, huyamos del mundo con buenas obras, que todo lo que está en el mundo o es soberbia de la vida o concupiscencia de los ojos o concupiscencia de la carne y, por esto, el mejor remedio es abandonarlo, si queremos obtener el premio eterno.

5

EL CURSO DE LA VIDA HUMANA [5]

Se lee de un rey que más que nada deseaba conocer la naturaleza humana. En su imperio había un filósofo muy sagaz, de cuyos consejos se valieron muchos. El rey, como oyó hablar de él, le envió un mensajero para que fuera a buscarlo sin dilación. El filósofo comprendió la voluntad del rey y fue hasta él. Le dijo el rey:

—Maestro, quiero escuchar tu sabiduría y tu doctrina. Dime primeramente, ¿qué es el hombre?

Le respondió:

—El hombre es digno de compasión a todo lo largo de su vida. Ve tu principio, medio y fin y encontrarás que lleno estás de miserias. De donde dice Job: El hombre es nacido de mujer, etc. [6]. Si miras tu origen, te encontrarás pobre e impotente. Si el medio, encontrarás al mundo angustiante y acaso tu alma condenada. Si el fin, recogido por la tierra. Y por eso, rey mi señor, no seas soberbio.

Dijo el rey:

—Maestro, quiero hacerte cuatro preguntas, que si bien respondes, te daré honores y riquezas. La primera es: ¿qué es el hombre? Segundo: ¿a quién es semejante? La tercera: ¿en qué lugar está? La cuarta: ¿por quién está acompañado?

Dijo el filósofo:

—Señor, te responderé a la primera pregunta. A lo que preguntáis, ¿qué es el hombre?, digo que es esclavo de la muerte, huésped del lugar, viajero que pasa. Se dice esclavo porque no puede evadir la mano de la muerte, porque la muerte arrebata todos los trabajos y los días y, según lo que merezca, tendrá premio o castigo. También el hombre es huésped del lugar puesto que está entregado al olvido. También es viajero que pasa porque ya sea

durmiendo o velando, comiendo o bebiendo, viviendo o haciendo otra cosa siempre corre hacia la muerte. Por esto, debemos en el camino proveernos de víveres, o sea, de buenas virtudes.

La segunda pregunta es: ¿a quién es semejante? Digo que es semejante al hielo porque a causa del calor pronto se disuelve. Así, el hombre conformado de tierra y de elementos por el calor de enfermedad pronto se disuelve y se corrompe. También es semejante a la fruta fresca, ya que así como el fruto fresco pende del árbol, como deba venir al crecimiento debido, es roído por un pequeño gusano interior desde su nacimiento y pronto muestra su ruina. Así, en el hombre, creciendo pronto en su infancia, se origina la enfermedad interior y el alma es expelida y el cuerpo corrompido. Así, pues, ¿de qué se ensoberbece el hombre?

La tercera pregunta es: ¿en qué lugar está el hombre? Digo que en guerra múltiple, o sea, contra el mundo, el diablo y la carne.

La cuarta: ¿por quién está acompañado el hombre? Respondo que por siete socios que lo inquietan constantemente, los cuales son: hambre, sed, calor, frío, fatiga, enfermedad y muerte. Prepara el alma contra el diablo, el mundo y la carne, de los cuales la guerra, esto es, las tentaciones, son diversas. Y, por esto, de diverso modo se prepara el alma para resistir. La carne nos tienta por lujuria y voluptuosidad, el mundo por la vanidad de las riquezas, el diablo por abundancia de sabiduría; si la carne te tienta, aplica esta medicina: ten en el recuerdo al pecado que es la carne que te provoca, se vierte en ceniza en día y tiempo ignoto y el alma por este pecado padece pena eterna. *Sabiduría* [7]: Una vez muerto, ¿de quién será nuestro cuerpo? Y sigue: Luego será el olvido y nadie tendrá memoria de nuestras obras. Y si éste, del cual hay memoria, evita la tentación, no cometerá el pecado. Si el mundo te tienta por vanidad, toma esta medicina: considera diligentemente su ingratitud y nunca sirviéndolo tendréis voluntad, pues de tal modo es ingrato el mundo, que aunque por toda tu vida lo sirvas fielmente, nada te permite llevar ni siquiera tu pecado. La perdiz, teniendo sus hijuelos, sabiendo que se aproxima el cazador al nido, para que se aleje de los hijuelos va junto a él y finge no poder volar, lo cual el cazador cree ser verdadero y sigue adelante con sigilo. Ella vuela, y él se va tras ella esperando capturarla, y así siempre hace mientras es alejado de los hijuelos; y así el cazador es

engañado, que ni la perdiz ni los hijuelos tiene. Así es el mundo. El cazador, que se acerca al nido de los polluelos, es el buen cristiano que obtiene con trabajo el sustento, la vestimenta y otras cosas. Pero el mundo no mantiene de buena gana al hombre, lo aplaude y simula si éste quiere seguir y permanecer siempre con honor; viendo esto el hombre, muchas veces se retira de las buenas obras y sigue la vanidad del mundo y, entonces, el mundo lo aleja del amor de Dios y de las buenas obras. Después la muerte lo sustrae del mundo y este mísero permanece engañado, ya que no tiene al mundo al que seguía ni el fruto de las buenas obras de quien se alejó. He aquí cómo el mundo devuelve a sus servidores la merced. Y es esto, que dice *Jacobo* **[8]**: Todo el mundo fue puesto en maldad. Todo lo que está en el mundo es soberbia de vida y sobras. Tercero, si te tentara el diablo, toma esta medicina: Ten en la memoria la pasión de Cristo, por lo cual el soberbio cede y no tiene poder del que mora. De donde dice el Apóstol: Viste la armadura de Dios para que puedas estar, etc. **[9]**. De donde dice Solino sobre las maravillas del mundo que Alejandro tenía un caballo que se llamaba Bucéfalo, el cual estaba acostumbrado a que cuando estaba armado y preparado para la guerra, no lo montaba ningún caballero sino sólo Alejandro. Y si algún otro lo montaba, inmediatamente lo arrojaba. Pero cuando no estaba armado, los siervos podían sentarse sobre él. Así, el hombre armado con la pasión de Cristo no toma nada en el corazón sino al Dios, emperador omnipotente, pero si alguna tentación del diablo quiere ascender a su corazón, pronto con la virtud de la pasión de Cristo tiene poder para rechazarlo. Si ésta carece de la armadura de Dios, pronto será inclinada a todas las tentaciones que le vengan. Por tanto, esforcémonos en armarnos con las buenas virtudes para que finalmente lleguemos a la gloria.

6

DEL VENENO DEL PECADO CON EL CUAL CADA DÍA SOMOS ALIMENTADOS **[10]**

Reinaba el muy poderoso Alejandro, que tenía por maestro al maestro Aristóteles, que lo instruía en todas las ciencias. Sabiendo

esto, la reina del norte nutrió a su hija desde su nacimiento con veneno y, cuando llegó a edad apropiada, era tan hermosa y graciosa a los ojos de los hombres que a muchos con su mirada volvía locos.

La reina la envió a Alejandro para que fuera su concubina. Tan pronto como Alejandro vio a la doncella, fue cautivado por su amor y quería dormir con ella. Cuando la recibió el rey, le dijo Aristóteles:

—No quiero que seas tentado por sus encantos. Si lo hicieras, estarías cerca de la muerte, porque esta joven fue alimentada con veneno durante toda su vida. Te probaré rápidamente que esto es verdad. Ahí hay un malhechor que por ley debe morir. Que duerma con ella y entonces verás si es verdad lo que te digo.

Y así lo hizo. El malhechor la besó en presencia de todos e inmediatamente cayó muerto. Alejandro, tomando a su maestro, lo alabó asombrado porque lo había liberado de la muerte. La doncella fue devuelta a su madre.

Moralización. Amigo, este Alejandro puedes llamar a cualquier cristiano fuerte y potente por las virtudes que recibió en el bautismo. Éste es potente y fuerte, mientras que permanece en la caridad y pureza de la vida contra el diablo, el mundo y la carne. La reina del norte es abundancia de cosas que al hombre quiere destruir, algunas veces espiritualmente, con frecuencia corporalmente. La doncella intoxicada es la lujuria y la gula, nutridas por manjares delicados que son veneno del alma. Aristóteles es tu conciencia o razón que siempre murmura y contradice aquellas cosas que son nocivas al alma, y le impide que se mezcle con tales cosas. El malhechor es el hombre perverso, desobediente a Dios, que sigue más las delicias de la carne que los preceptos divinos. Éste todo el día duerme besando pecados, esto es, tocando gula y lujuria, por cuyo tacto muere espiritualmente. De donde dice el sabio: Quien toca la pez, se ensucia con ella. Pues afanémonos en vivir sobriamente y así podremos llegar a la vida eterna.

DE QUE TODAS LAS COSAS SIEMPRE DEBEN SER HECHAS CON CONSEJO Y PROVIDENCIA [11]

Reinaba Domiciano, muy prudente y justo en todas las cosas, que no escatimaba nada para que las cosas se hicieran por la vía de la justicia [12]. Un día, mientras estaba en la mesa, vino un mercader y golpeó a la puerta. El portero la abrió y preguntó qué deseaba. Éste le dijo:

—Soy mercader, tengo algunas cosas útiles para vender para la persona del emperador.

Escuchando esto el portero lo hizo entrar. Saludó humildemente al emperador. Le dijo el emperador:

—Amigo, ¿qué mercaderías tienes para vender?

Y aquél respondió:

—Señor, tres consejos.

Éste dijo:

—¿Y por cuánto me darás algún consejo?

Y aquél:

—¡Por mil florines!

Dijo el rey:

—Y si tus consejos no me son útiles, pierdo mi dinero.

Le dijo el mercader:

—Señor, si mis consejos en vos no tienen lugar, te devolveré el dinero.

Dijo el emperador:

—Bien dices, dime ahora los consejos que me quieres vender.

Y él le dijo:

—Señor, el primer consejo es éste: *Cualquier cosa que hagas, hazla prudentemente y mira el fin*. El segundo es éste: *Nunca el camino principal dejes por una senda*. El tercer consejo es éste: *Nunca recibas albergue para permanecer de noche en la casa de alguien donde el señor de la casa es viejo y su mujer joven*. Recuerda estos tres consejos y te vendrá provecho.

El rey le dio por sus consejos mil florines y el primer consejo, o sea: *Cualquier cosa que hagas*... hizo escribir en el patio, en la cámara y en todos los lugares por los cuales solía deambular y en los manteles sobre los cuales comía.

Al poco tiempo, porque hacía cumplir tanto la justicia, algunos

hombres del imperio conspiraron contra él para matarlo y, puesto que por el camino de la fuerza no lo pudieron hacer, hablaron con su barbero para que cuando le afeitara la barba, le cortara su garganta y obtuviera así su paga. El barbero, habiendo aceptado dinero, prometió cumplir fielmente el mandado. Cuando rasuraba al emperador, el barbero lavó su barba y, mientras comenzaba a afeitarlo, mirando hacia abajo vio que en la toalla que había cerca de su cuello estaba escrito: *Cualquier cosa que hagas*, etc. Cuando el barbero leyó este escrito, pensó para sí: «Hoy soy el instrumento para matar a este hombre; si hago esto, mi fin será desgraciado, puesto que a muerte horrible seré condenado, que de cualquier cosa que hagas bueno es mirar el fin, como dice el escrito». Así, su mano comenzó a temblar tanto que la navaja se le cayó de ellas. Viendo esto el rey, dijo:

—Dime, ¿qué te pasa?

Y éste respondió:

—Oh señor, mísero de mí, hoy soy empujado por dinero a matarte. Por casualidad o porque Dios lo quiso leí el escrito en la toalla, o sea: *Cualquier cosa que hagas*, etc. Inmediatamente consideré que mi fin sería una muerte indigna, por eso me temblaron las manos.

El emperador, cuando esto oyó, pensó para sí: «El primer consejo me salvó la vida. En buena hora di dinero por él». Y dijo al barbero:

—Porque eres fiel, te dejo ir.

Viendo esto los gobernadores del imperio, que no lo habían podido matar por ese medio, tramaron entre sí de qué modo lo podían matar y dijeron a su vez:

—Tal día regresa a aquella ciudad. Estemos aquel día escondidos en el sendero por el cual pasará y matémoslo.

Y dijeron:

—Es buen consejo.

El rey en ese tiempo se preparaba a marchar hacia la ciudad, y como cabalgaba sin interrupción hacia aquella senda, le dijeron sus soldados:

—Señor, mejor es pasar por esta senda que por el camino principal, que esta está más cerca.

El rey pensaba para sí: «El segundo consejo era que *Nunca el*

camino principal por una senda abandonara. Seguiré mi consejo».

Y dijo a sus soldados:

—No quiero dejar el camino principal; vosotros, que queréis continuar por la senda, preparad todo para mi llegada.

Ellos marcharon por la senda y los enemigos del rey, como fueron por la senda, creían que el rey estaba entre ellos. Todos se lanzaron, y a cuantos venían mataron. El rey, cuando esto oyó, dijo para sí: «El segundo consejo salvó mi vida». Viendo los del imperio que por aquel ardid no lo pudieron matar, conspiraron de qué modo lo matarían y dijeron:

—Tal día pernoctará en la casa de fulano, en la cual se hospedan muchos nobles, que otra casa no hay para huéspedes. Convengamos el precio con el anfitrión y su mujer y cuando el emperador repose en su lecho, matémoslo.

Y ellos dijeron:

—Es buen consejo.

Pues cuando el rey llegó a aquella ciudad, se hospedó en aquella casa e hizo llamar al anfitrión de la casa. Y cuando lo vio, apareció un hombre muy viejo. Dijo el emperador:

—¿Es que no tienes esposa?

Y él dijo:

—¡Sí, señor!

Le dijo:

—¡Muéstramela!

Cuando el rey la vio, apareció una jovenzuela que tenía dieciocho años de edad. Dijo el rey a su camarero:

—Anda pronto y prepara mi lecho en otro sitio, que no me quedaré aquí.

Le respondió:

—Sí señor, pero ya están preparadas todas las cosas; no es bueno dormir en otro lugar, que en toda la ciudad no hay para nosotros mejor albergue.

Dijo el rey:

—¡Te digo que quiero dormir en otro lugar!

Inmeditamente el camarero dispuso todas las cosas y el rey ocultamente llegó a otro lugar y dijo a sus soldados:

—Vosotros que quisisteis ahí pernoctar, podéis hacerlo, pero por la mañana regresad hasta mí.

Cuando todos dormían, el viejo se levantó con su mujer, guiados por el dinero que se les había ofrecido para que mataran al rey cuando dormía, y a todos los soldados mataron.

Por la mañana se levantó el rey y halló a sus soldados muertos. Dijo para sus adentros: «Oh, si aquí hubiera dormido, hubiera muerto con todos ellos. El tercer consejo salvó mi vida». Hizo colgar al viejo con su esposa y a toda su familia en el patíbulo y, mientras vivió, estos tres consejos retuvo consigo y finalizó su vida feliz.

Amigos, este emperador puede llamarse cualquier buen cristiano que tiene el imperio de su cuerpo y de su alma, o sea, regir el alma. El portero en la puerta es la voluntad libre, que ningún pecado no es sino voluntario; el mercader, que viene a la puerta, es Nuestro Señor Jesucristo, acerca del cual dice el *Apocalipsis* [13]: Yo estoy en la entrada y empujo; si quieres abrirme, entraré hasta él y comeré con él. De donde diariamente te vendí para tu alma tres consejos. Son florecientes las virtudes del alma; el primer consejo, o sea *Cualquier cosa que hagas*, etc., esto es, lo que hagas primero y principalmente debe ser por Dios y no para alabanza de las cosas temporales, como se dice en los *Proverbios*: Recuerda tus hechos recientes y no pecarás en lo eterno. El segundo consejo: *No quieras alejarte del camino principal por la senda*. El camino principal es el camino de los Diez Mandamientos que debes siempre observar hasta la muerte y nunca deambular por la mala senda de la vida, así como hacen los heréticos. El tercer consejo es: *Nunca recibas albergue para permanecer de noche en la casa de alguien*, etc. El viejo este es este mundo, que tiene a una jovenzuela por esposa, esto es, la vanidad. De día en día levanta inmunda y vana vanidad, de donde, si fuese hospedada en el mundo, sin duda sería temerosa de la muerte, que no se puede servir a Dios y al mundo [14]. Los gobernadores que contra el rey conspiraban, etc. son los demonios, que siempre se dirigen, espiritualmente, a matar y, si no pudieran hacerlo por sí mismos, hablan con el barbero, esto es, la carne, que como un barbero afeita todos los pelos. La carne por voluntad corta a las virtudes que el hombre recibe en el bautismo. Pero si el hombre mirara su fin, o sea, la muerte, que debemos morir por muerte, o dónde o cuándo, miraría el mal acto en todos nosotros. Esforcémonos, pues, en tener estas tres virtudes y consejos y así podremos llegar a la eterna recompensa.

8

SOBRE LA CONCORDIA [15]

Hubo una vez en una ciudad dos médicos sapientísimos en todas las ciencias medicinales. Curaban a todos aquellos que venían hasta ellos con cualquier enfermedad, tanto que el pueblo ignoraba cuál de ellos fuera mejor. Tiempo después hubo entre ellos disputa sobre cuál fuese más grande y perfecto. Dijo uno al otro:

—Amigo, no haya entre nosotros discordia ni envidia ni disputa sobre cuál de nosotros es mejor, sino hagamos una prueba y cualquiera que de nosotros falle, éste será siervo del otro.

Dijo el otro:

—Dime, ¿de qué se trata?

Respondió:

—Yo sacaré tus dos ojos de tu cara sin dolor y los pondré sobre tu mesa y, cuando te plazca, sin lastimarte te los volveré a poner en tu cara; si tú me hicieras esto mismo con los mismos elementos, seremos ambos iguales y uno al otro nutrirá así como si fuera su hermano; si alguien falla, será su siervo.

Y respondió:

—Magnífica prueba; me place por encima de todas las cosas.

Aquel que la cuestión propuso tomó sus instrumentos y frotó el interior y el exterior de sus ojos con un ungüento nobilísimo, con un instrumento extrajo los dos ojos a su compañero y los puso sobre la mesa. Dijo a su compañero:

—Amigo, ¿qué ves?

Y respondió:

—Sólo sé que no veo nada, que carezco de ojos y, sin embargo, ningún dolor sentí; pero quiero que me restituyas mis ojos, así como me lo prometiste.

Y respondió:

—Lo haré gustoso.

Tomó el ungüento y ungió los ojos en el interior y el exterior así como lo había hecho anteriormente y le colocó sus ojos. Dijo:

—Amigo, ¿qué ves?

Y respondió:

—Bien, que restituyéndomelos ningún dolor sentí.

Entonces dijo:

—Ahora falta que me hagas lo mismo a mí.

Respondió:

—¡Estoy listo!

Tomó sus instrumentos y sus ungüentos y así como aquél había hecho, por dentro y por fuera lo frotó; inmediatamente extrajo sus ojos y los puso sobre la mesa, diciendo:

—Amigo, ¿qué ves?

Y dijo:

—Veo que los ojos perdí; sin embargo, ningún dolor sentí, pero quiero de corazón volver a tener los ojos.

Mientras éste preparaba sus instrumentos para restituirle los ojos, la ventana de la casa estaba abierta. Entró un cuervo y, viendo los ojos sobre la mesa, rápidamente robó uno. Advirtiendo esto el médico se entristeció mucho y dijo para sí: «Si no restituyo los ojos a mi compañero, seré su siervo». Miró a lo lejos y vio una cabra. Le extrajo el ojo y lo colocó en lugar del que había sacado. Hecho esto, le dijo a su compañero:

—Amigo, ¿qué ves?

Dijo:

—Ni al sacármelo ni al ponérmelo sentí dolor alguno, pero uno de mis ojos siempre mira a lo alto de los árboles.

Y respondió:

—Apliqué sobre ti mi medicina con perfección tanto como tú; en consecuencia, ambos somos iguales y entre nosotros no haya más disputa.

Y así ambos luego de esto vivieron sin disputa.

Moralización. Amigos, por estos médicos debemos entender la Ley nueva y la Ley antigua, que ambas se ocupaban de la salud del alma. Se disputó y aún hoy se disputa entre cristianos y judíos qué Ley es mejor y más perfecta para probar la verdad. Uno extrae los ojos del otro. Son muchas cosas las que Dios extrajo de la Ley antigua, como por ejemplo los Diez Mandamientos, de donde dijo el Salvador: No vine a destruir la Ley sino a completarla **[16]**; que si alguno intenta ver a Dios, conviene que vuelva a la nueva Ley y que vista la túnica del bautismo. Viene el cuervo y roba el ojo de los judíos, así como algunas ceremonias que se utilizan por las cuales creen ver a Dios y van a las tinieblas exteriores donde habrá lloro y

gritos confusos.

9

SOBRE LA GRAN SOBERBIA Y DE QUÉ MODO LOS SOBERBIOS FRECUENTEMENTE LLEGAN A GRAN HUMILDAD [17]

Reinaba el muy poderoso emperador Joviniano [18]. Un día, cuando yacía en su lecho, su corazón se sobresaltó más de lo acostumbrado y para sus adentros dijo:

—¿Acaso hay algún otro dios más que yo?

Luego de pensar esto, se durmió. Por la mañana se levantó y llamó a sus soldados, y dijo:

—Amigos, bueno es tomar la comida, que hoy quiero salir a cazar. Fueron preparadas todas las cosas para cumplir su voluntad. Atrapada la comida, volvieron de caza. Cuando el emperador cabalgaba, lo invadió un calor insoportable, tanto que creía que moriría si no se bañaba en agua fría. Miró a lo lejos y vio un lago; dijo a sus soldados:

—Permaneced aquí hasta que me alivie.

Golpeó las espuelas y cabalgó rápidamente hacia el agua. Descendió del caballo, dejó todas sus vestimentas, entró al agua y permaneció allí largo tiempo hasta que se sintió totalmente refrescado. Mientras descansaba allí, vino un hombre muy parecido a él en gesto y rostro y se vistió con sus vestimentas, subió por el lado derecho y cabalgó hacia los soldados y por todos fue recibido como si fuera la propia persona del emperador. Finalizada la caza, regresó al palacio con los soldados.

Poco después Joviniano salió del agua. No encontró ni el caballo ni las vestimentas. Se sorprendió y se entristeció mucho porque estaba desnudo y no vio a nadie. Pensó para sí: «¿Qué haré? ¡Soy servido miserablemente!». En fin, vuelto hacia sí decía: «Aquí cerca está un soldado que promoví a la milicia. Hacia él iré; adquiriré ropas y un caballo y así subiré hasta mi palacio y veré cómo y por quién fui confundido». Joviniano se dirigió totalmente desnudo al castillo del soldado, golpeó la puerta y el portero le preguntó el

motivo de su llegada. Dijo Joviniano:

—¡Abrid portero, y ved quién soy!

El portero abrió y, cuando lo vio, paralizado dijo:

—¿Quién eres tú?

Respondió:

—¡Soy el emperador Joviniano! Anda hasta tu señor y dile que acomode mis ropas, que perdí las ropas y el caballo.

Le dijo:

—¡Mientes, asqueroso ribaldo! Antes de tu llegada el emperador Joviniano entró a su palacio con sus soldados y mi señor se fue con él. Ya volvió y está a la mesa; pero ya que mencionaste al emperador, te anunciaré ante mi señor.

El portero entró y a su señor le transmitió sus palabras. Escuchando esto ordenó que entrara, y así se hizo. En cuanto el soldado lo vio, no lo conoció, pero el emperador lo conocía muy bien. Le dijo el soldado:

—¡Oh malvado ribaldo, que te atreves a llamarte emperador! Mi señor el emperador cabalgó antes que tú hacia el palacio; yo caminé con él y ya he regresado; puesto que tú mismo osaste llamarte emperador, no quedarás impune.

Lo hizo azotar brutalmente y luego lo echó. Éste, azotado y expulsado, lloró amargamente y dijo:

—¡Oh Dios mío!, ¿cómo puede ser que el soldado que promoví a la milicia no me reconozca y además me haya azotado brutalmente?

Pensaba para sí: «Cerca está un duque, consejero mío; iré hasta él y le expondré mi necesidad; gracias a él podré vestirme y volver a mi palacio».

Cuando llegó hasta la puerta del duque, golpeó. El portero, oyendo los golpes, abrió la puerta, y cuando vio a un hombre desnudo se sorprendió y dijo:

—Amigo, ¿quién eres tú? ¿Y por qué viniste totalmente desnudo hasta mí?

Y dijo:

—¡Yo soy el emperador! Por azar perdí el caballo y las vestimentas y por eso vine hasta el duque para que me socorra en esta necesidad. Por eso te ruego que lleves mi demanda hasta tu señor.

El portero cuando oyó estas palabras se admiró, entró al palacio

y contó todo a su señor. Dijo el duque:

—¡Hazlo entrar!

En cuanto entró, no lo reconoció y le dijo el duque:

—¿Quién eres tú?

Él respondió:

—¡Yo soy el emperador y yo te promoví riquezas y honores cuando te hice duque y te instituí como consejero mío!

Dijo el duque:

—¡Loco mísero!, me dirigí poco antes con mi señor emperador al palacio y ya he vuelto; puesto que tales honores te otorgaste, no quedarás impune.

Lo colocó en una cárcel y lo alimentó a pan y agua. Luego lo sacó de la cárcel y lo hizo azotar brutalmente, y finalmente lo echó de toda su tierra. Éste, rechazado más de lo que podía creer, lloraba y lanzaba suspiros y decía para sí: «¡Ay de mí!, ¿qué haré?, que se me hizo todo oprobio y soy echado de la tierra. Mejor será para mí ir a mi palacio, allí me conocerán, al menos mi mujer, por signos inconfundibles».

Fue solo hasta el palacio y golpeó la puerta. Escuchando el llamado, el portero abrió la puerta. Cuando lo vio, dijo:

—Dime, ¿quién eres tú?

Y él respondió:

—¡Me admira que no me reconozcas, tú que durante mucho tiempo estuviste conmigo!

Éste dijo:

—¡Mentís! ¡Con el emperador estuve todo el día!

Y él respondió:

—¡Yo soy aquél, y si dices que no lo crees, te ruego por amor de Dios que vayas hasta la emperatriz y por estas señales que te doy me envíe por ti las ropas imperiales, que por accidente las perdí todas! Estas señales que por ti le envío, nadie bajo el cielo las conoció sino sólo nosotros dos.

Dijo el portero:

—No dudo que estás loco, y ya mi señor el emperador se halla en la mesa y junto a él la emperatriz. Sin embargo, porque dices ser el emperador, se lo diré a la emperatriz, y estoy seguro de que serás gravemente castigado.

El portero se dirigió hasta la emperatriz y le dijo todo lo que

había escuchado. Ella, muy entristecida, se volvió hacia su señor y dijo:

—¡Oh mi señor, escucha estas cosas sorprendentes! ¡Señas secretas sólo entre nosotros conocidas me dice saber un ribaldo por medio del portero, y aun se llama emperador y mi señor!

Ni bien lo oyó, dijo al portero que lo hiciera entrar en presencia de todos. Cuando entró totalmente desnudo, un perro que antiguamente lo quería mucho, saltó en dirección a su garganta para matarlo, pero lo impidieron los esclavos y tanto lo protegieron que no sufrió lesión alguna. Al mismo tiempo, tenía un halcón en la pértiga que cuando lo vio, rompió sus ligaduras y voló fuera del palacio. Dijo el emperador a todos los que estaban sentados en el palacio:

—¡Amigos, escuchad lo que diré a este ribaldo! Dime, ¿quién eres tú y por qué viniste hasta aquí?

Él dijo:

—Oh señor, ésta es una pregunta maravillosa. Soy emperador y señor de este lugar.

Dijo el emperador a todos los que estaban sentados a la mesa y a los que estaban presentes:

—Decidme por el juramento que me hicisteis, ¿quién es vuestro emperador y señor?

Le dijeron:

—Oh señor, fácilmente te respondemos por el juramento que a vos hicimos que nunca vimos a este ribaldo y tú eres nuestro señor y emperador, que conocimos desde la juventud, y por esto rogamos a una voz que sea castigado para que todos tomen ejemplo en él y no se vean tentados por tal presunción.

El emperador se volvió a la emperatriz y dijo:

—Di, señora mía, por la fe que me tenéis, ¿conociste a este hombre que se llama emperador y señor tuyo?

Dijo ella:

—Oh buen señor, ¿por qué me preguntas esto? ¿Acaso no estuve veintiséis años en compañía tuya y engendré hijos de ti? Pero me maravilla cómo este ribaldo llegó a conocer nuestros secretos.

El emperador le dijo que entrara:

—Amigo, ¿por qué osaste llamarte emperador? Damos por juicio que hoy mismo seas arrastrado atado a la cola de un caballo, y si

otra vez osaras decir esto, te condenaré a una muerte horrible.

Llamó a sus guardas y dijo:

—¡Llevaos a este y arrastradlo atado a la cola de un caballo, pero no lo matéis!

Y así se hizo. Luego, más de lo que puedes creer fue golpeado, y casi desesperado decía para sí mismo: «¡Maldito sea el día en que nací! Mis amigos se alejaron de mí, mi esposa y mi hijo no me reconocieron». Mientras esto decía pensaba: «Aquí cerca está mi confesor; iré hacia él: quizá éste me reconozca, ya que con frecuencia escuchaba mi confesión». Fue hasta el ermitaño y golpeó la puerta de su celda. Preguntó:

—¿Quién está allí?

Respondió:

—¡Soy el emperador Joviniano! ¡Abre la puerta para que hable contigo!

En cuanto oyó su voz, abrió la puerta. Ni bien lo vio, la cerró con fuerza y dijo:

—¡Aléjate de mí, maldito! ¡Tú no eres emperador, sino el mismo diablo en forma de hombre!

Escuchando esto, cayó en tierra por tanto dolor. Se arrancaba los cabellos y la barba y se lamentaba:

—¡Ay de mí!, ¿qué haré?

Ni bien había dicho esto, recordó que en su cama su corazón se había sobresaltado diciendo: «¿Acaso hay algún otro dios que yo?». Inmediatamente golpeó la puerta del ermitaño y dijo:

—Por amor de aquel que fue colgado en la cruz, escucha mí confesión con la puerta cerrada.

Respondió:

—Me place.

El desdichado confesó con lágrimas toda su vida, fundamentalmente cómo se levantó contra Dios diciendo que no creía que hubiese más dios que él mismo. Hecha la confesión, el ermitaño abrió la puerta para absolverlo, lo reconoció y dijo:

—¡Bendito sea el Altísimo! ¡Ahora te reconozco! Aquí tengo algunas vestimentas; póntelas y anda a palacio y, como espero, te reconocerán.

El emperador se vistió y fue hasta su palacio; golpeó a la puerta, el portero la abrió y lo recibió con grandes honores. Y dijo:

—¿Es que me reconoces?

Respondió:

—Sí, magnífico señor, pero me sorprende que habiendo permanecido aquí todo el día no te haya visto salir.

Entró al palacio, todos los que lo veían inclinaban la cabeza ante él. El otro emperador estaba con la señora en su cuarto. Un soldado que salía del cuarto lo vio en su intimidad, luego regresó al cuarto y dijo:

—Mi señor, hay alguien en el palacio a quien todos inclinan la cabeza y hacen honores que se parece en todo a vos, tanto que ignoro quién de vosotros sea verdaderamente el emperador.

Aquel emperador, escuchándolo, dijo a la emperatriz:

—¡ Anda y ve si lo reconoces!

Ella salió y, cuando lo vio, se sorprendió. Inmediatamente entró al cuarto y dijo:

—¡Oh señor, os digo que ignoro quién de vosotros verdaderamente sea mi señor!

Y respondió:

—Puesto que es así, iré hasta allí y averiguaré la verdad.

Cuando entró al palacio, lo tomó por la mano y lo hizo colocar junto a él: llamó a todos los nobles que había en el palacio y a la emperatriz y dijo:

—Por el juramento que me hicisteis, decid, ¿quién de nosotros es el emperador?

Primero respondió la emperatriz:

—Señor mío, me incumbe responder primero. Testigo es para mí Dios en el cielo, que verdaderamente ignoro quién de vosotros es mi señor.

Y así todos dijeron. Y éste agregó:

—¡Amigos, escuchadme! Este hombre es vuestro emperador y señor. Hace tiempo se levantó contra Dios, por cuyo pecado Dios lo castigó y por esto su recuerdo se alejó de todos hasta que tomó satisfacción Dios. Yo soy el ángel custodio de su alma que guardaba el imperio mientras que estaba en penitencia. Ya la penitencia es cumplida y satisfecha del pecado. ¡A Dios os encomiendo!

Inmediatamente desapareció ante los ojos de todos. El emperador dio gracias a Dios y durante toda su vida vivió en paz y su espíritu devolvió a Dios.

Amigos, este emperador puedes llamar a cualquier hombre entregado totalmente al mundo y que por riquezas y honores es alzada la soberbia en su corazón, así como Nabucodonosor, que no obedeció los preceptos divinos. Llama a los soldados, esto es, va a cazar las vanidades del mundo. En ese momento un calor insoportable, esto es, la tentación diabólica, lo asalta y no puede reposar hasta que en el agua del mundo se refresca totalmente. Este refrigerio es detrimento del alma, y así el soldado, esto es, el sentido, deja caer al hombre sin custodia todas las veces que intenta bañarse en el agua mundana. Pero primero desciende del caballo, esto es, se aleja de la fe, pese a que en el bautismo prometió firmemente estar junto a Dios y renunciar a las pompas del diablo; pero pronto en el agua mundana se envuelve, quiebra la fe, y esto significa descender del caballo. Luego deja las vestimentas, esto es, las virtudes que recibió en el bautismo, y así el mísero yace desnudo en el mundo por las vanidades. ¿Qué cabe hacer? Ciertamente, que alguien, o sea un prelado, que tiene fe y virtudes para custodiarlo, le haga dejar las vestimentas, pues la potestad es dada al prelado de salvar a los pecadores cada vez que se convierten a Dios de puro corazón. *Poco después Joviniano salió del agua*, etc. Así el hombre mísero, cuando intentó salir del agua mundana por la gracia de Dios, no encontró ninguna virtud, que todas las perdió por el pecado, así tiene motivo de dolor. ¿De qué modo se deben recuperar las virtudes? El soldado este es la razón que existe para flagelarte; que la razón dicta, cuanto cometiste delito contra Dios, que las enmiendes en tu corazón y por esto no te puedes tú mismo llamar emperador, esto es, cristiano, ya que perdiste la obra del cristiano por el pecado. La razón, pues, te aleja de todo vicio. ¿Qué cabe hacer? Anda al castillo del duque, esto es, a tu propia conciencia, que murmura gravemente contra ti hasta que seas reconciliado con Dios; por el contrario, te pone en la cárcel, esto es, en gran perplejidad, cómo y por qué camino puedes placer a Dios y tomar las heridas, esto es, la compunción del corazón por la cual sale la sangre, esto es, el pecado. Luego golpear al palacio, a tu corazón, esto es, pensar íntimamente de qué modo y por qué causa delinquiste contra Dios. El portero, esto es, la voluntad, que está libre, tiene que abrir la puerta de tu corazón y te conduce al primer estado que recibiste en el bautismo. El perro que salta para matarte,

etc., es tu propia carne, por lo que el hombre frecuentemente se mataría si no lo impidiera Dios. Y el halcón en la percha vuela afuera de la ventana, etc., esto es, la potencia divina no permanece contigo mientras que yaces en mala vida, y la esposa, esto es, el alma, no conocerá tu salvación. ¿Qué cabe hacer? Ciertamente, que seas arrastrado por la cola del caballo. Ser arrastrado por la cola del caballo no es otra cosa que desde el principio de la vida hasta el presente, que no sólo hiciste dolor sino también perpetrar la satisfacción. Luego de que hagas estas cosas anda hacia el ermitaño, esto es, el discreto confesor en la puerta de la iglesia, y de todas aquellas cosas que contra Dios delinquiste puramente confesarás ante la puerta cerrada, esto es, individualmente, no para alabanza de todos sino para tu consolación, e inmediatamente Dios y todos los ángeles te reconocerán. Luego de hecha la confesión, con las vestimentas, esto es, con las buenas virtudes, podrás vestirte y acceder secretamente al palacio de tu corazón y todos los sentidos de ti y de tu mujer, esto es, el alma, sabrán que verdadero emperador eres, esto es, te has transformado en buen cristiano y, en consecuencia, obtendrás la vida eterna, a la cual nos conduzca.

10

SOBRE EL RECUERDO DE LOS FAVORES [19]

Hubo un soldado que sobre todas las cosas deseaba cazar. El león fue a su encuentro cojeando y le mostró el pie. El soldado descendió del caballo, extrajo la aguda espina de su pie, le puso un ungüento en la herida y el león fue curado.

Pasado el tiempo, el rey de aquel reino fue a cazar por casualidad a aquel bosque y atrapó a aquel león, y durante muchos años lo alimentó consigo. El soldado actuó contra el rey y se fugó a la misma foresta. A todos los transeúntes robaba y mataba. Pero el rey lo capturó y lo condenó a que fuera echado al león para que lo devorara, y ordenó que nada de comer le fuera dado al león para que devorara al soldado. En efecto, el soldado, una vez arrojado al foso, temía esperando el momento de ser devorado. El león se volvió hacia él cordialmente y, como lo reconoció, lo saludó y

permaneció sin comer durante siete días.

Cuando el rey oyó esto, se maravilló. Hizo sacar al soldado del foso y le dijo:

—Dime, amigo, ¿cómo puede ser que el león no te dañe?

Respondió:

—Señor, yo cabalgaba por casualidad por la foresta. Este león vino a mi encuentro cojeando. Yo le saqué una espina del pie y le curé la herida y, por esto, creo, me respeta.

Dijo el rey:

—Dado que el león no te daña, yo te respetaré para que te preocupes en corregir tu vida.

Le dio las gracias al rey y luego se enmendó en todas las cosas y finalizó su vida en paz.

Moralización. Amigo, este soldado que es cazado es el hombre mundano que se afana diariamente en ver cómo puede adquirir bienes mundanos. El león que cojea es todo el género humano que cojeaba por el pecado del primer padre, para el cual la espina, esto es, el pecado original, fue sacado con el ungüento de las buenas virtudes.

Luego, el soldado que se levantó contra el rey, Dios omnipotente, muchas veces peca mortalmente y es despojado de las virtudes que recibió en el bautismo, pero el león, o sea, el género humano, es tomado y muchas veces sujetado por los preceptos divinos y arrojado en la cueva de la penitencia. Si, en efecto, el soldado, es decir, el pecador, es echado al mismo tiempo en la cueva, todo mal o bien le puede venir, puesto que puede merecer la salud del alma, a la cual nos conduzca, etc.

11

DEL LLAMADO MARAVILLOSO DE LOS ERRANTES Y DE LA PÍA CONSOLACIÓN DE LOS AFLIGIDOS

[HISTORIA DEL CABALLERO PLÁCIDO] [20]

Reinaba el emperador Trajano [21], en cuyo imperio había un

soldado llamado Plácido, que era jefe de la milicia del emperador[22]. Se aplicaba a las obras de misericordia, pero también se dedicaba al culto de los ídolos. Tenía también una mujer tomada en este rito y engendró dos hijos de ella, a los cuales hizo educar magníficamente entre la aristocracia. Y puesto que insistía celosamente en las obras, mereció ser iluminado en el camino de la verdad.

Un día, cuando andaba de caza, halló un rebaño de ciervos, entre los cuales observó uno de ellos más bello y grande, que, separándose del resto, se internó en el inmenso bosque y, como los otros soldados estuviesen ocupados en los restantes ciervos, Plácido lo siguió y se esforzó en atraparlo[23]. Como lo siguió con todos los hombres, el ciervo, finalmente, subió a lo alto de un peñasco y Plácido, acercándose, pensaba atentamente de qué modo lo podría atrapar. Como observaba con atención al ciervo, vio entre sus cuernos la forma de la santa cruz, encima la claridad fulgente del sol y la imagen de Jesucristo, quien por la boca del ciervo, así como antiguamente por el asno Balaam[24], le habló:

—Oh Plácido, ¿por qué me sigues? Yo te muestro la gracia en este animal. Yo soy Cristo, a quien tú frecuentemente veneras. Tus limosnas ascendieron hasta mí y por esto vine para cazarte por este ciervo a quien cazas.

Otros dijeron que esta imagen que había aparecido entre los cuernos del ciervo había dicho estas palabras.

Escuchando esto, Plácido fue arrebatado por gran temor por el cual cayó en tierra y luego de una hora, volviendo en sí, se levantó y dijo:

—Revélame para que crea en ti por qué hablas.

Y Cristo dijo:

—Yo soy Cristo, Plácido, el que creó cielo y tierra, quien originó la luz y separó las tinieblas, quien hizo el tiempo de días y años, quien formó al hombre del limo de la tierra para salvación del género humano, quien resucitó habiendo sido crucificado y sepultado al tercer día.

Escuchándolo, Plácido una vez más cayó en tierra y dijo:

—Creo, Señor, que tú eres quien todo lo hiciste y quien convertiste a los errados.

Le dijo el Señor:

—Si crees, anda hasta el sacerdote de la ciudad y hazte bautizar.

Respondió Plácido:

—¿Quieres, Señor, que lo mismo comunique a mi esposa y a mis hijos para que ellos crean también en ti?

Le dijo el Señor:

—Díselo a ellos para que se purifiquen contigo. Tú también ven mañana aquí para que yo vuelva a aparecer y te revele plenamente las cosas que te sucederán en el futuro.

Cuando Plácido llegó a la casa e informó a su mujer en el lecho, ella exclamó:

—Señor mío, la noche pasada vi a alguien que me hablaba, diciendo: Mañana tú, tu esposo y tus hijos venid a mí. Entonces advertí que éste era Cristo.

Fueron a media noche hasta el obispo de la ciudad de Roma y Plácido fue llamado Eustacio, su mujer Teodosia y sus hijos Teóspito y Agapito.

Convertido en Eustacio, así como acostumbraba se adelantó en la caza y yendo sus soldados cerca de aquel lugar bajo pretexto de rastrear, se separó de los cazadores e inmediatamente vio en ese lugar la forma de la primera visión y, arrojándose de bruces a la tierra, dijo:

—Te suplico, Señor, que te manifiestes como prometiste a tu siervo.

Dijo el Señor:

—Eres dichoso, Eustacio, que recibiste el bautismo de mi gracia, que superaste el meridiano y, de este modo, pisoteaste al que te engañaba. Así aparecerá tu fe. En efecto, el diablo, que allí dejaste, se puso contra ti y se armó de diversos modos. Es necesario que sufras muchas cosas para que recibas la corona de la victoria. Es necesario que sufras muchas cosas para que desde las altas vanidades del mundo te humilles y seas elevado a las riquezas espirituales. Tú no te apartes ni vuelvas a la primitiva gloria, que te conviene mostrarte como otro Job por las tentaciones. Pero cuando seas humillado, vendré a ti y te restituiré la antigua gloria. ¿Dime si quieres soportar las tentaciones, incluso en el fin de tu vida?

Le dijo Eustacio:

—Señor, si es conveniente hacer esto de este modo, ordena que la tentación se acerque, pero concédeme la virtud de la paciencia.

Dijo el Señor:

—Sea, que mi gracia custodie vuestras almas.

Y así el Señor subió al cielo y Eustacio, regresando a la casa, le contó lo sucedido a su esposa. Luego de unos pocos días, la muerte pestífera se lanzó contra todos sus siervos y siervas y los mató a todos. Luego de otros pocos días, todos los caballos y todo su ganado súbitamente murió. Viendo esta depredación y marchándose juntos de la casa, por la noche, unos ladrones que encontraron despojaron toda la casa de oro, plata y otras cosas y éste, dando gracias a Dios, con su esposa y sus hijos huyó en la noche privado de todo.

Llegaron temerosos al rojo Egipto y todas sus cosas fueron vueltas en nada por la rapiña de los malos. El rey y todo el senado se dolían vivamente por el jefe de la milicia, dado que no podían hallar ninguna explicación de esto. Pero como siguieron el camino, llegaron al mar, y hallando una nave comenzaron a navegar en ella. Viendo el capitán de la nave que la esposa de Eustacio era hermosa, deseó fervientemente poseerla [25]. Cuando cruzaban, le exigió una paga. No teniendo ellos de dónde sacarla, mandó retener como paga a la esposa, queriendo poseerla. Cuando Eustacio oyó esto, no lo aceptó de ninguna manera. El capitán de la nave hizo una señal con la cabeza a los suyos para que lo arrojaran al mar y poder de este modo tener a su esposa. Cuando a Eustacio le sucedió esto, perdiendo a su mujer, se afligió, y tomando a sus dos hijos comenzó a llorar:

—¡Ay de mí y de vosotros, que vuestra madre es entregada a marido ajeno!

Llegó a un río, y por la gran abundancia de agua no osó cruzarlo con los dos hijos [26]. Dejando a uno cerca de la ribera del río, transportaba al otro. Cuando cruzó el río, al niño que llevaba encima lo depositó en tierra y se apresuró a tomar el otro. Pero ni bien llegó a la mitad del río, he aquí que un lobo furioso vino, y arrebatando al niño que había depositado se fugó al bosque. Desesperado se dirigió rápidamente hacia él; pero en cuanto se alejó, llegó un león, y tomando al otro niño desapareció. No teniendo fuerzas para seguirlo, como estaba en medio del río, comenzó a llorar y a arrancar sus cabellos queriendo arrojarse al agua, y lo hubiera hecho si no lo hubiera salvado la divina

providencia. Los pastores, viendo al león que se llevaba a un hijo, lo siguieron con perros. El león, por divina intercesión, retrocedió dejando ileso al niño. También unos labradores, gritando detrás del lobo, liberaron incólume de sus fauces al otro niño. Los pastores y los labradores eran de una aldea y en su poder los niños se criaron. Eustacio, que ignoraba esto, iba llorando y decía:

—¡Ay de mí, antes era tan fuerte como un árbol y ahora estoy completamente despojado! ¡Ay de mí, que yo estaba rodeado de multitud de soldados, y ahora estoy solo y ni siquiera se me concede tener a mis hijos! Recuerdo, Señor, cuando tú me dijiste que era conveniente tentarme como a Job; aquí me ves convertido en más que un Job. Él, aunque fue despojado de todas las cosas, sin embargo, tenía estiércol sobre el cual podía estar. Por el contrario, a mí ninguna de estas cosas me queda. Él tenía amigos compasivos; yo tuve fieras por amigos que me robaron mis hijos. La esposa de aquél fue abandonada; la mía, Señor, dejada a mis tribulaciones; y pon freno a mi boca, que no se desvíe mi corazón a decir palabras injustas [27].

Diciendo esto lleno de lágrimas, llegó a una aldea y, recibiendo un salario, cuidó los corderos de los aldeanos durante quince años. Sus hijos fueron educados en otra aldea y no sabían que eran hermanos. El Señor, por su parte, protegió a la mujer de Eustacio.

El emperador y el pueblo romano fueron hostigados por los enemigos y recordaban a Plácido, que fuertemente contra ellos luchaba. De este súbito cambio todos se acongojaban y envió a buscarlo por diversas partes del mundo prometiendo a todos los que lo encontrasen muchas riquezas y honores. Algunos de estos soldados, que alguna vez sirvieron a Plácido, llegaron a esta aldea en la que vivía. Regresando Eustacio del campo los vio y los reconoció inmediatamente por los pasos. Lamentándose comenzó a inquietarse pensando en la dignidad que antes tenía, y dijo para sí:

—Señor, así como a éstos, que alguna vez fueron míos, vi ahora sin esperanza, permíteme que pueda ver a mi esposa, pues sé de mis hijos que fueron devorados por las fieras.

Llegó una voz hasta él, diciendo:

—Confía, Eustacio, que pronto recuperarás tu honor y recobrarás a tus hijos y a tu mujer.

Fue al encuentro de los soldados, pero ellos no lo conocieron. Y

cuando lo saludaron, preguntaron si conocía algún peregrino, de nombre Plácido, con mujer y dos hijos. Declaró no conocerlo; por sus súplicas se albergaron en su casa como huéspedes y Eustacio los servía. Y recordando su antiguo estado, no podía contener las lágrimas. Saliendo afuera lavaba su cara, y regresando nuevamente los servía. Ellos, observándolo, dijeron a su vez:

—¡Qué parecido es este hombre a aquel que buscamos!

Y otro respondió:

—Muy parecido es; veamos si tiene la señal de la cicatriz que se hizo en la cabeza en la guerra.

Y observando la cicatriz vieron que era aquel que buscaban e inmediatamente lo reconocieron, y levantándose y abrazándolo le preguntaron por su esposa y sus hijos [28]. Eustacio les dijo que sus hijos estaban muertos y la esposa secuestrada. Todos los vecinos acudían a la escena mientras los soldados narraban sus hazañas y su antigua gloria. Entonces los soldados le mostraron la orden del emperador y lo vistieron con las mejores vestimentas. Luego de quince días llegaron hasta el emperador. Éste, enterado de su llegada, inmediatamente fue a su encuentro y se lanzó a besarlo. Narró a todos las cosas que le sucedieron e inmediatamente fue confiado al mando de las milicias y fue puesto a ejercer el mismo oficio que antes. Éste, ante las numerosas milicias y advirtiendo que eran pocos contra los enemigos, mandó juntar soldados por todas las ciudades y villas. Así lo hizo, y envió una carta a aquella villa en la que habían sido sus dos hijos educados para que dieran dos soldados. Todos los vecinos de este lugar consignaron a estos dos jóvenes como los otros allegados al jefe de la milicia. Viendo a estos dos jóvenes distinguidos e instruidos en las buenas costumbres, como le agradaban mucho, los encuadró en la primera línea. Y así avanzó a la guerra, aproximándose su ejército a los enemigos. Tres días permaneció en aquel lugar donde su pobre esposa vivía, y los dos jóvenes se hospedaron en su casa ignorando que fuese su madre. Cerca del mediodía, conversaban y se contaban mutuamente sus infancias. La madre, que estaba enfrente de los muchachos, escuchaba atentamente lo que se contaban. Dijo el mayor al menor:

—Yo nada recuerdo de cuando fui niño, salvo que mi padre era jefe de las milicias y mi madre muy hermosa y tenía dos hijos, o sea, yo y otro menor que yo que también era muy hermoso.

Nuestros padres nos llevaron, salieron de casa en la noche y subieron a una nave, ignoro con qué destino. Y cuando salimos con la nave, nuestra madre, no sé cómo, fue abandonada en la mar. Nuestro padre, llevándonos a nosotros dos, prosiguió su camino llorando, y llegando a un río lo cruzó con mi hermano menor mientras a mí me dejaba sobre la ribera del río. Pero cuando regresó para tomarme, vino un lobo y raptó a este niño. Y antes de que se acercara a mí, saliendo un león del bosque, me raptó y me llevó al bosque. Los pastores me sacaron de la boca del león y fui criado en aquellas tierras, donde me conociste, y nunca supe qué fue de mi padre ni de mi hermano.

Al escucharlo, el hermano menor comenzó a llorar y a decir:

—¡Por Dios, qué escucho! ¡Yo soy tu hermano! Quienes me educaron me dijeron que me habían sacado de las fauces del lobo.

Y, lanzándose a abrazarse, se besaron y lloraron. Escuchándolos su madre y meditando lo que habían dicho sobre sus vidas, todo el día pensó ensimismada si no serían sus hijos.

Otro día se llegó al jefe de las milicias y le dijo:

—Te suplico, señor, que me mandes ir a tu patria; yo soy de la tierra de los romanos y aquí soy extranjera.

Al hablarle vio en él las señas de su marido, lo reconoció y, sin poder contenerse, se arrojó a sus pies suplicándole:

—¡Te ruego, señor, que me cuentes tu vida! Creo que tú eres Plácido, jefe de las milicias, llamado por otro nombre Eustacio, a quien el Salvador convirtió a su fe, quien soportó la tentación y cuya esposa, que soy yo, fue raptada en el mar, soy salvada de todo pecado, y tuve dos hijos, Agapito y Teóspito.

Al escucharla y mirarla atentamente, Eustacio reconoció a su mujer y, derramando lágrimas de alegría, la besó glorificando a Dios que consuela a los desesperados. Entonces dijo su mujer:

—Señor, ¿dónde están nuestros hijos?

Respondió:

—¡Fueron capturados por las fieras!

Y le contó cómo los había perdido. Ella dijo:

—¡Demos gracias a Dios!, pues creo que de la misma manera que Dios nos concedió que nos encontráramos, aún nos otorgará el don de encontrar a nuestros hijos.

Y él dijo:

—¡Te dije que fueron devorados por las fieras!

Ella respondió:

—El día de ayer, estando en el jardín, escuché a dos jóvenes que se narraban su infancia. Creo que son nuestros hijos. Interrógalos y que te lo cuenten.

Llamándolos Eustacio y escuchando el relato de su infancia por boca de ellos, reconoció que eran sus hijos y, abrazándolos por el cuello, él y la madre lloraban y los besaban. Todo el ejército se alegraba mucho del encuentro y de la victoria sobre los bárbaros. Cuando volvieron, Trajano había muerto y le había sucedido otro emperador con intenciones criminales, llamado Adriano, que por la victoria obtenida y el encuentro de la esposa e hijos los recibió con nobleza y les preparó un gran convite. Otro día se dirigió al templo de los ídolos para que allí hicieran sacrificios por la victoria contra los bárbaros. Viendo el emperador que Eustacio no quería hacer sacrificios ni por la victoria ni por el encuentro de los suyos, lo exhortaba a que ofreciera un sacrificio. Eustacio dijo:

—Yo honro a Cristo Dios y a él sólo sirvo y sacrifico.

Entonces el emperador, lleno de ira, lo colocó a él, a su esposa y a sus hijos en un anfiteatro e hizo lanzar un feroz león hacia ellos. Saliendo el león, retrocedió humildemente ante ellos como si los adorara con la cabeza. Entonces el emperador, llevándolos a un horno y haciéndolo encender, mandó colocarlos ahí vivos. Orando al santo y encomendándose al Señor, entraron en el horno y juntos entregaron el espíritu al Señor. Al tercer día fueron sacados del horno en presencia del emperador. Fueron encontrados intactos, puesto que las llamas no habían alcanzado ni siquiera los cabellos de ninguno de ellos. Los cristianos recogieron sus cuerpos y en un lugar sagrado construyeron un oratorio.

Sucedió bajo Adriano, que comenzó a reinar hacia los veinte años del Señor en las calendas de noviembre o, según algunos, doce días antes de las calendas de octubre **[29]**.

Moralización. Amigo, este emperador es Nuestro Señor Jesucristo. Plácido puedes llamar a cualquier hombre mundano, ocupado en las vanidades del mundo, que persigue la caza, que son las cosas mundanas, con sus soldados, esto es, los quince sentidos. Finalmente, viene al rebaño de ciervos en el cual mucho se deleita. Estos ciervos son la vista, el oído, etc., las palabras bajas y vanas, y

así de los otros sentidos exteriores. Pero observando que el ciervo más hermoso corría y se retiraba de la compañía de los otros, Plácido lo siguió con todas sus fuerzas. Aquel ciervo es la razón, que es la más perfecta potencia del alma, a la cual el hombre llega con gran esfuerzo para seguir todas sus obras si desea tener vida bienaventurada. Este ciervo sube a la roca. La roca es la justicia o la rectitud, que la razón siempre ama, y ve la imagen del crucifijo entre los cuernos de la razón. Los cuernos son la Ley antigua y nueva. En la Ley antigua muchos habían profetizado el advenimiento de Cristo y su muerte. En la Ley nueva podemos ver claramente de qué modo y qué tipo de muerte sufrió por nuestra salvación. Por eso, este ciervo dice bien que despreciemos el mundo y sigamos los pasos de Cristo como hizo Plácido. Pero puedes decir: Deseo que se me instruya cómo debo seguir los pasos de Cristo. ¡He aquí el ejemplo en este bienaventurado Eustacio! Primero renuncia a la mujer y sus hijos. Esta mujer, que es muy hermosa, es tu alma creada a imagen de Dios que siempre está preparada a obedecer a Dios, si la carne le consiente. Los dos hijos pequeños son la voluntad y la obra, que son pequeños mientras el hombre permanece contrario a Dios. De donde, primero te conviene alejar de ti a todas las cosas temporales, si no con obra, por lo menos con la voluntad. Esto significa que siempre pongas delante de todas tus cosas a Dios. Luego de esto Plácido se levantó y con la mujer y los hijos una noche entró en la nave. Así tú, amigo, elévate por la contrición con buena voluntad y buenas obras y entra a la nave de la Santa Iglesia y Dios te será propicio en todas tus cosas. El jefe de la nave es el sacerdote que con gusto nos salva y a nuestra esposa, esto es, al alma, tiene sujeta en los preceptos divinos. Y si le tocara vagar al hombre fuera de la nave de la iglesia, puedes soltar a los dos hijos, o sea, la buena voluntad y la buena obra que antes tenía para con Dios, así como hizo Plácido. Plácido entró al río llevando a los infantes y un lobo atrapó a uno y un león al otro. Por el río debemos entender este mundo, por el león el diablo, por el lobo la propia carne. El diablo roba del corazón del hombre la buena voluntad; la carne, la buena obra. La carne roba la buena obra. Dice la razón: bueno es ayunar y en buenas obras vigilar. La carne dice: Mejor es comer bien y suavemente dormir. ¿Qué se debe hacer? Si estos dos fueron llevados por el hombre, es decir, la buena voluntad

y la obra meritoria, sin duda pastores y labradores han de seguir firmemente. Estos pastores son diestros confesores que tienen que dirigirnos y conducirnos por la vía de la perdición. Los labradores son los predicadores que tienen por labor arar la tierra de nuestro corazón con las Sagradas Escrituras, sacar las espinas de los pecados y poner las virtudes, extirpar los vicios y, por consiguiente, nutrir al hombre en el servicio de Dios. De este modo, los coloca en una ciudad, o sea, en amor y concordia para que la carne no contradiga al espíritu. Entonces el rey envió a buscar a Plácido; así Dios envió al hombre primero patriarcas, luego profetas. El hombre confesó que los conocía, en tanto vino el hijo de Dios y a nosotros nos redimió con su preciosa sangre. Por eso es justo que el albergue de nuestra casa sea el mundo por obra meritoria, en el cual no hay pecado. Y así apareció la mujer desnuda y hermosa, o sea, el alma con los dos hijos, esto es, con la voluntad propia sirviendo siempre a Dios con obras de misericordia. Y presta atención a qué señal tengas, por la cual podrás conocerlo, así como Plácido lo hizo. Esta señal debe ser amor a Dios y al prójimo para que siempre ames a Dios sobre todas las cosas y, al prójimo, así como a ti mismo. Y así podrás llevar al jefe de las milicias, o sea, a todo el sentido, subordinando a estos las virtudes y sobre el martirio de la maceración llegar a la vida eterna, la cual a nosotros se nos conceda, etc.

12

DE LA PRUEBA DE LA VERDADERA AMISTAD [30]

Un rey tenía un único hijo al cual mucho quería. Este hijo recibió permiso de su padre para visitar el mundo y para que adquiriera amigos. Durante siete años vagó por el mundo y luego regresó hasta su padre. El padre lo recibió con alegría y le preguntó cuántos amigos había adquirido. El hijo respondió:

—Tres. Al primer amigo lo amo más que a mí mismo; al segundo tanto como a mí mismo; al tercero poco o nada.

Le dijo el padre:

—Es bueno probarlos y tentarlos antes de que tengas necesidad

de ellos. Mata un puerco y ponlo en un saco, y anda de noche a la casa de tu amigo, al que quieres más que a ti mismo, y dile que por accidente mataste a un hombre. «Y si se hallara el cuerpo conmigo, seré condenado a muerte vergonzosa; de modo que te ruego, puesto que a ti te amo más que a mí mismo, ayúdame en esta necesidad extrema».

Hecho esto, el amigo le respondió:

—Porque lo mataste, es justo que sufras la pena. Pero si el cuerpo fuere hallado en mi casa, seré colgado en el patíbulo. Sin embargo, porque fuiste amigo mío, te voy a acompañar hasta el patíbulo y, luego de que fueres muerto, daré tres o cuatro palmos de paño con el cual envolver tu cuerpo.

Al escuchar esta respuesta, fue hasta el segundo amigo y lo probó como al primero. Éste, como el primero, lo rechazó:

—¿Me crees tan insensato como para que me ponga en semejante peligro? Sin embargo, porque amigo mío fuiste, iré contigo hasta el patíbulo y en el camino te consolaré cuanto pueda.

Se dirigió al tercer amigo y lo probó:

—Tengo vergüenza de hablarte, porque nunca te hice ningún bien, y he aquí que ahora asesiné a un hombre por accidente, etc.

Y dijo:

—Lo haré con gusto y me echaré la culpa y al patíbulo, si fuere necesario, subiré por ti.

Su mejor amigo fue este que probó.

Moralización. Amigo, este rey es Dios omnipotente; su único hijo es cualquier buen cristiano que durante siete años, esto es, a todo lo largo de su vida, por el mundo vaga y tres amigos encuentra. El primero es el mundo, que ama más que a sí mismo. Esto se puede probar: por el mundo el hombre se pone en peligro de muerte, ya sea por mar, ya por tierra, alejándose con frecuencia para poder tener los bienes temporales. Así más ama al mundo que a sí mismo. Y si en tiempo de necesidad lo hubieras probado, sin duda te hubiera fallado; si de todos sus bienes a ti te diera dos o tres palmos de paño para envolver tu cuerpo, es mucho. El segundo amigo, que amaste tanto como a ti mismo, es tu mujer y tu hijo e hija, que van llorando al sepulcro el día de tu muerte y vuelven con tu mujer a tu casa; a los pocos días el dolor disminuye y a otro hombre empieza a amar. El tercer amigo, aquel por el cual poco

hiciste, es Cristo, por cuyo amor hicimos pocas buenas obras y muchas malas. Él en el momento de la muerte es amigo si fuésemos contritos y confesados, pues soportó por nosotros la muerte en la cruz.

13

DE ANTÍOCO QUE CONOCIÓ A SU HIJA CARNALMENTE Y TANTO LA AMÓ QUE NADIE LA PODÍA TENER POR ESPOSA SI NO RESOLVÍA UN ENIGMA PROPUESTO PARA ELLO

[HISTORIA DE APOLONIO, REY DE TIRO] [31]

Antíoco reinaba en la ciudad de Antioquía, por quien esta ciudad tomó el nombre de Antioquía. De su cónyuge tuvo una hija hermosísima, la cual, cuando llegó a una edad adecuada y su hermosísimo aspecto acrecentó, muchos la pedían en matrimonio con grande e incalculable cantidad de dotes. Pero como el padre reflexionó a quién preferentemente daría su hija en matrimonio, no sé por qué inicua concupiscencia y pasión de crueldad se encendió en amor por su hija y la comenzó a amar más de lo que convenía a un padre. Éste lucha con el furor, pugna con el pudor, pero es vencido por el amor. Un día entró en la cámara de su hija y ordenó que se alejaran todos, como si estuviera habituado a tener secreta conversación con su hija. Con el estímulo de la libido, un día rompió contra los deseos de la joven el nudo de su virginidad [32]. La niña pensaba qué haría, cuando la nodriza llegó súbitamente hasta ella. Ésta, como la vio con el rostro lloroso, le dijo:

—¿Qué cosa aflige tu alma?

Dijo la niña:

—Oh amada nodriza, hace un instante aquí mismo, en la cámara, murieron dos nombres nobles.

Dijo la nodriza:

—Señora, ¿por qué dices esto?

Y ella respondió:

—Porque antes de mi matrimonio soy ultrajada con horrible mancha.

La nodriza, cuando esto oyó y vio, casi enloqueció y dijo:

—¿Y por qué el diablo con tanta audacia se atrevió a mancillar tu virginidad?

Dijo la joven:

—La impiedad cometió este pecado.

La nodriza dijo:

—¿Por qué no se lo dices a tu padre?

La joven respondió:

—¿Y dónde está el padre? Si te das cuenta, perdió el nombre de padre en mí. ¡Quiero el remedio de la muerte!

La nodriza, cuando la escuchó querer el remedio de la muerte, quiso hacer que se arrepintiera con palabras dulces para que abandonara su propósito. Entre tanto, el impío padre, mientras ocultando sus intenciones se presentaba ante sus súbditos como un padre pío, entre las paredes domésticas se alegraba de ser el marido de su hija. Y para gozar siempre impíamente de su hija y liberarse de los pretendientes que la pedían en matrimonio, pensó un nuevo tipo de maldad. Proponía una pregunta, diciendo:

—Si alguien halla la solución a la pregunta, tendrá a mi hija por esposa y, si falla, será degollado.

Muchos reyes de todas partes y príncipes, por la increíble e inaudita belleza de la joven, vinieron a su patria. Y si alguien por casualidad hallaba la solución del enigma con el conocimiento de las letras, como si no dijese nada, era degollado y su cabeza era suspendida sobre la puerta de la ciudad para que los que llegaran vieran y se espantaran con la imagen de la muerte y no se pusieran en tal encrucijada. Todo esto hacía para permanecer él mismo con su hija en adulterio.

Mientras tales crueldades usaba Antíoco, pasado breve tiempo un joven de Tiro, rico príncipe de su patria, llamado Apolonio, bien instruido, llegó navegando a Antioquía y acercándose al rey dijo:

—¡Salud, rey!

Y éste respondió:

—¡Salvos son tus padres que vienes a casar!

Dijo el joven:

—¡Pido a tu hija en matrimonio!

El rey, cuando oyó lo que no quería oír, mirando al joven

—¿Conoces la condición para las bodas?

Dijo el joven:

—¡Lo sé y en la puerta lo vi!

Indignado el rey dijo:

—Escucha, pues, la adivinanza:

Soy arrastrado por la mancilla, busco a mi hermano, marido de mi madre, y no lo hallo.

El joven, habiendo escuchado la demanda, se alejó un poco del rey y, como había estudiado ciencias, favorecido por Dios halló la solución al enigma y, regresando hasta el rey, dijo:

—Buen rey, me propusiste una demanda; escucha ahora la solución. Por lo que dijiste «*soy arrastrado por la mancilla*» no has mentido, pues mírate a ti mismo. «*Me alimento de carne materna*» mira a tu hija.

El rey cuando oyó la solución a la demanda resuelta por el joven, temió que descubriera su pecado y, mirándolo con el rostro airado, le dijo:

—¡Estás lejos, joven, de la solución! ¡No dijiste nada cierto! ¡Mereces ser degollado, pero tendrás treinta días de plazo! ¡Piensa, vuelve a tu tierra! Y si hallas la solución a la cuestión, recibirás a mi hija en matrimonio; en caso contrario, serás degollado.

El joven, confundido, tomando sus huestes subió a la nave y la dirigió en dirección a su patria, Tiro. Pero luego que el joven se había marchado, el rey llamó a un ministro suyo, llamado Taliarco, y le dijo:

—Taliarco, ministro fidelísimo de mis secretos, sabe que Apolonio de Tiro halló la solución a mi demanda. Sube rápidamente a una nave para perseguirlo. Y cuando llegues a Tiro, búscalo y con acero o con veneno mátalo. Cuando regreses, recibirás gran premio.

Inmediatamente Taliarco, tomando dinero y una nave, se dirigió hasta la patria del joven. Apolonio llegó primero y entró a su casa y en el arcón abierto miró todos sus libros[33]. Y no halló otra solución, sino lo que respondiera al rey, y dijo para sí:

—Si no me engaño, el rey Antíoco con amor impío ama a su hija.

Y reflexionó:

—¿Qué haces Apolonio? Resolviste la demanda del rey, su hija

no recibiste; por ello Dios te alejó, para que no murieras.

A continuación ordenó preparar las naves y cargar mil modios de trigo y pesar mucho oro y plata y muchos vestidos. Y con pocos fieles a la hora tercia subió a la nave y se internó en alta mar. Al día siguiente lo buscaron sus súbditos y no lo hallaron. Una gran tristeza nació porque el amadísimo príncipe no aparecía por la patria; gran llanto había en la ciudad. Tanto era el amor de los súbditos por él que por mucho tiempo los barberos dejaron de afeitar, se quitaron los espectáculos públicos, los baños fueron cerrados; nadie entraba ni a los templos ni a las tabernas. Y cuando tales cosas pasaban, llegó Taliarco, que había sido enviado por el rey Antíoco para que lo matara. Y viendo todo cerrado, preguntó a un niño:

—Dime, si quieres vivir, por qué motivo está la ciudad de luto.

Dijo el niño:

—Oh buen hombre, ¿no sabes tú nada? Esta ciudad está de luto porque Apolonio, príncipe de la patria, regresando de Antioquía nunca apareció.

Taliarco, cuando esto oyó, lleno de gozo volvió a la nave y regresó a Antioquía. Dirigiéndose hacia el rey, dijo:

—Rey mi señor, alégrate, que Apolonio, temiéndote, nunca apareció.

Dijo el rey:

—Sin duda puede huir, pero no puede escapar.

Inmediatamente puso un edicto de esta manera:

> *Cualquiera que a Apolonio de Tiro, despreciador de mi reino, me trajere, recibirá cincuenta talentos de oro; el que su cabeza, recibirá cien.*

Hecho esto, no sólo enemigos sino amigos seducidos por la codicia se abocaron a la persecución de Apolonio. Se buscaba a Apolonio por mar, por tierras, por montes, con todo tipo de recursos, y no se lo encontraba. Entonces el rey ordenó preparar todo tipo de naves para perseguir al joven; pero mientras se retrasaban los que preparaban toda clase de navíos llegó Apolonio a Tarso. Y deambulando por la playa fue visto por un habitante llamado Elámico que venía allí a esa hora. Y llegándose a él, dijo:

—¡Salud, rey Apolonio!

Éste lo saludó como los poderosos acostumbraban hacer: despreció al hombre plebeyo. Entonces el anciano se indignó mucho y volvió a saludarlo y dijo:

—¡Salud, Apolonio! ¡Vuelve a saludarme y no quieras despreciar la pobreza adornada con honestas costumbres! Si supieras lo que sé, te cuidarías.

Y él dijo:

—Si te place, ¡dímelo!

Respondió:

—¡Estás proscrito!

Éste dijo:

—¿Y por qué se proscribe al príncipe de su tierra?

Elámico dijo:

—Porque lo que el padre es, tú lo quisiste ser.

Dijo Apolonio:

—¿Y por cuánto me proscribió?

Respondió:

—Para aquel que te traiga vivo, cincuenta; quien tu cabeza entregue, cien recibirá. Por esto te aconsejo: ¡Huye en tu defensa!

Y en cuanto dijo esto, Elámico desapareció. Entonces Apolonio le rogó que se llegase hasta él y le dio cien talentos de oro. Y dijo:

—Toma esto de mi pobreza, porque lo mereciste; y sácame la cabeza y preséntala al rey y entonces gran gozo tendrá. Aquí tienes cien talentos de oro. Eres inocente. Sirva yo para que presentes gozo al rey.

Y dijo el anciano:

—Señor, está lejos de mí recibir premio por esta causa. Ante los buenos hombres no es comparable a un premio.

Y diciendo adiós, se retiró. Luego de esto Apolonio paseó por la playa y vio a un hombre doliente y con rostro afligido acercarse, llamado Estrángilo. Se acercó directamente a él y le dijo Apolonio:

—¡Salud Estrángilo!

Y éste respondió:

—¿Por qué andas por este lugar con el espíritu turbado?

Dijo Apolonio:

—Porque como dije la verdad, pedí a su hija en matrimonio. Así, pues, si es posible, en vuestra patria quiero ocultarme.

Dijo Estrángilo:

—Señor Apolonio, nuestra ciudad es paupérrima y no puede sostener tu nobleza; además tenemos cruel escasez y esterilidad de la cosecha, y no hay ya en las ciudades ninguna esperanza, sino que crudelísima muerte está ante nuestros ojos.

Y dijo Apolonio:

—Dad gracias a Dios, que me dirigió a mí, fugitivo, a vuestras tierras. Daré a vuestras ciudades cien mil modios de trigo, si mi fuga calláis.

Estrángilo, cuando esto oyó, se postró a sus pies y dijo:

—Señor Apolonio, si socorres a las ciudades hambrientas, no sólo tu fuga callaremos, sino, si fuere necesidad, lucharemos para tu salvación.

Y subiendo Apolonio a la tribuna en el foro, a todos los habitantes presentes de esa ciudad habló:

—¡Ciudadanos de Tarso, a los que turba la escasez de la cosecha! Yo, Apolonio de Tiro, os alivio. Creo que, recordando este bien, ocultaréis mi fuga. Sabed que no he escapado de la malicia de Antíoco, pero moriré con vuestra felicidad. Por eso, os daré cien mil modios de trigo a este precio, el cual he comprado en la patria a ocho sueldos cada modio **[34]**.

Escuchando esto los presentes, que comerciarían los ocho sueldos cada modio, se fueron muy alegres y, dando gracias constantemente, portaban trigo. Entonces Apolonio, no quitándose la dignidad de rey por la de mercader, el nombre de dispensador asumía. Precio que tomaba, devolvía con provecho de esta ciudad. Los ciudadanos, cuando vieron tantos beneficios venir de su parte, pusieron una estatua en el foro que con la mano derecha levantada daba mieses y con el pie izquierdo las pisoteaba. En la base se había escrito la siguiente inscripción:

La ciudad de Tarso dio en obsequio a Apolonio de Tiro, que a la ciudad liberó de cruel hambre.

Luego de pasados unos días, por exhortación de Estrángilo y de Dionisiade, su mujer, se propuso navegar hacia Pentápolin de los Tírenos para ocultarse allí, donde se llevaron los bienes con opulencia y tranquilidad. Así, sería conducido con gran honor por

mar y, siendo saludado por todos, subió a la nave. Tres días y otras tantas noches navegó con vientos prósperos. Súbitamente cambió el mar y dejó la costa de Tarso.

A las pocas horas cesaron los vientos y con el Aquilón y el Euro en el cielo cerrado se desató una tormenta. El pueblo de Tiro fue arrasado por una tormenta; la nave, por su parte, fue destruida. Los Céfiros agitan el mar, el granizo y las nubes tenebrosas se precipitan, soplan vientos fuertes y la muerte a todos alcanza. Entonces cada uno toma una tabla. Sin embargo, en aquella oscuridad de la tempestad todos murieron. Apolonio, valiéndose de una tabla fue arrastrado hasta la costa de Pentápolin. Entonces, en la costa, desnudo, mirando el mar ya calmo, dijo:

—¡Oh fidelidad del mar! ¡Caeré en manos del crudelísimo rey! ¿Adonde iré? ¿Qué tierra pediré? ¿Quién auxiliará a este desconocido?

Mientras esto decía Apolonio, vio a un joven venir hasta él, un robusto pescador cubierto con un saco sucio.

Teniendo necesidad de él, se postró a sus pies y con lágrimas le habló:

—¡Ten misericordia de mí, quienquiera que tú seas! ¡Socorre al desnudo náufrago, que no proviene de humilde origen! Y para que sepas a quién das misericordia: yo soy Apolonio de Tiro, príncipe de mi patria. ¡Te pido auxilio por mi vida!

El pescador, cuando vio la clase de joven que era, lo levantó movido por la misericordia y lo condujo hasta su casa. Puso los alimentos que podía tener, y para satisfacerlo plenamente con su piedad, desnudándose, dividió en dos partes su manto de tribuno y le dio una mitad al joven diciendo [35]:

—Toma lo que tengo y marcha a la ciudad: quizá halles quien tenga misericordia de ti. Si no lo hallas, vuelve aquí hasta mí. La pobreza basta a cualquiera: pesquemos juntos. Te aconsejo esto, que, si alguna vez regresas a tu dignidad, no desprecies la pobreza de este tribuno.

Apolonio dijo:

—Si no me acordara de ti, que sufra una vez más naufragio, y no halle a alguien igual a ti.

Y dicho esto, mostrándole el tribuno el camino y Apolonio tomándolo llegó a las puertas de la ciudad.

Y mientras pensaba dónde pediría auxilio por su vida, vio por la calle corriendo a un niño medio desnudo, ungida la cabeza con óleo, ceñido con una sábana, gritando y diciendo en alta voz:

—¡Escuchad todos los ciudadanos! ¡Escuchad peregrinos y siervos! ¡Quien quiera lavarse, vaya al gimnasio!

Escuchando esto Apolonio, quitándose las ropas de tribuno se metió en el baño y usó perfumes. Y mientras miraba a los otros, buscó su par y no lo encontró[36]. Y súbitamente Alistrato, rey de toda la región, acudió con gran cantidad de siervos. Como el rey practicaba el juego de la pelota con sus siervos, Apolonio se allegó al rey y corriendo sostuvo la pelota que había sido pateada y con velocidad constante la devolvió al rey jugador[37]. Entonces el rey dijo a sus siervos:

—Retroceded; pues este joven, según sospecho, es igual a mí.

Apolonio, cuando escuchó que era alabado, con decisión se acercó al rey. Y tomándolo en el agua con hábil mano lo lavó con sutileza. Finalmente, lo colocó en un comodísimo trono y dejándolo con cortesía se marchó. Y dijo el rey a sus amigos, luego de la salida del adolescente:

—Os juro en verdad que nunca nadie me bañó mejor que hoy; desconozco a este adolescente.

Y volviéndose a uno de sus siervos, dijo:

— Ve quién es este joven que me sirvió.

Y siguiendo al joven, lo vio envuelto en una sórdida vestimenta de tribuno. Y volviendo al rey, le dijo:

—Aquel joven es un náufrago.

Dijo el rey:

—¿Cómo lo sabes?

Y éste:

—Aunque calle, su hábito lo indica.

Dijo el rey:

—Ve rápidamente y dile: Te ruega el rey que vengas a la cena.

Apolonio, cuando lo escuchó, obedeció y fue hasta el rey con el siervo. Entró primero el siervo y dijo al rey:

—Aquí está el náufrago; pero tiene vergüenza de entrar por sus sucias ropas.

E inmediatamente el rey ordenó vestirlo con ropas dignas y llevarlo a la cena. Una vez que Apolonio hubo entrado, se colocó en

el triclinio del rey en el lugar asignado frente al monarca [38]. Fue traída la comida, luego la cena del rey. Apolonio, estando todos cenando, no cenaba, sino que miraba llorando todo el tiempo el oro y la plata en servicio del rey. Entonces uno de los comensales dijo al rey:

—Si no me engaño, este joven envidia la fortuna del rey.

Dijo el rey:

—Sospechas mal, pues no envidia mi fortuna, sino que prueba haber perdido muchas cosas.

Y volviéndose a Apolonio con rostro sonriente le dijo:

—Joven, come con nosotros y espera de Dios mejores cosas!

Y mientras animaba al joven, súbitamente entró la hija del rey, virgen ya adulta, y dio un beso a su padre, luego a todos los comensales amigos. Ella, mientras saludaba a cada uno, se volvió hacia el padre y dijo:

—Buen padre, ¿quién es este joven que frente a ti tiene lugar honrado, que mucho se duele?

Y dijo el rey:

—Oh dulce hija, este joven es un náufrago y me hizo servicio gratísimo en el gimnasio; es por esto que lo llamé a la cena. Quién sea, no lo sé. Pero si lo quieres saber, pregúntaselo. Te conviene saber todas las cosas. Y quizá, cuando lo conozcas, te compadecerás de él.

Escuchando estas cosas, la doncella se acercó al joven y dijo:

—Estimado amigo, la generosidad muestra nobleza. Si no te es molesto, dime tu nombre y tus hechos.

Y éste dijo:

—Si mi nombre preguntas, lo perdí en el mar; si mi nobleza, la dejé en Tiro.

Dijo la doncella:

—Dilo más claramente para que lo pueda entender.

Entonces Apolonio dijo su nombre y contó todos sus hechos. Y terminada su exposición, comenzó a derramar lágrimas. Como lo viera llorar, el rey dijo a la doncella:

—Dulce retoño, erraste: cuando preguntaste por el nombre y los hechos del joven, renovaste sus viejos dolores. Ahora, dulce retoño, puesto que ya conoces la verdad, es justo que le muestres tu liberalidad como reina.

La doncella, cuando escuchó el deseo de su padre, volviéndose al joven le dijo:

—¡Nuestro eres Apolonio! Depón la tristeza y enriquecerás por mi padre.

Apolonio, con gemidos y vergüenza dio gracias. Entonces el rey dijo a su hija:

—Trae la lira para alegrar con el canto el convite.

La doncella ordenó que se le trajera la lira y comenzó a tocarla con mucha dulzura. Todos la comenzaron a alabar y a decir:

—¡No puede algo mejor, no puede algo más dulce ser escuchado!

Entre ellos, sólo Apolonio calló. Le dijo el rey:

—Apolonio, horrible cosa haces. Todos alaban a mi hija en el arte de la música.

Y él dijo:

—Buen rey, si me lo permites, diré lo que siento. Tu hija está avanzada en el arte de la música, aunque todavía no lo aprendió completamente. Pues ordena traerme una lira e inmediatamente sabrás lo que no sabes.

Y dijo el rey:

—Apolonio, te veo sabio en todas las cosas.

Ordenó traerle una lira y saliendo lo honró colocándole la corona de su cabeza[39]. Y tomando la lira entró en el triclinio, pulsaba ante el rey con tanta dulzura que todos no Apolonio sino Apolo lo creyeron. Los comensales y el rey dijeron que nunca algo mejor habían escuchado ni visto. Escuchando esto la hija del rey y mirando al joven, fue cautivada en su amor y dijo a su padre:

—Oh padre, permíteme dar al joven lo que me place.

Dijo el rey:

—¡Lo permito!

Ella, volviéndose a Apolonio, dijo:

—-Maestro Apolonio, toma por indulgencia de mi padre doscientos talentos de oro, cuatrocientas libras de plata y copiosas vestiduras, veinte siervos, diez siervas.

Les dijo a ellos:

—Traed lo que prometéis y ponedlo en el tricilinio junto a los amigos presentes.

Por orden de la reina, fueron traídas todas las cosas. Todos

alababan la liberalidad de la doncella. Terminado el convite, todos se levantaron y, saludando al rey y a la reina, salieron. Apolonio dijo:

—¡Buen rey, misericordioso de los necesitados, y tú, reina, amadora de los estudiosos, salud!

Y volviéndose a los siervos que para él la reina le había dado, dijo:

—¡Levantaos, siervos, todos los que a mí fueron dados, vayamos y busquemos un albergue!

Temiendo la doncella perder al amado, se puso triste. Mirando al padre, dijo:

—Buen rey y padre óptimo, ¿te place que Apolonio hoy se vaya enriquecido y lo que le dimos sea robado por malos hombres?

Entonces el rey rápidamente ordenó asignarle un palacio donde descansase honestamente. La doncella, encendida en verdadero amor, tuvo una noche intranquila. Por la mañana fue hasta la cámara de su padre. En cuanto la vio el padre, dijo:

—¿Por qué contra la costumbre tan temprano despertaste?

Dijo la doncella:

—No puedo tener descanso. Y, por esto, padre queridísimo, te pido que me traigas al joven para que me enseñe y que pueda aprender el arte de la música y otras cosas.

El rey, escuchándola, se alegró. Ordenó llamar al joven, a quien dijo:

—Apolonio, mi hija desea mucho aprender tu arte; yo te ruego que le enseñes todas las cosas que sabes y yo te lo retribuiré con digna merced.

Y éste respondió:

—¡Señor, estoy dispuesto a satisfacer vuestra voluntad!

Apolonio enseñó a la doncella, así como él mismo había aprendido. Pronto la doncella enfermó por gran amor al joven. El rey, cuando vio que su hija había caído súbitamente en una enfermedad, llamó a los médicos. Éstos palparon las venas y diversas partes del cuerpo y no hallaron ninguna enfermedad. Luego de varios días tres jóvenes nobles, que por largo tiempo pidieron a su hija en matrimonio, saludaron al rey a una voz. Viéndolos el rey dijo:

—¿Por qué motivo vinisteis?

Y ellos dijeron:

—Porque nos prometiste muchas veces dar a uno de nosotros a vuestra hija en matrimonio. Por eso hoy venimos juntos. Súbditos tuyos somos, de origen rico y noble. Por ello elige de los tres a quien quieres tener por yerno.

Dijo el rey:

—Me lo solicitáis en un tiempo poco conveniente. Mi hija se dedica a los estudios y por amor a los estudios yace enferma. Pero para que no se dilate mucho este asunto, escribid vuestros nombres en cartas, la cantidad de vuestra dote y las enviaré a mi hija para que ella misma elija a quien quiera.

Así lo hicieron. El rey recibió los escritos, los leyó, puso su sello y se los dio a Apolonio diciendo:

—¡Toma, maestro, estas cartas y llévalas a tu discípula!

Apolonio tomó las cartas y se las llevó a la doncella. Ella, cuando vio a quien amaba, dijo:

—Maestro, ¿qué es esto que entraste solo a la cámara?

Dijo Apolonio:

—Toma estas cartas que te envía tu padre y léelas. La doncella abrió las cartas y leyó los tres nombres de los pretendientes. Y leídas las cartas, volviéndose a Apolonio dijo:

—Maestro Apolonio, ¿no te dueles de que deba ser dada a otro en matrimonio?

Y él dijo:

—¡No! Porque todo lo que te dé a ti honor, será mi provecho.

Y la doncella dijo:

—Maestro, si amaras, te dolerías.

Diciendo esto, reescribió y selló las cartas y se las dio a Apolonio para que se las llevara al rey. Y escribió esto:

> *Rey y padre óptimo, puesto que tu clemencia me permite que conteste, lo hago: ¡deseo tener por cónyuge a este náufrago!*

El rey, cuando leyó la voluntad de la doncella, ignorando a qué náufrago se refería, volviéndose a los jóvenes dijo:

—¿Quién de vosotros sufrió un naufragio?

Uno de ellos, llamado Ardonio, dijo:

—¡Yo he sufrido un naufragio!

Otro dijo:

—¡Calla, que la enfermedad te consuma y no seas ni salvo ni sano! Como yo te conozco por vecino mío, nunca saliste de la puerta de la ciudad. ¿Dónde naufragaste?

El rey, como no hallase quién de ellos naufragara, volviéndose a Apolonio dijo:

—Toma las cartas y lee. Puede ser que lo que yo no entendí, tú que estuviste presente lo entiendas.

Apolonio, habiendo tomado las cartas, salió corriendo velozmente y, como sintió que era llamado, enrojeció. Le dijo el rey:

—Apolonio, ¿hallaste al náufrago?

Y él, por el rubor, dijo pocas palabras. El rey, entonces, entendió que su hija lo amaba. Dijo a los jóvenes:

—Cuando fuere oportuno, enviaré por vosotros.

Éstos saludaron y se retiraron. El rey solo entró a la cámara de su hija y dijo:

—¿A quién elegiste como tu cónyuge?

Ella se postró a los pies de su padre y le rogó:

—Amadísimo padre, puesto que deseas escuchar el deseo de tu hija: ¡quiero y amo a aquel náufrago, Apolonio, mi maestro, por quien si no me lo trajeras, perderás la hija!

El rey, cuando vio las lágrimas de su hija, la levantó del suelo y le habló:

—Dulce retoño, no quieras pensar en alguna cosa mala, que deseaste al mismo que yo en cuanto lo vi, que también por haber amado fui padre. Ahora fijaré sin demora el día de la boda.

Al día siguiente fueron llamados los amigos de las ciudades vecinas hasta el rey, a los que les dijo:

—Amigos, mi hija quiere casarse con Apolonio, su maestro. Por consiguiente pido que para todos vosotros sea motivo de alegría, porque mi hija se une a un hombre prudente.

Habiendo dicho esto, se estableció el día de la boda. E hicieron abundantes banquetes y se celebraron las nupcias reales con gran dignidad. La doncella pronto concibió un hijo. Y mientras tenía al niño en el vientre, un día cuando paseaba con el rey Apolonio, su esposo, junto a la orilla del mar, vio una hermosa nave. Apolonio

conoció que era de su patria. Dirigiéndose a un marinero, le dijo:

—¿De dónde vienes?

Respondió:

—De Tiro.

Apolonio dijo:

—¡Mi patria nombraste!

El marinero dijo:

—Pues, ¿de Tiro eres tú?

Él respondió:

—Como lo dices.

El marinero preguntó:

—¿Conociste a un príncipe de esa patria llamado Apolonio?

Y dijo:

—Casi como a mí mismo.

Dijo el marinero:

—Te pido, dondequiera que lo veas, le digas, para que se alegre y regocije, que el rey Antíoco fue muerto por un rayo junto a su hija; el gobierno del reino de Antioquía está reservado a Apolonio.

Apolonio, ni bien lo escuchó, lleno de gozo dijo a su esposa:

—¡Te pido que me permitas ir a hacerme cargo del reino!

Ella, cuando lo escuchó, dijo con profusas lágrimas:

—Oh señor, si te empeñaras en realizar un largo camino, deberías apresurarte a venir a mi parto. ¿De este modo quieres retirarte, cuando estás junto a mí? Pero si esto deseas, naveguemos juntos.

Y dirigiéndose hasta su padre, le dijo:

—¡Oh padre, alégrate y regocíjate! Porque el crudelísimo rey Antíoco murió con su hija fulminado por un rayo por el juicio de Dios, sus reinos y riquezas nos son reservados. ¡Permíteme navegar con mi esposo!

El rey, regocijándose, ordenó llevar las naves a la costa y llenarlas de muchas riquezas. Además, le procuró para navegar junto a ella a su nodriza, llamada Ligóride, y una comadrona para el parto. Llevó a la playa todas estas cosas y besó a su hija y a su yerno.

Navegaron. Pero luego de algunos días en el mar, se levantó una tempestad. Entretanto, la dueña se enfermó gravemente y parió una hija, por lo que quedó como muerta. La servidumbre veía que daba

grandes gritos y alaridos. Oyéndola, Apolonio fue en su ayuda. Vio yaciendo muerta a su esposa, según le parecía. Rasgó las ropas de su pecho, se arrojó sobre su cuerpo vertiendo profusas lágrimas y dijo:

—Querida esposa, hija del rey Alistrato, ¿qué responderé a tu padre por ti?

Y como esto dijo, se acercó el timonel:

—Señor, un cuerpo muerto no puede ser llevado en la nave. Ordena tirar este cuerpo a la mar para que podamos escapar.

Apolonio le dijo:

—¿Qué dices, malvado? ¿Te place que este cuerpo eche al mar que me recibió náufrago y pobre?

Llamó a sus siervos y dijo:

—¡Haced un ataúd y haced untar con betún sus orificios!

Y así, colocando una carta plomada dentro, lo hizo cerrar. Acabado el ataúd, se lo adornó con ornamentos reales, se puso a la doncella en el interior con abundancia de oro en su cabeza. Y dio un beso al cadáver vertiendo lágrimas sobre él. Entonces ordenó llevar al niño y rápidamente alimentarlo mostrar al rey la nieta por la hija. Y con gran dolor ordenó echar el ataúd a la mar.

Al tercer día una ola del mar arrojó el ataúd a la costa de Éfeso[40], no lejos de la casa de un médico llamado Cerimonis que con sus discípulos aquel día paseaba por la playa. Entonces vio el ataúd volteado por las olas. Dijo a sus siervos:

—¡Traed ese ataúd con gran diligencia y llevadlo hasta la ciudad!

Una vez que lo hicieron, el médico lo abrió, vio a la doncella muy hermosa yaciendo como muerta y adornada con ornamentos reales. Se quedó atónito y dijo:

—Oh buena doncella, ¿por qué te abandonaron?

Vio debajo de su cabeza puestas riquezas y, debajo de la riqueza, una carta escrita, y dijo:

—Veamos qué contiene la carta.

Cuando la abrió, encontró esta inscripción escrita:

> *A cualquiera que halle este ataúd le pido que diez monedas de oro retenga para sí y consagre diez al cadáver. Pues este cuerpo dejó muchas lágrimas a sus*

parientes y dolores amargos. Que si otra cosa hiciese que lo que el dolor reclama, lléguele el último día y no haya alguien a quien su cuerpo encomiende para darle sepultura.

Una vez que leyó la carta, dijo a sus siervos:

—Cumplamos con el cuerpo que el dolor lo reclama. Juro a vosotros por la esperanza de mi vida gastar en este funeral más de lo que el dolor ordena.

Inmediatamente ordenó preparar la hoguera; pero cuando se la armó y erigió, llegó un discípulo del médico, de aspecto adolescente y, en lo que a inteligencia concernía, anciano[41]. Éste, cuando vio el hermoso cuerpo puesto sobre la hoguera, mirándolo el maestro dijo:

—Viniste oportunamente: te esperaba a esta hora. Toma el frasco de ungüento y, como parte final del funeral, viértelo en la sepultura.

Se llegó el joven hasta el cuerpo de la doncella, sacó las ropas del pecho, vertió el ungüento esparciéndolo con sus manos. Junto a su corazón sintió que todo su cuerpo vivía. El joven quedó atónito, palpa las venas y examina los indicios de la nariz, prueba los labios con sus labios, sintió la vida luchando con la muerte y dijo a sus siervos:

—¡Poned pequeñas antorchas leves y templadas en los cuatro costados!

Hecho esto, la sangre de la doncella, que estaba coagulada, se licuó. Cuando lo advirtió el joven, dijo a su maestro:

—¡La doncella que decías muerta, vive! Y para que puedas creerme fácilmente, te satisfaré con una prueba.

Dicho esto, llevó a la doncella y la colocó en su cámara. Calentando óleo, humedeció la lana y la puso sobre su pecho. La sangre de la doncella, que estaba coagulada en su interior, recibiendo calor se licuó y comenzó su espíritu a descender por sus médulas. Y abriendo las venas abrió los ojos y, recobrando el espíritu, dijo:

—¿Quién eres tú? ¡No me toques que soy hija y esposa de rey!

El joven, al escucharla, lleno de placer hizo entrar al maestro a la cámara y le dijo:

—¡He aquí, maestro, la doncella vive!

Éste dijo:

—Lo compruebo con mis ojos. Alabo tu arte, tu prudencia, admiro tu diligencia. Escucha, discípulo: No quiero ser ingrato a tu arte. Toma tu recompensa. Pues esta doncella gran riqueza trajo consigo.

Y ordenó alimentarla con sanos manjares y restablecerla con los mejores lenitivos. Luego de unos días, como supo que provenía de un rey, invitando a sus amigos la adoptó como hija. Y como ella le rogó con lágrimas no ser tocada, la metió entre los sacerdotes de Diana en un templo con mujeres para que fuera guardada sin corrupción [42].

Entretanto, mientras Apolonio navegaba con ingente luto, guiándolo Dios se dirigió a Tarso, y descendiendo de la balsa llegó a la casa de Estrángilo y Dionisiade. En cuanto los saludó, les contó todos sus hechos diciendo:

—Con dolor es muerta mi esposa. Sin embargo, la hija se salvó, de lo cual me alegro. Y, por esto, confío en vosotros. Quiero tomar el reino que para mí fue guardado y no regresaré hasta mi suegro, de quien en el mar perdí la hija, sino más bien haré obras de mercader. A vos encomiendo mi hija para que sea criada con vuestra hija llamada Filomacia, y que mi hija sea llamada Tarsia. Os dejo, además, a la nodriza de mi esposa, llamada Ligóride, para que custodie a la niña.

Diciendo esto trajo a la niña hasta Estrángilo y le dio oro y plata y muchas ropas. Y juró que ni la barba ni los cabellos ni las uñas se cortaría hasta que no la diese en matrimonio. Y ellos, atónitos de que tan severamente jurase, con gran diligencia prometieron educar a la niña. Apolonio subió a la nave y navegó a las lejanas regiones de Egipto.

Entretanto la niña Tarsia, completado el quinto año, fue puesta a estudiar las artes liberales junto con Filomacia, hija de ellos y de la misma edad. Y cuando llegó a la edad de catorce años, volviendo de la escuela encontró a su nodriza Ligóride que había contraído una repentina enfermedad, y estando junto a ella investigó las causas de la enfermedad. Le dijo la nodriza:

—Escucha, buena hija, mis palabras y guárdalas en tu corazón. ¿A quién tienes tú por padre o madre o patria?

La doncella dijo:

—Por patria Tarso, por padre a Estrángilo, por madre a Dionisiade.

La nodriza gimió y dijo:

—Escucha, hija, el origen de tu nacimiento para que sepas de qué modo deberás actuar luego de mi muerte: Tu padre se llamaba Apolonio y tu madre Lucina, hija del rey Alistrato, que, cuando te parió, inmediatamente murió con el espíritu ahogado. Tu padre Apolonio la echó al mar, habiendo hecho un ataúd con ornamentos reales y con veinte sestercios de oro que puso bajo su cabeza para que, dondequiera que fuese hallada, sirviesen en su auxilio. La nave llegó a esta ciudad con los vientos contrarios y tu padre, lamentándose, te puso en una cuna. Luego a estos huéspedes, Estrángilo y Dionisiade, Apolonio de Tiro, tu padre, te encomendó junto conmigo e hizo la promesa de no cortarse ni la barba ni los cabellos ni las uñas hasta que te trajera a nupcias. Ahora te aconsejo, si luego de mi muerte los huéspedes a ti, que padres llamas, te hicieran alguna vez gran injuria, sube al foro y allí encontrarás erigida una estatua a tu padre. Abrázala y clama: *«Soy hija de éste, de quien está aquí esta estatua»*. Los ciudadanos, recordando los bienes recibidos de tu padre, vengarán la injuria.

Le dijo Tarsia:

—Querida nodriza, pongo a Dios por testigo de que si no me hubieras dicho de dónde soy, no habría sabido nunca nada.

Y una vez dichas estas cosas, la nodriza dejó escapar el espíritu. Tarsia sepultó el cuerpo de su nodriza y durante todo un año lloró su muerte. Luego, imbuida de su antigua dignidad, se dirigió a las escuelas y a los estudios liberales. Y cuando regresaba de las escuelas, no tomaba comida hasta no entrar a la tumba de la nodriza. Llevando un frasco de vino se metió, y permaneciendo allí llamó a sus padres. Y cuando estos llegaron, un día Dionisiade con su hija Filomacia y Tarsia paseaban por el foro. Viendo todos los ciudadanos el aspecto de Tarsia y su adorno dijeron:

—¡Feliz el padre cuya hija sea Tarsia! Aquella que está junto a ella es repulsiva e infame.

Dionisiade, cuando oyó alabar a Tarsia y vituperar a su hija, loca por la furia, sentada pensaba para sí:

—Desde que se marchó su padre han pasado trece años: no

viene a recibir a su hija ni envió cartas por ella. Creo que está muerto. Su nodriza también está muerta. No tengo adversario. La mataré y adornaré a mi hija con sus adornos.

Y mientras esto pensaba, llegó uno de la ciudad de nombre Teófilo. Llamándolo le dijo:

—Si quieres recibir un premio, mata a Tarsia.

Dijo el villano:

—¿Qué crimen cometió la inocente virgen?

Y dijo:

—Es malísima y, por esto, no debes negármelo; y si no lo hicieses, te sobrevendrá gran mal.

Y éste dijo:

—Dime, señora, ¿cómo se puede hacer esto?

Ella dijo:

—Costumbre suya es, luego que viene de la escuela, no tomar bocado hasta entrar en el mausoleo de su nodriza. Que allí ella te encuentre preparado con un puñal. Toma la cabeza por sus cabellos y mátala y su cuerpo tira al mar y recibirás tu libertad con gran botín de mi parte.

El villano llevó un puñal. Gimiendo y llorando fue hasta el mausoleo y dijo:

—¡Ay!, ¿no merezco libertad si no es con derramamiento de sangre de una inocente virgen?

La doncella, regresando de las escuelas, entró al mausoleo con una botella de vino así como solía hacer. El villano se abalanzó y, cogiendo por los cabellos a la joven, la arrojó a tierra. Cuando quiso golpearla, le dijo Tarsia:

—Oh Teófilo, ¿qué crimen contra ti cometí o contra otra persona para que deba morir?

Dijo el villano:

—Tú ningún crimen cometiste, pero sí tu padre que te dejó con muchas riquezas y ornamentos.

Dijo la doncella:

—Pido, señor, que si no hay esperanza para mi vida, me permitas confesarme a Dios.

Dijo el villano:

—¡Confiésate! Y Dios mismo sabe que forzado te mato.

Cuando se puso a orar aparecieron unos piratas y, viendo a la

doncella estar bajo el yugo de la muerte y un hombre armado queriendo golpearla, gritaron:

—¡Detente, crudelísimo bárbaro! ¡Ella es nuestra presa, no tu victoria!

Y en cuanto los oyó, huyendo por detrás del mausoleo se escondió en la costa. Los piratas tomaron a la virgen y se dirigieron al mar. El villano se volvió a la señora y dijo:

—¡Lo que mandaste hecho es! Tú, como creo, vístete lúgubres vestimentas que yo haré lo mismo y derramemos lágrimas falsas en presencia de los ciudadanos y digamos que es muerta por grave enfermedad.

Cuando lo escuchó Estrángilo, lo invadió el temor y el estupor y dijo:

—Dame negras vestimentas, que en un crimen me veo envuelto. ¡Ay, qué haré! El padre de la doncella liberó del peligro de la muerte a esta ciudad y por causa de esta ciudad sufrió el naufragio, perdió sus bienes y sufrió penurias y le es restituido mal por bien. Su hija, de quien se nos encomendó su manutención, la devoró cruelmente esta insensata. ¡Ay, estoy cegado! ¡Transformaré a ésta en inocente virgen! ¡Estoy atado a una malísima y venenosa serpiente!

Elevando sus ojos al cielo rogó:

—Dios, tú sabes que estoy limpio de la sangre de Tarsia y se la demando a Dionisiade.

Volviéndose a su esposa le recriminó:

—¿Cómo ahogaste a la hija del rey, enemiga de Dios y oprobio de los hombres?

Ella, con su hija, vistió negras vestimentas, vertió falsas lágrimas y clamaba en presencia de los ciudadanos:

—Ciudadanos amados, por esto os llamamos. La esperanza de nuestros ojos, Tarsia, a la que conocíais, por repentino dolor murió dejándonos tormento y amargo llanto. La sepultamos dignamente.

Entonces fueron los ciudadanos donde estaba simulado el sepulcro y, por servicio a su padre, fabricaron un ataúd de bronce y escribieron:

Dioses manes[43]: *los ciudadanos de Tarso hicieron este sepulcro hecho de bronce a la virgen por*

el beneficio recibido del padre.

Tras llevarse los piratas a la doncella, vinieron a la ciudad de Metilenea. La pusieron entre unas esclavas en venta. La escuchó un rufián funestísimo, impuro y rico y comenzó a rivalizar para comprarla. Pero Atanágora, príncipe de aquella ciudad, viéndola noble, sabia y hermosa ofreció diez sestercios de oro. El rufián dijo:

—¡Yo doy veinte!

Atanágora dijo:

—¡Yo treinta!

El rufián:

—¡Yo cuarenta!

Atanágora:

—¡Cincuenta!

El rufián:

—¡Sesenta!

Atanágora:

—¡Setenta!

El rufián:

—¡Ochenta!

Atanágora:

—¡Noventa!

El rufián:

—¡Doy en presencia de todos cien sestercios de oro!

Y dijo:

—¡Si alguien da más, doy diez por encima de ello!

Atanágora dijo:

—Si yo con el rufián vuelvo a contender, para comprar una doncella tendré que vender muchas. Dejaré que la compre y, cuando la prostituya en el lupanar, entraré primero hasta ella, le arrebataré el nudo de su virginidad y será para mí como si yo la hubiera comprado.

¿Qué más diré? Fue con el rufián a la sala de visitas, donde tenía al dios Príapo[44] adornado de oro y piedras preciosas, y dijo:

—Doncella, ¡adóralo!

Ella dijo:

—Nunca adoraré a alguien como éste.

Y dijo:

—Señor, ¿acaso tú eres lapsaceno?

El rufián dijo:

—¿Por qué?

Y ella respondió:

—Porque los lapsacenos adoran a Príapo.

El rufián dijo:

—¿No sabes, mísera, que caíste en la casa de un rufián avaro?

La doncella, postrándose a sus pies, dijo:

—¡Tened compasión, señor, de mi virginidad! ¡No prostituyas este cuerpo bajo tal torpe título!

Le respondió el rufián:

—¿No sabes que ante un rufián y verdugo no valen ni súplicas ni lágrimas?

Entonces llamó al rufián de las doncellas y dijo:

—Adorna a esta doncella con vestidos preciosos de doncella y escríbele este cartel: *Quien a Tarsia viole, dará media libra; luego la ofrecerá al pueblo por una moneda.*

El rufián hizo lo que se le había ordenado. Al tercer día, la turba anterior con un cortejo musical se dirigió al lupanar. El príncipe de la ciudad, Atanágora, entró primero con la cabeza cubierta. Tarsia, al verlo, se echó a sus pies:

—¡Ten misericordia de mí, señor, por Dios! ¡Y por Dios te pido, no me quieras violar! Resiste tu libido y escucha el caso de mi infelicidad y origen. Considera primero de dónde soy.

Cuando todas sus aventuras le narró, el príncipe, confuso y lleno de piedad, le dijo:

—Tengo también yo una hija igual a ti a la que temo le pueda pasar lo mismo.

Diciendo esto, le dio veinte áureos:

—-Aquí tienes más que el ofrecimiento de la virginidad. Di a los que vengan así como a mí dijiste y te librarás.

La doncella dijo con profusas lágrimas:

—Doy gracias por tu piedad. Y no le digas a nadie lo que escuchaste de mí.

Dijo Atanágora:

—Sí, se lo diré a mi hija para que, cuando llegue a tu edad, no sufra igual desventura.

Y con lágrimas se marchó. Al salir, se le acercó alguien y le

preguntó:

—¿Cómo te fue con la doncella?

Dijo el príncipe:

—No pudo ser mejor porque estaba triste.

Entró un joven, y la doncella cierra la puerta más que de costumbre. Le dijo el joven:

—¿Cuánto te dio el príncipe?

Dijo la doncella:

—Cuarenta áureos.

Y él dijo:

—Toma toda una libra de oro.

El príncipe escuchó y dijo:

—Cuanto más le des, tanto más llorará.

La doncella tomó los dineros, se arrojó a sus pies y le narró sus hechos. Dudando el joven dijo:

—¡Señora, levántate! Somos hombres. Estamos sometidos al destino.

Dicho esto, se fue. Vio a Atanágora sonriendo y le dijo:

—¡Gran hombre eres! ¿No tienes a quien brindes lágrimas sino a mí?

Y juraron no revelar estas palabras a nadie y comenzaron a esperar la llegada de otros. Vinieron muchos. Entraban los que daban dinero; se iban llorosos. Luego ofreció el dinero al rufián diciendo:

—¡He aquí el precio de mi virginidad!

El rufián dijo:

—Ve, que cada día otras tantas riquezas traerás.

Otro día nuevamente le dijo:

—He aquí el precio de mi virginidad que custodio con lágrimas y súplicas.

Escuchando airado el rufián que era virgen, llamó al vílico de las doncellas y le dijo:

—Tráela hacia ti y quiebra el nudo de su virginidad.

Y como el vílico la llevase a su cámara, le dijo:

—Dime si eres virgen.

Y ella dijo:

—¡Mientras lo quiera Dios seré virgen!

Y él agregó:

—¿De dónde trajiste tanto dinero?

La doncella respondió:

—Narrando con profusas lágrimas mis hechos a los hombres para que tuviesen misericordia de mi virginidad.

Y echándose a sus pies imploró:

—¡Ten misericordia de mí, señor, socorre a esta cautiva hija de rey!

Y él dijo:

—El rufián es avaro: no sé si podrás permanecer virgen.

Y ella contestó:

—Soy sabia en los estudios liberales y puedo tocar en diversos tipos de música. ¡Llévame al foro! Allí podrás escuchar mi sabiduría: propondré cuestiones ante el pueblo y las propuestas resolveré y con este arte diariamente juntaré riquezas.

Y él dijo:

—Me parece bien.

Todo el pueblo acudió a ver a la virgen. Y ella comenzó a declarar la variedad de sus estudios: ordenó que se le propusieran preguntas. Todas las respondió brillantemente. Entonces fue hecho gran clamor del pueblo junto a ella y recibió muchas riquezas. Atanágora la guardó en toda su virginidad como única hija. Y así, con muchos dones, la encomendó al vílico. Mientras la llevaban, vino Apolonio al decimocuarto año ya dirigiéndose a la casa de Estrángilo y Dionisiade, en la ciudad de Tarso. En cuanto lo vieron, Estrángilo salió con presuroso rumbo y dijo a su esposa Dionisiade:

—Dijiste que Apolonio había naufragado: aquí viene en busca de su hija. ¿Qué diremos al padre de su hija?

Y ella respondió:

—¡Hombre mísero y yo cónyuge! Tomemos vestimentas de luto y derramemos lágrimas. Nos creerá que su hija murió de muerte natural.

En cuanto esto acordaron, entró Apolonio. Cuando los vio envueltos en negras vestimentas preguntó:

—¿Por qué derramáis lágrimas ante mi llegada? Creo que estas lágrimas no son vuestras sino mías.

Dijo la mujer desvergonzada:

—Ojalá a tus ojos otro y no yo o mi cónyuge dijera lo que ahora diré. Tarsia, tu hija, murió repentinamente.

Al escuchar esto Apolonio, todo su cuerpo tembló y por largo tiempo permaneció inmóvil. Finalmente, recobró el espíritu y dirigiéndose a la mujer le dijo:

—Oh mujer, si mi hija ha muerto, como dices, ¿las riquezas y vestimentas y los ornamentos con ella murieron?

Y ella dijo:

—En parte están, en parte murieron.

Y dijeron:

—Créenos que pensábamos que a tu hija encontrarías viva. Y para que sepas que no somos mentirosos, tenemos testimonio: los ciudadanos, memoriosos gracias a nosotros de tus beneficios, cerca del mar hicieron un sepulcro de bronce para tu hija.

Apolonio, creyéndola muerta, dijo a sus siervos:

—¡Levantaos, siervos, y regresad a la nave! Yo iré hasta el sepulcro de mi hija.

Leyó la inscripción escrita en la parte superior. Permaneció como si estuviera fuera de sí maldiciendo sus propios ojos y se lamentó:

—¡Oh crueles ojos!, pudisteis leer la inscripción de mi hija y no pudisteis derramar lágrimas.

Dicho esto, se dirigió a la nave y dijo a sus siervos:

—Quiero arrojarme a la profundidad de la nave; quiero en el mar exhalar el espíritu.

Y mientras navega con vientos prósperos de regreso a Tiro, súbitamente cambió el mar y por diversos peligros la nave fue arrojada de las aguas. Todos rogando a Dios llegaron a la ciudad de Mitilena, en la cual estaba su hija Tarsia. El timonel con todos se alegró. Dijo Apolonio:

—¿Qué sonido de júbilo golpea mis orejas?

Dijo el timonel:

—¡Alégrate, señor, que hoy se celebran las fiestas de Neptuno!

Apolonio gimió y dijo:

—¡Todos celebren el día festivo, salvo yo!

Entonces llamó a su admistrador:

—Mi pena y mi dolor es suficiente para mis esclavos. Dales diez monedas de oro y que compren lo que quieran y celebren el día de fiesta. Y a cualquiera que me llame o que me muestre alegría, ordeno que se le quiebren sus piernas.

El despensero compró todas las cosas necesarias y volvió a la nave. Como la nave de Apolonio era la más honrada entre todas las naves, con gran festín mejor que otros celebran los marineros de Apolonio. Atenágora, que amaba a Tarsia, caminaba por la orilla del mar cerca de la nave. Vio la embarcación de Apolonio y dijo:

—Amigo, esta nave me agrada porque la veo estar adornada con gracia.

Los marineros, cuando oyeron alabar su nave, le dijeron:

—Oh señor, te rogamos que subas a nuestra nave.

Y él respondió:

—Me place.

Subió y de buen grado se sentó y puso diez monedas de oro en la mesa, y dijo:

—He aquí, no en vano me invitaréis.

Y dijeron:

—Señor, te lo agradecemos.

Cuando el príncipe vio a todos los que estaban sentados, preguntó:

—¿Quién es el señor de la nave?

Dijo el timonel:

—El señor de la nave está de luto, yace abajo y persiste en su actitud: perdió a su mujer en el mar y en la tierra a su hija.

Atanágora dijo a un siervo, llamado Ardalio:

—Te daré dos monedas de oro. Desciende y dile: «Te ruega el príncipe de esta ciudad: ¡sal de las tinieblas a la luz!».

Dijo el joven:

—No puedo con tus monedas de oro reparar las piernas. Busca a otro, que ordenó que a quien lo llamara se le quiebren las piernas.

Atanágora dijo:

—Esta ley fue instituida para vosotros, no para mí. Yo bajaré hasta él. Decidme cómo se llama.

Y él respondió:

—Apolonio.

Escuchando este nombre dijo para sí:

—Y Tarsia llamaba a su padre Apolonio.

Descendió hasta él. Cuando lo vio con barba y suciedad en la cabeza, en voz baja le dijo:

—¡Salud, Apolonio!

Apolonio, cuando lo escuchó, pensando que alguno de sus siervos lo llamaba, volviéndose con turbulento rostro vio a un hombre desconocido, honesto y elegante. Calló. Dijo el príncipe:

—Sé que te maravillas de que yo, un desconocido, te llame. Sabe que soy príncipe de esta ciudad, llamado Atanágora. Descendí a la costa a mirar las naves; entre otras vi tu nave graciosamente adornada y me agradó su aspecto. Fui invitado a subir a tu nave. Subí y con buen ánimo me senté a la mesa. Pregunté por el señor de la nave. Dijeron que estaba de gran luto, lo cual veo. Por esto descendí hasta ti: para sacarte de las tinieblas a la luz. Espero que Dios te dé luego del luto gozo.

Apolonio levantó la cabeza y dijo:

—¿Quién eres, señor? ¡Vete en paz! Yo no soy digno de comer y, por esto, no quiero más vivir.

Atanágora, confuso, ascendió a la parte superior de la nave y dijo:

—No puedo persuadir a vuestro señor de que salga a la luz. ¿Qué haré para que revoque el propósito de la muerte?

Llamó a uno de sus esclavos y dijo:

—Anda hasta el rufián y ruégale que me envíe a Tarsia. Tiene sabiduría y dulce palabra; podrá, quizás, exhortarlo a que no muera de esa forma.

Vino inmediatamente hasta la nave la doncella, a la cual dijo Atanágora:

—¡Ven hasta mí, señora Tarsia! Aquí es necesario el arte de tus estudios para que consueles al señor de la nave yaciente en las tinieblas y para que lo impulses a salir a la luz, que se duele mucho por su mujer y su hija. Acércate a él y aconséjale que venga a la luz, que quizás Dios convierta por ti su luto en gozo. Si esto pudieras hacer, te daré veinte sestercios de oro y otros tantos de plata y por treinta días te rescataré del rufián.

Habiendo escuchado esto, la doncella descendió hasta él con firmeza y con voz humilde lo saludó:

—¡Salve, quienquiera que seas, salve y alégrate! Sabe que la virgen inocente, que conservó su virginidad en su naufragio y la castidad inviolada, te saluda.

Entonces comenzó a entonar dulcemente cantos con voz modulada, en tanto que se admiraba Apolonio. Y dijo cantando

estas cosas que aquí se siguen:

Camino por el destino, pero soy conocedora del destino,
así no sabe la rosa violar con espinas
el raptor fracasa herido por el golpe de la espada.
Llevada al ladrón no soy violada en el honor.
Las heridas cesaron en el alma, y faltan lágrimas;
en efecto, ninguna cosa sería mejor, si certeramente conociese a mis padres.
Soy hecha única de estirpe real.
Creo alguna vez ser recompensada por mandado de Dios.
Huye de las lágrimas, destruye la preocupación molesta,
¡vuelve el rostro hacia el cielo y eleva la mente al cielo!
Dios es el creador de todo, rector y autor:
¡no permita a estas lágrimas finalizar con vana labor!

Apolonio alzó sus ojos hacia ella y, cuando vio a la doncella, gimió y dijo:

—¡Ay, mísero de mí! ¿Hasta cuándo lucharé? Doy gracias a tu prudencia y nobleza. Yo doy a cambio que me acordaré de ti. Cuando se me permita alegrar, seré alzado por los hombres de mi reino; quizá, como dices, seas nacida de linaje real, representarás a los nacidos de tus padres. ¡Ahora toma cien áureos y vete! No quieras llamarme; ¡que me consuma con nuevo luto y renovada calamidad!

La doncella tomó las monedas de oro y comenzó a irse:

—¿Adonde vais, Tarsia? ¿Trabajaste sin éxito? ¿No pudiste hacer misericordia y hacer subir al hombre que se mata?

Y dijo Tarsia:

—Hice todo lo que pude y, dándome cien áureos, rogó que me fuera.

Dijo Atanágora:

—¡Te daré doscientos! Baja y devuelve lo que te dio. Dile: «Quiero tu salud, no tu dinero».

Descendiendo, Tarsia se sentó junto a él y le dijo:

—Si en esta aspereza te destinas a permanecer, permíteme hablar contigo. Si no resolvieras la oscuridad de mis palabras, no me iré; en caso contrario, te devolveré el dinero y subiré.

Entonces Apolonio, no sólo no recibió el dinero, sino que

además no se negó a las palabras prudentes de la doncella y dijo:

—Aunque ninguna cura sea suficiente a mis males salvo lloro y lamentación, sin embargo, para que no carezca del ornamento de tu prudencia, di lo que quieres preguntar y desaparece. Te pido que otorgues espacio a mis lágrimas.

Dijo Tarsia:

—Ahora escúchame [45]:

Hay una casa en la tierra, que nos resiste cerrada.
Esta casa resuena, pero no suena el huésped callado.
Ambos, sin embargo, corren al mismo tiempo, el huésped y la casa.

Y dijo:

—Si eres rey, como dices, te conviene ser más sabio que yo.

Dijo Apolonio:

—Para que sepas que yo no soy mentiroso: la casa, que resuena en la tierra, es el mar; el huésped callado es el pez, que corre con su casa.

Y ella dijo:

Soy llevado lejos, veloz hija de la selva,
con innúmera caterva abigarrada de compañeros,
corro por muchos caminos, no dejo ninguna huella.

Dijo Apolonio:

—Oh, si lícito fuese, te mostraría a ti muchas cosas que ignoras. Sin embargo, responderé a tus preguntas. Me maravillo de que en tan tierna edad estés imbuida de maravillosa prudencia, pues el árbol en caterva abigarrada, corriendo muchos caminos y ninguna huella dejando, es la nave.

Y añadió la doncella:

El fuego pasa inofensivo por todos los templos.
El calor es grande en el medio, que nadie aparta.
No está desnuda la casa, pero conviene al huésped desnudo.
Si dolor pusieres, entrarás en el fuego inocente.

Apolonio dijo:

—Entraré en el baño, de donde surgen llamas de maderas. La

casa desnuda en la cual nada hay dentro, acude desnudo el huésped, suda desnudo.

Y como estas cosas y otras semejantes dijesen, la dueña se abalanzó sobre Apolonio y, solicitándole con las manos, lo abrazó:

—Escucha la voz del suplicante, mira a la virgen, que morir hombre prudente es cosa abominable. Si deseas cónyuge: Dios por su gracia te la restituirá; si hija: salva, a la que dices difunta, podrás hallar. ¡Con gozo te conviene vivir!

Apolonio, en cuanto escuchó estas palabras, se llenó de ira, se levantó y golpeó a la doncella con el pie. La virgen empujada cayó y de su mejilla lastimada comenzó a manar sangre. La virgen, conturbada, comenzó a llorar:

—¡Oh Dios, creador de los cielos, ve mi aflicción! Nacida soy entre las olas y tormentas del mar, mi madre murió ahogada por los dolores y la sepultura le fue negada en tierra. Honrada por mi padre y en un ataúd puesta con veinte sestercios de oro fue echada al mar. Yo, infeliz, a Estrángilo y Dionisiade, personas muy impías, fui dejada por mi padre con ornamentos y vestimentas reales. Y fui mandada matar por el siervo de Dionisiade. Finalmente, pedí que pudiera invocar a Dios, antes de que me matara: me lo concedió. Fui raptada por piratas que llegaron, y el que me quería matar se fugó, y fui traída a este lugar y Dios, cuando le plazca, me devolverá a Apolonio, mi padre.

Apolonio, escuchando todos estos signos certísimos, exclamó en voz alta:

—¡Oh señor misericordioso, que miras cielo y abismo y todos los secretos revelas, bendito sea tu nombre!

Y diciendo esto, se echó a los brazos de Tarsia, su hija, y la besó y por el gozo lloró de amor:

—¡Oh dulcísima hija mía y única, mitad de mi alma! ¡No moriré yo por ti; hallé aquello por lo que querré morir!

Clamaba en alta voz diciendo:

—¡Corred, siervos! ¡Corred, amigos! ¡Corred todos y poned fin a mi miseria! ¡Encontré lo que había perdido, o sea, mi única hija!

Habiendo escuchado el grito, los siervos corrieron, corrió entre ellos el príncipe Atanágora. Y descendiendo ellos a la nave lo hallaron llorando de gozo sobre el cuello de su hija, diciendo:

—He aquí mi hija, a la cual lamentaba, la mitad de mi alma.

¡Ahora quiero vivir!

Todos por el gozo con él lloraban. Entonces, levantándose Apolonio, despojándose de los vestidos lúgubres se vistió de vestidos hermosísimos. Y todos dijeron:

—¡Oh señor, qué parecida a vos es vuestra hija! Si no hubiese otra prueba, bastaría su parecido como prueba de que ella es tu hija.

Entonces el padre besó a su hija dos, tres, cuatro veces. Dijo:

—¡Oh padre, bendito sea Dios, que me dio la gracia de que te pueda ver, vivir contigo, morir contigo!

Y le narró de qué modo fue entregada al rufián, fue puesta en el lupanar y de qué modo Dios custodió su virginidad. Escuchándola, Atanágora, temiendo que diera a su hija por esposa a otro, se echó a los pies de Apolonio diciendo:

—Te pido por Dios, que te ha devuelto a ti, padre, tu hija, que no la des a otro en matrimonio sino a mí. Pues soy príncipe de esta ciudad, con mi auxilio se mantuvo virgen y con mi guía conoció a su padre.

Apolonio dijo:

—No puedo contradecirte, porque muchas cosas hiciste por mi hija. Y, por esto, deseo que sea tu esposa. Entonces, queda que me vengue del rufián, que tantas injurias hizo a mi hija.

Escuchando esto, Atanágora entró a la ciudad, y convocando a los ciudadanos dijo:

—¡Que no sea destruida la ciudad por causa de un impío! Sabed: el rey Apolonio, padre de Tarsia, viene hacia aquí. Diversos tipos de naves navegan hacia aquí con un gran ejército a destruir la ciudad por culpa del rufián que a su hija Tarsia puso en el lupanar.

Dicho esto, se produjo una gran marcha y fue tanta la conmoción del pueblo que ni hombres ni mujeres quedaron que no corrieran hacia el rey Apolonio a verlo y pedirle misericordia. Dijo Atanágora:

—Aconsejo para que no sea destruida la ciudad: que sea el rufián llevado hasta él.

Inmediatamente fue atrapado el rufián y, habiéndole atado las manos a la espalda, fue llevado hasta el rey. Apolonio, vestido con vestimentas reales, con el cabello cortado, una diadema puesta en su cabeza, ascendió al tribunal con su hija y dijo a la ciudad:

—Visteis a la virgen Tarsia reconocida hoy por su padre, a la cual el rufián lujurioso, cuanto estuvo en esto, procuraba su corrupción y confusión perpetua y a su malicia ni por medio de súplicas ni por dinero hacía desistir. ¡Tomad, pues, venganza de mi hija!

Todos a una voz dijeron:

—Señor, el rufián sea quemado vivo y sus riquezas sean dadas a la doncella.

El rufián fue llevado hacia adelante y en presencia de todos fue puesto en el fuego y quemado completamente. Tarsia dijo al vílico:

—Te doy la libertad porque con tu auxilio y ayuda permanecí virgen.

Y le dio doscientos áureos y la libertad. También le otorgó libertad a todas las jóvenes que se presentaron ante ella y dijo:

—¡Porque hasta ahora servisteis, sed de ahora en más libres!

Apolonio habló al pueblo diciendo:

—Os doy gracias por el auxilio que a mí y a mi hija prestasteis. Ahora os otorgo cincuenta libras de oro.

Ellos inclinaron su cabeza dándole gracias. Los ciudadanos hicieron en medio de la ciudad una estatua y en su base escribieron:

A Apolonio de Tiro, restaurador de nuestras casas,
y a Tarsia, santísima hija suya, virgen.

A los pocos días Apolonio hizo a su hija cónyuge de Atanágora con gran alegría de toda la ciudad. Y con su yerno, su hija y con todos los suyos navegó en dirección a Tarso pasando por su patria. Y en sueños le advirtió un ángel que descendiera en Éfeso y entrara al templo de los Éfesos con su hija y su yerno y que ahí narrara en voz alta todos los hechos que había vivido desde su juventud. Luego, que se dirigiera a Tarso y vengara a su hija. Apolonio, despertándose, reveló todas estas cosas a su yerno y a su hija. Y ellos dijeron:

—Haz, señor, lo que viste.

Entonces ordenó al timonel navegar a Éfeso. Cuando descendió de la nave, con los suyos se dirigió al templo donde su esposa vivía santamente entre los sacerdotes. Rogó que se le abriera el templo. Así fue hecho. Escuchando su esposa que un rey venía con su hija y su yerno, adornó su cabeza con piedras reales, se vistió con un

vestido púrpura y entró al templo con ilustre cortejo. Estaba muy hermosa, y por el gran amor a la castidad todos decían que ninguna virgen era tan agradable. Viéndola Apolonio no la pudo reconocer de ninguna manera. Se echó a sus pies con su hija y su yerno; tanto esplendor emanaba de su hermosura que parecía a los que la veían ser la mismísima Diana. Inmediatamente presentó en el templo ofrendas preciosas. Y luego de esto, Apolonio comenzó a hablar como en sueños le había recomendado el ángel:

—Yo fui rey desde la adolescencia, nacido en Tiro, de nombre Apolonio. Como aprendí toda la ciencia, resolví la cuestión del malvado rey Antíoco para recibir a su hija. Éste la desfloró y la tenía continuamente en su impiedad: y me quiso matar. Intenté la fuga y en el mar perdí todas las cosas. Y luego, recibido por el rey Alistrato, muy gratamente experimenté su benevolencia, tanto que a su hija me dio por esposa. Luego de muerto Antíoco marché a recibir el reino y llevé a mi esposa conmigo. Mi esposa parió en el mar esta hija, de cuyo parto murió. Yo la eché al mar en un ataúd con veinte sestercios de oro para que, cuando se la hallare, dignamente fuera sepultada. Y encomendé esta hija mía a unos hombres malvadísimos para que fuera criada y me dirigí a las partes superiores de Egipto. Llegando el decimocuarto año, deseando ver a mi hija, dijeron que había muerto. Y mientras lo creí en luto y con lúgubres vestimentas viví, y deseando morir mi hija me fue devuelta.

Cuando esto y otras cosas similares narró, la hija del rey Alistrato, su esposa, se levantó y lo tomó en brazos queriéndolo besar. Apolonio, sin embargo, la rechazó con indignación ignorando que era su esposa. Y ella con lágrimas dijo:

—¡Oh mi señor, mitad de mi alma!, ¿por qué haces esto? Yo soy tu esposa, la hija del rey Alistrato, y tú eres Apolonio de Tiro, marido y señor mío, tú eres mi maestro, el que me enseñó, tú eres el náufrago que amé no por libido sino por su sabiduría.

Escuchando esto, Apolonio rápidamente la reconoció, la tomó por su cuello y, por la alegría, derramó lágrimas diciendo:

—¡Bendito sea el altísimo que me devolvió esposa e hija!

Y ella dijo:

—¿Dónde está mi hija?

Y éste, mostrando a Tarsia, dijo:

—¡Ésta es vuestra hija, la que ves!

Ella la besó. Hubo gran alegría en toda la ciudad y en los alrededores: que el rey Apolonio había hallado a su esposa en el templo. Apolonio subió a la nave con su esposa, su hija y su yerno y regresó a su patria. Al llegar Apolonio recibió el reino de Antioquía, que le había sido reservado para él, y siguiendo a Tiro instituyó en el lugar a su yerno Atanágora.

Luego, con este yerno, su hija y con el ejército regio llegó a Tarso y ordenó prender a Dionisiade y a Estrángilo y llevarlos ante sí; y delante de todos los ciudadanos dijo:

—Ciudadanos de Tarso, ¿alguna vez yo he sido injusto con alguno de vosotros?

Todos dijeron:

—¡No, señor! Estamos dispuestos a morir por vos. Esta estatua fue hecha en señal de que nos salvaste de la muerte.

Apolonio dijo:

—Encomendé a mi hija a Estrángilo y a Dionisiade, su esposa, y no quisieron devolverla.

La infeliz mujer dijo:

—Buen señor, ¿no leiste tú mismo la inscripción de su tumba?

Apolonio ordenó venir a su hija Tarsia en presencia de todos. Y Tarsia maldijo a la mujer y dijo:

—Salud, te saluda Tarsia vuelta del infierno.

La infeliz mujer, viéndola, sintió un estremecimiento en todo su cuerpo. Los ciudadanos se asombraban y se alegraban. Y ordenó Tarsia venir al vílico, al cual le dijo:

—Teófilo, para que te pueda perdonar, responde con clara voz: ¿quién te obligaba a matarme?

Entonces los ciudadanos se llevaron a Estrángilo y Dionisiade, y conduciéndolos fuera de la ciudad los lapidaron. Querían también matar a Teófilo, pero Tarsia lo liberó de la muerte. Y dijo:

—Si no me hubiera dejado que orara, no lo defendería.

Apolonio dio obsequios para la restauración de la ciudad. Y moró ahí tres meses. Navegó de allí a la ciudad de Pentápolin y llegó con gran alegría a la corte del rey Alistrato. El rey envejeció, vio a su hija y a su nieta con su marido, el rey. Permanecieron durante un año entero junto a él alegremente. Luego de acabado ese tiempo, murió en brazos de ellos, dejando la mitad de su reino a

Apolonio y la mitad a su hija. Pasado todo esto, un día, mientras paseaba Apolonio junto al mar, vio al pescador que lo recibió tras su naufragio. Y ordenó prenderlo y llevarlo hasta el palacio. Viéndose el pescador atrapado por los soldados creyó morir. Entró Apolonio y ordenó conducirlo hasta él:

—Éste es mi padrino, que luego de mi naufragio me dio ayuda y me aconsejó venir a la ciudad.

Y le dijo:

—Yo soy Apolonio de Tiro.

Y ordenó darle doscientos sestercios de plata, siervos y siervas y, mientras vivió, lo hizo su escolta. Elámico se echó a sus pies y dijo:

—Señor, acuérdate de Elámico, tu siervo.

Apolonio, tomándolo de la mano lo levantó, le dio riquezas y lo hizo su escolta. Acabado todo esto Apolonio engendró de su cónyuge un hijo, al cual colocó como rey en lugar de su antepasado Alistrato.

Vivió, pues, Apolonio con su mujer setenta y cuatro años y tuvo el reino de Antioquía, Tiro y Tirenensio tranquilo y feliz. Él mismo escribió sus hechos; él mismo hizo dos volúmenes, uno en el templo de Éfeso, otro lo colocó en su biblioteca [46]. Y murió y fue a la vida eterna, a la cual vida nos conduzca, quien sin fin vive y reina. Amén.

JUAN DE CAPUA

DIRECTORIO DE LA VIDA HUMANA O PARÁBOLAS DE LOS SABIOS ANTIGUOS

(Directorium humanae vitae siue Liber parabolarum antiquorum sapientium)

El *Directorio de la vida humana* de Juan de Capua es una derivación de la rama oriental del *Kalila wa Dimna*. Mientras que la versión alfonsí traduce un original árabe, la de Juan de Capua se basa en una versión hebrea que sólo a través de ésta se conecta con un original árabe. El *Directorio*, pues, es el difusor de la versión oriental del *Kalila wa Dimna* en Centroeuropa, puesto que la versión alfonsí parece haber sido conocida sólo en Castilla y en sus círculos próximos.

El *Kalila wa Dimna* se une a la tradición de la cuentística hindú, especialmente con una colección de cuentos conocida como *Panchatantra*. Sus orígenes se remontan al siglo III d. C., siendo posiblemente obra de un brahmán que la compuso para la educación de príncipes y nobles; no obstante, fue un persa islamizado llamado Ibn al-Muqaffa' quien la tradujo al árabe en el siglo VIII y, de aquí, finalmente, al castellano en el siglo XIII. La fecha de entrada a la Península de esta obra no se conoce, pero es muy posible que haya sido traducida por el joven Alfonso X en los primeros años de su reinado, hacia 1261.

La historia de dos lobos cervales ocupa dos capítulos iniciales de la colección. Están precedidos por una introducción en la cual el traductor árabe, Ibn al-Muqaffa', da las claves para la interpretación

de su obra, un capítulo en el que se narra cómo el rey Anastres Casrim envió al médico Berozías a tierras de la India a buscar unas hierbas secretas que procuraban la vida eterna, y una segunda versión de esta historia, ahora narrada en primera persona. A los capítulos dedicados a narrar la historia de los lobos Calila y Dimna siguen catorce capítulos más. El libro está dispuesto con un marco dialógico entre el rey Disles y su filósofo Sendebar, a quien el monarca interroga sobre diversas cuestiones que atañen a la esfera política. Éste es el elemento que da cohesión a un libro que se ha formado a través de un largo período de transmisión tradicional. La aparición de estos personajes es muy breve y pronto da lugar a una amplia explicación en la cual se exponen ejemplos y proverbios. Esta estrecha conjunción de formas breves del relato para explicar aspectos del gobierno del reino inserta a la obra dentro de una tradición literaria árabe, la del *adâb*, es decir, tratados políticos que pretendían una formación humanista del monarca basada en la enseñanza que transmiten proverbios y ejemplos.

Nada sabemos de Juan de Capua, salvo lo que se puede inferir del prólogo de su *Directorio*. Este Juan parece ser originario de la ciudad de Capua, en Casería. Se trata de un judío que se convirtió al cristianismo hacia 1256, según lo que él mismo dice:

> Esta es la palabra de Juan de Capua, luego de las tinieblas, antiguamente adorador del rito judaico, vuelto a llamar por la divina inspiración al firme y verdadero estado de la fe ortodoxa.

También dice componer esta obra para el cardenal Mathaeus Rubens Ursinus. Este personaje fue hecho cardenal en 1263, arcipreste de San Pedro en 1278 y protector de los padres menores en 1279. Que Juan de Capua no aluda a estos dos últimos títulos hace pensar que la obra debió de ser escrita antes de 1278.

En el mismo prólogo denomina a su obra *Liber parabolarum antiquorum sapientium*, pero en los manuscritos es también conocida como *Directorium humanae vitae*, es decir, un conjunto de instrucciones, directrices para gobernarse en la vida.

La obra está constituida por el prólogo del autor, el prólogo de Ibn al-Muqaffa', la historia de Berzebuey en busca de las plantas de

la vida eterna y diecisiete capítulos enmarcados en el diálogo entre el rey Disles y su sabio consejero Sendebar.

Pocos manuscritos han quedado de esta obra, lo que haría pensar en su escasa difusión. No obstante, en el año 1480 se hicieron dos ediciones. Tuvo, además, dos imitadores latinos. Uno de ellos es Baldo, quien en el mismo siglo XIII compone a partir del *Directorio* veintiocho fábulas en verso, habiendo sido conocido en el siglo XV con el nombre de «novus Esopus». La de Baldo es una expurgación de fábulas, quitándole el marco dialogado y evitando tanto los relatos ensartados como el procedimiento de cajas chinas. El segundo imitador fue Raymundo de Beziers, hacia 1313, quien parafrasea en prosa muy de cerca la obra de Capua.

La colección de Juan de Capua no se aparta de su original hebreo. Como él mismo dice, su intención es volcar al latín la sabiduría de un libro escrito en parábolas, muchas de ellas bíblicas. Pero su mérito consiste en haber difundido en Centroeuropa técnicas narrativas reservadas a la cuentística oriental y en haber acercado a Occidente un nuevo corpus fabulístico que no descendía de la tradición esópica. Junto con la *Disciplina clericalis* de Pedro Alfonso fue el único representante de la cuentística oriental más allá de los Pirineos. Se observa, pues, que salvo la Península Ibérica, Europa no estaba preparada para apreciar este tipo de cuentística; de ahí las adaptaciones que ambas obras sufrieron en su difusión continental.

1

DE LA EMBAJADA DE BEROZÍAS A LA INDIA [1]

En tiempos de los reyes de Edom, el rey Anastres Casrim tuvo un hombre llamado Berozías. Era este hombre el más importante de los médicos de todo su reino, obteniendo del rey estado noble y grandes prebendas. Cuando ejercía los asuntos del reino, era también grande y sabio. Un día dio al rey un libro en el que explicaba que había en la India altos montes en los cuales crecían unos árboles y hierbas que, si se conocían y tomaban y se preparaban de cierta manera, se haría con ellos medicina con la cual resucitar a los muertos. Deseó el rey buscar y cumplir este negocio; por tanto, ordenó a Berozías que las buscara y lo ayudó con plata y oro y escribió cartas para cada uno de los reyes de la India para darle asilo y prestarle socorro para alcanzar su propósito. Y el rey así hizo: ordenó dar a Berozías todo lo que pidiera y escribió epístolas con este propósito a cada uno de los reyes de sus provincias y dominios en los que entraría, enviando regalos y dones, así como es costumbre de los reinos enviarse mutuamente cuando desean algo para ellos mismos.

Así, hizo Berozías como el rey le había ordenado y no se apartó de su camino ni a diestra ni a siniestra hasta que llegó a la India, y, presentando cada una de las cartas y regalos a cada uno de los reyes a los que estaban dirigidos, les demandó lo que contenían las cartas. Ellos le prometieron cumplir la petición del rey y ayudarle en ello por montes y regiones con sus sabios y con sus hombres. Tardó Berozías cerca de doce meses y, habiendo juntado cada una de las plantas y árboles descritos en el libro, preparó con ellos medicinas,

según su descripción y cualidades; luego intentó resucitar a los muertos y no pudo. Entonces pensó Berozías que todos esos libros eran falaces y se apartó de ellos. Hecho esto, se entristeció mucho, pues era muy difícil para él regresar hasta el rey confundido y sin cumplir su palabra. Y acercándose a los sabios de la India, les narró los hechos. Le respondieron que también ellos hallaron en sus libros lo mismo que él. En efecto, se ocuparon en esto y buscaron hasta que hallaron su explicación en un libro de sabiduría, es decir, que aquellos montes son hombres sabios e inteligentes; los árboles y plantas son la sabiduría e inteligencia que nace en sus corazones; las medicinas que se preparan de ellos son los libros de doctrina y sabiduría que se componen con ellos; los muertos que resucitan son los necios e ignorantes de sabiduría, a los que se considera muertos; sin embargo, son resucitados y curados por medio de la sabiduría, cuando la toman de aquellos libros de sabiduría. Y cuando escuchó esto Berozías, quiso tener esos libros y los halló en la lengua de la India y los trasladó en el lenguaje de los persas. Luego volvió hasta su señor, el rey Casrim. Y al escucharlo el rey fue tentado a adquirir para él mismo los libros de sabiduría, ciencia e inteligencia. Se esforzó en poseer todo y adquirir las ciencias. Las fortalecía y las exaltaba sobre todos los otros placeres del mundo en los cuales se deleitaban los reyes. Y ordenó divulgar las ciencias, multiplicar los libros, instituir estudios, juntar libros de igual naturaleza y ponerlos en los arcones de los reyes. Fue del conjunto de aquellos libros este que se llama *Kalila y Dimna*. Está en el comienzo de este libro el capítulo del médico Berozías y sus hechos, con quien conversaba hasta que se hizo eremita y honró a Dios. Y escribió luego sus hechos, que trasladó de libros de sabiduría de la India, y las preguntas que hacía un rey de la India llamado Disles a su filósofo, llamado Sendebar, que era mejor en ciencias que otros sabios y el más querido de los que vivían junto al rey. A éste le ordenó dar en respuesta a cada una de aquellas preguntas razones una tras otra y poner en sus palabras parábolas donde se representara la senda de la verdad y la costumbre de la justicia. Y las juntó todas en un escrito para que se hiciera con ellas un libro de sabiduría dirigido a quien quisiera aprender doctrina de él. Y lo colocó en sus arcones para que pueda permanecer como herencia a todos los reyes que le sucedan.

2a

[EL RELIGIOSO ROBADO] [2]

Hubo un ermitaño a quien el rey le dio hermosas y honorables vestimentas; y viéndolas un ladrón pensó hurtarlas y se esforzó en buscar la forma de hacerlo. Fue hasta el ermitaño y le dijo:

—Por caridad, santo ermitaño, desnudo y pobre estoy. Escuché hablar de tu santidad y vine de lejanas tierras para servirte y aprender de ti.

Le dijo el ermitaño:

—Quiero, hijo, que vivas conmigo y que mores aquí.

Y entonces, morando este ladrón con el ermitaño mucho tiempo, le sirvió fiel y devotamente, de manera que creyó el ermitaño en él y se confió. Puso también el ermitaño en la mano del rufián todas las cosas que había en la casa. Un día, cuando fue el ermitaño a la ciudad por sus negocios, se levantó el ladrón y tomando las vestimentas huyó. Y cuando volvió el ermitaño a la casa y no halló al ladrón ni sus vestimentas, advirtió que éste las había robado, y aprestándose a buscarlo dirigió sus pasos hacia una ciudad.

2b

[LAS DOS CABRAS Y LA ZORRA] [3]

Y cuando iba de camino, encontró dos cabras silvestres que luchaban una contra otra, tanto que llegaron a hacerse sangre. Entonces llegó una zorra hasta ellas y comenzó a lamer la sangre que de ellas manaba. Y habiéndose colocado la zorra entre estas cabras mientras luchaban, fue atrapada por ellas y aun lastimada, tanto que la sangre manó de ella. Triturada por las patas de las cabras, cayó muerta en tierra.

2c

[LA ALCAHUETA Y EL AMANTE]

Luego de esto, poniendo el ermitaño su preocupación en buscar al ladrón, llegó más tarde a una ciudad y, como no encontró otro albergue donde hospedarse, lo hizo en una casa de mujeres meretrices. Había también una criada parecida a la meretriz, a la que la mujer estimaba en su oficio de meretriz sobre todas las cosas y, por tanto, recibía un salario. Amaba a su vez esta criada a un hombre y no quería entregarse a otros. Y como esto redundaba en perjuicio de su señora por el hecho de que no percibía de ella ningún lucro, se dirigió contra su amado para matarlo.

Una noche, cuando había enviado aquella criada por su amante, bebió éste mucho vino, de manera que lo envolvió el sopor y se durmió profundamente. Y saliendo la señora, tomó un trozo abierto de caña, y llenándolo por la otra parte con polvo mortífero fue hasta él mientras dormía y le descubrió las nalgas para introducirle el polvo en su culo. Y ni bien comenzó a hacer esto, el amante exhaló una ventosidad de su cuerpo y el polvo fue lanzado hacia la boca de la mujer, la cual cayó de espaldas en tierra y murió, viendo el ermitaño todo esto.

2d

[LA MUJER DE LA NARIZ AMPUTADA]

Al amanecer se retiró el ermitaño de ese lugar y fue a buscar al ladrón. Se hospedó en la casa de un amigo suyo, que se dirigió a su mujer diciéndole:

—Quiero que hagas honor a este hombre y le des todas las cosas necesarias, porque yo tengo una invitación y no puedo regresar sino hasta muy tarde.

Y el hombre salió. Amaba, por otra parte, la mujer a un hombre y era alcahueta una mujer, esposa de un barbero vecino suyo. Dijo la mujer a la esposa del barbero que fuera y dijera a su amante que viniera aquella noche porque su esposo no estaría en la casa y que estuviese en la puerta hasta que se aprestara a entrarle.

La esposa del barbero hizo como le ordenó la mujer, así que aquel, como solía, permanecía en la puerta hasta que le dijera que

entrara en la noche.

Entonces llegó el jefe de la casa, y cuando vio a su mujer en la puerta de su casa, como sospechaba de ella, la ató fuertemente a una columna de la casa y se marchó a dormir. Como el amante de la mujer vaciló allí, envió a esa medianera, esposa del barbero, quien marchando a su encuentro, le dijo:

—¿Qué quieres que haga aquel hombre cuando tú, siendo el día, le esperabas en la puerta?

Le respondió:

—Te ruego que me concedas esta gracia: que me sueltes de aquí y te ates en mi lugar para que vaya, y regresaré aquí pronto con él.

Hizo así, y se ató la mujer del barbero en su lugar hasta que volviera de ver a su amado. Mientras tanto, desvelado el jefe de la casa de su sueño, llamó a su mujer. Pero la mujer del barbero no respondió para que no conociera su voz. Como la llamó muchas veces y no le daba respuesta, se levantó lleno de ira, fue hasta ella y le amputó la nariz diciéndole:

—¡Lleva tu nariz como obsequio a tu amante!

Y cuando la mujer volvió de ver a su amante, vio lo que le había sucedido a su compañera, la mujer del barbero, y soltándola se ató en su lugar y la mujer del barbero se fue por su camino, viendo todo esto el ermitaño.

Y pensó la mujer del jefe de la casa encontrar una excusa que le permitiera salir indemne de lo que le había sucedido. Y gritó en voz alta diciendo a su marido que la escuchaba:

—Señor Dios Sabaoth, si vieras la aflicción de tu sierva[4] y vieras mi debilidad y la inocencia de mis obras y de qué modo soy atrapada por mi esposo sin culpa, señor Dios, restitúyeme la nariz y haz hoy por tu sierva un milagro.

Y esperando un poco, comenzó a gritar en dirección a su marido:

—¡Levántate, maligno e impío, y observa el milagro que Dios practicó sobre mí, mirando mi inocencia y queriendo manifestar tu impiedad! ¡Mira!: ¡restituyó mi nariz como antes!

Y escuchando esto, el esposo se maravilló y dijo para sí:

—¿Cómo puede ser esto?

Y subiendo el candelabro fue rápidamente hasta ella. Cuando vio su nariz íntegra, la soltó de sus ligaduras y suplicó que lo perdonara, que injustamente había actuado contra ella; y confesó su

pecado a Dios, pidiéndole misericordia y remisión.

Y cuando llegó la esposa del barbero a su casa, pensó hallar una excusa, de modo que pudiera escapar de su esposo por la nariz que le habían amputado. Temprano, antes de que saliese la aurora, se levantó su esposo diciéndole:

—¡Tráeme las herramientas de mi oficio! ¡Hoy tengo que trabajar en la casa de un noble!

Y saliendo ella le alcanzó la navaja. Él le dijo:

—¡Quiero todas mis herramientas!

Pero ella una vez más le alcanzó la navaja. Y encendido en ira lanzó contra ella la navaja. Y ella comenzó a gritar diciendo:

—¡Ay, mi nariz! ¡Ay, mi nariz!

Llegado el día se reunieron todos los familiares y consanguíneos de la mujer y, quejándose de su marido al juez, lo hizo atrapar. Llevado frente al rey, fue interrogado sobre por qué había hecho eso y, como no quiso decir palabra, ordenó el juez atarlo y azotarlo en la ciudad. Aquí vino el ermitaño, viendo a su ladrón entre la multitud, bellamente vestido con sus vestimentas. Tomando la causa, se dirigió hasta el juez diciéndole:

—Te ruego, señor juez, que de ninguna manera las palabras muestran engaño hacia ti. Las vestimentas que el ladrón robó eran mis vestimentas. ¿Acaso las dos cabras no mataron a la zorra sedienta de la sangre de ellas? ¿Y acaso esta mujer no se mató con el polvo mortífero? ¿Y no amputó el barbero la nariz de su mujer?

E interrogado por el juez, le contó todo.

3

[EL LEÓN Y LA LIEBRE] [5]

Había un león en una tierra muy fértil y de mucha agua. Nada producía temor a las fieras, salvo la presencia del león que se aprovechaba todo el día de ellas y las devoraba. Celebraron concejo entre ellas y luego fueron hasta este león para decirle:

—Puesto que es sabido que no puedes atrapar a ninguna de nosotras sino con gran trabajo y esfuerzo de caza, ahora, encontramos una solución útil para ti. Si nos dejas tranquilas y

seguras del temor tuyo y no nos tiendes emboscadas, todos los días te ofreceremos voluntariamente a la hora de la comida a una de nosotras para tu alimentación.

Esto le agradó al león y les prometió respetar el pacto. Un día, como echaron a suerte entre ellas quién debería ofrecerse al león, la suerte cayó en una liebre, que intentaron ofrecer al león. Les dijo la liebre:

—Si queréis aceptar y confiar en mí en algo que será útil para nosotras, espero devolveros a vosotras seguras y tranquilas de la turbación del león.

Le respondieron:

—¿Qué es esto? ¿Qué quieres que se haga por ti?

Y les dijo la liebre:

—¿Qué es? Quiero que hagáis venir a una de vosotras conmigo hasta el león y que no se apresure a entregarme a él hasta que pase la hora de la comida.

Y dijeron:

—¡Haremos como dices!

Y yendo con su compañera, llegó hasta el león y retardaba la entrega, hasta que pasó la hora de la comida. Y teniendo hambre, el león se levantó de su lugar y mirando el camino a lo lejos vio una liebre que subía hacia él. Y cuando llegó hasta él, le preguntó de dónde venía y dónde estaba la turba de compañeras suyas y por qué tardaban tanto. Le respondió la liebre:

—Yo vengo de parte de ellas. Te enviaban por mí una liebre que te ofrecían a ti. Pero llegando a este lugar, vino hasta mí otro león y me la robó. Yo le dije: «Cuídate, que es la comida del rey, que se le ofrece; no quieras provocar su ira contra ti». Éste, ni bien lo oyó, te injurió diciendo: «Yo soy más digno de reinar en este lugar». Vine, finalmente, a contártelo.

Y escuchándolo, dijo el león:

—¡Ven conmigo y muéstramelo!

Y la liebre lo condujo hasta un pozo de agua. Tenía el agua clara. Y dijo la liebre:

—¡Aquí estaba aquel león de que te hablé!

Y mirando el león el agua del pozo, vio su sombra y la de la liebre; se echó en el pozo creyendo que lucharía con ella. Allí murió. Y volviendo la liebre hasta sus compañeras les contó todo lo

que había hecho. Ellas la alabaron por esto.

4

[EL CAMELLO QUE SE OFRECIÓ AL LEÓN] [6]

Hubo cerca de un lugar lejano del camino un león, con el cual estaban tres socios, a saber: un lobo, un cuervo y una zorra. Un día pasaron por aquel lugar unos mercaderes y dejaron allí un camello que, como estaba enfermo, no se podía mantener. Y deambulando el camello, llegó hasta el león. Le dijo el león:

—¿A qué viniste?

Le respondió:

—Quiero ser obediente al rey y cumplir sus órdenes.

Dijo el león:

—Si deseas mi compañía y me eres fiel, vivirás conmigo seguro y tranquilo y no te vendrá ningún mal.

Permaneció el camello junto al león mucho tiempo. Un día, cuando regresaba el león de cazar, vino a su encuentro un elefante y, luchando salvajemente contra él, el elefante lo hirió con los dientes en muchos lugares. Finalmente, escapó de sus garras y envuelto en sangre y sin fuerza llegó hasta su casa, pero no pudo de ahí en adelante cazar ni recorrer la tierra. Sucedido esto, cuando el león tuvo hambre, sus súbditos no tenían comida, pues les faltaba la comida que el león les solía traer. Le pareció este hecho muy molesto. Y entristecido el león por ello les dijo:

—Trabajasteis mucho y tenéis necesidad de comida.

Le dijeron:

—No nos dolemos tanto de nuestras personas como de la persona del rey viendo tu necesidad. Podemos hallar algún bien con nuestro esfuerzo y labor, pues trabajaremos diligentemente.

Y les respondió el león:

—Conozco vuestra fidelidad y amor hacia mí y vuestro buen consejo, por los cuales Dios os recompensará con muchos bienes; por tanto, si pudierais recorrer el campo quizá encontraríais algo cerca de vosotros y lo traeríais hasta mí. Esto será bueno para mí y para vosotros.

Y en cuanto se fueron y se alejaron del león, se congregaron todos, el lobo, la zorra y el cuervo, y dieron consejo uno a la vez. Dijeron:

—¿Qué comparte éste con nosotros que come hierbas y no carne, ni es de nuestra naturaleza ni consejo? No es para nosotros mejor sino ir al león y aconsejarle que se lo coma y considerarlo vil y despreciarlo ante sus ojos.

Les dijo el lobo:

—No puedes hacer esto, ni nos conviene decir nada al león sobre él por la fidelidad que le tiene.

Dijo el cuervo:

—Permaneced vosotros en vuestro lugar y enviadme a tratar a mí con el león.

Y, regresando, fue hasta él. Y cuando lo vio el león, le dijo:

—-¿No encontraste nada?

Le respondió el cuervo:

—No encuentra sino quien busca, ni entiende sino quien tiene intelecto, ni ve sino quien tiene ojos. El hambre nos aleja de todo esto. Pero pensamos una cosa, con la cual esperamos tener alivio y vida para ti y para nosotros.

Respondiendo el león, les dijo:

—¿Qué es aquello que pensasteis?

Dijo el cuervo:

—Nos parece que tomes a este camello y te lo comas, que no es de nuestra especie ni nosotros de la suya y su consejo no es nuestro consejo.

Y airado el león contra éste, le dijo:

—¡Calla, maldito! ¡Que te mate Dios! ¡Cuán vil y maligno es tu consejo! Ni hay en ti misericordia ni fidelidad. ¡No debiste intentar decirme estas palabras! ¿No sabes que en el mundo no hay mayor justicia y misericordia que salvar un alma cautiva y correr con la sangre que es cerca vertida? Y, puesto que le prometí mi fidelidad, no le abandonaré y no lo defraudaré nunca.

Le respondió el cuervo:

—Dices bien, rey señor; pero también por un alma son redimidas las almas de todos los aliados y pueblos del rey. Nosotros estamos todos juntos en esta necesidad y no podemos hacer otra cosa; pero yo pensé el modo en que puedas poner a salvo tu juramento.

Y alabándolo, el león le preguntó lo que debía hacer. Inmediatamente, volviendo el cuervo hasta sus compañeros les contó el diálogo con el león y todo lo que con él había acordado. Y preguntándole ellos, dijo el cuervo que tendrían consejo para que fuera devorado el camello y fuera salvado el león por el juramento que había pactado con él. Y ellos le dijeron:

—Dinos tu consejo, pues en tu consejo esperamos salud.

Dijo el cuervo:

—Me parece bien que todos juntos vayamos hasta el camello, contándole los antiguos bienes que recibimos del león desinteresadamente, sin recibir ningún bien de nosotros. Solamente vemos su necesidad; es conveniente que alguno de nosotros espontáneamente se presente ante él, alabándolo por los bienes que de él recibimos y expresándole el aprecio en que le tenemos. Pero no contamos con qué lo podamos recompensar y no podemos llevarle uno de todos estos bienes que a nosotros nos trajo, y no hallamos mejor cosa que ofrecernos a él; por lo cual le ofrecemos a él nuestras personas y cualquiera de nosotros ofrézcale su cuerpo para que lo coma diciéndole: «Quiero, señor rey, que me comas y que no mueras de hambre». Y cuando dijere esto, levántese otro y diga iguales palabras y para que sea salvado su compañero; y haciendo así todos colmaremos el placer del rey y obtendremos su amor.

Y llamando al camello le expusieron su concilio, a quien le agradó. Y, levantándose, se llegaron hasta el león. Comenzó a hablar el cuervo cerca del león, diciendo:

—Señor rey, casi llegaste a la muerte y requieres la liberación de tu persona. Nos conviene ofrecer nuestros cuerpos por la misericordia que tú nos ofreciste antiguamente. Pues vivimos por ti y esperamos vivir todos nosotros y los que luego de nosotros nos sucedan. ¡Ahora quiero que me comas!

Y respondiendo el lobo, le dijo:

—¡Calla, cuervo! Pues no es buena tu carne y no aprovechará al rey, que la carne mala produce enfermedad. Mi carne es buena. Ahora, pues, ¡cómeme a mí, señor rey!

Y respondiendo el cuervo, dijo al lobo:

—No es tu carne buena. Aquel que se quiera matar, coma tu carne, que pronto será ahogado.

Y respondiendo dijo la zorra:

—¡Cómeme a mí, señor rey, que mi carne te saciará!

Y respondiendo el lobo, le dijo:

—¡Calla, que tu carne está podrida y tu vientre está lleno de basura!

Y pensando el mísero camello que cuando dijera iguales palabras le responderían a él igual y que se salvaría como los otros, abrió su boca ingenuamente, diciendo:

—¡Cómeme a mí, señor rey, que te saciaré y mi vientre está lleno de delicias y tengo buena carne y sangre! ¡Cómeme señor rey!

Todos le respondieron:

—¡Has hablado bien y actuaste con cortesía!

Todos juntos lo devoraron, con lo que quedó este rey muy triste.

5

[LA RATA TRANSFORMADA EN NIÑA] [7]

Había un ermitaño muy devoto, de manera que Dios lo escuchaba en todo. Un día, cuando estaba sentado junto a un río pasó cerca de él un gavilán, llevando en sus garras una rata que cayó a sus pies. Viéndola el ermitaño y teniendo compasión de ella, la tomó e intentó alimentarla, pero temió que la rechazara la familia de la casa y, por ello, oraba a Dios para que la convirtiera en una niña. Y sucedido esto, la condujo hasta su casa, alimentándola, y sin decir a su esposa que era una rata; y así, la esposa consideraba que era su consanguínea. Y cuando llegó esta niña a edad núbil, pensó el ermitaño diciendo: «No podrá estar sin marido que la gobierne y que se deleite con ella». Y dijo el ermitaño a la niña:

—Elige para ti a quien quieras tener por marido que te cuide y gobierne y, volviendo a mi oficio, me ocuparé en aquello que son mis cosas como antiguamente hacía.

Y dijo la niña:

—Quiero un hombre que no tenga igual a él ni en fuerza ni en poder.

Dijo el ermitaño:

—No conozco a otro igual al sol en fuerza y en poder, y orando a Dios pediré que te dé como señor al sol.

Y purificándose oraba:

—¡Oh sol que reflejas con claridad y bondad, que eres creado para iluminar a las criaturas de Dios, con benignidad y gracia pido que tomes a mi hija por esposa, que me pidió que le diera a quien a todas las criaturas supere en fortaleza y vigor!

Y respondió el sol:

—Ya escuché tu petición y no debo hacer que tu oración caiga en el vacío a causa de la gloria y gracia que Dios te concedió por sobre las criaturas. Sin embargo, te indicaré quién es más fuerte que yo.

Y el ermitaño dijo:

—¿Quién es éste?

Dijo el sol:

—El señor de las nubes, que detiene con su fuerza mi luz y me resiste tanto que no soy capaz de iluminar el mundo.

Y yendo el ermitaño al lugar donde las nubes del mar descendían y orando rogó al señor de ellas así como había hecho con el sol. Le respondió el señor de las nubes:

—Comprendí tus palabras y en verdad me concedió Dios la fuerza que a sus ángeles no concedió. Sin embargo, te indicaré quién es mayor y más fuerte que yo.

Le dijo el ermitaño:

—¿Quién es éste?

Le respondió:

—Es el señor de los vientos, que me mueve y conduce de una ribera extrema del mundo a otra, no pudiendo su orden ni resistir ni rechazar.

Y dirigiéndose el ermitaño hasta el señor de los vientos, le dijo así como había dicho a los otros. Y le dijo el señor de los vientos:

—Verdaderamente soy poderoso así como dices y por sobre muchas otras criaturas Dios me concedió dignidad. Sin embargo, te indicaré quién es más fuerte que yo y a quién no puedo superar en belleza:

Y dijo el ermitaño:

—¿Y quién es éste?

Dijo el señor de los vientos:

—Yo no soy tan poderoso como el monte este que está ante ti.

Y volviéndose el ermitaño hacia el monte, dijo:

—Quiero que recibas a mi hija por tu esposa, puesto que eres el más fuerte de los fuertes y el más poderoso de los poderosos.

Y le dijo el monte:

—Verdad es lo que dices; sin embargo, te indicaré quién es más fuerte que yo, que me horada y dispersa y no puedo resistirlo.

Y le dijo el ermitaño:

—¿Quién es éste?

Le dijo el monte:

—Es el ratón.

Y dirigiéndose el ermitaño hacia el ratón, le dijo así como había dicho al monte.

—Verdad es así como el monte te dijo de mí. Sin embargo, ¿de qué modo me será conveniente tener mujer de género humano, puesto que yo soy un ratón y mi morada está en cavernas de tierra y en las cuevas de las montañas?

Y volviendo el ermitaño hasta la niña, dijo:

—Hija mía, ¿quieres ser esposa del ratón, puesto que no hallé a alguien más fuerte que él, que no dejé uno de los fuertes y poderosos a quien no preguntase y todos me indicaron este ratón? ¿Quieres que, invocando a mi Dios, pida que te transforme en una rata para que vivas con él?

Le respondió la niña:

—Haz, padre, lo que a ti te plazca.

Y oró el ermitaño a Dios y la niña fue convertida en rata y la llevó hasta el ratón, introduciéndola en su caverna.

6

[EL ASNO SIN CORAZÓN Y SIN OREJAS] **[8]**

Estaba junto a una fuente el león, a quien le había nacido una enfermedad por la cual estaba débil. Y a tal extremo llegó la enfermedad, que nada podía cazar para su sustento. Estaba con él la zorra, cuyo alimento eran los restos del león que tomaba para sí, luego que éste comía. Y por la enfermedad del león la zorra se

sintió muy afligida, porque perdía la comida y su parte. Un día dijo la zorra al león:

—Señor de los animales, ¿por qué te veo tan demacrado y desdichado?

Le respondió el león:

—Esto que ves en mí no es sino por una enfermedad que me vino, para la cual no encuentro medicina sino comiendo el corazón y las orejas del asno y lavando bien mi cuerpo en agua del río. Sólo entonces me recobraré.

Le dijo la zorra:

—Esto para mí es fácil, ya que conozco una fuente cercana a nosotros a la que va una lavandera todos los días a limpiar sus paños, llevando consigo un asno que traeré hasta ti y del cual tomarás lo que quieras.

Dijo el león:

—Si hicieras esto, será para mí el favor más grande.

Y marchándose con prisa la zorra llegó al lugar donde estaba el asno, diciéndole:

—¡Cómo te veo lastimado y demacrado!

Le respondió el asno:

—Esto es por la malicia de mi patrón, que me castiga y mantiene con hambre.

Y le dijo la zorra:

—¿Por qué quieres permanecer con él?

Y respondió el asno:

—¿Adonde podré ir? Adonde quiera que vaya, me sucederá lo mismo.

Y dijo la zorra:

—Ven conmigo a cierta buena dehesa, en la que hay muchos asnos, y no hay allí el rugido del león ni el ruido de las fieras.

Y escuchando esto, el asno se alegró y dijo:

—No sólo iré contigo por las asnas, sino por los grandes deleites que tendré cerca de ti.

Y, levantándose, se fue con él. Llegando ellos hasta el león, éste se regocijó. Pero cuando quiso atacar al asno, por su debilidad no lo pudo lastimar y dejó escapar al asno ileso. Como esto vio la zorra, dijo al león:

—Señor de las fieras, ¿qué has hecho? Te juro que si lo dejaste ir

por tu voluntad, me causas gran trabajo y aflicción debido al hambre que tengo. Si en verdad por tu impotencia lo hiciste, vete de nosotros, puesto que estamos perdidos y no tendremos más posibilidad de obtener un ternero.

Y no queriendo el león que la zorra confirmara su error, pensó: «Si le dijera que lo quise dejar escapar, me llamará insensato».

Y le dijo:

—Si lo puedes traer hasta mí una vez más, te mostraré por qué lo hice.

Dijo la zorra:

—El asno ya descree de mí. Iré hasta él por segunda vez y prepararé para él las excusas que pueda.

Y, levantándose, fue hasta el asno; y cuando la vio el asno de lejos, le dijo:

—¡Vete!, ¿qué más quieres hacerme?

Y le dijo la zorra:

—No pretendo hacerte sino sólo bien; por tanto, vine hasta ti por las asnas de las que te hablé y viste, que mostraban muchas de ellas amor hacia ti y que se agradaban con tu conversación. Tú, sin embargo, te espantaste, creyendo que te harían daño. Sin embargo, si te hubieras quedado un poco, hubieras visto la gloria que nunca viste.

Y como el asno en estos días no había visto al león ni sabía qué fuera de él, volvió por segunda vez con la zorra, ya que quería estar con las asnas que le había mencionado. Y cuando llegaron hasta el león, éste lo atacó violentamente y lo mató. Y dijo a la zorra:

—Cuídalo hasta que vaya y lave mi cuerpo según la indicación de mi médico.

Y cuando fue el león a lavarse, comió la zorra las orejas y el corazón del asno. Y cuando volvió el león, dijo a la zorra:

—¿Dónde están las orejas y el corazón?

Le respondió la zorra:

—Debes saber que, si tuviera orejas y corazón con los cuales me oyese y comprendiese, no viniera hasta ti una segunda vez, luego que de tus garras había escapado.

DEL ERMITAÑO, Y ES DE AQUEL QUE ES ACTIVO EN SUS NEGOCIOS SIN MIRAR EL FIN NI LO QUE LE VIENE POR ELLO, LO QUE ES DE PREVENIR EN GRADO SUMO [9]

Preguntó el rey al filósofo Sendebar:

—Entendí aquellas palabras tuyas con las cuales aprendí de qué modo se pierden los bienes cuando el hombre no los sabe conservar [10]. Ahora háblame de aquel que es apresurado en su obra y en sus negocios y, sin medir las consecuencias, no sabe ni piensa lo que le viene. Sobre esto —dijo— dame una parábola con sumo cuidado.

Dijo el filósofo al rey:

—Quienquiera que sea así como tú dijiste, sin mirar los hechos futuros, fracasa en sus negocios y en sus actos; se arrepentirá luego de ello y será su negocio igual al de aquel que se dice del eremita y de su perro, a quien sin culpa mató por no buscar la verdad del hecho y no previniendo mínimamente su raíz.

Dijo el rey:

—¿Cómo fue eso?

Respondió el filósofo:

—Dicen que había en una ciudad hombres buenos y rectos, uno de los cuales era un buen ermitaño y venerador de Dios, cuya mujer era estéril. Con el transcurso del tiempo, su mujer concibió un hijo, por lo cual el ermitaño se alegró mucho y dijo a su esposa:

—Debes alegrarte y regocijarte porque nos nacerá un hijo que con el auxilio de Dios será consolación de nuestra alma y solaz de nuestro cuerpo y corazón, al cual guiaré a buena doctrina. Crecerá en buenas costumbres y fama. Dios glorificará mi nombre con él y dejaré luego de mi muerte buena memoria.

Y la mujer le respondió:

—No debes hablar de aquello que no sabes, y no tienes derecho a decir esto. ¿Quién te asegura si daré a luz o no? ¿O si pariré macho o hembra? ¿O si una vez nacido vivirá? ¿O cuál será el entendimiento del niño y su carácter? Deja esto y confía en Dios y espera su voluntad; pues el hombre sabio no debe hablar de aquello que no sabe y le tiente a juzgar la obra divina; muy numerosos son los pensamientos inútiles en el corazón del hombre; sin embargo, confirmará el consejo del Señor [11]. Pues a quien se pone a decir

tales palabras le sucede igual que le sucedió a un ermitaño que dejó caer la vasija de miel sobre sí.

Y dijo su marido:

—¿Cómo fue eso?

Dijo la mujer[12]:

—Se dice que antiguamente hubo un ermitaño junto a un rey que procuraba cada día de su vida la provisión de su cocina y una vasija de miel. Éste comía la vianda y guardaba la miel en una vasija, colocándola sobre la cabecera de su cama hasta que estuviese llena. Era la miel muy cara en esos días. Un día, mientras yacía en su lecho, alzando la cabeza miró la vasija de miel que pendía sobre ella y la recordó, puesto que la miel de día en día se vendía más cara que de costumbre, y dijo para sí: «Cuando esté esta vasija llena, la venderé a un talento de oro, con lo cual me compraré diez ovejas; y con el paso del tiempo estas diez ovejas tendrán hijos e hijas y serán veinte; luego éstos, multiplicados con hijos e hijas en cuatro años, serán cuatrocientos; entonces con estas cuatro ovejas compraré una vaca y un buey y tierra; y las vacas se multiplicarán en hijos, de los cuales tomaré los machos para mí, para el cultivo de la tierra, excepto lo que recogeré de las hembras de leche y lana, hasta que, no pasados cinco años, se multiplicarán tanto que tendré gran fortuna y riqueza y seré por todos considerado rico y honorable y me edificaré entonces grandes y excelentes edificios delante de todos mis vecinos y consanguíneos para que todos hablen de mis riquezas. ¿Acaso no será para mí agradable cuando todos los hombres me hagan reverencia en cada lugar? Tomaré luego buena esposa de los nobles de la tierra y, cuando la conozca, concebirá y parirá para mí un hijo noble y encantador con buena fortuna y beneplácito de Dios, que crezca en sabiduría y virtud, y dejaré por éste buena memoria luego de mi muerte. Y lo castigaré diariamente si se niega a obedecer mi doctrina y si no me es obediente en todas las cosas; y si no, lo golpearé con este báculo». Y con el báculo levantado para golpear, golpeó la vasija de miel y la quebró y cayó la miel sobre su cabeza.

Te mostré esta parábola para que no hables sobre lo que no sabes, pues se dice: No te alegres del día de mañana, puesto que no sabes qué sucede hoy[13].

Y escuchando esto, el ermitaño calló y fue adoctrinado.

Llegado el día del parto, la antedicha mujer parió un hijo hermoso y encantador con el cual ambos fueron felices. Y pasados los días de purificación de la mujer, dijo a su marido:

—Quédate aquí con el niño para que yo vaya al baño y me purifique.

Y quedándose el padre con el niño, vino el mensajero del rey y lo llamó ante su presencia. Había en la casa un perro que, como vio salir una serpiente de su cueva y acercarse al niño para herirlo, la tomó y la hizo pedazos, quedando la boca del perro manchada con sangre. Y hecho esto, cuando regresó el ermitaño de la casa del rey, abriendo la boca, el perro se la mostró. Y viendo el ermitaño la boca del perro toda sucia de sangre, creyó que había herido al niño y, golpeándolo fuertemente, lo mató sin pensar en su acción. Luego entró a la casa y encontró al niño vivo y a la serpiente muerta al lado de él. Se enteró así de que el perro había matado a la serpiente. Y se arrepintió pronto de ello y se dolió mucho, diciendo:

—¡Ojalá no fuera nacido este niño y yo no hubiera matado a mi perro, y por tanto bien no le retribuyera yo tanto mal! ¡Éstas son las obras de aquel que es ingrato al recibir beneficios!

Y volviendo la mujer a su casa, vio al perro y a la serpiente muertos. Y le preguntó al marido qué había pasado. Le narró lo sucedido y dijo la mujer:

—Éste es el fruto de los que su obra hacen con apresuramiento y no ven prudentemente los hechos antes de que los hagan; pues de igual modo hace el que se arrepentirá y se afligirá y no le es útil nada ni se va de su corazón la tristeza.

Luego de esto dijo Sendebar al rey:

—Los hombres provistos de inteligencia y prudencia diligentemente llegan a aquello a lo cual los hombres concupiscentes y furiosos no pueden llegar; y, por esto, aprenda el hombre prudente a pensar las cosas de este modo y a preservarse de aquellas otras haciendo sus obras con diligencia y probidad para llegar a su propósito.

8

DEL REY Y DEL AVE, Y ES DE LOS ALIADOS QUE SE

ENEMISTAN MUTUAMENTE Y DE QUÉ MODO DEBEN GUARDARSE MUTUAMENTE [14]

Preguntó el rey Disles a Sendebar, su filósofo:

—Comprendí la parábola del hombre que se une a su enemigo para que se ayuden mutuamente hasta que escapen del peligro que temen [15]. Ahora dime una parábola de los hombres enemistados mutuamente, de qué modo conviene preservarse de ambos.

Y dijo el filósofo:

—Los hombres prudentes y discretos no deben confiar en sus enemigos, aun cuando le ofrezcan amor y fraternidad, así como sucedió al ave con el rey a quien privó de su hijo.

Dijo el rey:

—¿Cómo fue eso?

Respondió el filósofo:

—Se dice que hubo un rey en la India que tenía un ave llamada Pinza [16], que era docta en hablar y en comprender el lenguaje de los hombres. Ésta tenía un polluelo. Y entregó el rey un polluelo de la casa para que fuera cuidado y alimentado correctamente. Más tarde parió la mujer del rey un hijo y, juntándose el polluelo del ave con este niño, jugaba con él y conversaban todo el día, estando y comiendo juntos y buscándose. Pinza iba algunos días a un monte de donde traía dos frutos de los dátiles, de los cuales uno daba a su polluelo y otro al hijo del rey. Este fruto los nutría y los ayudaba a que más pronto crecieran. Cuando vio el rey que había aumentado el vigor del niño por el gran amor de Pinza, aumentó también a sus ojos su estima por el ave. Un día, cuando ayudaba Pinza a llevar el fruto acostumbrado, subió el polluelo al pecho del niño para que jugara con él como de costumbre y el niño, enojado y harto de él, lo arrojó a la tierra y el polluelo murió.

Cuando llegó Pinza del monte, viendo a su polluelo muerto y postrado en tierra, se dolió mucho y se entristeció. Dijo:

—Malditos sean todos los reyes, que no hay en ellos fidelidad y misericordia, y que Dios vulnere su sociedad, pues no estiman al aliado y amigo y nada aman sino aquello de lo que esperan recibir alguna utilidad y, cuando obtienen lo que quieren de éstos, no tienen más sociedad ni amor hacia ellos y todas sus obras son engañosas y fraudulentas.

Y Pinza pensaba ensimismada:

—No descansaré hasta que vengue mi odio contra este cruel adversario, que no tiene amor ni fidelidad, que arruina a sus familiares y hermanos y a aquellos que comieron de su mano.

Y, levantándose, se arrojó sobre el niño, le sacó los ojos con sus patas y volando reposó en un lugar elevado.

Comunicado esto al rey, se dolió y entristeció mucho y buscó la forma de atrapar a Pinza para matarla.

Y cabalgando el rey en su búsqueda, la vio a lo lejos, se acercó a ella y la llamó por su nombre:

—Perdono tu ofensa y eres mi amigo. No temas en regresar a mí.

Y no queriendo el ave regresar hasta él, le dijo:

—Sé, señor rey, que el traidor debe ser condenado según su maldad, y la medida por la cual fue medido sea devuelta a él, por mucho que tarde ello. Y si se retrasa en este mundo, no se retrasará en el otro. Pero Dios mismo coloca el pecado del padre sobre los hijos e hijos de éste[17]. Esto hizo que tomara pronto venganza sobre tu hijo y le devolví en vida la pena del talión.

Le dijo el rey:

—Verdaderamente cometimos una falta contra tu hijo y te ofendimos. Verdad es que tú luego nos diste castigo, no consideramos con esto que pecases contra nosotros. Entonces regresa hasta nosotros con seguridad.

Y dijo Pinza:

—No regresaré hasta ti, porque los sabios prohibieron a los hombres exponerse a hechos peligrosos; pues, dicen: De ningún modo se incline el corazón del hombre a las palabras dulces de su enemigo ni al hombre que lo alaba ni su corazón sea engañado por ello. No halla la fe ni bienes en el odio ni qué preserve por esto. Se dice que el hombre inteligente debe considerar a los hermanos y aliados como prójimos, a los hombres fieles como amigos, a los hijos como poder y fama suya, a las mujeres como litigio y a su hija casi como discordia, como sus consanguíneos a las aves famélicas, pero separando a su propia persona de ellos. De esta forma, yo quedo separado de ti por la tribulación, mientras antes me honraste con tanto honor como nadie me había dado. Vuelve a tu camino en paz, que yo regreso al mío.

Y le dijo el rey:

—Si no recibieses venganza de nosotros, sería negocio, según lo que propusiste; pero verdaderamente comenzaremos a atacar, ya que tú ya tomaste venganza; pues, ¿por qué rehúsas venir a mí? ¡Vuelve a mí y olvidaré tu ofensa!

Le dijo Pinza:

—Debes saber que las enemistades son las principales causas de los dolores intolerables del corazón. Pues el corazón testifica esto más que la lengua; de verdad, me dice tu corazón que piensa un mal contrario a mí, y mi corazón te odia. ¿De qué modo me amarás, puesto que, como yo te odio, debes saber que mi ánimo contradice tu lengua y tu ánimo mi lengua?

Dijo el rey:

—¿No sabes que las enemistades se alzan a veces entre los hombres?, pero cualquiera que es inteligente cree a su enemigo cuando le promete fidelidad.

Y respondió Pinza:

—Verdad es lo que dices; verdad también que los hombres inteligentes se ayudan con el consejo y los argumentos y se protegen con ello. Saben que los enemigos no pueden sólo dañarse con fuerza y poder, sino también con astucias y argumentos, como el hombre pusilánime que atrapa al elefante, que es el mayor de todos los animales, con su astucia. Y es sabido que los hombres en todo momento atrapan a las ovejas y las matan; sin embargo, esto no desagrada a las otras que restan; por el contrario, creen en ellos y olvidan que eso mismo harán con las otras. Así también sucede a los canes que ayudan a los hombres. Cuando alguno de ellos fuere muerto por un hombre, no se marchan los que restan. Yo no quiero ser así como son estos que olvidan protegerse de algún modo, sino que me guardaré de ti tanto cuanto pueda.

Y dijo el rey:

—El hombre noble no deja a su aliado ni se aleja de él. Pues no todos los hombres son de una misma manera ni de una misma naturaleza. Hay algunos, a los cuales el hombre ha dado su confianza, de los que debe precaverse; hay otros de los cuales debe creer sus palabras, puesto que las palabras muestran las obras.

Le dijo Pinza:

—Las enemistades son terribles. Pues conviene temer algunas cosas dondequiera que estén, pero, sobre todo, debe el hombre

temer la enemistad que está en el corazón del rey, ya que cuando éstos se vengan, lo hacen pensando en su fama y honor. No conviene al hombre inteligente engañar a su corazón con las dulces palabras de su adversario. Pues la enemistad escondida en el corazón es como el fuego cubierto de cenizas cuando no tiene leña; de igual modo el adversario busca la ocasión de las palabras como el fuego que intenta llegar a la leña, y cuando el adversario encuentra la causa sube así como el fuego que no pueden extinguir ni las riquezas ni la lengua del humilde ni la honestidad ni la humillación del alma. Hay algunos hombres a quienes enemistan los enemigos y pueden con sus ingenios resistirse a ellos; sin embargo, yo soy de débil consejo y ciencia diminuta y no está en mí poder reprimir la prudencia que late en tu ánimo siempre contrario a mí. Y por esto nunca creí en ti y no veo mejor consejo para mí que retirarme y alejarme eternamente de ti.

Y le dijo el rey:

—Sabes que no es posible hacer a tu vecino mal o bien si no lo permite Dios. Si Dios te predestinó a morir en mis manos, no escaparás; pero si no es por Dios predestinado, entonces permanecerás ilesa y, aunque te allegues a mis manos y yo quiera matarte, no lo podré hacer. Y así como el hombre nada puede hacer si no es por Dios predeterminado, así no se te achaca el crimen de matar a mi hijo, pues yo antes a tu hijo maté.

Le dijo Pinza:

—La predestinación divina es así como dijiste, puesto que no prohíbe al probo y discreto varón guardarse del enemigo, pero luego Dios hace su voluntad. Sabes que cuando alguien está predestinado a morir en el agua, nada hay que lo pueda evitar; pero si acercándose a él astrólogos se lo revelan, se lo cuidaría cuanto pudiera y se le diría que no se arrojara al agua para que no se cumpla la voluntad divina. Sin embargo, sucederá lo que se predijo. Dijeron los sabios que quien se pierde a sí mismo no tiene parte en el mundo presente ni en el futuro. Pues por esto puso la divina sabiduría en el cuerpo del hombre, para que sepa conservarla y no pierda el tesoro que a él le fue dado hasta que venga aquel que se lo robará. Y por esto digo que, aunque me sea predestinado morir en tus manos, nunca me acercaré a ti por propia voluntad; sé que tú dijiste palabras por tu propia boca que no están en tu alma y sé

también que tú quieres matarme y quitarme el alma. Pero el alma teme la muerte y la aborrece. El odio, en cambio, nunca se va. Tú no buscas las aves sino por tres causas: o para comerlas o para jugar o para matarlas; tú, en verdad, no me buscas a mí para comerme ni para jugar conmigo, sino para matarme por tu hijo. Pues cualquiera rechaza la muerte y elige la vida; el hombre inteligente puede dejar el mundo y por temor a la muerte dirigirse al culto divino, o hace esto para la salvación de su alma o para evitar muchas preocupaciones que podrían matarlo. Se dice que la sabiduría es tristeza y tribulación, la tristeza es llegada de los amigos, la tristeza es aflicción, la tristeza es vejez, pero cabeza de toda tristeza es la muerte. El corazón no conoce la amargura del alma[18]. Pues tú no piensas que la tribulación me vendrá si fuera hacia ti y yo sé que tienes en tu alma para mí lo mismo que tengo yo en mi alma para ti, por lo cual no me es útil tu compañía. Por lo que, si fuésemos aliados y fieles mutuamente, cuando me acuerde de tus actos y tú de los míos, nuestros corazones estarán completamente cambiados.

Y le dijo el rey:

—No es bueno que el hombre no tenga el poder de alejarse de lo que hay en el alma de otro para que saque el odio y se entregue al amor; por esto, al hombre le es dada la inteligencia, para que saque de su corazón el mal cuando lo envuelve.

Y le dijo Pinza:

—La enemistad es como la llaga en el pie que, por pequeña que sea, éste se sustentará sobre ella para caminar, aumentando tanto más su dolor; o como la enfermedad del ojo, que expuesto al viento o a otra cosa nociva, más añade a su dolor y su padecimiento. Así le sucede al hombre que por su enemigo es odiado: cuanto más penetra en él la herida de su corazón, tanto más crece y aumenta su dolor y se renueva el padecimiento. Y cualquiera que ignora esto, de modo que penetre y salga de ellos, y por camino malo se introduzca, éste es quien se mata a sí mismo; y cualquiera que no es muy poderoso para tener comida o bebida y a su naturaleza se esfuerza por fatigar lo más que pueda, éste quiere perder su alma. Igual que aquel que en su boca introduce mayor trozo de comida del que puede digerir, éste se ahogará a sí mismo; y aquel que engaña a su corazón con palabras de su adversario y no se guarda a sí mismo, más que con otros se enemista consigo mismo. Y no es

conveniente considerar a uno que Dios alejó del hombre, sino que debe precaverse y afirmarse en sus bienes y, si sucediera otra cosa a la que pensó, estará libre de pecado. Ni es conveniente al hombre prudente quedarse en el lugar peligroso cuando puede irse de allí; yo tengo muchos lugares a los que si fuera, ningún bien me faltará. Las costumbres son cinco y, si éste las observa, llegará a su cumplimiento, y le serán de ayuda cuando permanezca solo, y lo guiarán en su peregrinación por la tierra, y administrarán su sustento y adquirirá para sí aliados y amigos: Primero, que sea inofensivo con las manos y no haga ningún mal a los hombres; segundo, que sea hombre que sepa discernir el bien del mal; tercero, que se aleje de todo pecado e infamia; cuarto, que sea hombre noble en sus obras; y quinto es que sean sus obras a tenor de Dios. Cuando, verdaderamente, en el hombre inteligente fueren perfectas sus costumbres y le venga alguna tribulación, por ellas puede liberarse y podrá llegar a alguno de los lugares seguro y no se dolerá de sus hijos e hijas o de su mujer y progenie o de alguna cosa del mundo, que Dios cumplirá sus hechos **[19]**.

9

[DE LA PALOMA, EL PÁJARO Y LA ZORRA], Y ES DEL HOMBRE QUE DA A OTROS CONSEJO, Y A Sí NO PUEDE DAR NINGUNO **[20]**

Dijo el rey Disles a Sendebar, su filósofo:

—Entendí tu parábola sobre esto que me dijiste **[21]**. Ahora dame parábola sobre el hombre que da auxilio a otros, pero no a sí.

Dijo Sendebar:

—Había una paloma que tenía el nido en lo alto del árbol, tanto que con gran trabajo llevaba la comida hasta el árbol. Y como mantenía a sus polluelos, la seguía la zorra, colocándose junto al árbol y aterrorizándola con amenazas, tanto que le echaba a sus polluelos para conservar su propia vida. Viendo esto, un pájaro, colocándose frente a ella en la rama del árbol, se dirigió a la paloma y le dijo:

—Te aconsejo que cuando venga ella y te diga tales cosas, respondas: «Y haz lo que puedas y si llegaras a subir hasta mí, volaré rápido para que los devores».

Y se fue el pájaro por su camino. Luego volvió la zorra, gritando a la paloma como solía. La paloma le respondió las palabras que el pájaro le había aconsejado. Le dijo la zorra:

—Si me dices quién te aconsejó esto, dejaré a tus polluelos.

Dijo la paloma:

—Sabe que el pájaro que está frente a la costa del río me lo aconsejó.

Y dejando a la paloma, se dirigió la zorra hasta el pájaro y le dijo:

—Cuando el viento te alcanza, ¿dónde pones la cabeza?

Y dijo el pájaro:

—En el costado izquierdo.

—Y cuando te golpea en la cara, ¿dónde pones entonces tu cabeza?

Le dijo:

—En mi parte trasera.

Dijo la zorra:

—Cuando los vientos de todas partes te invaden, ¿dónde pones, entonces, tu cabeza?

Dijo el pájaro:

—Bajo mis alas.

Dijo la zorra:

—¿Cómo puedes hacer esto? Creo que no dices la verdad; y si esto sabes hacer, no vi otro igual a ti.

Y entonces el pájaro, queriendo mostrárselo, reclinó su cabeza bajo sus alas. La zorra lo atrapó diciendo:

—Supiste dar consejo a la paloma y no a ti mismo.

Y lo devoró.

JUAN GOBI

ESCALERA DEL CIELO
(Scala coeli)

Hacia el siglo XII Arlés era ya una villa importante. En el 1200 poseía una organización municipal en consulado, se explotaba carbón y, hacia 1240, se comenzaron a realizar buen número de actividades artesanales y comerciales. Tampoco faltaba una actividad intelectual. Desde comienzos del siglo XII hubo trovadores y en el siglo XIII una escuela de derecho. En esta villa nació Juan Gobi, aunque no sabemos bien en qué fecha.

De Juan Gobi sólo conocemos dos obras. Una de ellas es *De spiritu Guidonis, questiones inter Johannen Gobi et spiritum Guidonis (de Corvo)*, compuesta en Arlés en 1323. Se trata de un diálogo entre el dominico y el alma del difunto Guy de Corbeau, muerto el 15 de diciembre de 1323. El diálogo tiene un marcado tinte teológico en el que se discurre sobre la entrada del alma en el Purgatorio, sufragios e indulgencias. En realidad, se trata de un proceso verbal disputado frente al papa Juan XX (1316-1334).

Sin embargo, su obra más conocida es la *Escalera del cielo (Scala coeli)*, colección de 972 relatos clasificados en 122 rúbricas ordenadas alfabéticamente, de «abstinentia» a «usura». Debió de haber sido compuesta entre 1323 y 1330 en la abadía de Saint-Maximin, puesto que la obra está dedicada a la Magdalena y a Hugo de Collobrières, preste de la catedral de Aix-en-Provence (1322-1330). La obra posee una ordenación temática por orden alfabético. Utiliza un recurso novedoso, pues sólo hacia 1275 se

había impuesto el orden alfabético para las colecciones de ejemplos, siendo la colección de un inglés franciscano, el *Liber exemplorum ad usum predicantium* (1275), quien la aplica por primera vez. Pero para más fácil manejo de la colección, Juan Gobi coloca a sus cuentos rúbricas y reenvíos entre ellas. Todo esto da una organización muy trabada a la obra. No todos los cuentos de la *Escalera del cielo* están moralizados, aunque los que lo están nunca tienen una moralización tan elaborada ni erudita como la que coloca Odo de Cheritón a sus *Fábulas*. El título de la obra es metafórico. La imagen de la escalera como símbolo de un camino de perfección fue muy utilizada por los predicadores, en especial por sus raíces bíblicas: la escalera de Jacob (*Génesis* 28: 11) y la escalera del Templo de Ezequiel *(Ezequiel* 40: 26-31).

La *Escalera del cielo* es una importante cantera de relatos medievales. Sus fuentes son variadísimas. El siete y medio por ciento de sus relatos están tomados de la Antigüedad pagana, el diecinueve por ciento de la Antigüedad sagrada, y el setenta y tres y medio por ciento de otras obras de la Edad Media. Primordialmente, como era frecuente en esta época, la colección está hecha sobre la base de otras colecciones: la de Cesáreo de Heisterbach, la de Étienne de Bourbon, Arnold de Liège y el *Speculum exemplorum*. Hay otras fuentes menores, como una colección anónima franciscana del siglo XIII, obra de un monje de Sachet de Marsella, y una colección compilada entre los años 1272-1297 por un monje franciscano originario de la región de Montpellier. Toma también fuentes románicas como los *Siete sabios de Roma*, la *Vida de Segundo*, la *Vitas Patrum* o *Donis Spiritu Sancti*. No descarta Gobi las fuentes orales, relatos que van encabezados con el verbo «*audiui*» (escuché).

La difusión de esta obra fue enorme. Se conservan unos cuarenta manuscritos de ella, en su mayoría del siglo XV, e impresos. Su difusión se dio mayoritariamente en los países germánicos y en la Europa central, especialmente en Polonia. Fue utilizada por los predicadores en la Edad Media y no cayó en desuso pasado este período. Los predicadores de la Reforma, como el pastor luterano André Hondorff († 1575) en su *Promptuarium illustrium exemplorum*, se sirvieron de ella. Y aun los de la Contrarreforma,

como muestra la obra de Jean Major, *Magnum speculum exemplorum* (Douai, 1619). Algunos de sus cuentos entraron en el folklore universal, siendo recogidos en la colección de los hermanos Grimm.

1

[EL SACERDOTE GLOTÓN CURADO POR LA ABSTINENCIA]

Un sacerdote fue arrastrado por los placeres de la debilidad y no podía ser curado por las medicinas. Pues como una vez había leído que la abstinencia era medicina del cuerpo y del alma, y él estaba completamente consumido por la enfermedad tanto en el cuerpo como en el alma, para recobrar la salud con una buena medicina, despreciando todo tipo de placeres y pompas, entró en la orden cisterciense. Escuchó esto un arzobispo, se llegó hasta él para visitarlo y, hallándolo totalmente curado, le dijo:

—Me sorprende mucho cuánto os perjudicaban los placeres y las medicinas, y habas y olio os curan; alimentos delicados aborrecéis y ahora coméis como un lobo.

Entonces, respondió:

—Señor, decís verdad, pero yo hice como el lobo, así también hizo el águila, la serpiente y el ciervo, que mientras están agravados por humores malos y quieren dejar las antiguas costumbres, hacen abstinencia y ayuno. Así hice yo, de otro modo hubiera sido consumido en aquella enfermedad por el veneno y la antigüedad del pecado.

2

[ALEJANDRO SOPORTA LA SED] [1]

Se lee que cuando Alejandro preguntó en dónde estaba la más

grande nobleza, respondió un sabio:

—En pequeño cuidado de la comida y la multiplicación de las virtudes.

Dio este ejemplo:

—Las aves, que son más nobles, más plumas tienen que carne y menos beben.

Escuchándolo Alejandro, a pesar de que estaba muy sediento, no quiso beber agua fresca, precisamente porque él sólo se podía saciar de aquélla.

3

[EL DRAGÓN VORAZ VENCIDO GRACIAS AL AYUNO] [2]

Se lee en la *Historia tripartita* [3] que un dragón muy malo devoraba a los hombres y éstos no podían librarse de él ni por la destreza de las armas ni de los hombres. Observando esto, un santo dijo:

—Amigos, la fuerza del dragón no es más fuerte que la fuerza del demonio, pero la fuerza del demonio es rechazada por ayuno y oración, y, por esto, aflijamos nuestra carne y nuestros cuerpos con ayuno para que Dios se compadezca de nosotros.

Hizo esto durante diez días y luego, convocando a todo el pueblo, dijo:

—Para que todos conozcáis cuánta es la fuerza del ayuno, quiero que escupáis todos en el vaso.

Entonces éste, comenzando a escupir, hizo un círculo en torno al dragón, el cual, no pudiendo salir, murió. Entonces aquel santo comenzó a gritar y a decir:

—Así como la fuerza del ayuno corporal destruyó a este dragón, así la fuerza del ayuno espiritual expele todos los poderes y tentaciones del demonio. No ayunéis como demonios que nunca comen y, sin embargo, sirven a la mala voluntad, ni ayunéis como los judíos que de día se abstienen y de noche se dedican a la borrachera y a las obscenidades, ni como los médicos que se dedican sólo a la salud del cuerpo, ni como los avaros que se preparan a llenar la bolsa.

4

[LA VIÑA LLENA DE MALAS HIERBAS]

Se dice que un hombre tenía la viña llena de diversas hierbas malas; no obstante, era buena para la producción de vino, y, por ello, colocó a su hijo en la mencionada viña para que erradicara las malas hierbas. Éste, considerando la magnitud y la multitud de hierbas, pensó que era imposible poderlas sacar, por lo cual se echó a dormir a la sombra. El padre, llegándose hasta él, le preguntó por qué había dejado de trabajar. Le respondió:

—Vi tal cantidad de hierbas, que veinte hombres no serían suficientes para realizar el trabajo.

Le dijo el padre:

—Si por lo menos hubieras apartado una hierba hoy, mañana otra, y más tarde otra, finalmente hubieras expurgado la viña. Como nunca comenzaste, nunca acabarás.

Este padre es Dios, el hijo el hombre, la viña es el alma, las malas hierbas son los pecados mortales, porque el hombre que nunca comenzó a sacar completamente las hierbas corruptas, por ello nunca finalizará la purga de los pecados, más bien crecerán.

5

[LAS CUATRO REGLAS DE LA VIDA]

En la *Vida de los Padres* [4] se dice que un joven una vez interrogó en el momento de la muerte a un sabio para que le dijera una palabra edificante. Le respondió:

—Hijo, vuelve tu vista al sol, a la hormiga, a la tierra y al gallo. Primeramente al sol, que aunque vea un acto de ingratitud de alguien, sin embargo, no le oculta el beneficio de su claridad, ni se retira de su orden o su curso. Así tú no renuncies a la obra de piedad por causa de cualquier tipo de grandeza, ni regla ni orden de la caridad. Segundo, vuelve tu vista a la hormiga, que en el verano junta los mejores granos de los que vive en el invierno [5], así tú en la vida debes trabajar para que no sufras necesidad en la hora de la

muerte. Tercero, presta atención a la tierra, que con grandes furias y con adversidades de todas las criaturas produce árboles y de ellos frutas, con los cuales, sacados sin ninguna retribución, produce iguales y aun mejores para su uso. Tú, hijo, obrando de la misma manera, tendrás el tesoro de la sabiduría. Cuarto, vuelve tus ojos al gallo, que golpeándose con sus alas en las horas de la noche no se olvida de las cosas. Tú, obrando de igual manera, tendrás el tesoro de la sabiduría.

6

[EL CUERVO CON EL TROZO DE QUESO EN LA BOCA] [6]

Se dice en la fábula que el cuervo una vez posaba en un árbol y tenía en el pico un trozo de carne o queso. Dirigiéndose la zorra rápidamente hacia él, le dijo adulándolo:

—Señor, yo te estimo mucho y te conozco bien y escuché que entre todas las aves vos cantáis mucho mejor; y tal vez te agrade que yo escuche tu voz, para que pueda dar verdadero testimonio de ello. El cuervo, escuchando lo que le había dicho la zorra, comenzó a cantar dejando caer el trozo de carne. La zorra, agarrándolo, lo comió y dijo:

—Señor, en verdad hace tiempo que no escuchaba una voz para mí tan grata.

El cuervo es el noble, la zorra es el histrión y adulador, los trozos de carne son bienes temporales que, para obtenerlos, fingen engaños y mentiras.

7

[LOS DOS HOMBRES, UNO HONESTO Y OTRO FALSO] [7]

Dos hombres, uno honesto y otro falso, se acercaron a la tierra de los simios. Viéndolos el simio que más alto estaba colocado sobre el granero, dijo:

—Estos hombres son sospechosos y, por ello, quiero saber

quiénes son.

Y llamado el mentiroso, le dijo:

—¿Quién soy yo?

Éste respondió:

—Vos sois emperador y éstos son vuestros vasallos.

Dicho esto, mandó recompensarlo. El hombre honesto dijo para sí: «Este mentiroso fue recompensado y dijo falsedad. Mayores favores me darían a mí si dijera la verdad». Pero cuando le preguntaron:

—¿Quién soy yo?

Respondió el honesto:

—Tú eres un simio y todos estos son semejantes a ti. Entonces ordenó despedazarlo con dientes y uñas y lo echó de aquella región.

8

[EL ADULTERIO PROBADO POR MILAGRO]

Se dice que un santo hombre tenía una mujer adúltera **[8]**. La condujo hasta una fuente y le dijo:

—Si eres adúltera, ruego a Dios que esta agua fría queme tus manos; si no, que permanezcan tal cual.

Cuando pusieron las manos en el agua, las retiró quemadas como si las hubiera puesto en el fuego. La mujer, arrastrada por la turbación y no estando en su sano juicio, mató a su esposo. Y como él fue mártir por demostrar la justicia, comenzó luego a hacer milagros. La mujer permaneció incrédula y declaró que no creería sino lo que su anillo le revelara. Y así ocurrió no sólo para que confesara, sino también para que se revelara su pecado.

9

[LA CONVERSIÓN DEL PAPA]

Hubo un hombre llamado Roberto **[9]** que, movido por la ambición, hizo un pacto con el diablo y así lo elevó a las más altas

dignidades terrenas. Con la ayuda del diablo, primeramente fue hecho obispo de Reims, luego arzobispo de Rávena, tercero Papa romano. Estando en la cumbre pastoral, preguntó al diablo cuánto tiempo aún le restaba por vivir. Respondió el diablo que no moriría hasta tanto no celebrase misa en Jerusalén. Pasado poco tiempo, llegó a una iglesia que se llamaba Jerusalén y entró en ella, sintió bajo sus pies multitud de demonios y creyó estar ante la muerte. Confiado en la misericordia de Dios, a pesar de que había sido muy pecaminoso, reveló su malicia en presencia de todos y mandó cortar todos los miembros con los cuales había sido dominado por el diablo, y mandó que fuesen puestos sobre ellos en un sepulcro animales venenosos para que devoraran el tronco de su cuerpo. Como por tanta contrición fue conseguida la misericordia, sus huesos despidieron un olor suavísimo y gran ruido. Y todavía ahora, cuando debe morir un Sumo Pontífice, aquellos huesos despiden olor y hacen estrépito.

10

[DE LA AMISTAD EJEMPLAR DE DAMIÁN Y FISÍACO]

Hubo dos amigos fidelísimos, de los cuales uno se llamaba Damián y el otro Fisíaco. Sin embargo, como el tirano quiso matar a Fisíaco, atrapó a Damián para que, colocándolo en la cárcel en su lugar, pudiera ir hacia su casa y gobernar su familia y su mujer; y si no viniera en el tiempo y hora instituido, Damián, su amigo, que en la cárcel permanecía, moriría en su lugar. Llegado el día y la fecha del regreso, Fisíaco enfrentó al tirano que molestaba a Damián. Respondió que no desconfiaba de su compañero y que en la hora convenida reaparecería requiriendo el robo del amigo y la ejecución de su sentencia. El emperador lo perdonó por su fidelidad y rogó él también unirse a la compañía de estos amigos.

11

[AMELIO Y AMICO] **[10]**

Se lee en los *Hechos de Carlomagno* que en tiempo del rey Pipino[11], el conde de Avernia y un soldado fueron a Roma y en el camino sellaron su amistad, y no fueron sólo entre ellos amigos, sino que también sus hijos fueron tales como hermanos. Bautizados por el Papa, el nombre de Amelio puso al hijo del conde y al hijo del soldado llamó Amico. Les dieron dos cálices exactamente iguales y, sellada la amistad, regresaron a su casa.

Un día murió el padre de Amico y sus súbditos lo echaron vergonzosamente de toda la heredad paterna. Así, se encaminó con su mujer hasta Amelio para que lo ayudara. Y como Amelio había escuchado noticias de la muerte del padre de Amico, se dirigió a consolarlo por otro camino; y así ambos, errantes en el camino, se buscaron mutuamente por espacio de dos años. Y como, según opinión de muchos, en famosas ciudades hay probos soldados, ambos fueron a París, pero Amelio, precediéndole, dio una túnica a un pobre que estaba en la puerta para poder hallar a su compañero Amico, que en la víspera había llegado a la ciudad y había preguntado al pobre por Amelio. Y como ambos eran exactamente iguales, el pobre creyó que se burlaba de él. Como advirtió que Amelio estaba en la ciudad, se encontraron ambos y se pusieron allí al servicio del rey.

Éste tenía una hija hermosísima a la que amaba Amelio. Amico, queriendo ir a visitar a su esposa y a organizar a su familia, rogó a Amelio que no confiase en el soldado Anderico y que no quisiera con amor impuro a la hija del rey. Sin embargo, habiéndose ido Amico, Amelio hizo todo lo contrario; y no sólo conoció carnalmente a la hija del rey, sino que también se lo reveló a aquel soldado. Entonces el soldado Anderico acusó a Amelio en presencia del rey. Y habiéndose establecido el duelo para purgar el crimen, llegó su amigo habiendo recuperado toda su tierra y habiendo llevado a su esposa cerca de París. Escuchó el suceso de Amelio y, turbado ante su posible muerte, comenzó a llorar por el dolor; e intercambiando las vestimentas envió a Amelio secretamente a su casa, y él, como si fuese Amelio, ingresó al servicio.

Vino el día establecido del duelo. Ambos se armaron y él juró que no había violado a la hija del rey, pero Anderico afirmaba lo contrario. Lucharon, pero Anderico fue vencido y muerto. Y como el rey había prometido que daría su hija al vencedor, la dio a Amico,

quien enviando por Amelio y habiéndose vestido de las propias indumentarias, la aceptó por esposa. Amico volvió a la casa y conoció por la palabra de la esposa cómo Amelio yaciendo con ella puso la espada entre ambos para que no quebrantara la fidelidad con Amico. Finalmente, Amico se volvió leproso y la esposa y los siervos lo echaron fuera de su heredad; él, por el dolor, tomó el cáliz que le había dado el Papa, entró en la ciudad de Amelio y, llevando yeguas cerca del palacio, procuró Amelio que le dieran a aquel leproso pan y vino. Pero el mensajero vio el cáliz completamente igual al cáliz de su señor y, turbado por el estupor, se lo contó a Amelio. Éste, levantándose y reconociéndolo inmediatamente, lo besó y llorando lo llevó a su cámara. Como el ángel del señor le había anticipado en sueños que lavaría a Amico en la sangre de sus hijos, se levantó por la mañana, mató a sus hijos con gran dolor y preparó el baño. Una vez que lo lavó y roció, dijo Amelio:

—Señor Jesucristo que aconsejaste a los hombres guardar la fe y que sanaste con tu palabra a los leprosos, sana a éste del cual por amor derramé la sangre de mis hijos.

Fue curado, limpiado y vestido con las mejores vestimentas. Lo reconoció la hija del rey por las palabras de Amelio y luego de besarlo y abrazarlo, preparó una fiesta muy alegre. Estando en el banquete quiso que los hijos fueran llevados para mayor alegría de Amico, pero Amelio lo prohibió. Así pues, como fue llevado a la cámara vencido por las súplicas de la esposa para que llorara sobre sus hijos, vio que eran consolados por muchos al mismo tiempo y los presentó gozoso a Amico y a su esposa narrando el milagro. Y en señal de esto aparecieron cicatrices a la manera de manchas rojas en el cuello de los niños.

Así, recibidos los dineros de Amelio y regresando a su casa, finalmente, sometió a los rebeldes y, pasado el tiempo, cuando murieron ambos, en el mismo sepulcro fueron hallados.

12

[EJEMPLO DE LOS DOS AMIGOS] [12]

Relata el padre [13] Alfonso que había dos mercaderes, uno de Egipto, otro de Bagdad, que se conocían tan sólo de nombre. El de Bagdad visitó al egipcio, que lo recibió con muchos honores. Sellaron la amistad, y recibiendo el de Bagdad muchos obsequios regresó a su propia casa. Transcurrió el tiempo y el egipcio fue robado, se tornó pobre y, teniendo confianza en su amigo, fue hasta Bagdad. Llegó de noche y descansó en una casa ruinosa. Pues como en la ciudad se había cometido un homicidio y su autor era buscado por las calles, el egipcio fue hallado por la miseria de su infortunio, confesando rápidamente que había cometido el homicidio. Fue conducido al patíbulo, pero lo reconoció el de Bagdad, quien eligió morir por el amigo. Se presentó gritando:

—¡Yo fui quien perpetró el homicidio, no él!

Entonces el autor del crimen, confesando la verdad, liberó a ambos, y el juez salvó de la muerte a los tres.

El de Bagdad es el hijo de Dios, el mercader de Egipto el pecador, el encubrimiento es la encarnación, los gozos son las virtudes, el empobrecimiento los pecados cometidos, la confesión del homicidio la desesperación de la divina misericordia a la que Cristo se opuso anillando la muerte por nosotros.

13

[EJEMPLO DEL MEDIO AMIGO] [14]

Relata el padre [15] Alfonso que un hombre preguntaba a su hijo cuántos amigos había adquirido a lo largo de su vida. Le respondió que muchos; entonces, el padre le dijo:

—Amigo no es quien no se compadece del amigo en la necesidad y lo abandona. Pues para que conozcas que no tienes amigos sino más bien enemigos, toma un ternero muerto, ponlo en un saco, y ve hasta los hombres amigos y diles en secreto que lo escondan, que mataste a un hombre; y si lo ocultan y reciben fácilmente, son verdaderos amigos. Si, por el contrario, lo revelan y responden negativamente, son enemigos.

Y esto hicieron, en mayor número, los que lo acusaron con gritos. Entonces regresó llorando hasta su padre y le dijo:

—Verdaderamente todos son enemigos, ya que me engañaron.

Entonces el padre le dijo:

—Ve hasta un amigo mío que hace cuarenta años que lo adquirí y dile de mi parte lo mismo que a los otros dijiste.

Así hizo y aquél, alegre, aceptó el ternero muerto y lo sepultó secretamente ocultándolo del enemigo.

El padre es Dios, el hijo el pecador cuyos amigos examinan el mundo, la carne los demonios a los cuales confundimos continuamente, pero el verdadero amigo es Cristo, que sepultó los pecados nuestros y nos redimió.

14

[SAN BASILIO LIBERA A UN HOMBRE] [16]

Se lee en la *Vida del beato Basilio* [17] que un hombre servía a un noble, de cuya hija se enamoró perdidamente y a la cual no podía engañar con dones, lisonjas o requerimientos. Tomó consejo de un encantador y escribió una carta que dirigió al demonio. Éste, con la carta que le había sido enviada, se le apareció una noche en el cementerio de los judíos. A su malvada invocación apareció el diablo y le mostró la carta. El hombre le confesó todos los secretos que guardaba en el corazón. Le dijo el demonio:

—Si quieres que cumpla tu voluntad, hazme una carta o escrito por tu propia mano, en la cual reniegues de Cristo y su perfección y aun de todos los santos.

Hecho esto, el diablo hizo arder el joven corazón de la niña en muy grande amor. Desde que fue prostituida en tierra, comenzó a gritar:

—¡Padre, mísera de mí, porque soy tan cruelmente atormentada por el amor de tu vasallo!

La escuchó el padre lamentándose por amor y dijo:

—¡Ay de mí!, ¿qué sucede, mísera hija mía? [18] Pues yo te disponía a casar con un esposo celeste y creí salvarme por ti, y tú por el contrario te empeñaste en amor lascivo.

Entonces ella comenzó a gritar fuertemente:

—¡A no ser que lo evites, deseo morir!

Tomando este consejo, la casó con mucha fortuna. Como ella estaba comprometida con el diablo, no escuchaba misa ni podía ver el signo de la cruz y menos llevarla. Como esto fue descubierto por la mujer mientras él lo negaba, ella dijo:

—Si quieres que te crea, entremos ambos al mismo tiempo a la iglesia y a la vez harás el signo de la cruz.

Viendo aquél que no podía ocultarse, le contó todo y ella respondió gimiendo:

—Confía, hermano, en la misericordia de Dios, porque Dios es poderoso para hacerte justo.

Lo condujo hasta el beato Basilio, le confesó todo lo sucedido y, una vez que lo absolvió, le enseñó el signo de la santa cruz. El diablo se hizo visible ante el beato Basilio y gritó:

—Oh Basilio, tú me dañas; pero yo no fui hasta él, sino que éste vino hacia mí negando a Cristo y así se unió a mí.

Encerrándolo el beato Basilio en la casa y haciendo el signo de la cruz, aunque durante cuatro días sufrió los horrendos engaños del demonio, sin embargo, al cuarto día fue liberado por la virtud de la sangre de Cristo, a quien continuamente invocaba en presencia de todos. Se levantó súbitamente y la carta apareció abierta en la mano del beato Basilio, quien conduciéndolo a la iglesia predicó sobre la misericordia de Dios.

15

[EL REY POR UN AÑO] **[19]**

Se cuenta en el *Barlaam* que en una ciudad era costumbre que tomaran por rey a un extraño totalmente ignorante de la costumbre de la ciudad. Le daban el gobierno y hacía sin ningún temor absolutamente todo lo que deseaba durante todo un año. Así, pues, vivía lleno de deleites y placeres. Ni bien se cumplía el año, estos súbditos penetraban en la ciudad y, desnudo, lo desterraban y lo enviaban a una isla, donde careciendo de comida y vestido moría miserablemente.

16

[LA DESGRACIA DE LA CASTA HIJA DEL CONDE DE POITOU] [20]

Se lee en una *Historia de los reyes de Francia* [21] que hubo un conde en Poitou que tuvo un hijo y una hija de su noble y buena esposa. Un día ella murió y, contemplando la hermosura de su hija, consintió en su corrupción. Como la molestaba con lisonjas y amenazas, ella, afirmada en la castidad y pureza, no como mujer, sino como hombre rechazó la malicia del padre. Éste continuamente la instigaba al pecado y ella virilmente protestaba. Como su hermano de vientre se había marchado a Bolonia para adquirir ciencias y no tenía en quién confiar, llamó a la nodriza y le contó este lastimoso secreto. Ésta, estupefacta ora por la malicia del padre, ora por causa de la constancia de la joven, le aconsejó cómo escapar a esta ocasión de pecado. Y tomando dineros, huyeron en la noche.

Por fin, llegaron a Saint-Gilles, donde el mismo hijo del rey de Arlés era cuidado por el conde de Saint-Gilles. Como ya escaseaban dineros a la joven y a la nodriza, se acercaron a la condesa y le suplicaron por el sustento de la vida. Ella, prestando atención a la pureza e inocencia que relucía en su rostro, la alimentó como si fuese su hija, conservando su nodriza por compañera. Como ella continuamente rogaba a Dios y a la beata Virgen para que custodiaran su pudicia, el hijo del rey de Arlés se enamoró honestamente de ella. Se concertó matrimonio entre el hijo del rey de Arlés y la hija del rey de Francia, y a través de la reina de Arlés, madre del joven, que moraba en un castillo propio, el joven respondió que nunca tendría mujer sino a la joven Margarita de Saint-Gilles. Como todos sus amigos reunidos con grandes lágrimas le rogaban que hiciera lo contrario y no pudieron convencerlo, la dicha dama fue llamada y con el hijo del rey se unió en matrimonio. Por esta causa nació mortal enemistad entre la reina de Arlés y la mujer de su hijo. La tuvo por esposa, quedó embarazada, y mientras se aproximaba la fecha del parto, este nuevo rey de Arlés debió ir a un combate difícil. Y como confiaba mucho en el conde de Saint-Gilles, que lo había criado, le encomendó humildemente a su embarazada esposa Margarita y para que cuando naciera el niño le anunciara las noticias del parto y también las condiciones en que había nacido el niño.

En ausencia del rey, la esposa parió un hijo hermosísimo. El conde de Saint-Gilles envió un mensajero para informarle las nuevas al rey. Entonces el mensajero, atravesado por la pasión, fue engañado vergonzosamente por la reina, pues con falsas cartas en nombre del conde de Saint-Gilles escribió que la mujer había parido un hijo con cabeza de perro. El rey leyó la carta, pero fue vencido por el amor a su esposa, y como las noticias que habían llegado eran muy tristes, escribió para que la madre con el niño fueran alimentados y custodiados. Cuando regresó el mensajero, una vez más visitó a la madre del rey y, embriagado por ella, le sustrajo las cartas y le colocó nuevamente otras falsas en la bolsa:

> *Tal rey a tal conde salud:*
> *Como tuvimos conocimiento del origen oscuro y vileza de nuestra consorte, te mandamos bajo pena de nuestro amor que madre e hijo mates para que cuando regrese, con honor pueda tener esposa noble y hermosa.*

Las cartas fueron leídas por el conde. Dolor y llanto lo invadieron, pero procuró que se cumpliera la orden. Entonces aquella dama arrodillada comenzó a implorar a Dios:

—¡Dios amante de castidad y verdad, guárdame de todo pecado y de este dolor!

Por la noche fue llevada Margarita junto con su hijo a un bosque para que los verdugos la matasen. Éstos, tomando al niño por los brazos, desenvainaron la espada como si lo fueran a matar. Entonces el niño comenzó a sonreír.

Los verdugos dijeron con piedad:

—Si matamos a la madre y salvamos al niño, el niño morirá de hambre, a menos que se lo queramos dar a otra nodriza. Y esto no lo hacemos por temor a que la muerte nos venga de aquí.

Y como matarlo les parecía algo horrible, ambos dijeron en secreto a la madre:

—Si quieres huir y pasar a lejanas tierras en las cuales seas desconocida, por el niño salvaremos tu vida.

Les dio las gracias, aceptó su bendición, pidió limosnas para su hijo, atravesaron con los peregrinos muchas tierras y, finalmente, llegaron a Bolonia, donde su hermano, que había ido allí para buscar la ciencia, había sido ordenado obispo. Ella, en verdad,

descansando en el mismo lugar y recibiendo limosnas de éste, que cotidianamente daba a los peregrinos, fue vista por un santo hombre. Prestando atención a la hermosura y elegancia de su hijo, suplicaba al obispo para que socorriera en la necesidad a este niño en la casa para que no vague por el mundo y caiga en el escándalo de los demás. Consintiendo a esta súplica, el obispo le suministró las cosas necesarias para una vida felicísima.

Finalmente, su marido regresó del combate, reclamó al conde de Saint-Gilles por su esposa y pidió al hijo. Éste, estupefacto, mostró la carta de su asesinato. El mensajero fue llamado, se averiguó lo sucedido y se supo que la madre del rey de Arlés había falsificado las cartas. Los verdugos fueron llamados, y con dolor vertieron voces lastimosas. El rey buscó el lugar de la sepultura de la esposa y del hijo para morar allí con ellos. Como luego fue conducido al bosque y no le pudieron ocultar la verdad, los verdugos confesaron que compadeciéndose del hijo, sin herirlo dejaron escapar a la madre con el niño. Ante esta voz el corazón del rey se regocijó y juró nunca regresar a su reino hasta que tuviese noticias ciertas de ellos; y emprendió el camino solo, distribuyendo los vestidos reales entre los pobres. Se vistió con viles vestimentas y pidiendo limosna preguntó por el hijo y la madre, describiendo con señas la figura de la mujer. Y encontró la certeza en los pobres que hacían aquel camino. Así, siguió los vestigios de su itinerario, de modo que fue conducido a Bolonia. Pues como un día recibió limosna del obispo, y no mostró la debilidad o necesidad, sino la sola humildad en aceptación de esta limosna, fue llamado por el obispo y le preguntaron por la causa de su viaje. Narró los hechos de la historia conforme habían sucedido y el obispo supo que era su mujer aquella que se alimentaba de su limosna. Fue llamada la matrona con la jovenzuela, preguntó su origen y su estado, y conoció que era su hermana y la esposa del rey de Arlés. Para el día siguiente fue preparado un almuerzo, ambos portando vestidos reales, y convocados todos con su hijo fue presentado como su marido. Tal era su placer, que se lanzó a sus labios y no pudo ser separado del abrazo de la mujer. El obispo comenzó a gritar con lágrimas:

—Amigo, traedla, traedla a mí un poco, puesto que hermana mía es, y yo su hermano de vientre, hijo del conde de Poitou.

Conociendo la verdad, se alegró y al instante dio a su hermana

en dote el condado de Poitou, el cual él había heredado, y con gran gozo y con el cortejo los envió de vuelta a su reino.

17

[DE LA HIJA DEL EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA Y EL MERCADER TOLOSANO]

Se lee en unas *Historias de los Romanos* [22] que hubo un rey en Sicilia que tuvo por esposa a la hija del emperador de Constantinopla. Como ella era castísima, teniendo el diablo celos de su castidad, indujo a su esposo sueños malos: se le revelaba en sueños que un judío se unía con ella. Como este sueño se repitió muchas veces por diligencia del demonio, convocando a los astrólogos y a su consejo preguntó qué podía hacer. Y como los consejeros eran siervos del diablo y odiaban la castidad, aconsejaron al señor para que fuera abandonada con aquel judío de quien tenía desconfianza en las olas marinas sin timón, sin vela, sin comida, sin otra ayuda, para que la devoraran monstruos marinos y sus parientes no supieran qué fuera de ella. Este castigo, que se propuso en el consejo, fue aceptado por todos.

La señora fue puesta con el judío en la nave abandonada; sin embargo, no desesperó de Dios, quien se complacía de su castidad; por el contrario, eligió a Dios como patrono, a la beata Virgen María como ayudadora y a la beata Catalina como abogada. El mar se embraveció, de donde no salieron sino con la ayuda de Dios y la protección de la Virgen y, así, sin ningún daño atracaron en Venecia. Y puesto que la malicia del judío es instrumento del diablo, olvidando este milagro la ató en la ribera, y la mostró como si fuera una esclava a la venta. Atraído por su hermosura y conversación, un mercader tolosano la compró por veinticinco florines; y una vez comprada, la llevó a su casa no sin mucho dolor y grandísimas lágrimas de esta santa dueña. El sueño huyó de sus ojos, corrían lágrimas de ellos, no aceptaba la comida y día y noche ayunaba mortificándose; se mostró humildemente ante el amante devota de la castidad, reclamó la ayuda de la Virgen María y Catalina. Y mientras permanecía en el dolor, la causa de ello fue

requerida por el comprador tolosano. Cuando supo que era noble y el alto grado de su origen, tomándola con dulzura, cedió a toda petición amorosa para que depusiera aquel dolor. Entonces ella dijo:

—Tres cosas pido a tu amor. La primera es: no presumas violar mi castidad. La segunda es: no me saques con vestido de mujer sino de hombre para que no dé motivo al escándalo. Tercero: no me llames con mi nombre, «Catalina», sino llámame «tu compañero».

Éste aceptó con ánimo placentero y juró respetar estas promesas. Vestida con atuendo de hombre y llamada «compañero», se embarcaron con sus mercaderías en dirección al puerto de Marsella, donde estaba el arzobispo de Lyón, que se disponía a cruzar el mar. El dinero le faltó al mercader, requirió consejo a su compañero, quien sacando el anillo de su casamiento se lo entregó para venderlo. El mercader ignoraba la virtud del anillo. Averiguó de diversos modos que la ciudad de Marsella no podía apreciar suficientemente su valor. Muchos compradores acudieron y ofrecieron un único préstamo, por lo cual les entregó el anillo. Y cuando fue a consolar al compañero, esto es, a la dueña, que permanecía en el puerto para la custodia de las cosas, no la encontró. Y mientras preguntaba dónde estaba, respondió uno que se hallaba cerca:

—El arzobispo de Lyón entró su nave en la mar con todas sus pertenencias gracias a los prósperos vientos. Y mientras movido por la compasión todos nosotros y tu compañero ayudamos a recoger los víveres, la vela se alzó e, ignorándolo, fue llevado con lo que había en la nave con la familia del arzobispo de Lyón.

Escuchando esto, por el dolor desgarró sus vestimentas, cayó a tierra, olvidó la mercadería, corrió a la montaña para al menos poder ver los vestigios del camino de éstos y conocerlo. Y como ahogado por las lágrimas no podía gritar, con la mano elevada tendió el anillo hacia la nave para que no se alejara mucho. De pronto vino un cuervo, y sustrayéndole el anillo lo llevó consigo. El hombre corrió atravesado por uno y otro dolor. Su compañero fue por la gracia de Dios muy amado y criado en la casa del arzobispo como un hijo, y por voluntad divina no se supo que era mujer, muy por el contrario, era tenido por todos como escudero.

Habiendo regresado el mercader a Marsella, puso todas las

mercancías a la venta, se embarcó en una nave de los Templarios para seguir a su buen compañero, pero lamentablemente el arzobispo regresó con el compañero por otro camino. Luego llegó a tierra y, al no estar la nave preparada para volver, desesperó por la falta del compañero, se agravó por la enfermedad y el abatimiento y, habiendo gastado todos sus bienes, permaneció durante cinco años en Ankara. El arzobispo mencionado llegó a Constantinopla y fue invitado por el emperador, es decir, por el padre de esta dueña, que le servía como escudero convenientemente. Y como la sangre arrastra, este escudero fue querido por el emperador, y fue pedido al arzobispo. Tras una prolongada comida, se dejó a elección del escudero, que eligió el servicio del emperador. El arzobispo se retiró, y éste, así, fue amado por el emperador, por lo cual lo ordenó y dispuso como sucesor suyo. Pero como se negó y pidió un solo castillo como sustento de su vida, fueron llamados príncipes y condes al consejo del emperador. El emperador declaró su propósito, todos consintieron y se congratularon por la diligencia del escudero. Éste, tomando juramento de fidelidad a todos, bajo secreto reveló al padre y a todos que era la hija del emperador, imponiendo bajo pena capital que nunca se revelara que era mujer, si no por permiso de ella.

Finalmente, murió el padre y ella, para que fuera alzado un hombre en el imperio, vació la limosna e hizo edificar un hospital maravilloso y enorme en honor de la beata Virgen y la beata Catalina y por el alma de su compañero, a quien creía muerto. Cada noche aparecía el pregonero y gritaba:

—¡Este hospital lo mandó hacer el señor emperador en honor de la beata Virgen y la beata Catalina por causa de su buen compañero!

Entonces este mercader tolosano que, deseando recuperar todos sus bienes que había perdido en ultramar, regresó, pidió limosnas y se dirigió a Constantinopla, permaneciendo en aquel hospital durante muchos días y meses. Y, en fin, oyó la voz del pregón. Su ánimo se levantó y él mismo, viendo el rostro del emperador, aunque no inmediatamente, la reconoció, por su rostro y por el modo en que llegó al servicio del emperador muerto, como aquella a la que él había comprado. Y acercándose a sus soldados y servidores, dijo que si lo querían presentar al emperador, él le

ofrecería un anillo de tanto valor y nobleza que con dificultad se lo podía apreciar. Lo despreciaron por la vileza de sus vestidos, y fue expulsado fuera de la casa, pero él supo conducir el asunto para que le fuera dicho al emperador. Éste, no siendo ingrato ni olvidadizo de los beneficios del compañero, accedió a ello, lo abrazó y le cayeron muchas lágrimas. Lo vistieron con atuendos de rey, fue alimentado, reanimado y lavado. Por segunda vez príncipes y varones fueron convocados y una gran fiesta fue pregonada y dispuesta. Reunidos todos, en presencia de todo el pueblo fue hecho soldado y elevado en la tribuna. Estaba allí el emperador con los príncipes que sabían que ella no era hombre, sino más bien la hija del emperador. Se dio a conocer el feliz suceso. Ella contó todos sus infortunios y la fidelidad del amigo.

Finalmente, en señal y retribución de los trabajos se le ofreció el imperio y se casó con ella; de modo tal que ella fue emperatriz y el tolosano emperador.

18

[LA MUJER CASTIGADA POR HABER CALLADO UN PECADO DURANTE LA CONFESIÓN]

Escuché a un predicador digno de fe que una vez dos predicadores iban por el camino, de los cuales uno era confesor del señor Papa y hombre santo y el otro era muy inocente y pío. Una vez iban por el camino y llegaron a un castillo en el cual había una mujer que cometía adulterio con uno de sus familiares, y por la gravedad del pecado y la vergüenza humana permaneció sin confesión durante once años. Mientras veía a esos pobres en la iglesia celebrando la misa, decía para sí:

—Éstos no te conocen y no volverán jamás a estos lugares y por esto les dirás tus pecados.

Una vez celebrada la misa, se acercó al confesor, con el compañero parado delante, y cuando comenzó a confesar sus pecados, ante la confesión del primero salió un sapo de su boca y, saltando, salió de la iglesia. Como tenía vergüenza de sus pecados, no quiso confesarlos, y cuando fue absuelta y estaba dispuesta a

retirarse, el compañero del confesor vio a todos aquellos sapos que habían salido de la boca de la mujer y cómo uno dentro de otro mayor y de enorme forma se metieron todos en la boca de la mujer y en su vientre. La mujer se retiró no habiendo confesado su pecado de adulterio. Los padres se marcharon y, cuando estaban a una legua, el compañero del confesor le reveló lo que había visto de la mujer que se había confesado. Éste, aterrado y triste, dijo:

—Seguramente guardaba algo en su confesión.

Y cuando regresaron para convertirla, la encontraron estrangulada. Ellos, afligidos, de forma sorprendente comenzaron con ayunos y oraciones a implorar la clemencia divina para que se dignara mostrar qué significaba la visión que se les había ofrecido. Al tercer día se apareció ante ellos la mujer cabalgando sobre un dragón y dos serpientes crueles que estrangulando su cuello chupaban sus pechos, dos sapos terribles estaban sobre sus ojos, y de su boca exhalaba fuego sulfúreo; dos perros devoraban cruelmente sus manos y dos flechas ardientes eran enviadas a sus orejas, y en su cabeza yacían lagartos. Cuando la vieron los padres, cayeron aterrorizados. En cambio, ella dijo:

—No queráis temer, amigos de Dios, que yo soy aquella maldita mujer que el otro día por vos fue confesada y porque guardé en la confesión tal pecado, fui condenada a esta perpetua pena.

Entonces el confesor dijo:

—Te exhorto por Cristo verdadero y vivo que me aclares dos dudas: primero, ¿qué significan estas diversas penas?

Entonces ella dijo:

—Los lagartos de la cabeza son en castigo por los adornos de la cabeza, los sapos de los ojos en castigo por las miradas corruptas, las flechas ardientes en castigo por las cosas corruptas escuchadas, el fuego de la boca en castigo por las difamaciones, los besos, las canciones y las palabras inmundas, las serpientes crueles en los pechos en castigo por retener caricias inmundas, pero la crueldad de estos perros crudelísimos en castigo por las caricias inmundas, y puesto que muchos bienes dio a los puercos y perros, de los cuales se pudieron alimentar los pobres de Cristo. Cabalgo sobre este dragón que me tortura con un indecible dolor y me quema todas mis piernas y todas mis vísceras en castigo por las obras inmundas que en el mundo hice.

Entonces el confesor dijo:

—Te ruego en segundo lugar que aclares la segunda duda mía: ¿cuáles son los pecados por los cuales la gente es más dañada?

Entonces dijo la mujer:

—Los hombres descienden al infierno por muchas formas de pecados, pero las mujeres por cuatro tipos de pecados, sea por pecado de la lengua, por pecados de belleza y pintura, por pecados de sacrilegio y por vergüenza de la confesión.

Como luego le preguntaron cómo la pudieran ayudar, el dragón, con sorprendente tormento, súbitamente se la llevó conduciéndola al infierno.

19

[EL MERCADER DE BURDEOS Y LA JOVEN HIJA DE ALEJANDRÍA] [23]

Se dice que en Burdeos hubo una mujer que tenía un único hijo al cual quería enriquecer y por esto lo entregó a un tío suyo para que lo instruyera en el comercio. Asociado con su tío tuvo cincuenta libras y el joven fue enviado por el mercader a una ciudad. Ahí escuchó en el sermón que nada había que enriqueciera tanto al hombre como la liberalidad de la limosna. Y puesto que en el viaje se había derrumbado una iglesia de San Nicolás para cuya reconstrucción se pedían limosnas, el joven dio por amor a Dios sus cincuenta libras.

Regresando luego hasta su señor, cuando le narró el hecho lo expulsó de su casa, pero lo volvió a aceptar gracias a las lágrimas de la madre que prometió que se enmendaría. Y cien libras dieron para que tuvieran en común.

Luego de mucho tiempo, el joven fue enviado a ultramar con mucho dinero y con una nave. Los piratas raptaron a la hija del sultán y le mostraron a la cautiva, cuya hermosura, costumbre y buena conversación atrajo la atención del joven. La compró por un precio de cien libras y, terminada la navegación, la condujo a Burdeos.

Cuando la vieron su padre y su madre, sospechando que la había

comprado para dedicarse con ella a las impurezas, ambos fueron expulsados de la casa. Entonces ésta, convertida a la fe de Cristo, fue bautizada y se abocó con tanta devoción a la cruz y a la beata Virgen que al joven que la compró movió a gran santidad. Por último, fueron celebrados esponsales entre ellos y, no siendo movido a inmundicias, fue sublimado por la virtud de la cruz. Y porque muchos eran los pobres, ella indujo al joven a la compra de diversas especies de sedas y oro con las cuales hizo vestidos muy hermosos y principalmente un paño de oro tan hermoso que a todos los que lo veían dejaba atónitos. Entonces el joven fue enviado a Alejandría con orden de vender en determinada fiesta de los sarracenos las vestimentas y el paño en la calle, y que por el paño no recibiera menos de dos mil florines, porque como ahí se sabía que ningún viviente en el mundo excepto ella podía hacerlo, su padre pagaría todo el paño. El joven fue advertido sobre un punto: que a por el pago del dinero no fuera al castillo del padre, sino que en la calle esperara el dinero antes de la entrega del paño. El joven hizo como se le había advertido, y en el día de la fiesta mostró los vestidos que vendía. El paño fue deseado por el sultán, quien con liberalidad lo pagó. Pero el joven no fue al castillo del sultán, aunque se le rogó insistentemente que lo hiciera. Regresó a la virgen con muchas y maravillosas riquezas. Ellos compraron tierras y ella no quiso aún contraer matrimonio hasta que no juntasen muchas riquezas. Ella compró una seda de maravillosa hermosura y costosísima, hizo vestidos más hermosos y mejores que los primeros, y el paño fue arreglado con tanta hermosura que nunca se vio antes otro tal.

Regresó el joven a Alejandría con las mismas advertencias que la primera vez, y en el día de la gran festividad expuso el paño y los vestidos y por el paño pidió diez mil libras. Condescendiendo el sultán a esta cantidad por amor a su hija, con palabras dulces atrajo al joven para que subiera al castillo para tener la paga. Él, cuando entró al castillo, fue inmediatamente atrapado y puesto en un caballo, y reveló que la hija del sultán permanecía en Burdeos en tal cámara y en tal casa. Enviaron hacia allí las galeas, mientras que él permaneció cautivo. La jovenzuela fue descubierta, atrapada y devuelta al padre con mucha tristeza. El joven fue liberado, se le pagó todo el dinero y regresó a Burdeos. Así, no habiendo hallado a

su esposa, colocó el dinero en lugar seguro y volvió a Alejandría. Por largo tiempo moró allí y no pudo verla. Finalmente, por astucia de su huésped, a quien en secreto le había revelado esto, fue conducido a un bosquecillo donde la vio y fue reconocido por ella. Ambos simularon no conocerse y él permaneció en la ciudad.

Finalmente, ella convenció a los custodios, con el pretexto de comprar ese vestido que ella le había dado, que lo trajeran hasta ella. El joven fue llevado, habló con ella y acordaron que en determinada fiesta preparasen el navío, pues ella tenía la oportunidad de fugarse y no otros. El joven salió contento. La fiesta convenida se aproximó, pero el navío no apareció. Por fin, cuando llegó en la alborada de la festividad al puerto y ninguna nave allí viese, lamentándose y llorando dijo:

—¡Oh San Nicolás!, ¿de qué modo podéis restituir óptimamente aquello que doné en la construcción de vuestra iglesia por reverencia a Dios?

Y mientras lloraba, vio en el otro extremo del puerto una nave disponiéndose a regresar. Y sabiendo que iba a Burdeos, convenido el precio por el viaje regresó al lugar fijado por la jovencita, y he aquí que ésta vino con una costosa perla y un tesoro maravilloso, y furtivamente ambos fugitivos fueron aceptados en la nave. En cuanto tocaron la tierra de Burdeos y todos los tesoros descargaron, súbitamente la nave desapareció, y finalizando el matrimonio, alabaron a Dios y a la Virgen.

20

[UN HOMBRE PRUEBA EN SU MADRE LA PERVERSIÓN DE LAS MUJERES] [24]

Se lee en los *Hechos del filósofo Segundo* que como un joven vivió en Atenas y ahí aprendió la sabiduría de los libros sobre las inmundicias de las mujeres, quiso probarlo en los hechos. Así, regresó a su propia casa, y como fue desconocido de todos por su larga residencia en el lugar de los estudios, se hospedó como extranjero en la casa del padre. En la ceremoniosa cena comenzó el joven a solicitar a su madre para el acto inmundo. Como insistió en

forma apremiante, ella primero se negó, pero, finalmente, aceptando los denarios del joven, reposó con él desnuda. Y cuando habían pasado toda la noche sin pecado y la mujer, llegando el día, con abrazos y besos quiso excitar al joven al pecado, éste, levantándose súbitamente, dijo:

—¡Verdaderamente ahora conozco ser tanta la libido de las mujeres que no respetan a sus propios hijos!

En cuanto la madre lo reconoció, se suicidó. El joven, dolido por que por sus palabras se hubiera suicidado su madre, guardó perpetuo silencio.

21

[DE LOS TRES HIJOS QUE BUSCABAN EL AGUA DE LA JUVENTUD PARA SU PADRE ENFERMO] [25]

Había un hombre enfermo de una enfermedad incurable. Supo por los médicos que no se podría curar hasta que tuviese parte del agua de la fuente de la juventud, que era medicina de toda enfermedad. Llamó a sus tres hijos y les pidió que recorriesen las tierras, probasen las aguas y, a quien le llevara agua de la fuente de la juventud, le dejaría el reino. Aceptando la recompensa, los hijos se dividieron toda la tierra así: que el mayor fuera por los reinos, el mediano por las planicies, el más joven por los montes. Finalmente, el más joven, yendo por grandes bosques, llegó a la casa de un anciano que le enseñó dónde estaba la fuente de la juventud. «Pero muchos y diversos peligros hay ahí que si no pudieses atacar ni superar, mejor sería detenerse que ir». El primer peligro era ir al encuentro de una culebra a la que debía matar. El segundo era la reunión de jovenzuelas a las que no debía contemplar. El tercer peligro era ir al encuentro de soldados y escuderos, que blandían todo tipo de armas si alguno de ellos era atacado. El cuarto era la apertura del palacio en el cual había una doncella que tenía la llave de la fuente de la juventud. Pero en la puerta había unas campanas, y tan pronto como sonaran, venían los soldados y mataban al que las tañía. Y contra este peligro el ermitaño le dio una cota de malla que las campanas cubría para que no produjeran sonido.

Finalmente, el joven fue, y cuando la culebra lo atacó, con la lanza la hirió levemente; luego, entrando a un prado en el que había mujeres, las más hermosas fueron a su encuentro, pero él, cubriendo su rostro, sin decir palabra se alejó de allí. Y cuando llegó a un castillo hermosísimo, soldados y escuderos fueron hasta él con todo tipo de armas y se presentaban mostrando caballos hermosos; sin embargo, despreciando todas las cosas, llegó al palacio. Y cubriendo todas las campanas con la malla, mientras entraba al palacio vio a una hermosa mujer, a quien humildemente le suplicó que le ofreciera agua de la fuente de la juventud.

Entonces ella le dijo:

—Me dijo mi señor padre que me uniera con aquel soldado que, habiendo vencido todos los impedimentos por él colocados en el camino, llegase a mí salvo. Y puesto que tú eres ése, no sólo de la fuente tendrás parte, sino también a mí me tendrás por esposa.

Aceptando a la jovenzuela por esposa, regresó hasta su padre por diferente camino y obtuvo el reino.

Hablando espiritualmente, estos tres hijos del género humano cuyo padre está enfermo son tres estados de los hombres: un estado es desear placeres, y éste va por las riberas; el otro es desear placeres, y éste va por planicies; el tercero busca penitencias, y éste va por montes. A éste se le presentan cuatro obstáculos: afección a la venganza, que es la culebra; complacencia de la carne, que son las mujeres; afección a las cosas mundanas y temor de la pobreza, que son los soldados; deseo del honor, que son las campanas. Primeramente se evita por la lanza de la memoria de la Pasión de Cristo, segundo por fuga de la pobreza, tercero por esperanza de la recompensa, cuarto por esponja de la humildad. Finalmente, entrado al palacio de la gracia, encontrada allí con la caridad, que es hija de Dios, no sólo gana el agua de la remisión de la culpa, sino que también la tiene.

22

[LA ABADESA ENCINTA] [26]

Se lee en el *Marial mayor* [27] que había una abadesa justa en el

gobierno de su abadía, devota en la vida, santa en la conversación. Castigaba severamente a los pecadores; por ello, se ganaba la ira y, como no la podían dañar de otro modo, estando a su servicio, signos de gran amor le ofrecían. La abadesa, corrompida por ellos, concibió un hijo de un servidor suyo. Le fue creciendo el vientre, lo supieron todos en el refectorio y los hechos fueron conocidos por todos. Con cartas y mensajeros requirieron la venida del obispo de forma apremiante. Presintiendo su venida, la abadesa ingresó al oratorio de la beata Virgen toda bañada en lágrimas, diciendo:

—¡Oh bendita Virgen, lucero del mundo, refrigerio de los pecadores, auxiliadora en toda tribulación!, considera ahora mi apremiante confusión. No soy digna por mi deforme pecado de acceder a tu presencia, pero sobreabunda tu clemencia donde sobreabunda el pecado.

Con el corazón contrito y lleno de lágrimas, estuvo junto a la beata Virgen, se durmió largo rato y, en aquel sueño, se le apareció la Virgen bendita diciéndole:

—No está permitido que la abogada de los pecadores abandone a los dolientes en la necesidad; por ello, obtuve para ti de mi hijo la remisión de tus pecados y liberación de tu confusión.

Entonces la Virgen recibió a dos ángeles para que la liberaran de la carga de la descendencia. Y cuando la abadesa fue revisada, se encontró privada del embarazo, y llegando el obispo con los honores acostumbrados audazmente fue a su encuentro. Éste la acusó con oprobio, y mientras averiguaba por deshonestas personas sobre la acusación, fue hallada limpia y sin signo de corrupción. Éste, contemplando personalmente la verdad, tendido a sus pies pidió la indulgencia; y cuando quiso castigar duramente a los monjes, la abadesa, confesando sacramente, le dio a conocer el milagro de la beata Virgen. Entonces el obispo, sabiendo la verdad sobre el niño, lo crió y lo condujo a gran santidad.

23

[EL SACERDOTE DEVOTO Y LA FLOR] **[28]**

Se lee en el *Marial mayor* que hubo un hombre devoto de la

beata Virgen. Para reverenciar su nombre, por cada una de las cinco letras que su nombre contenía decía cinco salmos, que comenzaban por cada una de estas letras [29]. El primer salmo era «***M**agníficat*»; el segundo «***A**d dominum tribulatur*»; el tercero «***R**etrubue*»; cuarto «***I**nconvertendo*»; quinto «***A**d te lavavi*». Y al final de cada salmo decía una salutación a la beata Virgen. Sucedió un día que, habiéndose ya todos levantado, no aparecía. El prior se acercó a su lecho, descubrió su rostro y encontró cinco flores rosadas que salían de él: una de la boca, dos de los ojos y dos de las narices. Y llamando a todos, mientras con gran gozo se llevaban al difunto a la iglesia, con sorpresa los que lo contemplaban vieron que en aquella flor que salía de la boca estaba escrito «Ave María», y los que lo velaron por siete días alabaron a la bendita Virgen.

24

[LA VIRGEN, EL DIÁCONO Y EL DEMONIO CON EL PERGAMINO]

Se lee en el *Marial Mayor* que hubo un subdiácono en la ciudad de Toledo que era muy devoto de la Virgen María. Como en una solemne festividad de la Virgen ayudó en el altar al sacerdote, mientras se decía el Evangelio vio al demonio en la puerta de la iglesia en forma de simio, teniendo en su mano derecha un pergamino y en la izquierda una pluma. Mirando a todos los que estaban en la iglesia, escribía en el pergamino. Y mientras miraba esto, vio a la beata Virgen, sentada detrás del altar, que tomaba al simio al salir. Y cuando el simio completó el pergamino y lo quiso extender con los dientes, se movió la piedra en la que estaba y, mientras caía haciendo gran estrépito, se le desvaneció el pergamino de las manos. El subdiácono se acercó al altar y, como veía tan claramente esta visión y su tardanza desagradó al sacerdote, fue eximido de ayudar en el oficio. Se le apareció la beata Virgen, que fue a consolarlo y le explicó la visión que le había sido enviada.

—El simio era el diablo; el escrito, los pecados; el humo rechazando el auxilio de la Virgen era el adorno de las mujeres [30],

que en confusión mía y de mi hijo se lleva, y en señal de mi displicencia. Ve hasta ellos y léeles todos sus pecados escritos en el único pergamino, suyos y ajenos, que son seguidos con ornamentos vanos.

La Virgen se apareció al sacerdote y, haciéndole ver la causa de su tardanza, lo restituyó en el oficio.

25

[LA CASULLA DE SAN ILDEFONSO] [31]

Se lee en los *Milagros de la Virgen Santa María* que San Ildefonso contra Eliundo, herético, hizo un libro en honor de la beata Virgen y compuso nueve lecturas para que se recitasen. Un sábado, escuchó un admirable coro de voces en la iglesia y creyó que eran sus sacerdotes que decían las oraciones matutinas. Salió rápidamente y cuando llegó con los suyos a la iglesia, vio una maravillosa claridad y coros de ángeles cantando las oraciones matutinas de la beata Virgen. Y como la bendita Virgen apareció sentada en la cátedra arzobispal, finalizadas las oraciones llamó a Ildefonso y alabó y agradeció las lecturas. Y en señal de verdadero amor, le dio una casulla para que celebrase misa en su honor los días sábados.

26

[EL SACERDOTE DEVOTO]

Se lee en los *Milagros de la Santa Virgen María* que había un clérigo muy devoto de la Virgen María. Y entre otras cosas, la devoción consistía en que, por dolor de las cinco heridas de Cristo que la bendita Virgen había soportado en su limpísimo y santísimo corazón, cinco veces decía arrodillado una antífona. La antífona que leía era la siguiente:

Goza Madre de Dios, Virgen inmaculada,

Goza, pues recibiste gozo por el ángel
Goza, pues engendraste claridad de luz eterna
Goza, Madre de Jesucristo
Goza, Madre de Dios, Virgen inmaculada
y única madre virgen
Te alaba toda la creación
Madre de la luz para nosotros.

Y como sufrió por una enfermedad la gravedad de la muerte y mucho temió la presencia del demonio, apareció la beata Virgen diciendo así:

—Ven a mí, amado, para que recibas parte de los gozos. Es justo porque mis gozos leíste que recibas parte de mis gozos que no se pierden.

27

[DEL PACTO CON EL DIABLO] [32]

Hubo en España un clérigo lascivo que se dedicaba a los placeres. Como tenía tantos pecados, hizo una cédula de homenaje al demonio escrita con su propia sangre. Y como establecieron un plazo, un día, mientras estaba en su cámara, se le apareció un soldado de piedra con un caballo y una lanza también de piedra, con la que, blandiéndola, quería matarlo. Y como lo quería matar porque por tanto tiempo había amado los pecados, prometió enmendarse y, así, lo dejó libre. Sin embargo, no se convirtió. Un día se le apareció el soldado con rostro enfurecido y arrojó una lanza contra él. Éste comenzó a huir y el soldado de piedra, recobrando la lanza, lo persiguió. Finalmente, corriendo llegó a la iglesia de los Hermanos Predicadores y allí se protegió. El soldado no lo persiguió más. Renunció al mundo, con contrición enmendó su vida y tomó el hábito de los Hermanos Predicadores. Y como oró a Dios para que pudiera recuperar la cédula que había firmado con su sangre, un día, mientras lloraba en oración, de la imagen del crucifijo le fue arrojada dicha cédula.

Éste fue un hermano hispano que se destacó por muchos

milagros.

28

[LAS CINCO PREGUNTAS DEL REY] [33]

Se lee en los *Siete dones del Espíritu Santo* [34] que hubo un rey que le propuso a un sabio cinco preguntas.

La primera fue qué cosa es el hombre. Respondió:

—Esclavo de la muerte, huésped del lugar, viajero que pasa [35]. Esclavo de la muerte, se dice, puesto que no puede evadir la muerte y consume todas sus labores. Huésped del lugar, ya que pronto se entrega al olvido y, aunque con gran placer se retira y muchas cosas son prometidas en el ingreso del hospicio, sin embargo, no se libran. Se dice el viajero que pasa porque durmiendo, comiendo, sin tardanza ni reposo se aproxima a la muerte y corre hacia ella.

La segunda pregunta fue a quién se parece el hombre. Respondió:

—Al acervo níveo, a la rosa madura y a la fruta nueva. Al acervo níveo porque con poco color en el agua se diluye y el humo aparece, así el hombre es enviado a la fiebre en la tierra y entonces aparece la podredumbre de ella. A la rosa madura porque en la juventud tiene elegante color, pero en la tarde de la senectud tiene color magro. El pomo nuevo, mientras que pende en el árbol, cree llegar al crecimiento debido, pero con un pequeño gusano que entre en contacto con el interior, cae. Así muchas cosas se esperan del hombre en la juventud, pero cesan con la llegada de la muerte.

La tercera pregunta fue:

—¿De qué manera se tiene el hombre?

Respondió:

—Como lucero que pronto se extingue en el viento, como centella hacia el mar que pronto es absorbida, como lana que pronto se esparce.

La cuarta pregunta fue:

—¿Dónde está el hombre?

Respondió:

—En mucha y diversa guerra, porque consigo mismo tiene

guerra de conciencia como si estuviera en pecado, para que sea destruido por Dios. Exteriormente tiene guerra, porque el acto concupiscible lucha contra el corazón, que quiere convertirlo y encomendarlo a Dios.

La quinta pregunta fue:

—¿Con qué compañeros está el hombre?

Respondió que con siete que continuamente lo molestan: hambre, sed, calor, frío, fatiga, enfermedad y muerte.

29

[HISTORIA DEL CABALLERO PLÁCIDO] [36]

Se lee en el libro de los *Siete dones del Espíritu Santo* que hubo un soldado llamado Plácido que marchando al bosque con gran comitiva de su principado vio un ciervo de hermosísima forma entre un rebaño de ciervos, hacia el que corrió alejándose de sus compañeros. Cuando se metió en el bosque, se detuvo; entre los cuernos del ciervo apareció el que había sido crucificado, y por la boca del ciervo dijo estas palabras a Plácido:

—Plácido, yo soy Jesús Nazareno, quien después de lavar los pies de mis discípulos soporté perecer en vil pueblo, en vil lugar y de vil muerte. Soy en muchas cosas muy dadivoso, en la atracción de los enemigos, alivio de los amigos, liberación de los cautivos. Y a estas penas y asperezas me trajeron, a duros azotes y horribles tormentos. Y aunque pudiera enmendar de otra manera el error a los humanos, tanto más quise la injuria que remover a los pecadores al vicio de la ingratitud. ¿Por qué me persigues a mí, el Creador, por cielo y tierra? [37].

Entonces éste dijo:

—Señor, ¡ayúdame! [38].

Le enseñó los artículos de la fe y, regresando a su casa, fue bautizado con su mujer y sus hijos. Cuando al segundo día fue hasta él, se le apareció, y reconfortándolo le dijo de qué manera había sufrido por él.

31

[LA LEYENDA DE UDO DE MAGDEBURGO] **[39]**

Se lee de un clérigo que fue creciendo junto a un obispo y sirviéndole en aquello que concierne a la inmundicia de la carne. Un día escuchó una voz que le decía:

—¡Pon fin al juego, que ya jugaste bastante!

Y cuando esto escuchó, se vio en un gran campo en el cual había un asiento o cátedra donde el obispo se presentaba ante su Señor. Éste lo hizo bañar en azufre y pez y luego le ordenó descansar colocándose en un lecho de hierro ardiente. Y mientras el obispo blasfemaba contra Dios por la intensidad del dolor, este clérigo se despertó, se acercó al lecho de su señor y lo encontró muerto.

31

[LA LEYENDA DE ROBERTO EL DIABLO] **[40]**

Se lee en el libro de los *Siete dones del Espíritu Santo* que la mujer de un conde carecía de hijos, por tanto, rogó a Dios que le diera uno. Y como no se lo dio, prometió al diablo que si le procuraba un hijo, ella se le entregaba. Ésta concibió y parió un hijo, que en el bautismo se llamó Roberto, quien de niño mordía las tetillas de las nodrizas, golpeaba a los otros, robaba, desfloraba vírgenes; y como avanzando el tiempo crecía en malicia, de adulto fue aún peor. Como su madre se dolía vivamente de ello y padecía inútilmente por él porque constataba que no hacía otra cosa sino males, el joven, desenvainando la espada, dijo que la mataría sino le explicaba el motivo de su angustia. Ella, aterrada, relató el modo en que se había entregado al diablo. Después de escuchar esto, fue a Roma a confesarse al Papa. Y como se empeñó en su propósito, dijo que no se movería de allí y que antes se dejaría morir que alejarse sin confesión. El Papa, al escucharlo, lo envió a una ermita y el ermitaño, perplejo, en misa rogaba a Dios para que le comunicara la penitencia que merecía. Así, llegó una paloma desde el cielo portando una carta con la penitencia: que no hablara sin licencia

del ermitaño, que yaciera con perros y que comiera lo que a ellos les echaban.

Tomando esta penitencia con gusto, se hizo tonsurar por el ermitaño, y dirigiéndose a la ciudad real subió al palacio del rey, donde luchaba con los animales para tomar el alimento que les era echado a ellos. Cuando los siervos que les arrojaban huesos y carne lo vieron luchar con los perros, se lo dijeron al rey. Y éste, viendo que comía lo mismo que le lanzaban a los perros, les arrojó muchas cosas para que se alimentara. Éste yacía con los perros, pasando la noche en oración y lloro. El rey, compadeciéndose de él, no permitió que lo molestaran. Mientras Roberto oraba, el rey se dirigió a la guerra contra los bárbaros que devastaban su reino. Entonces un ángel condujo a Roberto hasta la fuente que estaba en el jardín regio y allí le dio blancas armas y, vistiéndolo con una cruz roja, lo exhortó a que fuera junto a las tropas para conducirlas a la victoria. Éste, siguiendo al ejército y expuesto a las miradas de los enemigos, cumplió lo que le había dicho el ángel. Cuando regresó el rey, preguntó quién era el soldado vestido con armas blancas. Su hija, que era muda y lo había visto por la ventana, lo señaló con el dedo, pero nadie lo halló.

Pero cuando los enemigos regresaron con un ejército mayor, Roberto, advertido por el ángel, liberó al rey y a su ejército y venció a los enemigos. Comprendiendo esto y deseando honrarlo, el rey se adelantó a sus soldados para que lo atraparan, si no lo pudieran conducir de ninguna otra manera. Un soldado, queriéndolo atrapar y no pudiendo, lo hirió con su lanza en la pierna, quedando el hierro en la herida. Éste llegó junto a la antedicha fuente dejando las armas, se sacó el hierro y puso mosto sobre la herida. Viéndolo la hija del rey, corrió y tomó el hierro. Decía el rey que daría a su hija como cónyuge al soldado que le había ayudado a vencer y que, si viniera, lo haría su heredero. Un conde, queriéndose hacer pasar por el soldado, hirió su pierna y llevó el hierro de la lanza; no obstante, oyó decir que el hierro ese no era suyo. Como la niña debía casarse con el conde, hacía señas con las cuales pudiera evitar su destino. Y como fue castigada con azotes por su padre, abrió el Señor su boca. Ella los llevó hasta el soldado y mostró el resto de la lanza que estaba partida. Llegando el eremita por la divina revelación, le aconsejó al soldado que hablara y dijera la verdad de

la penitencia que hacía con trabajo. Como el rey quería darle en matrimonio a su única hija y el reino para él dimitir, no descansó hasta encontrarlo. Y como los soldados lo buscaban para que se entregara, tras escuchar las cosas que le dijeron, no quiso marcharse con ellos, sino que, dejando a todos, con el antedicho eremita llevó vida eremítica.

32

[EL NIÑO QUE COMPRENDÍA EL LENGUAJE DE LOS PÁJAROS] [41]

Había un soldado, señor de un castillo, cuyo hijo tenía tanta inteligencia que comprendía el lenguaje de las aves, tanto como el de los humanos. El castillo de su padre estaba en una isla en el mar. Un día todos los hombres de la corte se dirigían al castillo, mientras gran cantidad de aves acompañaban la nave. Dijo el padre a su hijo y a su esposa qué maravillosa virtud sería entender a estas aves. Respondió el hijo:

—¡Yo entiendo muy bien lo que dicen!

Dijo el padre:

—Te suplico que me lo expliques y reveles.

Entonces el hijo le respondió:

—Dicen que vos y mi señora madre vendréis a tanta pobreza que no tendréis pan para comer. Y yo vendré a tan noble estado que vos me serviréis el agua para que me lave las manos.

Entonces, su padre, indignado, lo lanzó al mar, y hallado luego por una nave de Cerdeña fue vendido a un soldado de Sicilia. El padre, por haber arrojado y asesinado al joven fue desheredado del castillo por sus hombres y con su esposa relegado a exilio en Sicilia.

Por entonces tres cuervos seguían al rey de Sicilia por donde iba y durante quince años, día y noche, sucedió lo mismo sin darle descanso. El rey hizo proclamar que a quien le revelara el presagio de los cuervos y la causa de por qué lo seguían, le daría a su hija y la mitad de su reino por recompensa. Entonces el joven, habiéndolo oído, fue hasta el soldado, su señor, para rogarle que lo presentara al rey, puesto que conocía el significado del comportamiento de los

cuervos. Entonces el soldado, alegrándose, se lo presentó al rey suplicando al joven que no lo olvidara una vez que hubiera adquirido la mitad del reino. En fin, el rey le preguntó el significado; el joven, por su parte, exigió la confirmación de la promesa. Hecho esto, el joven dijo:

—Estos son dos cuervos y una cuerva, uno viejo y otro joven. El viejo lascivo ha abandonado a la cuerva con la cual vivió durante largo tiempo y se unió al más joven. Este cuervo recibió a la cuerva abandonada en su casa y la protegió hasta ahora. Y como el viejo cuervo fue abandonado por los más jóvenes, quiso entonces recuperar al que sin culpa había echado. Como no pudo hallar otra cuerva joven, trató de tomar esta cuerva que lo había protegido. Pero el cuervo joven no quiso de ningún modo dejarla, y ellos tres te siguen para demandarte con tu juicio qué deben hacer.

Entonces el rey, habiendo tomado consejo, llamó a los cuervos a su presencia y les dio como sentencia que el cuervo joven fuese con la cuerva y no con el viejo. Inmediatamente el viejo se alejó solo y el joven hizo lo mismo con la cuerva. Luego le dieron al joven la hija del rey y colocó al soldado en su casa como señor. Así fue elevado a gran honor.

Un día, cabalgando por Mesina vio a su padre y a su madre en vil estado sentados ante la puerta de una casa. Y sin ser conocido por ellos, pero sí reconociéndolos él, descendió y los envió por alimentos para que los tomaran en la casa. Ellos llevaron el agua para lavarle las manos y, cuando se sentaron a la mesa, le dijo el joven a su padre:

—¿De qué pena es digno el padre que mató a un hijo igual a mí?

Respondió el padre:

—No pueden multiplicarse más las penas contra un pecado de tanta gravedad.

Respondió el joven:

—Vos sois aquel que me arrojó al mar por mi interpretación del canto de las aves, y por esto no te doy mal por mal, porque estas cosas fueron ordenadas por Dios.

Dijo el padre:

—Si me mataras, te procurarías mucho daño, pues Dios me guarda de todo mal.

Notas

[1] «Potentissimum autem est inter ea, quae sunt huius generis quod proprie vocamus exemplum, id est rei gestae aut ut gestae utilis ad persuadendum id, quod intendeds, commemoratio». M. Fabii Quintiliani, *Institutio oratoria libri duodecim*, ed. Eduardus Bonnell, Leipzig, Teubner, 1905, vol. I, pág. 222. < <

[2] «Exemplum est alicuius facti aut dicti praeteriti cum certe auctoris nomine proposito». M. Tulio Cicerón, *Ad Herennium de ratione dicendi*, ed. F. Marx, Stuttgart-Leipzig, Teubner, 1993, pág. 179. < <

[3] Th. F. Crane, *The Exempla or Illustrative Stories from the Sermones Vulgares of Jacques de Vitry*, Londres, The Folklore Society, 1890, pág. xviii. < <

[4] «Par le mot *exemplum*, on entendait au sens large du terme, un récit ou une historiette, une fable ou une parabole, una moralité ou une description pouvant servir de preuve à l'appui d'une exposé doctrinal, religieux ou moral». J.-Th. Welter, *L'exemplum dans la littérature religieuse et didactique du Moyen Âge*, Paris-Toulouse, Occitania, 1927, pág. 1. < <

[5] «[...] l'*exemplum* médiéval, au sens où nous l'entendons, ne designe jamais un homme mais un récit, une histoire à prendre dans son ensemble comme un objet, un instrument d'enseignement et/ou d'édification». Claude Bremond, Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt, *L'exemplum*, Turnhout-Belgium, Brepols, 1982, pág. 28 (Typologie des Sources du Moyen Âge occidental, directeur: J. Genicot, fasc. 40). < <

[6] «[...] un récit bref donné comme véridique et destiné à être inséré dans un discours (en général un sermon) pour convaincre un auditoire pour une leçon salutaire». Bremond-Le Goff - Schmitt, *L'exemplum*, págs. 37-38. < <

[7] Claude Bremond, «L'exemplum médiéval est-il un genre littéraire? I. Exemplum et littératurité», en Jacques Berlioz y Marie-Anne Polo de Beaulieu (eds.), *Les exempla médiévaux: Nouvelles perspectives*, Paris, Honoré Champion, 1998, págs. 21-28. < <

[8] Cf. el trabajo de Claude Cazalé-Bérard, «L'exemplum est-il un genre littéraire? II. L'exemplum et la nouvelle», en Jacques Berlioz y Marie-Anne Polo de Beaulieu (eds.), *Les exempla médiévaux*, págs. 29-42. < <

[9] Jean-Yves Tilliette, «L'exemplum rhétorique: Questions de définition», en Jacques Berlioz y Marie-Anne Polo de Beaulieu (eds.), *Les exempla médiévaux*, págs. 43-65. < <

[10] Frederic C. Tubach, «Exempla in the Decline», *Traditio*, 18 (1962), págs. 407-17. < <

[11] H. O. Bizzarri, *Vida de Segundo (Versión castellana de la Vita Secundí de Vicente de Beauvais)*, Exeter, Exeter Hispanic Texts, 2000, y Francisco Rodríguez Adrados, «Elementos cínicos en las *Vidas* de Esopo y Segundo y en el *Diálogo* de Alejandro y los gimnosofistas», en *Homenaje a Eleuterio Elorduy*, Bilbao, 1978, págs. 309-28. < <

[12] Tema tratado por José Antonio Maravall en «La concepción del saber en una sociedad tradicional», en *Estudios de historia del pensamiento español. Serie primera. La Edad Media*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1973, págs. 215-72. < <

[13] No sabemos si vida ejemplar y listado de preguntas se originaron al mismo tiempo, pero en la Edad Media se difundieron frecuentemente en forma independiente. De hecho, los predicadores solían tomar a Segundo como ejemplo, y entonces recurrían a su vida, o como autoridad, y entonces echaban mano a sus sentencias. Todo esto habla del carácter heterogéneo de este diálogo de preguntas y respuestas. Cf. de María Elisa Lage Cotos, «Secundus y la *proprietates mulierum*», *Eiphrosyne. Revista de Filología Clássica*, 22 Nova Série (1994), págs. 315-33; *idem*, «Nota a la vida y a la tradición textual de Secundus», en *Actas. II Congreso Hispánico de latín medieval (León, 11-14 de noviembre de 1997)*. Ed. Maurilio Pérez González, León, Universidad de León-Secretariado de Publicaciones, 1998, págs. 575-87; *idem*, «La recepción de Secundus como *auctoritas* y *exemplum*», *Evphrosyne. Revista de Filologia Clássica*, 26 Nova Série (1998), págs. 191-202; *idem*, «Secundus entre las flores del vergel», *Revista Española de Filosofía Medieval*, 6 (1999), págs. 272-86. < <

[14] Georg Thiele, *Der lateinische Ásop des Romulus und die Prosa-Fassungen des Phädrus*, kritische Text mit Kommentar und einleitenden Untersuchungen, Heidelberg, Carl Winter's Universitätsbuchhandlung, 1919, págs. xxiii-xxvii. < <

[15] Cf. María Jesús Lacarra, *Cuentística medieval en España: los orígenes*, Zaragoza, Departamento de Literatura Española, 1979. <<

[16] Acertadamente lo colocó Léopold Hervieux en el tomo 4 de sus *Les fabulistes latins, depuis le siècle d'Auguste jusqu'à la fin du Moyen Âge*, Paris, 1894. < <

[17] J.-Th. Welter, *L'exemplum*, págs. 105-108. < <

[18] Bremond - Le Goff - Schmitt, *L'exemplum*, págs. 41-42. < <

[19] María Jesús Lacarra, «El *Libro de los gatos*: Hacia una tipología del 'enxienplo'», en *Formas breves del relato (Coloquio. Febrero de 1985)*, 1986, Zaragoza-Departamento de Literatura Española-Universidad de Zaragoza, 1986, págs. 19-34. < <

[20] M. J. Lacarra, «El *Libro de los gatos*: Hacia una tipología», *op. cit.,* pág. 34. < <

[21] Claude Bremond, Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt, *L'exemplum*, pág. 45. Un completo y pionero panorama general sobre la tradición del ejemplo latino en la Edad Media puede encontrarse en Welter, *L'exemplum*, págs. 9 y sigs., y en Cario Delcomo, *Exemplum e Letteratura tra Medioevo e Rinascimento*, Bolonia, Il Mulino, 1989. Es también muy útil el volumen de Jacques Berlioz y Marie-Anne Polo de Beaulieu, *Les exempla médiévaux. Introduction à la recherche, suivie des tables critiques de l'Index exemplorum de Frederich C. Tuhach*, Garae/Hesiode, Carcasona, 1992. < <

[22] Peter von Moos, *Geschichte als Topik. Das rhetorische Exemplum von der Antike zur Neuzeit und die Historiae im Policraticus Johanns von Salisbury*, Georg Olms Verlag, Hildesheim - Zurich - Nueva York, 1988, pág. 79. < <

[23] Para la difusión de Valerio Máximo en la Edad Media, puede verse el asiento de Brunzhölz en *Lexikon des Mittelalters*, vol. 8, Munich, Lexma Verlag, 1997, cols. 1390-91. < <

[24] De hecho, ha notado Delcorno *(Exemplum e Letteratura*, pág. 26) que el propio relato hagiográfico era sentido como un ejemplo y que, por tanto, venía a ser tratado como un aspecto de la *dilatatio*. Cf. Hippolyte Delehaye, *Les légendes hagiographiques*, Bruselas, 1927. < <

[25] «Hinc sumatis licet exempla vivendi [...]», *PL*, T. 16, col. 208. < <

[26] Para este tipo de tratados, véanse las notas que les dedican Michael Chesnutt y Wolfang Brückner en *Enzyklopädie des Marchens*, t. 4, Berlín-Nueva York, De Gruyter, 1984, cois. 592-626. Para Welter *(L'exemplum*, pág. 34) este fue el momento en que el ejemplo tomó su fisonomía determinada y se constituyeron definitivamente sus tipos. < <

[27] *PL*, T. 198, col. 877. < <

[28] *PL*, T. 171, cols. 1003-50. Cf. también la edición de John Holmberg, *Moralium dogma philosophorum des Guillaume de Conches*, París-Upsala-Leipzig, 1929. < <

[29] *PL*, T. 189, cols. 851-954. < <

[30] *PL*, T. 199, cois. 379-822. Es imprescindible en este punto el estudio de Von Moos, *Geschichte als Topik, op. cit.* <<

[31] Los «espejos o regimientos de príncipes» eran tratados políticos compuestos para la educación del futuro monarca, en los que se trataba de ofrecer una enseñanza moral para su preparación en el buen gobierno. El más antiguo de ellos es la *Via regia* de Smaragdus de San Mihiel, compuesta en el siglo X para Carlomagno; a partir de aquí se elaboraron innúmeros durante toda la Edad Media y aún en los siglos XVII y XVIII. Cervantes, por ejemplo, parodia el género en los consejos que don Quijote da a Sancho antes de partir para regir su isla Barataria. Cf. sobre esta tradición el clásico estudio de Wilhelm Berges, *Die Fürstenspiegel des hohen und späten Mittelalters*, Leipzig, Hiersemann, 1938. <<

[32] Cito por Pedro Alfonso, *Disciplina clericalis*, introducción y notas de María Jesús Lacarra, traducción de Esperanza Ducay, Zaragoza, Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses, 1980, pág. 44. *Vid*. la edición canónica de Alfons Hilka y Werner Söderhjelm, *Die Disciplina clericalis des Petrus Alfonsi (das älteste Novellenbuch des Mittelalters)*, nach allen bekannten Handschriften, Heidelberg, Carl Winter's Universitätsbuchhandlung, 1911 (Sammlung mittelalterlicher Texte, 1), pág. 2. < <

[33] Véase el asiento de C. Brockelmann en *Encyclopédie de l'Islam*, t. 4, E. J. Brill, Leiden, 1973, cols. 525-29. < <

[34] Como, por ejemplo, es el manuscrito Diez B Sant. 28 (ff. 1-19), siglo XIII, de la Staatsbibliothek de Berlín. Véase el estudio y edición de J. Stalzer, «Stücke der *Disciplina clericalis* des Petrus Alfonsus in lateinischen Versen der Berliner Handschrift Diez B 28», en *Jahresbericht des K. K. Staats-Realgymnasium in Graz*, 3 (1911-1912), págs. 1-36. < <

[35] Véase el inventario que realiza como apéndice de *L'exemplum*, págs. 477-502. < <

[36] Sobre el particular, véase Bremond - Le Goff - Schmitt, *L'exemplum*, pág. 58. < <

[37] Véanse las ediciones de Josephus Strange, *Caesarii Heisterbacensis monacii ordinis cisterciensis. Dialogus miraculorum*, Textum ad quatuor codicum manuscriptorum editionisque principes fidem, Colonia-Bonn-Bruselas, 1851, 2 vols.; Aloys Meister, *Die Fragmente der Libri VIII Miraculorum des Caesarius von Heisterbach*, Freiburg im Breisgau, 1901 (Römische Quartalschrift für christliche Alterthumskunde und für Kirchengeschichte, 13. Supplementheft), y el artículo de Fritz Wagner en la *Enzyklopädie des Märchens*, t. 2, Berlin-Nueva York, Walter de Gruyter, 1979, cols. 1131-43. < <

[38] Noticias generales sobre este autor y su obra se encontrarán en el estudio preliminar de Th. F. Crane, *The Exempla or Illustrative Stories from the Sermones Vulgares of Jacques de Vitry, op. cit.*, y en Joseph Greven (ed.), *Die exempla aus den Sermones feriales et communes des Jakob von Vitry*, Heidelberg, Carl Winter's Universitätsbuchhandlung, 1914 (Sammlung mittelalterlicher Texte, 9). Más datos ofrezco también en la sección dedicada a este autor. <<

[39] Una precisa explicación sobre la estructura del sermón se encontrará en Étienne Gilson, «Michel Menot et la technique du sermon médiéval», en *Les idées et les lettres*, París, J. Vrin, 1955, págs. 93-154. < <

[40] Remitimos a los artículos de F. Vernet en *Dictionnaire de théologie catholique*, t. 8, Paris, Librairie Letouzey et Anê, 1925, cols. 2652-67, y de Antonio García y García en *Lexikon für Theologie und Kirche*, t. 6, Freiburg-Basel-Roma, Viena, Herder, 1997, cols. 668-70. Esta situación se agravaba en España, según demostró hace tiempo Peter Linehan, *La iglesia española y el papado en el siglo XIII*, Universidad Pontificia, Salamanca, 1975. <<

[41] Véanse al respecto D. W. Lomax, «The Lateran Reform and Spanish Literature», *Ibero-romania,* 1 (1969), págs. 299-313; Francisco Rico, *Predicación y literatura en la España medieval*, Cádiz, UNED, 1977; Alan Deyermond, «The Sermon and its Uses in Mediaeval Castilian Literature», *La corónica*, 8 (1979-1980), págs. 127-48; y el libro de María Jesús Lacarra, *Cuento y novela corta en España. 1. Edad Media*, Prólogo general de Maxime Chevalier, Barcelona, Crítica, 1999. < <

[42] A. G. Little (ed.), *Liber exemplorum ad usum praedicantium saecula XIII compositus a quodam Fratre Minore de Provincia Hiberniae*, Aberdeen, 1908. < <

[43] J.-Th. Welter, *La Tabula exemplorum secundum ordinem alphabeti. Recueil d'exempla compilé en France à la fin du XIIIe siècle*, París y Toulouse, 1926. < <

[44] J.-Th. Welter, *Le Speculum laicorum. Édition d'une collection d'exempla composée en Angleterre à la fin du XIIIe siècle*, Paris, 1914. < <

[45] J.-Th. Welter, *Un nouveau recueil franciscain d'exempla de la fin du XIII*e *siècle*, Société et Librairie Saint François D'Assise, 1930.
< <

[46] De lo cual han dado ejemplos A. H. Krappe, «Les sources du *Libro de los ejemplos», Bulletin Hispanique*, 34 (1933), págs. 5-54; María Rosa Lida de Malkiel, «Tres notas sobre don Juan Manuel», en *Estudios de Literatura española y comparada*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, págs. 92-113; y Daniel Devoto, *Introducción al estudio de don Juan Manuel y en particular de El Conde Lucanor. Una bibliografía*, Castalia, Madrid, 1972. < <

[47] Cf. de Hugo O. Bizzarri, «La crítica social en el *Libro de los gatos*», *Journal of Hispanic Philology*, 12 (1988-89), págs. 3-14; *idem*, «Técnicas del sermón medieval en el *Libro de los gatos», Cultura Neolatina*, 55 (1995), págs. 101-16; y de Aníbal Biglieri, «Poética y sentido en el *Libro de los gatos», Anuario Medieval*, 4 (1992), págs. 21-48. < <

[48] Paul Meyer, *Les contes moralisés de Nicole Bozon, frère mineur, publiés pour la première fois d'après les manuscrits de Londres et de Cheltemham*, París, Librairie de Firmin Didot, 1889, pág. ii. < <

[49] Cf. Carlo Delcorno, *L'exemplum nella predicazione volgare di Giordano da Pisa*, Venecia, Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti, 1972. < <

[50] Camino que en Castilla conducirá directamente a Cervantes. <<

[51] Bremond - Le Goff - Schmitt, *L'exemplum*, pág. 65. < <

[52] Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, trad, de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre, México, FCE, 1975, vol. I, pág. 38. < <

[53] Véanse los trabajos de Jacques Monfrin, «L'*exemplum* médiéval, du latin aux langues vulgaires. Techniques de tradition et de diffusion», en Jacques Berlioz y Marie-Anne Polo de Beaulieu (eds.), *Les exempla médiévaux*, págs. 243-65; y Doris Ruhe, «Pour raconte ou pour dottrine. L'*exemplum* et ses limites», *ibidem*, págs. 331-51. <<

[54] Para un panorama del ejemplo en Italia, véase el trabajo de Carlo Delcorno, «Pour une histoire de l'*exemplum* en Italie», en Jacques Berlioz y Marie-Anne Polo de Beaulieu (eds.), *Les exempla médiévaux*, págs 147-76. < <

[55] Para esta tradición, véase Carlos Alvar, «Narrativa breve: traducciones, adaptaciones, interpretaciones», *Crisol*, 4 (2000), págs. 135-48; y María Rosa Lida de Malkiel, «Tres notas sobre don Juan Manuel», en *Estudios de literatura española y comparada*, págs. 92-133. < <

[56] Bremond - Le Goff - Schmitt, *L'exemplum*, págs. 91-100. < <

[57] Véase la clasificación de Antti Aarne y Sttih Thompson, *Los tipos del cuento folklórico. Una clasificación*, Helsinki, Academia Scientiarum Fennica, 1995. Un proyecto semejante para el cuento español lo está llevando a cabo María Jesús Lacarra. Cf. de la misma «Pour un Thesaurus exemplorum hispanicorum», en Jacques Berlioz y Marie-Anne Polo de Beaulieu (eds.), *Les exempla médiévaux*, págs. 191-213. < <

[58] Motivo núm. 823A en la clasificación de Aarne-Thompson. < <

[59] Motivo núm. 893 en la clasificación de Aarne-Thompson. < <

[60] Bremond - Le Goff - Schmitt, *L'exemplum*, pág. 87. < <

[61] Al respecto, véase el volumen compilatorio de Pack Carnes (ed.), *Proverbia in Fabula. Essays on the Relationship of the Fable and the Proverb*, Berna-Frankfurt am Main-Nueva York-París, Peter Lang, 1988 (Sprichwörterforschung, t. 10) y, para el caso particular de España, Hugo O. Bizzarri, «La potencialidad narrativa del refrán», *Revista de poética medieval*, 1 (1997), págs. 9-33 y *El refranero castellano en la Edad Media*, Madrid, Laberinto, 2004, págs. 135-54. < <

[62] Geofroi de Vinsauf señala en su *Poetria nova* ocho maneras de comenzar un relato, según el orden artificial, entre ellas por un proverbio o por un ejemplo (vv. 125-132 y 142-154), y lo mismo afirma en su *Documentum de modo et arte dictandi et versificandi*, II, § 5 y 9. Cf. Edmond Faral, *Les arts poétiques du XII*e *et du XIII*e *siècles. Recherches et documents sur la technique littéraire du moyen âge*, París, Champion, 1924. < <

[63] Bremond - Le Goff - Schmitt, *L'exemplum*, págs. 80-81. < <

[1] Tanto esta epístola de Rómulo como la que le sigue del propio Esopo, y que Rómulo en parte parafrasea, tienen por finalidad la de servir de prólogo a la colección. En ellas se dan los elementos esenciales de la compilación que se presenta: autor, naturaleza de la obra, propósito y fuente de la que se sacaron los relatos. Se reproducen ambas en *Esopete ystoriado* (pág. 33). < <

[2] El autor se imagina a los criados de Rufo leyéndole las fábulas. <<

[3] Se trata seguramente de una creación de *Fedro*, basándose en un tema como éste de la jactancia e ignorancia, muy típico de las fábulas clásicas. Se nos presenta aquí una imagen del mundo en la que el insensato con frecuencia fracasa. Las versiones castellanas de este relato no poseen muchas variantes: transforman al protagonista en un gallo; en el *Libro de buen amor* (cc. 1387-89) se encuentra un zafiro, mientras que en el *Esopete ystoriado* (pág. 33) una margarita. *Vid.* Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 1, págs. 635-37, y t. 3, págs. 402-403. < <

[4] Cf. *Disticha Catonis*, Pról.: «Leer y no entender es no leer». < <

[5] Aparece en *Fedro* I, 1 y de ahí pasó a colecciones esópicas, tales como *Esopus moralisatus cum bono commento* (fol. 3), *Liber Esopus et Avianus* (Lib. I, fol. 3), Alexander Nequam, *Novus Aesopus* (núm. 10), etc. Colecciones como el *Klosterneuburger Äsop* (núm. 1), *Wolfenbüttler Romulus* (fol. 21) o el *Leipziger Äsop* (núm. 2) documentan su especial difusión en Alemania. Aparece en el *Esopete ystoriado* (pág. 33). *Vid.* Dicke, *Die Fabeln*, núm. 632, y Adalbert Elschenbroich, «Von unrecten gewalte. Weltlicher und geistlicher Sinn der Fabel vom 'Wolf und Lamm' von der Spätantike bis zum Beginn der Neuzeit», *Sub tua Plato. Festgabe für Alexander Beinlich*, Emsdetten, Verlag Lacte, 1981, págs. 420-51. <<

[6] La documentación más antigua la ofrecen *Babrius*, núm. 191, y *Rómulo*. Se hizo popular también entre los predicadores como Odo de Cheritón, Jacques de Vitry y Étienne de Bourbon, siendo utilizada aun por Lutero en sus sermones. La versión de *Esopete ystoriado* (pág. 34) coloca pequeñas adiciones que delatan la intención de la rana de matar al ratón. *Vid*. Dicke, *Die Fabeln*, núm. 167. < <

[7] Cf. *Disticha Catonis* I: 19: «Como insegura y frágil sea la vida concedida / en la muerte de otro no quieras poner tu esperanza»; IV: 14: «Tontería es esperar salud con la muerte de otro»; IV: 46: «No quieras alegrarte con la muerte repentina de los malos». < <

[8] Relato muy popular de tema cínico: crítica a la riqueza y a la codicia. Los orígenes de este relato se hallan en la imagen de Teognis del perro que atraviesa un río y pierde lo que tiene. Pasó a *Fedro* I, 4 con una amplísima difusión en la Edad Media. Ingresó a la versión hebrea del *Calila e Dimna* y ello hizo que pasara al *Directorio* (cap. 1) de Juan de Capua y de aquí a Raymundo de Beziers. En Castilla no sólo entró frecuentemente en los ejemplarios, como el *Libro de buen amor* (cc. 226-29) o el *Esopete ystoriado* (pág. 34), sino también en bestiarios: «Y cuando pasan el agua y llevan carne en su boca o alguna otra cosa, ven la sombra de aquello que llevan en el agua, y dejan caer lo que llevan por tomar la sombra, creyendo que es algo», Brunetto Latini, *Libro del tesoro* (cap. 184, pág. 87). Se relaciona con *Rómulo*, núm. 9. *Vid*. Lecoy, *Recherches*, págs. 142-44; Dicke, *Die Fabeln*, núm. 307; y Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, págs. 142-45. <<

[9] Tiene un antecedente en la fábula sumeria de «Los nueve lobos y el décimo». Derivó en múltiples relatos en los cuales dos o tres animales salen de caza y luego deben hacer la partición de la(s) presa(s). Cf. Vitry, núm. 8, y Odo de Cheritón, núm. 10. Se halla en el *Esopete ystoriado* (pág. 35). *Vid.* Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, pág. 163. < <

[10] Pasó al *Esopete ystoriado* (pág. 35). Presenta el curioso caso en la tradición occidental de imbricación de una fábula dentro de otra. Lo que quiere decir el sabio con su fábula es que de la unión de dos ladrones saldrá otro aún peor. Otros casos similares en *Rómulo*, núms. 11, 19, y Odo, núm. 15. < <

[11] Reaparece en el *Libro de buen amor* (cc. 1348-55) y el *Esopete ystoriado* (pág. 36). *Vid.* Lecoy, *Recherches*, págs. 144-45. Se halla en el folklore contemporáneo muy amplificada. *Vid.* Julio Camarena y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico*, núm. 155. Para más comentarios *vid. Disciplina clericalis*, núm. 3. < <

[12] Se basa esta fábula en la inveterada oposición entre el campo y la ciudad para plantear la oposición del peligro en que viven aquellos que se acercan a los ricos y la seguridad que ofrece la pobreza. Este planteo hizo que la fábula fuera muy popular entre los predicadores, de lo cual aquí es ejemplo Odo de Cheritón, núm. 9. También aparece recurrentemente en la literatura castellana, por ejemplo en el *Libro de buen amor* (cc. 1370-85), en el *Libro de los gatos* (ej. núm. 11), en el *Libro de los ejemplos* (núm. 176, Gayangos) y en el *Esopete ystoriado* (pág. 36). Su pervivencia llega hasta el folklore contemporáneo. *Vid.* Julio Camarena y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico*, núm. 112, y Lacarra, *Cuento y novela corta en España*, pág. 264. Cf. *Rómulo*, núm. 20. < <

[13] Fábula posiblemente de origen clásico. Se emparenta con *Rómulo*, núm. 4. Originó tal vez la fábula de «La cigarra y la zorra»: una cigarra cantaba en un árbol y la zorra comenzó a alabar su canto y le pidió que bajara para contemplarla. La cigarra echó al suelo una hoja y la zorra se arrojó sobre ella. Entonces la cigarra dijo que no bajaría, pues se cuidaba de ella desde que vio restos de cigarra entre los excrementos de una zorra. En esta fábula se muestra la insensatez del cuervo, característica de las fábulas cínicas. La verdadera fuerza de esta fábula reside en el discurso de alabanza que realiza la zorra y, por tanto, ha sido la sección que más estuvo sujeta a la reelaboración. Por ejemplo, mientras que esta versión de *Rómulo* alude a las plumas y la voz del cuervo, Juan Gobi *(Escalera*, núm. 6) lo hace sólo a su voz. De la extensa tradición que este cuento tuvo en Europa, descollan las del *Conde Lucanor* (ej. núm. 5) y el *Libro de buen amor* (cc. 1437-41), en la que los autores castellanos hacen verdadero alarde de la retórica como elemento de persuasión y en la que los autores reelaboran la fábula de una manera personal manteniendo tan sólo sus elementos esenciales. El *Esopete ystoriado* (pág. 37) reproduce casi sin variantes este modelo de *Rómulo*. Véase una versión del folklore moderno en Julio Camarena y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico*, núm. 57. Para un estudio de su tradición *vid.* R. Menéndez Pidal, «Notas al Libro del Arcipreste de Hita», en *Poesía árabe y poesía europea*, Buenos Aires, 1946, págs. 109-23; Manuel Alvar, «Dos modelos lingüísticos diferentes: Juan Ruiz y don Juan Manuel», *Revista de Filología Española*, 68 (1988), págs. 13-32 (ahora en *Voces y silencios de la literatura medieval*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2003, págs. 165-82); y Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, págs. 133-36. <<

[14] No se halla en *Fedro* ni en las tradiciones de *recensio Wolfenbüttel* y *recensio vetus* de *Rómulo*. Es posible que descienda del *Aesopus latinus*; de todas formas, nunca sería anterior al siglo II d. C. *Vid*. Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 2, págs. 488-89, y t. 3, pág. 354. <<

[15] Se halla en *Fedro* I, 2. Ha sido una de las fábulas de más difusión en la Edad Media. Se relaciona con la fábula «Del modo en que los árboles eligieron rey» (Odo, núm. 1). En ambos casos se plantean relaciones con el poder, lo cual explica su gran difusión. Las ranas, que constituían un reino independiente, ahora eligen ser dominadas y sufren las consecuencias de la pérdida de libertad. En el caso de los árboles, se propone vivir bajo la protección del rey o sufrir sus consecuencias. En *Rómulo* esta fábula forma parte del prólogo II, pero en el *Esopete ystoriado* (pág. 49) ya se encuentra independizada. *Vid*. Dicke, *Die Fabeln*, núm. 162. < <

[16] En algunas versiones la culebra es reemplazada por una cigüeña o un lucio. Se relaciona con la fábula de Odo de Chériton *(Fabulae*, núm. la): las hormigas eligieron a un leño por rey y mearon en él; luego eligieron a una culebra que los devoró. Aparece también en el *Libro de buen amor* (cc. 198-206) y en el *Esopete ystoriado* (pág. 49). *Vid.* Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, pág. 527. < <

[17] Aparece en *Fedro* IV, 24. Tuvo gran difusión fuera de los fabularios, como, por ejemplo, en Juan de Salisbury, *Policraticus* (Lib. I, cap. 13), Geofroid de Vinsauf, *Poetria nova* (v. 448), Hartmann von Aue, *Erec* (vv. 9051-38), *Libro de buen amor* (cc. 98-100) y *Esopete ystoriado* (pág. 50). La gran difusión de esta fábula permitió que se desprendiera de aquí un proverbio: «Ya el monte pare, y será el ratón su hijo» Geofroid de Vinsauf, *Poetria nova* (vv. 448-49), «Paren los montes, un ridículo ratón sale de ellos» *Policraticus* (Pl, t. 199, col. 45). Dicke, *Die Fabeln*, núm. 56. < <

[18] No está en *Fedro* ni en la tradición de *recensio Wolfenbüttel* ni *recensio vetus*. < <

[19] Se trata de un lugar deturpado. La *recensio gallicana* lee: «crura tua ut rostrum». < <

[20] Aparece en *Fedro* I, 24. Fue aplicada a todo tipo de soberbia como ejemplifica Odo de Cheritón, núm. 18. Se incluye en *Esopete ystoriado* (pág. 54) aplicada a un motivo social: el pobre no debe pretender igualarse al poderoso. *Vid.* Dicke, *Die Fabeln*, núm. 168. <<

[21] Posiblemente este refrán dio origen a la fábula. Hay otro refrán que se relaciona con éste: «El pobre, que quiere imitar al poderoso, muere», Walther, *Lateinisches Sprichwörter*, núm. 12458. < <

[22] La primera documentación es ésta de *Rómulo*, lo que significó su entrada a la tradición esópica hasta ser incorporada a colecciones como el *Esopus moralisatus cum bono comento* (fols. 24-25), en el *Líber Esopus et Avianus* (Lib. II, fol. 23), Alexander Nequam, *Novus Aesopus* (núm. 20) y ser utilizada por predicadores como Jacques de Vitry, Guilbert de Tournai, Johannes Bromyard y hasta por Juan de Salisbury en el *Policraticus* (Lib. V, cap. 17) en el capítulo en el que aconseja alejar las riquezas cuando impiden la sabiduría y la virtud del alma. Hay una excelente reelaboración en *Hechos* núm. 10. Una derivación de este relato se puede encontrar en el ejemplo del león y el rey que se halla en *Castigos del rey don Sancho IV* (cap. 26, pág. 219): un rey tiene un león en su corte y un día, pensando que le iba a atacar, lo hiere en la cabeza con su espada y lo insulta. El león huye al bosque y tiempo después, cuando el rey va de caza a ese mismo bosque, se encuentran. El rey le propone volver a su corte, pero el león no quiere, pues si bien no conserva resentimiento por el golpe, no puede olvidar su insulto. La versión del *Esopete ystoriado* (pág. 6l) reproduce ésta de *Rómulo*. Su pervivencia llega hasta el folklore contemporáneo. *Vid.* Julio Camarena y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico*, núm. 156, y Dicke, *Die Fabeln*, núm. 387. < <

[23] Los bestiarios medievales consideraban la posibilidad de una relación amistosa entre el león y el hombre. De hecho, se pensaba que no siempre lo atacaba: «Y es gran maravilla de la piedad que en él hay, que cuando está airado y de peor humor contra el hombre, entonces le perdona él más rápidamente si se echa a sus pies a demandarle merced. Y nunca se ensaña contra la mujer ni contra el mozo pequeño, si no tiene gran deseo de comer», Brunetto Latini, *Libro del tesoro* (cap. 174, pág. 83). < <

[24] Aparece por primera vez en *Rómulo* y en *Babrios* (núm. 122) y, como tantas otras fábulas, fue incorporada luego a las colecciones esópicas, como el *Esopus moralisatus cum bono commento* (fol. 25), *Liber Esopus et Avianus* (Lib. II, fol. 26), Alexander Nequam, *Novus Aesopus* (núm. 24), *Klosterneuburger Äsop* (núm. 39, fol. 3) o entre predicadores como Jacques de Vitry. Todo esto explica su aparición en el *Libro de buen amor* (cc. 298-303) y en el *Esopete ystoriado* (pág. 62). En la Edad Media era proverbial la inteligencia de los caballos, a tal punto que era destacada en los bestiarios: «Caballo es bestia de gran inteligencia, pues porque biven entre los hombres, toman cierto tipo de entendemiento, de manera que conocen a su señor y mudan costumbre y hábitos», Brunetto Latini, *Libro del tesoro* (cap. 186, pág. 88). Así, eran recordados caballos como el de Julio César o el de Alejandro Magno, Bucéfalo, que luego de la muerte de sus amos no permitieron que nadie los cabalgase. *Vid*. Dicke, *Die Fabeln*, núm. 393. < <

[25] Era común el refrán: «No quieras ser lo que no eres; acepta lo que eres», Walther, *Lateinisches Sprichwörter*, núm. 25986. < <

[26] Hay otra versión en las *Fábulas anónimas* y en la *Vita Aesopi*: una mujer que había perdido a su marido llora al pie de su tumba. Vino un labrador, que había perdido a su mujer, y le propuso acostarse con ella. Así lo hacen y, entre tanto, alguien les robó los bueyes. El esquema narrativo y no dialógico de este relato delata su antigüedad. Aparece en *Esopete ystoriado* (pág. 64). *Vid*. Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, pág. 273. < <

[27] La moralidad proviene de *I Cor*. 10:12. < <

[28] Prefiero la lectura de *recensio vetus*. < <

[29] Aparece en *Esopete ystoriado* (pág. 64). < <

[30] Esta fábula aparece sólo en el manuscrito napolitano Perotti de *Fedro* (núm. 22), que Hervieux editó en apéndice *(Les fabulistes latins*, t. 2, pág. 70). Se debió de incorporar tempranamente al corpus esópico, pues ya figura en *Rómulo*. Como otras fábulas fue incorporada al *Esopus moralisatus cum bono commento* (fols. 30-31), al *Liber Esopus et Avianus* (Lib. II, fol. 29), al *Klosterneuburger Äsop* (núm. 14), al *Breslauer Äsop*, etc. En el siglo XV era ya común que formara parte del corpus esópico, como evidencian el *Esopete ystoriado* (págs. 64-63), el *Steinhöwels Ásop* (núm. 51), el *Ysopet de Lyon* (núm. 52) o el *Ysopet de París* (núm. 67). *Vid*. Dicke, *Die Fabeln*, núm. 442. < <

[31] Hay refranes que indican un estrecho contacto con esta fábula, aunque no podamos saber si ellos se originan en el relato esópico o a la inversa: «El buey menor aprende a arar por el mayor» y «El menor avanza en su aprendizaje por el mayor», Walther, *Lateinisches Sprichwörter*,núm. 4 y 14289. < <

[32] Aparece en *Fedro* III, 7. El espíritu de esta fábula está presente en más de un relato esópico y de ahí su semejanza con *Rómulo* núm. 8. En aquélla se alababa la simplicidad de la pobreza en detrimento de los pesares que trae la riqueza. En ésta se alaba la libertad, aunque se deba pasar necesidades. Aparece esta versión en *Esopete ystoriado* (págs. 65-66). Aviano *(Fabulae*, núm. 37) presenta otra versión en la cual el lobo es reemplazado por un león. *Vid*. Dicke, *Die Fabeln*, núm. 625; y Ellis, *The Fable of Avianus*, págs. 115-16. < <

[33] Hay muchos refranes que expresan la misma idea: «Rico es el que libremente pide al siervo de las riquezas; / el siervo no se tiene a sí ni a sus cosas que el libre posee», «La libertad es alimento del alma y verdadera satisfacción, puesto que el que es rico no puede ser más rico», «La libertad es algo inestimable», «No está bien vender la libertad por todo el oro del mundo», «No quiero reinar, para no ser libre», «Buena cosa es la libertad, cosa pesada el yugo», Walther, *Lateinische Sprichwörter*, núms. 6034, 13740, 13748a, 17307, 26497a, 266624. < <

[34] Proviene de *Fedro* IV, 14 y a través de las diversas versiones de *Rómulo* tuvo una extensísima divulgación de la cual no escaparon Marie de France, Nicole Bozon o Heinrich Steinhöwel. Aparece en *Esopete ystoriado* (pág. 67). Hay una segunda versión que se da en textos del siglo XVI, como en el evangelio de Johannes Geiler von Keysersberg, sermones de Lutero o Hans Sachs, en la cual el león pregunta si su aliento huele mal y encuentra en las respuestas que le dan sus súbditos excusa para matarlos. El lobo aprende del destino de sus predecesores y pretexta tener catarro. *Vid.* Dicke, *Die Fabeln*, núm. 400. < <

[35] Proviene de *Fedro* III, 18. Aparece en *Esopete ystoriado* (págs. 75-76). En los bestiarios medievales el pavo real era presentado como un animal que se pagaba de su hermosura: «Pavón es un ave simple en su andar, y tiene la cabeza de serpiente y la voz del diablo y los pechos de safiro y la cola rica de muchos colores que toman gran deleite, de manera que cuando ve que los hombres miran su hermosura endereza su cola hacia arriba para que sea alabado por los hombres, y descubre la parte fea detrás, que les muestra muy villanamente; y desprecia mucho la fealdad de sus pies. Y la carne de ellos es muy dura y de gran olor», Brunetto Latini, *Libro del tesoro* (cap. 169, pág. 82). *Vid*. Dicke, *Die Fabeln*, núm. 457. < <

[36] Proviene de *Fedro* IV, 13. Fábula que introduce una visión pesimista de la prédica de la verdad, muy propia de la fábula cínico-estoica. Tal vez haya aquí un eco de la ciudad fundada por los monos a la que alude Hermógenes. Este apólogo tuvo una gran difusión entre los ejemplarios latinos. Véanse aquí las versiones de Odo de Cheritón, núm. 14, y *Escalera*, núm. 7. Se halla en la *recensio gallicana* de *Rómulo*. Aparece en Castilla en el *Libro de los gatos* (ej. núm. 28) y en el *Esopete ystoriado* (pág. 77). La curiosa versión del *Libro de los gatos* une este relato al de «Buena verdad / Mala verdad» (Motivo AT 613), aunque esto es muy probable que se deba a un mero error en la tradición manuscrita. *Vid*. Chauvin, *Bibliographie*, t. 2, págs. 154 y 189; Dicke, *Die Fabeln*, núm. 28; Bernard Darbord, «Les deux compagnons», en J. Berlioz, C. Brémond y C. Velay-Vallantin, *Formes médiévales du conte merveilleux*, Paris, Stock, 1989, págs. 65-73; Reidar Th. Christiansen, *The Tale of the Two Travellers or the Blinded Man*, Helsinki, FF Communications, núm. 24, 1916; Rodriguez Adrados, *Historia de la fabula greco-latina*, t. 3, pág. 476 ; y Lacarra, *Cuento y novela corta en España*, pág. 167. < <

[37] Aparece en la paráfrasis de *Babrius* (núm. 194), en Aviano *(Fabulae*, núm. 24), de ahí pasó al *Liber Esopus et Avianus* (Lib. I, fols. 13-14) que le sirvió para ingresar al corpus esópico. Se incluye en el *Esopete ystoriado* (pág. 15). *Vid.* Dicke, *Die Fabeln*, núm. 390. < <

[38] Fábula de origen cínico que alaba el esfuerzo. En algunas versiones la cigarra es reemplazada por un escarabajo. En su difusión siguió el mismo camino que otras fábulas. Aparece en *Babrius* (núm. 140), Aviano (*Fabulae*, núm. 34), en el *Liber Esopus et Avianus* (Lib. II, fol. 19), Alexander Nequam (*Novus Aesopus* núm. 29), etc. El motivo de esta fábula figura ya en la *Historia naturalis* (XI, 36) de Plinio. También puede tener raíces bíblicas, puesto que a la hormiga se hace referencia en *Proverbios* 6: 6-8: «Vete donde la hormiga, perezoso, / mira sus andanzas y te harás sabio. / Ella no tiene jefe, / ni capataz, ni amo; / asegura en el verano su sustento, / recoge su comida al tiempo de la mies». Aparece en el *Conde Lucanor* (ej. núm. 23) y en el *Esopete ystoriado* (pág. 79). La versión del *Conde Lucanor* no sólo aplica la moraleja de esta fábula a una problemática señorial, sino que es el único ejemplo de esa colección que modifica la estructura general del ejemplario. La laboriosidad y previsión de la hormiga era proverbial, a tal punto que era una de las primeras características que en los bestiarios medievales se daban de ellas: «Hormiga es una pequeña cosa y de gran provisión, pues en verano mira y allega lo que necesitará en invierno», Brunetto Latini, *Libro del tesoro* (cap. 188, pág. 90); «Su segunda característica es: cuando esconde los granos en su madriguera, los parte en dos, no sea que, llegado el invierno y cayendo la lluvia, germinen los granos y perezca ella de hambre», *El Fisiólogo* (pág. 51). *Vid*. Dicke, *Die Fabeln*, núm. 35, y Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, págs. 123-25. < <

[1] Tanto este apólogo como el siguiente son de origen oriental y de transmisión oral. Gracias a su inclusión en la *Disciplina* este relato tuvo una extraordinaria difusión entre los cuentistas latinos de toda Europa. Aquí he colocado dos muestras: *Hechos*, núm. 12, como un ejemplo de las nuevas versiones a que dio lugar este relato, y *Escalera*, núm. 13, como una muestra de su difusión entre los predicadores. Dentro de España, este relato vuelve a aparecer en *Castigos del rey don Sancho IV* (cap. 33), obra de hacia 1292 que reproduce la versión original de Pedro Alfonso. El siglo XIV, sin embargo, vio aparecer una nueva versión en la que el ternero ha sido reemplazado por un puerco y en la que se adiciona un episodio que tensa la amistad a límites extremos: el padre ordena a su hijo que lleve el cordero a su amigo para celebrar un banquete y que en medio de los comensales lo abofetee para probar hasta dónde llega su amistad. *Castigos* presenta esta versión en una reelaboración que se hizo de este tratado a mediados del siglo XIV, pero también la ofrecen el *Libro del caballero Zifar* (cap. 5) y el *Conde Lucanor* (ej. 48). La recurrente aparición de esta versión en la primera mitad del siglo XIV evidencia que todos estos autores recogen una versión por entonces popular que convivía junto a la otra. La primitiva vuelve a aparecer en el siglo XV en el *Libro de los ejemplos* (núm. 18), en el *Espéculo de los legos* (núm. 49) y en el *Esopete ystoriado* (pág. 137) sólo como consecuencia de la utilización directa de la obra de Pedro Alfonso. Por tanto, la tradición de este relato en la España medieval muestra la difusión simultánea de versiones escritas y orales. El tema de este apólogo tiene raíces bíblicas, especialmente *Eclesiástico* 12: 8-18 y 37: 1-6, en donde se distingue entre los amigos verdaderos y los falsos. *Vid*. Chauvin, *Bibliographie*, t. 9, pág. 15; Devoto, *Introducción al estudio de don Juan Manuel*, págs. 454-59; Ayerbe-Chaux, *El Conde Lucanor. Materia tradicional y originalidad creadora*, págs. 161-69; y Lacarra, *Cuento y novela corta en España*, págs. 135-36. < <

[2] El tema de los dos amigos fue difundidísimo en la Edad Media y en el Renacimiento. Gobi resume el relato de Pedro Alfonso (*Escalera*, núm. 12) y recrea con mayor detenimiento la amistad ejemplar de «Amelio y Amico» (*Escalera*, núm. 11), pero ninguno de estos relatos se compara con el de la amistad entre Tito y Hegesipo que Boccaccio narra en el *Decamerón* (X, 8). Dentro de España, si el apólogo de la prueba de los amigos tuvo una riquísima difusión que sólo decayó en el siglo XVI, éste de los dos amigos presentará el caso inverso. En los siglos XIV y XV se transmitió sin grandes novedades, por ejemplo en el *Libro del caballero Zifar* (cap. 6), *Libro de los ejemplos* (núm. 19) y en el *Esopete ystoriado* (págs. 137-38). Es a partir del siglo XVI cuando se encuentran las versiones más personales, entre ellas la historia de Timbrio y Silerio en la *Galatea* y la de Anselmo y Lotario en el *Quijote* (I, caps. 33-35). A esta tradición hay que sumar el cuento de los tres amigos que presenta *Barlaam et Josafat* (págs. 116-17), donde un hombre ante la necesidad debe probar a sus tres amigos y es aquel a quien menos favores había hecho el único que le responde fielmente. *Vid.* Chauvin, *Bibliographie*, t. 9, págs. 16-17; Juan Bautista Avalle-Arce, «Una tradición literaria: el cuento de los dos amigos», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 11, núm. 1 (1957), págs. 1-35; y Lacarra, *Cuento y novela corta en España*, págs. 194-95. < <

[3] Aparece también en *Fedro* (IV, 20), *Romulus* (núm. 13), y en gran cantidad de predicadores y cuentistas latinos como Étienne de Bourbon, Odo de Cheritón, Alanus de Insulis *(Liber parabolarum, PL*, t. 210, col. 583A), Johannes de Alta Silva, *Dolophatos siue De rege et serpentem sapientibus*, etc. Los relatos protagonizados por hombres y serpientes siempre presentan casos de ingratitud y desconfianza. En *Romulus* (núm. 39) y *Esopete ystoriado* (pág. 52) un hombre pobre es ingrato con la serpiente que, comiendo día tras día las migajas que caían de su mesa, había traído prosperidad a su casa. En *Esopete ystoriado. Fábulas extravagantes* (págs. 89-90) el labrador hiere sin causa a una serpiente, pero acabará confiando en ella porque durante tres años le da buenos consejos para recoger su cosecha, aunque siempre le advirtió que no confiara en aquellos a los que había hecho mal. El labrador desea recompensar a la serpiente y envía, como ella le pidió, a su hijo para que le lleve leche a su madriguera. La serpiente lo muerde y lo mata. El labrador le recrimina su ingratitud, pero la serpiente se excusa diciéndole que ella le había advertido que no confiara en aquellos a los que había hecho daño. El texto bíblico, por otra parte, con el episodio de la caída (*Génesis*, 3) servía de base como para ofrecer al hombre medieval una imagen literaria negativa de la serpiente: ella había engañado a la mujer y había sido la causa de la pérdida del paraíso. Este relato proviene de la versión oriental del *Calila* y se conservó en el folklore universal. Juan Ruiz en el *Libro de buen amor* (cc. 1348-34) recrea con animación especialmente los cuidados que le brinda el «hortelano» que la recoge. *Vid*. Chauvin, *Bibliographie*, t. 9, pág. 18; Dicke, *Die Fabeln*, núm. 431; Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, pág. 476; y Lacarra, *Cuento y novela corta en España*, págs. 74-75. < <

[4] Obsérvese lo que dice Brunetto Latini sobre las serpientes en su *Libro del tesoro* (cap. 137): «Generalmente por naturaleza todas son frías y no hieren nunca si no son antes calentadas. Y, por este motivo, daña el veneno de ellas más de día que de noche, pues de noche están frías y quietas» (pág. 72). < <

[5] Relato de origen oriental que se presenta también en el siglo XIII en el *Barlaam et Josafat* (pág. 71) con importantes diferencias, de donde lo tomó Jacobo de Vorágine para su *Leyenda áurea* (cap. 180, pág. 794). No se trata ahora de un hombre sino de un ballestero, y no lo encandila el canto melódico del ruiseñor sino el deseo de cazar. También varían los dichos. En suma, el *Barlaam et Josafat* ofrece una versión independiente a ésta de Pedro Alfonso. El *Libro del caballero Zifar* (cap. 126, pág. 264) ofrece una versión mixta. Como el *Barlaam et Josafat* es el deseo de caza el que empuja al protagonista a atrapar al ave, aunque aquí se trata de un cazador, mientras que los consejos son los mismos de Pedro Alfonso. El *Libro de los ejemplos* (núms. 124 y 300) y el *Esopete ystoriado* (pág. 142-43) retoman la versión de Pedro Alfonso, aunque el *Esopete* introduce modificaciones en el comienzo del relato: la acción se desarrolla en el huerto de un aldeano que se sentó a la sombra de un árbol, como acostumbraba, para descansar. Vitry (núm. 1) retoma también la versión de Pedro Alfonso, pero elimina todos los elementos anteriores al diálogo entre el ave y el hombre. *Vid*. Chauvin, *Bibliographie*, t. 9, pág. 30; Dicke, *Die Fabeln*, núm. 570; y Lacarra, *Cuento y novela corta en España*, págs. 205-206. < <

[6] Apólogo de origen oriental que se halla también en el *Calila e Dimna* (cap. 2, págs. 109-10) con la sola diferencia de que el ladrón no se encuentra solo sino con sus compañeros. A través de Pedro Alfonso pasó a *Hechos*, núm. 114a (ed. Oesterley). *Vid*. Chauvin, *Bibliographie*, t. 2, pág. 85, y t. 9, pág. 31. < <

[1] San Trond, en la diócesis de Lieja, departamento benedictino. < <

[2] Lugar al lado izquierdo del Maas, entre Lieja, San Trond, Tirlemont, Hannut y Huy. Algunos manuscritos confunden el lugar por Hispania. < <

[3] Se refiere a Teodorico, obispo de Leal (Dorpart) entre 1213-1218. < <

[4] Habitante de dos ciudades de la Galia en el siglo IV, una en Dax y otra en Aix-en-Provence. < <

[5] Se refiere al monasterio cisterciense de Marienstatt de Westerwald, en Nassau. < <

[6] Posiblemente se refiera a Prüm en Eifel. < <

[7] Las controversias sobre la Trinidad y la relación que hay entre fe y razón fueron unas de las problemáticas que interesaron a la intelectualidad del siglo XII, de ahí que abunden los tratados que tratan de explicar este misterio. Desde el comienzo del siglo XII se incrementaron las tendencias racionalistas que interpretaban la Trinidad a través de la dialéctica y la filosofía. En esta línea se colocaron Roscelin († 1120), Abelardo († 1142) y Gilbert de la Porrée († 1154). Había, por otra parte, una tendencia de interpretación mística originada por San Bernardo. Richard de Saint Victor († 1173) en su tratado *De Trinitate* creyó necesario tratar las relaciones que las tres personas mantienen, pues consideraba que los Padres de la Iglesia no habían ofrecido suficientes pruebas racionales de ello. Este relato se inserta dentro de la corriente mística, pues muestra que la Trinidad no puede ser comprendida por la vía de la razón. *Vid.* el extenso y completo asiento que dedica a esta problemática A. Michel en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, t. 15.2, cols. 1545-1855. < <

[8] Este ejemplo es el núm. 1 de los *Milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo. Cf. *Escalera*, núm. 26. < <

[9] Ildefonso de Toledo, arzobispo de dicha ciudad del 657 al 667, tuvo como predecesor a Eugenio de Toledo. Fue anteriormente abad del monasterio de Agali, en Toledo. Escribió, entre otras obras, *De viris illustribus, Annotationes de cognitione baptismi, De progressu spiritalis deserti*, algunas de las cuales sólo conocemos por un elogio que Julián de Toledo realizó de su predecesor en el que incluye un listado de sus obras *(Pl*, t. 96, cols. 43-44). Su fiesta se festeja el 23 de enero. *Vid*. el artículo de Manuel C. Díaz y Díaz en el *Dictionnaire de spiritualité*, t. 7, París, Beauchesne, 1971, cols. 1323-25. < <

[10] Se trata del tratado *Liber de virginitate perpetua Sancte Marie adversus tres infideles*, publicado por primera vez en Valencia, año de 1556, y editado modernamente por Migne, *Pl*, t. 96, cols. 53-110. Dividido en doce capítulos, marca el comienzo de la veneración de la Virgen María en España. < <

[11] Se refiere a Juan Damasceno, muerto hacia el 754. Escribió himnos, obras dogmáticas, exegéticas y vidas de santos, entre ellas la de *Barlaam y Josafat*, que traducida al latín se vertió luego a las lenguas romances. Es también uno de los poetas más festejados de la iglesia griega. *Vid*. Otto Bardenhewer, *Geschichte der altkirchen Literatur*, t. 5, Freiburg im Breisgau, Herder & CO. G.M.B.H. Verlagsbuchhandlung, 1932, págs. 51-66. < <

[1] Vitry retoma el apólogo de *Disciplina clericalis*, núm. 1, pero aplicándolo ahora a un nuevo contexto cultural: los maestros vanos y simples que creen las noticias nuevas y desconocidas a las que alude son los que se hacen eco de la herejía albigense. De los tres consejos que da el avecilla, el primero y el tercero son diferentes a los del cuento de Pedro Alfonso y son un ataque velado a esas teorías. < <

[2] En verdad, *Eclesiástico* 39: 1. <<

[3] Las creencias paganas no pudieron ser abolidas durante toda la Edad Media y, en muchos casos, pervivieron mezcladas con el rito cristiano. De igual manera, la escuela medieval, descendiente de la del Bajo Imperio, conservaba muchas lecturas paganas que no lograron ser reemplazadas por las cristianas y que entrañaban el peligro de transmitir falsas creencias. Jacques de Vitry arremete contra ellas en este ejemplo. El escolar es «ciceroniano», es decir, basa su enseñanza en autores de la Antigüedad, lecturas que no ayudan en nada a la formación cristiana. Se halla también en el *Libro de los exemplos*, núm. 417. < <

[4] «Hazlo corto para que no se ensucie». *Vid. Thesaurus Proverbiorum Medii Aevi*, vol. 7, pág. 233. < <

[5] Este relato aparece en el *Libro de los ejemplos*, núm. 162, y en el *Recull de eximplis*, núm. 358; la fuente de Vitry, sin embargo, es la *Vitae Patrum*. Crane (*The Illustrative Stories from the Sermones Vulgares of Jacques de Vitry*, pág. 181) señaló un posible origen judío para esta leyenda y, de hecho, la historia se encuentra en textos rabínicos. < <

[6] Este relato se inspira en la incursión de Carlomagno (768-814) a tierras españolas que culminó con la derrota de Roncesvalles (año 778). Einhard en su *Vita Karoli Magni* (cap. 9) relata someramente la expedición del emperador a tierras españolas. Los elementos más destacables son la oposición de los vascos y la muerte de Rolando. Sin embargo, fue este episodio el de más fortuna literaria. A principios del siglo XII un tal Turoldus compuso o refundió *La chanson de Roland*, poema épico que narra el sitio de Zaragoza, la muerte de Rolando y la venganza de Carlomagno. En el mismo siglo se compuso la crónica del Pseudo-Turpinus y el poema *Karoleus*. Del siglo XIII se conserva el fragmento del poema épico castellano *Roncesvalles* que se basa en el capítulo XXVI del Pseudo-Turpín, y hasta es posible que el poema francés *Mainete*, que narra la historia de Berta y la juventud de Carlomagno, fuera compuesto por un juglar de Toledo. Este relato aparece en el *Libro de los ejemplos*, núm. 298, en una versión que presenta importantes modificaciones. En principio no se indica que el soldado haya estado a las órdenes de Carlomagno ni que el episodio haya sucedido en España. Por último, el alma regresa luego de ocho días y no de treinta. *Vid*. A. Rey, «Las leyendas del ciclo carolingio en la *Gran Conquisa de Ultramar», Romance Philology*, 3 núm. 1 (1944), págs. 172-81; R. Menéndez Pidal, *«Galiene la belle* y los palacios de Galiana en Toledo», en *Poesía árabe y poesía europea*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946, págs. 69-89; y J. Gómez Pérez, «Leyendas del ciclo carolingio en España», *Revista de Literatura*, 28 (1965), págs. 5-58. <<

[7] Aunque la *Chanson de Roland* no conoce más que un hijo de Carlomagno y casi no aparece en acción, existieron otros relatos en los que los hijos del emperador desempeñaron un papel protagónico. Las historias de los hijos de Carlomagno no tuvieron un lugar destacado en los poemas franceses, más bien se constata que tuvieron una mayor recepción en Italia y en España. Un hijo llamado Luis aparece en relatos como *Guillaume au court Nez* y el *Coronement Loeys*, pero con un protagonismo poco lucido. Cuando su padre le coloca la corona imperial y pronuncia un solemne discurso sobre los deberes del soberano, el joven se asusta y deja caer la corona que quiere tomar. Otro hijo de Carlomagno se llamó Lotario, joven valiente y noble, que muere joven víctima de su tenacidad, según se narra en *Renaud de Montalban*. Otro hijo fue Chariot, quien jugando con Baudouinet, hijo de Orgier, le da un golpe en la cabeza y lo mata. Orgier exige venganza, según se narra en el poema *Orgier le Danois*. El romance *El Palmero* («De Mérida sale el palmero») narra una aventura desconocida en Francia: un día un «palmero» entra en la corte del emperador, saluda al arzobispo y al cardenal, pero no a Olivier ni a Rolando. Hay también una hija de Carlomagno, Belisent, que en *Amis et Amile* no es seducida por Amile. Sus amores se cuentan en un romance castellano, *Romance de la linda Melisenda* («Todas las gentes dormían»), en el que los nombres son alterados. Una leyenda más célebre es la de Emma, que sacrifica su amor a su deber. Su enamorado, Eginhard, será en castellano Gerineldo, protagonista del *Romance de Gerineldo y la infanta*, que duerme con la hija del rey y coloca la espada entre ellos para simbolizar la imagen del rey, que había visto todo. El relato que aquí incluimos es un episodio centrado en otro de los hijos de Carlomagno, Goboaut, con una tradición independiente a los otros relatos y de origen ignoto. Una versión breve se halla en el *Recull de Eximplis*, núm. 547. < <

[8] Hay algunas recurrencias más de este refrán en la Edad Media, pero todas dependen de este cuento de Vitry. *Vid. Thesaurus Proverbiorum Medii Aevi*, vol. 11, pág. 38. < <

[9] La fuente de Vitry es el *Barlaam et Josaphat*, cap. 12. Esta parábola fue muy difundida en la Edad Media. En España, por ejemplo, se halla en *Barlaam e Josafat* (pág. 87), en el *libro de los gatos*, ej. núm. 48, y dentro de un tratado científico como es el *Lucidario*, cap. 35 (pág. 133). < <

[10] La fuente es *Esopo*, núm. 109. Se halla en *Rómulo*, núm. 5, y en Odo de Cheritón, núm. 10, donde sólo varían los animales que se cazan. En Castilla aparece en el *Libro de los gatos* (ej. núm. 15), que no se aparta de la versión de Odo, y en el *Libro de buen amor* (cc. 82-88), en la cual el león, doliente, no puede salir a cazar y, por tanto, los súbditos le ofrecen un toro, del cual el lobo quiere comer la mejor parte. En todos los relatos la fuerza del apólogo recae en la frase final: se ha aprendido a hacer buena partición viendo cómo le fue al lobo. *Vid.* Chauvin, *Bibliographie*, t. 3, pág. 67, y Lecoy, *Recherches*, págs. 146-48. Una versión en el folklore moderno la registran Julio Camarena y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico*, núm. 51. < <

[11] Debe tratarse de una omisión de la tradición, como lo atestigua el diálogo siguiente. < <

[12] Aparece también en el *Recull de Eximplis*, núm. 280. < <

[13] Proviene de *Fedro*, IV, 24. Aparece también en el *Libro de los gatos* (ej. núm. 6), que tras los pasos de Odo de Cheritón sitúa al relato en Toulouse y coloca como protagonista a un cátaro. El diálogo entre la mosca y el calvo se amplió en algunas versiones hasta convertirse en un debate. *Fedro* IV, 25 transmite un relato similar. Se trata de un debate entre una mosca y una hormiga. La mosca se jacta de su vida ociosa y relajada, mientras que la hormiga la critica y habla de su vida laboriosa. La mosca era símbolo de todo lo que odiaba el cínico. *Vid*. Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, pág. 355. <<

[14] El «vadio» era un objeto que contenía de manera simbólica la persona o los bienes de un deudor, que por un acto ilícito o en virtud de un contrato bilateral ha asumido las obligaciones ante un acreedor. *Vid.* Niermeyer, *Mediae latinitatis lexikon minus*, págs. 1120-1125. <<

[15] El relato procede de una de las biografías del Santo: *Santi Bernardi Vita et res gestae autore Guillermo olim Sancti Theodevici prope Remos abbate, tunc monacho Signiacense*, en Migne, *PL*, t. 185, col. 230, lib. I, cap. iii, § 7. También pasó al *Libro de los ejemplos*, núm. 177. <<

[16] Se presenta aquí el tipo de «mujer indómita o brava» a la cual el hombre debe dar un escarmiento para colocarla bajo su yugo. Los relatos de *Romulus Anglicus*, núms. 74 y 75 ofrecen también casos de escarmientos ejemplares a mujeres que contradecían a sus maridos. Es el caso también del *Conde Lucanor* (ej. 36), en el cual un joven debe someter a su mujer en la misma noche de bodas, o el de la mujer de Bath de los *Canterbury Tales* que mortificaba a sus maridos. Este relato se halla en Alfonso Martínez de Toledo, *Corbacho* (II, VII). *Vid.* Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, pág. 552. < <

[17] Este relato fue muy difundido por haberse hallado en colecciones de fábulas derivadas de *Fedro*, entre ellas *Rómulo* (*vid*. supra núm. 17). Juan de Salisbury lo utiliza en su *Policraticus* (Lib. 8, cap. 11) al dedicar un capítulo específico a hablar de la libido de las mujeres *(vid*. Migne, *PL*, t. 199, col. 753). Vitry agrega algunos elementos que pesarán en la significación de su relato. Adiciona el detalle de que la mujer había estado enamorada de su marido durante toda su vida, elemento que acentúa la moraleja final sobre la inconstancia de las mujeres. Otro elemento que varía es que no se trata aquí de la crucifixión de un ladrón, sino de la de un soldado que había estado bajo las órdenes del rey. Este pequeño detalle ayuda a la medievalización del relato. < <

[18] Este relato se halla entre los *Miracles de Nostre Dame* recogidos por Jean Mielot (Roxburghe Club, 1885). Se halla también en el *Libro de los ejemplos*, núm. 274. < <

[19] La fuente de Jacques de Vitry es la *Vitas Patrum*, vi. 1, 15 (Migne, *PL*, t. 73, col. 995-998). Se halla también en el *Libro de los ejemplos*, núm. 426. Cf. Odo de Cheritón, núm. 29. < <

[20] *Lucas* 14: 25-27. < <

[1] Aparece por primera vez en Conrado de Hirsau, *Dialogus super auctores* en la sección *Super Aesopum*. De ahí pasó a numerosos autores, entre ellos Isidoro, *Etimologías* (Lib. I, cap. 40). Debió de originarse a partir de la fábula esópica «Júpiter y las ranas». *Vid*. Dicke, *Die Fabeln*, núm. 47. <<

[2] El relato sigue paso a paso *Jueces* 9: 8-15. En Siquem se elige como rey a Abimélek. Una vez erigido rey, éste se dirigió a la casa de su padre, en Ofrá, y mató allí a sus hermanos, los hijos de Yerubbaal —eran en total setenta—, sobre una misma piedra. Pero uno escapó, Jotam, el hijo menor de Yerubbaal. Luego se unieron todos los hombres de Siquem y de Bet Mil-ló y proclamaron rey a Abimélek. Sigue a este episodio el relato que aquí se narra denominado «Apólogo de Jotam». La explicación que da el texto bíblico es la siguiente: «Si, pues, habéis obrado con sinceridad y lealtad con Yerubbaal y con su casa en el día de hoy, que Abimélek sea vuestra alegría y vosotros la suya. De lo contrario, que salga fuego de Abimélek y devore a los señores de Siquem y de Bet Mil-ló; y que salga fuego de los señores de Siquem y Bet Mil-ló y devore a Abimélek» (*Jueces* 9: 19-20). < <

[3] No se sabe a quién se refiere. Para más confusión en el manuscrito de la Staatsbibliothek Berlín Theol. lat. 4º, 10 se escribe «Gwillhelmus», mientras que en el manuscrito de la Biblioteca Pública de Berna 679 «Hugo». Hubo un sacerdote en Meaux llamado Guillermo entre 1214 y 1221 y uno llamado Hugo entre ll61 y 1162. *Vid*. las noticias que da Albert C. Friend, «Master Odo of Cheriton», *Speculum*, 23, núm. 4 (1948), págs. 640-58. < <

[4] Vuelve a hacer alusión a *Jueces* 9: 8-15. < <

[5] Se trata de una fábula creada en la Edad Media a base de noticias fantásticas del *Fisiólogo* y de la «historia natural». Como es común en este tipo de fábulas, se mezclan elementos fantásticos con observaciones realistas. Quizá haya en esta fábula inversión del tema del sabio que permanece impávido aunque se le caiga el cielo encima (Horacio, *Carmina*, III, 3-7). *Vid.* Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 2, pág. 627, y t. 3, pág. 439. <<

[6] Se trata de un proverbio inglés, que, en opinión de Hervieux (*Les fabulistes latins*, vol. 4, pág. 179), traduce literalmente el latino. Aparece con variantes en los sucesivos manuscritos: ms. Bibl. Bodleiana Duce 88, «Seilde comed se betere»; ms. Douce 101, «Sylden ys the latur prophte the bettur»; ms. British Library Arundel 275, «Seldum cum tho ye better». < <

[7] El ave de San Martín es el *Hirundinidae*, llamada en Francia *l'oiseau de Saint Martin* o *Martin pêcheur*, en español *Martín pescador*. Esta fábula aparece por primera vez en Odo de Cheritón *(Fabulae* núm. 7) y a través de él pasó a otros predicadores. Se halla también en la versión hebrea del *Calila e Dimna* y así llegó a Juan de Capua, *Directorio* (cap. 10) y Raymundo de Béziers (cap. 12). Sin variantes aparece en el *Libro de los gatos* (ej. 3). La fábula mezcla pensamiento cristiano y cínico-estoico. Es un tipo de fábula de creación típicamente medieval. *Vid.* Th. Northup, «El libro de los gatos. A Text with Introduction and Notes», *Modern Philology*, 5, núm. 4 (1908), pág. 27; Dicke, *Die Fabeln*, núm. 495; y Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 2, pág. 628. < <

[8] Alude a las negaciones de Pedro relatadas en *Mateo* 26: 69-75. < <

[9] Alude al *Salmo* 78 (77): 9: «Los hijos de Efraim, diestros arqueros, / retrocedieron el día del combate». < <

[10] Se trata de una derivación de *Babrios* (núm. 56) y Aviano *(Fabulae*, núm. 14): Zeus estableció un concurso para premiar a la más bella de las crías. La mona le presentó su hijo y ante la risa general dijo que para ella era la más bella. Esta fábula puede derivar de un modelo bizantino perdido. Aparece en el *Libro de los gatos* (ej. 7). *Vid*. Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 2, pág. 613, y t. 3, págs. 393 y 441. < <

[11] «Quien sapo ama, luna le parece». *Vid. Thesaurus Proverbiorum Medii Aevi*, vol. 7, pág. 48. < <

[12] Cf. *Thesaurus Proverbiorum Medii Aevi*, vol. 7, pág. 428. < <

[13] Aparece en el *Libro de los gatos* (ej. 8). < <

[14] Este relato se conecta con el núm. 5 de esta sección. < <

[15] Se trata de un pasaje de las *Confesiones* (Lib. XI, cap. 4) de San Agustín, en el cual el autor expresa su admiración ante la creación de Dios. < <

[16] Se incluye en el *Libro de los gatos* (ej. 9). No se encuentran otros paralelos de este relato que puedan servir de antecedente a Odo, sin embargo, el pacto entre animales es un motivo recurrente en la cuentística europea, así como el tema del lobo o gato disfrazado de monje, y aparece en relatos tales como *Ynsegrinus* y el *Roman de Renart*. Tardíamente fue incluido en algunas colecciones esópicas como el *Wolfenbüttler Romulus* (fol. 20) y entró en la versión hebrea del *Calila e Dimna* pasando a Juan de Capua, *Directorio* (cap. 3), y a Raymundo de Béziers (cap. 7). En algunas versiones el gato se viste de monje. El motivo del gato que se hace monje para atrapar a los ratones se da también en la fábula de *Romulus Anglicus*, núm. 132: el gato vestido de obispo quiere bendecir a los ratones, pero ellos dicen que prefieren permanecer paganos. La fábula refleja la vida y costumbres de las comunidades religiosas entre las cuales se debió de originar. *Vid.* Dicke, *Die Fabeln*, núm. 343; Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, págs. 450-51; y Lacarra, *Cuento y novela corta en España*, pág. 262. < <

[17] Cf. *Rómulo*, núm, 8. < <

[18] La primera aparición de esta fábula se da en Odo de Cheritón (*Fabulae*, núm. 19); entró luego a formar parte de colecciones esópicas, como el *Klosterneuburger Äsop* (núm. 6l) y el *Liber Esopus et Avianus* (Lib. II, fol. 22). Aparece en el *Libro de los gatos* (ej. 14) sin mayores variantes. Esta fábula se conserva hasta en el folklore moderno. Aparece, además, como secuencia final de un relato de la *Disciplina clericalis*, (núm. 23): un labrador, al no querer avanzar sus bueyes, lanza como interjección «¡Que os coman los lobos!». Lo siente uno y luego viene a pedir lo que se le prometió. Cuentan lo sucedido a la zorra y ésta actúa como juez. Pacta separadamente con el labrador y con el lobo y engaña a este último para que vaya a tomar un trozo de queso que está en un pozo. Van de noche y en el pozo se refleja la luna. Baja la zorra en un cubo pero aduce no poder agarrarlo por lo enorme que es; entonces baja el lobo y sube la zorra en el otro cubo, quedándose con todo. Se imponen aquí dos conjeturas: o el relato de Pedro Alfonso está contaminado por el que luego recogerá Odo, o el relato de Odo es un desprendimiento de esta fábula del autor aragonés. De una forma u otra, esta fábula debe de ser muy anterior al período en que la recoge de Odo. *Vid*. Dicke, *Die Fabeln*, núm. 223, y Julio Camarena y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico*, núm. 30. < <

[19] Ysemgrino es designada la zorra en el ciclo del *Roman de Renart*. < <

[20] *Cf. Rómulo*, núm. 5, y Vitry, núm. 8. <<

[21] *Proverbios* 19: 25: «Golpea al arrogante y el simple se volverá sensato». < <

[22] *Salmo* 88 (89): 17: «Han pasado tus iras sobre mí». < <

[23] Aparece en el *Libro de los gatos* (ej. 21). < <

[24] Este apólogo está estructurado como relato de peregrinación. Como es tan frecuente en los relatos populares, el protagonista debe superar tres pruebas que en este caso consisten en el rechazo de igual número de tentaciones. Las tres están colocadas en forma gradual (tentación de la carne, tentación de poder y tentación de riqueza). En todo el relato hay un elemento constante: la recompensa que va a recibir el peregrino. La solución se realiza echando mano a un pasaje bíblico que es el que da sentido y significación al relato. Aparece en el *Libro de los gatos* (ej. 23) sin mayores variantes. < <

[25] *Oseas* 13: 8. <<

[26] *Eclesiástico* 10: 11. < <

[27] Como era práctica común entre los predicadores, dentro de la exposición alegórica se podía insertar un nuevo ejemplo que explicara un proverbio o sentencia. En este caso se explica *Eclesiastés* 10:11. < <

[28] Se basa en el sueño de Jacob en *Génesis* 28: 10-19: «[...] soñó con una escalera apoyada en tierra, y cuya cima tocaba los cielos, y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Y vio que Yahveh estaba sobre ella y que le dijo: 'Yo soy Yahveh, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia. Tu descendencia será como el polvo de la tierra y te extenderás al Poniente y al Oriente, al Norte y al Mediodía; y por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra, y por tu descendencia. Mira que yo estoy contigo; te guardaré por doquiera que vayas y te devolveré a este solar. No, no te abandonaré hasta haber cumplido lo que te he dicho'». < <

[29] El relato posee algunas diferencias con la versión de *Rómulo*, núm. 23: ubica la acción en el desierto —tal vez por influencia de las historias de los Padres de la Iglesia—, mientras que *Rómulo* dice sólo que los personajes hacían un viaje y sustituye la alabanza del estado social del mono por una alabanza más frívola. La moralización le impuso a Odo estas modificaciones: no se trata ahora de un relato que amoneste sobre la adulación del hombre en forma abstracta, sino que el autor la orienta directamente hacia los clérigos. Cf. también *Escalera*, núm. 7. < <

[30] Cf. *Thesaurus Proverbiorum Medii Aevi*, vol. 12, pág. 337. <<

[31] *I Cor.* 2: 9. <<

[32] Odo se vale de un recurso que le legó la tradición esópica: insertar un relato dentro de otro sin que este último repercuta en el primero. Esta técnica se halla ya en *Rómulo*, núms. 6, 11 y 19. <<

[33] *Oseas* 3: 1. < <

[34] Aparece esta fábula en los derivados de *Rómulo* y a partir de ahí tuvo bastante popularidad entre los predicadores. Se conserva en el folklore contemporáneo. *Vid*. Chauvin, *Bibliographie*, t. 3, pág. 54; Dicke, *Die Fabeln*, núm. 196; y Julio Camarena y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico*, núm. 105. < <

[35] Aparece en el *Libro de los gatos* (ej. 27) sin mayores variantes. <<

[36] Orden religiosa fundada en 1098 por el abad San Roberto de Molesmes en Citeaux. Su espíritu fue el de devolver a la regla benedictina su primitiva sencillez y austeridad. Se los denominaba los «monjes blancos» por su hábito, del cual se destacaba la capucha y el escapulario negros. < <

[37] Orden religiosa fundada por San Norberto de Xante en 1120 en una abadía del Prémontré, cerca de Laon, seguidores de la regla de San Agustín. Trataron de unir la austeridad con el ministerio pastoral. Llevaban hábito blanco. < <

[38] Orden fundada en 1198 por San Juan de la Mata y San Félix de Valois. Su propósito era el de redimir a los cautivos en tierras de moros y llevar a cabo misiones entre los musulmanes. < <

[39] Alude a la orden de San Bernardo. < <

[40] Orden religiosa creada en Tierra Santa y en Europa para dar hospitalidad a los peregrinos. Los más famosos en Tierra Santa fueron los caballeros del Santo Sepulcro, los Hospitalarios del Temple y los de San Juan de Jerusalén. En general, adoptaron la regla de San Agustín. < <

[41] Orden fundada en 1119 por Hugo de Payns y otros ocho caballeros franceses con el nombre de Pobres Caballeros de Cristo. Su misión era la de proteger a los peregrinos que acudían a los Santos Lugares. Con ayuda de Bernardo de Clarvaux se redactó su regla severa y ascética. Participaron activamente en las cruzadas. < <

[42] La Orden de Grandmont, la de los *bons hommes* o *boni homines*, surgió a principios del siglo XII en Limoges. < <

[43] *Salmo* 49: 15: «Como ovejas son llevados al *seol*, / los pastorea la Muerte / y los rectos dominarán sobre ellos». < <

[44] Recrea un tema clásico: la envidia de los débiles que tratan de romper el orden natural. Aparece en *Fedro* I, 24. De aquí deriva la versión de *Babrius*, núm. 28: Un buey aplastó con su pata al hijo de un sapo. El sapo quiso saber cómo era exactamente el buey y comenzó a hincharse. Le dijeron que cesara, pues reventaría antes de alcanzar el tamaño del buey. Cf. *Rómulo*, núm. 14. *Vid.* Dicke, *Die Fabeln*, núm. 168, y Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 1, pág. 636, y t. 3, pág. 403. < <

[45] El relato no da muchas pautas del tipo de filósofo al que se refiere, pero la ruptura del silencio que lo inhabilita como tal hace pensar en la secta de los pitagóricos, quienes eran sometidos a una dura prueba de admisión. Un ejemplo de filósofo pitagórico se presenta en la *Vida de Segundo*. < <

[46] Se trata de un difundido refrán que parte de un proverbio bíblico: «Hasta el necio, si calla, se le tiene por sabio, / por inteligente, si cierra los labios», *Proverbios* 17: 28. Sobre la difusión de este refrán, *vid.* Samuel Singer, *Sprichwörter des Mittelalters*, Berna, Verlag Herbert Lang & Cia, 1944, t. 1, págs. 8-9. < <

[47] Este apólogo tiene como función enmarcar la sentencia final; en consecuencia, se presenta como una forma intermedia entre lo que es un relato propiamente dicho y lo que se denomina «sentencia enmarcada», es decir, una sentencia que está precedida por un pequeño relato que tiene sólo como función la de crear un marco donde se inserte la sentencia. Muy por lo general ese marco presentaba la forma de un diálogo entre maestro y discípulo. *Vid*. Hugo O. Bizzarri, «Anatomía de la expresión proverbial», en AA.VV., *Estudios sobre la variación textual. Prosa castellana de los siglos XIII a XVI*, Buenos Aires, Secrit, 2001, págs. 25-50. < <

[48] Véase aquí mismo, *Vida de Segundo*, núm. 11, cómo se define la riqueza. < <

[49] Cf. *Rómulo*, núm. 7. < <

[50] No se conoce el origen de este relato, pero evidentemente debió de surgir en ámbitos monásticos. *Vid.* Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, págs. 460-61. < <

[51] Cita un fragmento de *Mateo* 19: 29: «Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará vida eterna». < <

[52] Cf. Vitry, núm. 17. < <

[53] El relato aparece en la *Leyenda áurea* (IX, 3) en la vida de San Juan apóstol. Termina con la exposición de los seis motivos por los cuales el hombre debe dejar las riquezas materiales que Odo ha decidido omitir para aplicarlo a una nueva moralidad. El ejemplo se ubica en un período que para los cristianos correspondía a una etapa fundamental de su historia: los hechos de los primeros cristianos y los discípulos de Cristo. Presenta un modelo de conducta que insta a imitar. Los efesios, educados en el paganismo, dejan sus posesiones para abrazar la vida ascética de los primeros cristianos; así, el relato impulsa a adoptar una vida de desprendimiento como la de los primeros cristianos. El relato agrega aún otro elemento: las visiones de ultratumba. < <

[54] Alude al episodio de «El rico malo y Lázaro el pobre» narrado en *Lucas* 16: 19-31: Un rico llevaba una vida de dispendio entre lujos y fiestas, mientras Lázaro, esperando migajas en su puerta, no recibía premio alguno. Ambos mueren, y mientras el pobre Lázaro fue llevado a los brazos de Abraham, el rico fue enterrado. En el Hades reciben ambos recompensa por los hechos que hicieron en la tierra. El rico pide que Lázaro moje su dedo y le refresque la lengua, pero Abraham se lo niega porque esta es la pena que merece. Entonces el rico le ruega que envíe a Lázaro a casa de su padre para que dé testimonio a su padre y a sus cinco hermanos y no vengan a tan horrible lugar, pero Abraham una vez más se lo niega, pues tienen como testimonio lo que dicen Moisés y los profetas. < <

[55] Alude al episodio de la destrucción de Sodoma y Gomorra *(Génesis* 19: 23-26). Cuando Yahveh hizo caer sobre estas ciudades una lluvia de azufre, la mujer de Lot miró hacia atrás quebrantando la prohibición que se les había impuesto y quedó convertida en estatua de sal. < <

[1] Adriano fue emperador romano entre el 117 y el 138 d. C., originario de la Bética, en España. Fue educado por Trajano y estuvo bajo sus órdenes hasta el año 117 cuando, muerto el emperador, lo aclamaron sus tropas en Siria para que lo sucediera. Asumió el gobierno bajo el nombre de *Imperator Caesar Traianus Hadrianus Augustus*. Se preocupó por el desarrollo del imperio, lo que le llevó a realizar numerosos viajes por los lugares más recónditos de sus dominios y a conocer los problemas locales e interregionales. Ésta fue la nota característica de su gobierno. Fue, además, un gran protector de la cultura, sintiendo preferencia por el helenismo. En el año 100 se casó con Sabina, sobrina segunda de Trajano, pero no tuvieron hijos. Su último viaje lo realizó en el 136 d. C., del cual regresó muy enfermo. Comenzó entonces la preocupación por su sucesor, que resultaría ser Antonino Pío. Sus cenizas fueron colocadas en el mausoleo que se había hecho erigir, al otro lado del Tiber. *Vid. Enzyklopädie der Antike*, vol. 3, cols. 59-64. < <

[2] Las raíces de la escuela pitagórica se hunden en la leyenda. Fue fundada por Pitágoras (584-496 a. C), quien se instaló en Crotona huyendo de la tiranía en Grecia para luego mudarse a Metaponto, donde murió. Ambos lugares fueron el centro de estos iniciados. La admisión al interior de este círculo de filósofos comprendía una dura prueba: guardar silencio durante cinco años y un cambio radical de estilo de vida. Características de los pitagóricos eran, entre otras, la comunidad de bienes, tener amistad sin restricciones y el mantenimiento del secreto. Algunas de estas características ayudan a comprender las actitudes de Segundo. *Vid. Enzyklopädie der Antike*, vol. 10, cois. 656-59, y F. Rodríguez Adrados, «Elementos cínicos en las *Vidas* de Esopo y Segundo y en el *Diálogo* de Alejandro y los gimnosofistas», en *Homenaje a Eleuterio Elorduy*, Bilbao, 1978, págs. 309-28. < <

[3] Las biografías de sabios en la Edad Media, y en especial en el siglo XIII, seguían determinados esquemas. Primero se daban noticias del origen del filósofo, luego le sucedía la narración de diversos episodios de su vida en los que mostraba su sabiduría. La narración en sí de la vida del filósofo podía estar constituida por la narración de una serie de episodios, de un hecho en especial, como la muerte de Sócrates, o un relato cronológico de toda la vida del sabio (véase M. Haro, «Los esquemas biográficos en la prosa gnómica del XIII: el caso de *Bocados de oro*», en *Homenaje a Amelia García-Valdecasas Jiménez*, ed. de Ferrán Carbó *et alii*, Valencia, Facultad de Filología-Universidad de Valencia, 1995, vol. 1, págs. 415-31). La vida de Segundo está centrada en dos hechos de los cuales el primero repercute sobre el segundo: la prueba a la que somete a su madre y el encuentro con Adriano. Sin embargo, nada sabemos de este sabio. Podemos suponer que se trata de un personaje de la nobleza, ya que «fue enviado a las escuelas a aprender» y por la presencia en su casa de sirvientes. < <

[4] Esta primera parte de la «historia marco» reproduce dos motivos folklóricos, el del hijo irreconocido que tienta a su madre (motivo t. 412.2 en el índice de Thompson) y el de la madre que muere cuando sabe que ha estado a punto de cometer incesto con su propio hijo (motivo N 383.3 del índice de Thompson). Ambos son motivos folklóricos y evidencian el origen popular de este relato. *Vid.* R. Ayerbe-Chaux, «El uso del exempla en la *Estoria de España* de Alfonso X», *La corónica*, 7, núm. 1 (1978), págs. 28-33. <<

[5] La obra, como todas las centradas en vidas de filósofos, revela una fuerte dosis de antifeminismo. El mismo sentimiento se revela en la pregunta núm. 9 «¿Qué es la mujer?», lo cual parece indicar una estrecha relación entre biografía y prontuario de preguntas. <<

[6] Se presenta aquí a Adriano como un emperador también sabio que gusta hablar con los filósofos. Reproduce un tópico que es el «elogio de los soberanos». Este tópico viene de la antigua Roma, en la que el emperador, a la vez que caudillo militar y soberano, era también poeta. El soberano entregado a las letras fue también un ideal de la cultura hispano-musulmana. *Vid*. E. R. Curtius, «Panegírico de los soberanos», en *Literatura europea y Edad Media Latina*, México, FCE, 1975, vol. 1, págs. 254-56. < <

[1] Es probable que este relato aluda a otro del tipo que presenta el manuscrito de la British Library Harley 1288, fol. 41 (*apud* Welter, *La Tabula exemplorum*, pág. 90):

1

[LAS DOS MUJERES HERMOSAS]

Narración buena y útil. Eran dos hermosas mujeres, ambas de la ciudad de París, que mutuamente se envidiaban por su hermosura. Un día una de ellas murió y fue sepultada en el cementerio. Luego la mujer sobreviviente fue invitada por un burgués a comer con él. Y entrando a la cámara, se preparó con su habitual meticulosidad y se miró en el espejo y no le agradó. Lo arrojó contra la pared, lo rompió y comenzó a buscar con una criada un espejo más brillante. Esta trajo uno que le agradó aún menos, por lo cual lo rompió y comenzó a ir con su criada en búsqueda del tercero, que era peor que los otros dos primeros. Entonces, dijo a gritos:

—¡Ve a buscarme un buen espejo o en el futuro nunca me servirás!

Y ella, llena de espanto, se dirigió hacia el foro y pasó por el cementerio donde el mencionado cuerpo de la mujer había sido sepultado y halló hombres pestilentes en aquel lugar que ahí sepultaban otro cuerpo, y dijo a los pestilentes:

—¿No fue, acaso, aquella bella mujer sepultada en este lugar?

Ellos respondieron que sí. Y ella dijo:

—¡Por amor de Cristo, dadme su cabeza! Mi señora me envió por un brillante espejo. De ésta puede haber buen espejo.

Y aquéllos le trajeron la cabeza, que era horrible a la vista. Y ella se la guardó en el regazo y fue a la casa y dijo a su señora:

—¡Toma este espejo!

Y ella se la lanzó y respondió:

—¿Qué es esto?

Ella dijo:

—Esta es la cabeza de aquella mujer cuya hermosura envidiabas mientras

vivía. Mira atentamente este espejo y no tendrás motivo de soberbia.

Habiéndola visto, aquella dama se echó a llorar amargamente doliéndose mucho de su pecado y comenzó a rapar su cabeza rápidamente con su sierva. Tomó la cabeza de la muerta, la colocó sobre oro y la colgó mirando hacia ella; la miró durante unos días y, así, se convirtió en una buena mujer. Por ello, luche fuertemente todo cristiano contra el diablo, el mundo y la carne y tome el escudo de la constancia en la mano derecha y no muera por ligereza, tenga en la mano izquierda el espejo de su naturaleza en el cual vea diligentemente qué fue, qué es y qué será, y no se ensoberbezca demasiado. < <

[2] «No se puede hacer paz bebiendo en copa de quien grita». < <

[3] Burla. < <

[4] Las maldades. < <

[5] Se refiere al *Cantar de los cantares* 2: 8. < <

[1] Este relato recrea la legendaria vida de San Alexis de Edesa, cuya fiesta celebra la iglesia cristiana el 17 de julio, la griega el 17 de marzo y la siria el 12 de marzo. Narra la historia de un patricio romano casado por sus padres que viajó a Edesa, donde murió luego de llevar una vida de pobreza. Primitivamente existieron dos versiones, una siria y otra griega. La versión griega fue ampliada antes del siglo IX introduciendo algunas variantes en el relato: Alexis obliga a su prometida a hacer un voto de castidad, viaja a Edesa, luego vuelve a Roma involuntariamente, donde vive con sus padres diecisiete años sin que se lo reconozca. Muere pobre y abandonado, pero luego de su muerte se descubre el secreto de su personalidad. Hubo versiones latinas de esta leyenda en verso y en prosa. En verso se cuentan las de Marbord de Rennes en hexámetros (s. XII), la *Vita multi post dominice tempus passionis*, el *Rhytmus Pater Deus Ingenite* (s. XI) y un poema de Joseph Bripius; en prosa se hallan las versiones del *Speculum historíale* de Vicente de Beauvais, la de la *Leyenda áurea* de Jacobo de Vorágine, la de las *Gesta romanorum*, que aquí incluimos, y el *Catalogus martyrium et sanctorum*. Entre las versiones vulgares destacamos la que comienza «Cançun de Saint Alexis», poema de 125 estrofas, uno de los textos literarios franceses más antiguos, escrito hacia 1040 por un autor anónimo, tal vez Thiboaut Vernon, y las varias versiones castellanas anteriores al año 1500, basadas todas en versiones latinas. *Vid*. Gastón Paris, *La vie de Saint Alexis, poème du XIe siècle,* París, Champion, 1933; Carlos Alberto Vega, *La Vida de San Alejo: versiones castellanas*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1991; y el artículo de F. Wagner en el *Lexikon des Mittelalters*, vol. 8, col. 1755. < <

[2] La tórtola pertenece a la familia de la *Streptopelia Turtur*, una de las tantas especies de palomas. En el siglo IV a. C., en especial la paloma blanca, era entre los griegos un animal sagrado dentro del culto de Afrodita, y de ahí pasó, entre los romanos, al de Venus. Para los judíos, la paloma era símbolo pascual, mientras que para los cristianos lo fue del Espíritu Santo. En la cultura popular era el nombre cariñoso que se le daba a la amada, mientras que en las fábulas no tenía una significación especial. En la Antigüedad romana se destacaba de la tórtola su amor conyugal y en el cristianismo se resaltó su fidelidad al esposo muerto. A partir de aquí, en la Edad Media tuvo una variada tradición. Dentro de las comunidades cristianas, la tórtola representaba la persona fiel a la Iglesia, como bien señala el *Fisiólogo* (cap. 41). Y puesto que representaba al buen cristiano, su nota fundamental era la de querer vivir en soledad y en silencio. En la poesía amorosa mantuvo la significación de la viuda que guarda fidelidad a su esposo. El caso más famoso es el del romance de *Fonte Frida*, y esta característica se transmitió aun a los bestiarios, como hace Brunetto Latini en su *Libro del tesoro* (Lib. II, cap. 172, pág. 82): «Sabed que la tórtola tiene gran amor a su compañero y si lo pierde por alguna desgracia, nunca toma otro marido y guarda bien la fe que tenía con él; y esto es por la virtud de la castidad o porque piensa que volverá su amigo hasta ella». En la leyenda de Alexis su madre quiere significar el dolor en que permanecerá el resto de su vida así como lo hace la tórtola viuda. *Vid. Enzyklopädie der Antike*, vol. 12/1, cols. 45-47. <<

[3] *Mateo* 11:29. <<

[4] Aunque este cuento formaba parte del ciclo del *Sendebar* y de *Las mil y una noches*, la fuente de donde el autor lo toma es *Disciplina clericalis*, núm. 13. *Vid.* Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, pág. 444. < <

[5] Este relato retoma una de las preguntas de la *Vida de Segundo*. <<

[6] *Job* 15: 14. < <

[7] *Sabiduría* 2: 3-4. < <

[8] Reinterpreta un pasaje de la historia de Jacobo en *Génesis* 26: 1: «Hubo hambre en el país». < <

[9] «Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las asechanzas del diablo», *Epístola a los efesios*, 6: 11. < <

[10] Este relato se difundió en las versiones del *Sirr-ar-asrâr, Secreto de los secretos* y en *Poridat de las poridades*. También la recoge el predicador italiano Giordano da Pisa en uno de sus sermones, aunque la versión que éste presenta es algo diferente, puesto que se trata de un rey que envía a esta mujer a Alejandro, pero el monarca es advertido por los sabios y la hace quemar. *Vid.* Carlo Delcorno, *L'exemplum nella predicazione volgare di Giordano da Pisa*, Venecia, Istituto Veneto di Scienze Morali, Lettere ed Arti, 1972, pág. 75; y W. Hertz, «Die Sage vom Giftmädchen», en *Gesammelte Abhandlungen*, Stuttgart-Berlín, 1905, págs. 156-269. < <

[11] Este relato se halla reelaborado en el *Conde Lucanor* (ej. núm. 36). Transforma al protagonista en un mercader que compra un solo consejo. Juan Manuel adiciona, además, a la narración original una sección basada en el tema del incesto: madre e hijo viven como marido y mujer en ausencia del padre. El consejo comprado evita que el mercader cometa una injusticia. *Vid*. R. Ayerbe-Chaux, *El Conde Lucanor. Materia tradicional y originalidad creadora*, págs. 50-34. < <

[12] Domiciano nació el 24 de octubre del año 51 d. C. en Roma; hijo de Tito Vespasiano y Flavia Domitila. En la segunda mitad del año 69, durante el señorío de Vitelio, mientras su padre se preparaba para ser llamado por el emperador, su vida dio un vuelco: Flavio Sabino, el hermano de Vespasiano, y el prefecto de Roma lucharon contra los partidarios de Vitelio. Se unió a ellos y en la conquista de Roma fue aclamado por las tropas como César, lo cual implicó el comienzo de su carrera política. Así se transformó en el más importante representante de la familia imperial. En el año 70 alcanzó el grado de *pretor*. Al mismo tiempo, comandó campañas contra los germanos. Más tarde fue nombrado *princeps iuventutis* y alcanzó seis consulados. En el año 70 se casó con Domicia Longina, hija de Domicio Corbulón, lo cual le facilitó acercarse al círculo de los senadores. Domiciano fue parte de los planes dinásticos de Vespasiano y aun bajo Tito era considerado el sucesor natural en el poder. Murió el 18 de septiembre del 96, siendo sus cenizas enterradas en el *templum gentis Flaviae*. Las fuentes documentales de su época nos presentan opiniones contradictorias. Marcial y Estacio escribieron panegíricos, mientras que Tácito y Plinio lo describieron como ejemplo de perversión en un príncipe. El relato de *Hechos* se entronca con la primera de estas líneas transformándolo en alegoría del buen cristiano. *Vid. Enzyklopädie der Antike*, vol. 3, cois. 746-50. < <

[13] *Apocalipsis* 3: 20: «Mira que estoy a la puerta y llamo: si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo». < <

[14] *Mateo* 6: 24. < <

[15] Retoma este relato Juan Manuel en el *Conde Lucanor* (ej. núm. 8) con grandes variantes. Un hombre gravemente enfermo acepta que los médicos le saquen el hígado. Cuando los médicos tienen su hígado en la mano, aparece un hombre que lo pide para su gato. En el cuento de *Hechos* hay incuria por parte de uno de los médicos; en el de Juan Manuel hay menosprecio de una persona del entorno de aquello que es tan preciado para el protagonista. Esta importante variación determina dos tipos diferentes de moraleja. < <

[16] *Mateo* 5:17. <<

[17] Se trata de la difundidísima leyenda de «Roberto de Sicilia». Esta leyenda tuvo básicamente dos versiones, una insular y otra continental. La insular se difundió entre los siglos XIV y XV, conservándose en Inglaterra nueve manuscritos de un romance en verso, «King of Sicily». En esta versión la arrogancia del rey se muestra cuando escucha el verso del *Magnificat* que dice: «Dios sacó a los poderosos de su lugar y exaltó a los humildes» y piensa su modificación. Las versiones continentales no incluyen esta escena del *Magnificat*, sino que hacen nacer la arrogancia del rey en su sueño. El relato *Der nackte König o König im Bade* presenta la misma versión que esta de *Hechos*. En la versión de Herrand von Wildone (fines del siglo XIII), *Von dem blôzen keiser*, el rey entra al baño porque quiere impresionar a las damas romanas. En la versión italiana entra al baño porque tiene una joven mujer y ha escuchado que el baño fortalece la virilidad. El relato del *Conde Lucanor* (ej. núm. 51) retoma la versión insular, es decir, la que incluye la escena del *Magnificat*. Este relato dio origen, además, al argumento del *Auto del Emperador Juvencio* del primitivo teatro español y a la comedia de Rodrigo de Herrera *Del cielo viene el buen rey*. *Vid*. Lilian Herlands Hornstein, «King Robert of Sicily», *PMLA*, 78 (1963), págs. 453-58, y de la misma «King Robert of Sicily: Analogies and Origins», *PMLA*, 79 (1964), págs. 13-21. < <

[18] Emperador romano entre el 363 y el 364 d. C. Nació en el año 331 d. C. Bajo Constantino fue *protector domesticus*, bajo Juliano *primicerius domesticorum*. Luego de la muerte de Juliano en la guerra contra los persas, fue elevado a emperador. Se dedicó, entonces, a finalizar la guerra comenzada por su antecesor. Desde el comienzo tomó medidas contra las creencias antiguas, de las cuales sólo prohibió la hechicería y la magia. Murió el 17 de febrero del 364 camino de Constantinopla y Dadastana. *Vid. Enzyklopädie derAntike*, vol. 5, cols. 1093-94. <<

[19] Este relato, que deriva de *Rómulo*, núm. 15, se halla totalmente medievalizado. Se trata ahora de un soldado bajo las órdenes de un rey que sale a cazar y no de un campesino. También este soldado ha causado daños al rey y, por tanto, se lo apresa. La actitud activa del soldado en esta versión modifica notablemente el relato y lo prepara para una nueva moralización. En *Hechos* el soldado simboliza al hombre y, por tanto, debe recalcarse que éste cae por sus pecados. < <

[20] Se trata de la leyenda de Plácido, uno de los relatos celtas más difundidos por Europa. Los orígenes de esta leyenda son muy antiguos y, dada la importancia que los hijos gemelos tienen en la liberación de la madre, se supone que comenzó siendo una de las tantas leyendas sobre gemelos. Tuvo difusión tanto en Oriente como en Occidente y eso hizo que se conjeturara su origen en Oriente. Hacia 1180 aparece una versión escandinava en verso. En España sirvió de base, junto a otros materiales, a los dos primeros libros del *Libro del caballero Zifar*, aunque también se difundió una traducción castellana autónoma, como la que presenta el manuscrito escurialense h.1.13. *Vid*. Alexander H. Krappe, «La leggenda di S. Eustachio», *Nuovi Studi Medievali*, 3 (1926-1927), págs. 223-58. < <

[21] Trajano fue emperador romano entre los años 98 y el 117 d. C. Nació en el año 53, descendiente de una familia oriunda de Itálica, en la Bética. Sirvió como *tribunum militum* de su padre en Siria y luego estuvo como pretorio en España. Realizó, además, una importante campaña militar en la Germania. *Vid. Enzvklopädie der Antike*, vol. 12/1, cols. 746-50. < <

[22] Según Krappe («La leggenda», pág. 131) el relato arquetípico de esta leyenda tendría como protagonista a un rey. Algunos relatos hacen al héroe un rico señor; los testimonios medievales lo presentan, por lo general, como un varón feudal; las versiones hebreas, hijo de un mercader honestísimo que es incapaz de quebrar una promesa. La leyenda hagiográfica no se podía servir de un santo de sangre real; por el contrario, ubicando una parte de la acción en el gobierno de Adriano, es lógico que lo haya colocado bajo las órdenes del emperador. < <

[23] La escena del encuentro del ciervo en el bosque y del sueño de su esposa son dos elementos de revelación imprescindibles en la andadura del relato, pues ellos serán los que muevan la acción para que se produzca la verdadera transformación de Plácido. < <

[24] Balaam fue profeta de Mesopotamia. Aparece mencionado en *Números* 22-24, pero también en *Deuteronomio* 23: 5 y *Josué* 24: 9. Intervino en la historia de Israel cuando este pueblo tomó contacto con el joven reino de Moab. Este rey, al ver que un inmenso pueblo se había asentado frente al suyo, fue hasta Balaam para que le revelara quiénes eran. Esa noche Dios le reveló que ese extraño pueblo era el que él protegía. *Vid.* el asiento de H. Cazelles en *Catholicisme, Hier-Aujourd'hui-Demain*, París, Letouzey et Ané, 1948, t. 1, cols. 1183-84. < <

[25] El raptor de la mujer de Eustacio es en algunas versiones el capitán de una nave, un marino mercante o un pirata. Este viaje marítimo no se halla sino en pocas versiones de la leyenda, con lo cual es imposible retrotraer esta secuencia al arquetipo del relato. Este episodio puede derivar de cualquier novela bizantina tal como la *Apolonii regis Tyri*, con la cual tiene bastantes similitudes. *Vid*. Krappe, «La leggenda», págs. 237-38. < <

[26] En la mayoría de las versiones se trata de dos niños, pero hay algunas en las cuales son tres. Este episodio es importantísimo para comprender la génesis de esta leyenda, que debió ser una leyenda sobre gemelos, pues, aunque aquí no se diga, estos niños debieron de serlo. Para Krappe, en el relato original de la leyenda un niño debió de ser raptado por un animal, mientras el segundo fue llevado por el río. La tendencia del hagiógrafo es la de añadir nuevas peripecias. Es fuerte el influjo aquí de ciertas leyendas de gemelos, como la de Rómulo y Remo. La suma de elementos extraordinarios, como el hecho de que dos fieras se apiaden de los niños sin hacerles daño, es característico de los relatos hagiográficos. *Vid*. Krappe, «La leggenda», págs. 243-44. < <

[27] Esta lamentación de Plácido revela una de las fuentes bajo la que tomó forma esta leyenda: la historia de Job. También Job se lamenta al haber perdido sus posesiones *(Job* 3). < <

[28] Es ésta la primera de una serie de anagnórisis que encaminan el relato a su final. < <

[29] Equivoca el texto las fechas. Adriano gobernó entre los años 117 y 138. Por otra parte, no hay acuerdo entre los diversos testimonios en torno a la fecha del martirio, en algunos es el 20 de mayo, en otros el 20 de septiembre. Las fuentes occidentales colocan la fiesta el 2 de noviembre, la fuente griega y alguna occidental el 20 de septiembre. Sea el 20 de mayo o el 20 de septiembre es de vital importancia para la interpretación de la leyenda que su fiesta sea el día 20, pues la hace coincidir con la de otros santos en los cuales se sospecha influjo de dioscurismo. La leyenda del culto de Eustacio y de su familia sirvió, pues, para sustituir un viejo culto pagano dioscúrico, según una costumbre muy afincada en la iglesia católica. < <

[30] Este relato ofrece una de las reelaboraciones más personales del cuento de «El medio amigo» que introdujo por primera vez Pedro Alfonso. Varias son las modificaciones a las que se sometió el antiguo relato de Pedro Alfonso: se transforma el diálogo entre padre e hijo en una típica relación entre rey e hijo como tantos cuentos de esta colección; se hace más creíble la historia al adquirir el hijo no cien amigos sino sólo tres; los amigos están colocados en una escala gradual frente al listado anodino en que lo había presentado el autor aragonés. Tal vez aquí se pueda encontrar una contaminación con el relato de los «Tres amigos» de *Barlaam et Josafat* (págs. 116-18) que también podía hallar en Jacobo de Vorágine, *La leyenda áurea* (cap. 180, pág. 795). Uno de los pasajes mejor logrados se halla en el paso directo del consejo del padre al diálogo entre el hijo y su amigo más querido. Cf. *Disciplina clericalis*, núm. 1. < <

[31] La leyenda del rey Apolonio de Tiro parece existir ya en el siglo VI aludida por Venancio Fortunato († 568). La leyenda da cabida a enigmas que fueron tomados de la colección llamada *Simphosius*, compuesta en el siglo IV o V. En el siglo V o VI un cristiano de Italia escribió una *Historia Apollonii regis Tyri* (ed. G. Schmeling, Leipzig, Teubner, 1988) que se difundió en tres versiones, de donde deriva el poema castellano en cuaderna vía conocido como *Libro de Apolonio* compuesto hacia 1260. Hubo otras versiones latinas, la de Godofredo de Viterbo en su obra historiográfica *Pantheon* (siglo XIII) y esta que se incluye en el capítulo 193 de los *Hechos*. De aquí se hicieron múltiples traducciones a las lenguas vulgares, entre ellas una castellana publicada en Zaragoza por Pablo Hurus en 1488, la que incluye John Gower en su *Confesio Amantis, Le violer des histoires romaines* (cap. 125), y la reelaboración alemana de Steinhöwel de 1471. La fortuna de esta leyenda llega hasta el drama de Shakespeare, *Pericles Prince of Tyre*, y el *Patrañuelo* (Patraña oncena) de Juan de Timoneda. *Vid*. Samuel Singer, *Apollonius von Tyrus. Untersuchungen über das Fortleben des antiken Romans in späten Zeiten*, Halle, Max Niemeyer, 1895, y M. Alvar, *Libro de Apolonio*, Madrid, Castalia, 1976, 3 vols. < <

[32] Como ha determinado Manuel Alvar (*Libro de Apolonio*, t. 1, págs. 48-62) este relato está compuesto sobre la base de motivos odiseicos, tales como las aventuras por el mar, el relato autobiográfico de los héroes, la sumisión a la voluntad de los dioses, la mujer muerta en alta mar, etc. Contiene también motivos folklóricos, tales como éste del incesto o el de las ordalías. Mientras los primeros son sólo constitutivos, estos últimos poseen una función estructural. La adivinanza inicial marcará el comienzo de las tribulaciones de Apolonio; las que resuelva de Tarsiana, marcarán la solución de la historia. *Vid*. Alan Deyermond, «Motivos folklóricos y técnica estructural en el *Libro de Apolonio*», *Filología*, 13 (1968-1969), págs. 121-49. < <

[33] Apolonio se nos muestra aquí como un rey intelectual y afloran sus primeros conocimientos. La historia no aclara qué libros consultó Apolonio, aunque, tratándose de la resolución de un enigma, serían, sin duda, libros de gramática, puesto que los enigmas eran utilizados en la escuela medieval dentro de los ejercicios gramaticales. En este sentido, Apolonio se opone a Alejandro Magno, quien, aunque instruido por Aristóteles, sintetizaba la imagen del rey guerrero. Así, Apolonio es representante de un nuevo tipo de hombre: el intelectual del siglo XII que nace al amparo de las ciudades y no ya de una organización militar o eclesiástica. *Vid*. Manuel Alvar, «Apolonio, clérigo entendido», en *Voces y silencios de la Literatura Medieval*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2002, págs. 89-102. < <

[34] Obsérvese que, como héroe intelectual, Apolonio rehúye la batalla. Sus habilidades son otras, por ejemplo la oratoria, de la cual da sobrada muestra en este discurso que lanza a los ciudadanos de Tarso. < <

[35] Aunque aquí no se haga ninguna alusión precisa, el lector medieval tendría en mente la historia de San Martín, que partió su manto con un pobre, según se cuenta en la *Leyenda áurea* (cap. 166) y en infinidad de relatos. < <

[36] Apolonio, aunque sin sus ropas de rey, inconscientemente busca su igual. La Edad Media era absolutamente jerárquica y cada uno debía ocupar el lugar que le correspondía frente a los suyos. < <

[37] Aquí se muestra otro de los saberes de Apolonio, su habilidad en el juego. Se trata de un saber que una vez más lo aparta de la figura de rey guerrero como es la de Alejandro, pues Apolonio no muestra esta habilidad en los juegos bélicos. < <

[38] Que Alistrato coloque a Apolonio frente a sí indica ya un reconocimiento de su dignidad. La «cortesía» de Apolonio se impone a su indumentaria de náufrago. < <

[39] Nuevo saber de que va a hacer gala Apolonio, superando a la hija de Alistrato. Al comienzo de la obra, Apolonio se mostró conocedor de las artes del *trivium*; ahora demostrará sus cualidades en una de las ciencias del *cuadrivium*. Sin duda, Apolonio estaba instruido en las *Artes liberales*. < <

[40] Ciudad de Lidia en la costa del mar Egeo, en la desembocadura del río Caístro. Ya en el siglo VIII a. C. contaba con un templo dedicado a Ártemis. Tuvo también gran desarrollo durante el imperio romano. En el año 30/29 a. C. Augusto designó a Éfeso como asiento del procónsul de Asia, comenzando el gran desarrollo de la ciudad que la transformó en una de las más grandes de Oriente. Bajo Trajano se creó su teatro, que tenía capacidad para veinticinco mil personas. La ciudad también fue importante para el cristianismo. San Pablo desarrolló allí su predicación y el evangelista Juan escribió el *Apocalipsis*. Su importancia continuó durante el período bizantino. Justiniano y Teodora erigieron hacia el 565 una nueva basílica sobre la tumba de San Juan. Se realizaron concilios en los años 449 y 451. El pasado paulista de la ciudad, el gran número de leyendas que en ella circulaban, así como la estancia y muerte en ella de la Virgen María y de San Juan Apóstol transformaron a la ciudad en lugar de peregrinaje cristiano. *Vid. Enzyklopädie der Antike*, vol. 3, cols. 1078-85. < <

[41] El joven discípulo encarna uno de los tópicos de la Edad Media: el del *puer senilis*. Este tópico se originó en la tardía Antigüedad pagana, estando completamente constituido a fines del siglo I o comienzos del siglo II. A su vez en la *Biblia* hay ideas análogas que apuntalaron la pervivencia de este tópico en la Edad Media. Por ejemplo, en *Sabiduría* 4: 9 se dice: «La ancianidad venerable no es la de los muchos días ni se mide por el número de años; la verdadera canicie para el hombre es la prudencia». O la madurez que de niño demostró Tobías (*Tobías* I: 4). Aunque el que verdaderamente patentizó este tópico para Occidente fue San Gregorio Magno en su vida de San Benito. *Vid.* Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, t. 1, págs. 149-53. < <

[42] El culto a la diosa Diana se une al de la diosa griega Ártemis. Su nombre deriva de *dius*, «claridad del día», por tanto, era la diosa que portaba la luz, la diosa de la luna. Como Ártemis, representaba Diana la estrecha relación de la naturaleza salvaje y el mundo de la *civitas*. Era una diosa de la libertad, cazadora y señora de los animales. Fue una de las grandes diosas de la Antigüedad junto a Juno y Venus. Hacia el 540 a. C. se fundó el templo de Aventino dedicado a ella. Con el desarrollo del culto de Apolo en Roma, Diana alcanzó su más alta honra como su mítica hermana. *Vid. Enzyklopädie der Antike*, vol. 3, cols. 522-26. < <

[43] Los dioses *manes* eran entre los romanos cada una de las almas *(animae)* de los muertos. Pertenecían al entorno y eran denominados como *di inferi*, en oposición a los dioses de la tierra, los *di superi*. Podían valer también como metonimia por el mundo infernal. Eran objeto de culto tanto público como privado, ofreciéndoseles sacrificios u ofrendas tales como miel, vino, leche y hasta flores. Es por ello que no había una estricta diferencia entre los *di manes* y los *di parentes* (espíritus familiares). Les estaban consagradas dos fiestas: las *rosaria* (o *violaria*) y las *parentalia*, celebradas del 18 al 21 de febrero. *Vid. Enzyklopädie der Antike*, vol. 7, cols. 803-804, y P. Grimal, *Dictionnaire de la Mythologie Grecque et Romaine*, París, Presses Universitaires de France, 1996, pág. 275. < <

[44] Príapo era dios de la sexualidad y de la fertilidad. Se lo comenzó a adorar en Asia Menor, en Lampsakos. En Grecia continental empezó a ser conocido en el siglo IV a. C. Este dios entró en el culto de Dionisio y a través de él encontró en Alejandría y en Egipto gran difusión. Allí se lo representaba con figuras de terracota y de madera de higuera con grandes falos rojos. Dentro de la mitología, se lo hizo hijo de Dionisio y Afrodita o de cualquier otra ninfa. La inserción de una estatua del dios Príapo en el lupanar preparaba a los lectores a la siguiente escena erótica. Era, podríamos decir, la ambientación adecuada. *Vid. Enzyklopädie der Antike*, vol. 10, cols. 308-10. < <

[45] Los tres enigmas que propone Tarsia a Apolonio se hallan ya en la *Historia Apolonii regis Tyri* que le sirve de fuente, aunque *Hechos* reduce a tres los nueve que aquella le brindaba. Estos enigmas proceden de una de las colecciones más famosas de la Edad Media, los *Aenigmata Symphosii*, compuestos en el siglo IV o V, y corresponden a sus núms. 12, 13 y 90. Los manuscritos más antiguos que poseemos de esta colección datan de los siglos IX y X; pero también algunos de sus enigmas se hallan insertos en obras como la colección de Aldhelmus, *De metris et enigmata ac pedum regulis*; Pseudo-Beda, *Excerptiones patrum*; o Alcuino, *Disputatio regalis et nobilissimi iuuenis Pippini cum Albino scholasticho* (*vid*. Fr. Glorie, *Variae collectiones aenigmatum merovingiae aetatis*, Turnholt, Brepols, 1968, 2 vols., y Tomas Tomasek, *Das deutsche Rätsel im Mittelalter*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1994). Por otra parte, el manuscrito 39 de la Real Academia de la Historia de Madrid, procedente del monasterio de San Millán de la Cogolla, del siglo X, en sus folios 260rb a 26lr transmite treinta y tres de los cien enigmas de *Symphosius*. Se trata de una copia con lecturas que en muchos casos parecen remontarse a las originales del autor (*vid*. C. Díaz y Díaz, «Para la crítica de los *aenigma* de Sinfosio», *Helmantica*, 28 (1977), págs. 121-36). < <

[46] Nuevamente aparece la faceta intelectual de Apolonio: ahora como autor de su propia biografía. El rey ha recompuesto su vida y se halla nuevamente rodeado de los libros de su biblioteca. Pero aparece aquí también un tópico de la literatura didáctica y sapiencial de la Edad Media: dar noticias sobre el origen del relato. El curioso detalle de que Apolonio haga dos volúmenes de su biografía, uno para la biblioteca de Éfeso, lugar donde su esposa se recluyó en un convento, y otro para la suya propia, quizá tenga por finalidad la de agregar un viso de realidad a este hecho ficticio. < <

[1] Se trata del segundo prólogo de la obra, el del autor, que sigue al prólogo del traductor árabe. A continuación se coloca nuevamente la narración de la embajada de Berozías, pero ahora en primera persona, siendo considerado como capítulo primero. Se recrean en este episodio diversos tópicos presentes en las obras de origen oriental: 1) la búsqueda de la sabiduría, 2) la corte literaria de un rey sabio, 3) la India como tierra de búsqueda de la sabiduría, 4) el origen de la colección que se presenta. < <

[2] Se presentan aquí cuatro relatos diferentes unidos por la figura de un personaje, en este caso el religioso a quien se le hurtaron las vestimentas. Se trata de una técnica llamada «ensartado». En todos los casos, las víctimas son más culpables que los autores de los malos hechos. Hasta el relato núm. 5 se hallan todos en el capítulo II del *Directorio* y corresponden en la versión del *Calila e Dimna* al capítulo 3. *Vid.* Chauvin, *Bibliographie*, t. 2, pág. 87. < <

[3] Se trata de una fábula india que ya aparece en el *Panchatantra*. El relato se amplía en otras versiones, como las que traen *Ynsegrinus* y el *Roman de Renart*, en la cual las dos cabras son reemplazadas por cuatro cabrones. *Vid.* Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, pág. 459. < <

[4] *Reyes I*, 1: 11. <<

[5] *Vid*. Chauvin, *Bibliographie*, t. 2, pág. 86. < <

[6] *Vid*. Chauvin, *Bibliographie*, t. 9, pág. 89. < <

[7] Esta fábula trata del tema clásico de la constancia de la naturaleza: la rata, transformada en niña, retoma luego a su antigua naturaleza. Se emparenta con otro relato, «La comadreja y Afrodita», que se da ya en las *Fábulas anónimas* de la época clásica: una comadreja se enamoró de un joven y, ante sus súplicas, Afrodita la convirtió en mujer. En la noche de bodas, Afrodita para probarla soltó un ratón, y la novia corrió tras él arrastrada por la fuerza de su naturaleza. Afrodita, entonces, la convirtió nuevamente en comadreja. Esta fábula se halla en el capítulo 5 del *Directorio*. Corresponde al cap. 6 del *Calila e Dimna. Vid*. Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina*, t. 3, pág. 73; María Jesús Lacarra, «El cuento de la rata transformada en niña (*Calila e Dimna*, VI, 7)», *Lucanor*, 3 (1988), págs. 73-88, y *Cuento y novela corta en España*, págs. 61-62. < <

[8] Se halla en el capítulo 6 del *Directorio*. Corresponde al capítulo 7 del *Calila e Dimna*. Cf. *Libro de buen amor* (cc. 893-903). *Vid.* Chauvin, *Bibliographie*, t. 2, pág. 99, y Lecoy, *Recherches*, págs. 140-42. < <

[9] El capítulo recrea el cuento conocido como «Llewellyn y su perro», que en el *Kalila wa Dimna*, utilizando el conocido recurso de las «cajas chinas», incluye el relato de «La lechera». Aparece también en el *Sendebar* (cuento núm. 12), en el cual el ermitaño se transforma en un criado del rey y el perro no es un simple perro sino uno de caza. Como en esta versión, el criado del rey es llamado por su señor, hecho que posibilita el desastroso acontecimiento, pero al regresar el perro se acerca hasta él para mostrarle con alegría lo que había hecho. Estas dos versiones que se difundieron en España son mucho más extensas y detalladas que las que circularon en Oriente. Se difundió, además, entre los predicadores, perviviendo hasta en el folklore moderno. Incluyo aquí el capítulo 7 completo del *Directorio*. Corresponde en la versión alfonsí del *Calila e Dimna* al capítulo 8. En éste, el protagonista no es un ermitaño, sino un simple religioso, y la acción transcurre en el reino de Jorgem. *Vid*. Chauvin, *Bibliographie*, t. 2, págs. 100-101; Lacarra, *Cuento y novela corta en España*, págs. 65-67, y *Sendebar*, págs. 116-17. < <

[10] Hace referencia a la enseñanza del capítulo anterior (núm. 6): «Es más fácil buscar y encontrar el bien que conservar el bien adquirido». < <

[11] Esta primera parte del relato y el discurso de la mujer se basan en *Jueces* 13 y *Prov*. 19-21. < <

[12] Se trata de una versión del conocido cuento de doña Truana que recrea Juan Manuel en el *Conde Lucanor*, núm. 7. R. Ayerbe-Chaux (*El Conde Lucanor. Materia tradicional y originalidad creadora*, págs. 25-29) señala en la transmisión de este relato tres grupos o momentos: 1) la forma más primitiva y original en el *Panchatantra* e *Hitopadeza* de la literatura sánscrita; 2) traducciones medievales de cuentos indios entre las que se encuentran el *Calila e Dimna* y el *Directorio*, aunque representando ramas diferentes de la tradición árabe; 3) la vida independiente del relato entre los predicadores medievales (Jacques de Vitry, Étienne de Bourbon y el *Dialogus creaturarum)*. < <

[13] *Prov*. 27: 1. < <

[14] Se trata de un relato bastante particular, puesto que la parte narrativa es breve y toda la importancia del mismo recae en la lucha dialéctica que mantendrán el rey y el ave. El parlamento de cada uno de los personajes se afirma sobre proverbios bíblicos que se intercalan en el interior del mismo. El relato permite ver la utilización del discurso como elemento persuasivo. En esta versión de Juan de Capua el diálogo entre los personajes es tan importante que el autor no coloca un final a la acción. La batalla dialéctica ha absorbido la acción. En la versión alfonsí, en cambio, se vuelve al final del relato a la parte narrativa para que éste tenga un cierre. Este relato corresponde al capítulo 9 del *Directorio*, mientras que en la versión alfonsí es el capítulo 10. *Vid*. Chauvin, *Bibliographie*, t. 2, pág. 102. < <

[15] Hace referencia a la enseñanza del capítulo 8. < <

[16] En la versión alfonsí al ave se la llama «catra». Coloco aquí la explicación de Blecua-Lacarra (*Calila e Dimna*, pág. 272): «El nombre de esta ave puede reflejar confusión del traductor con la especie a la que seguramente pertenece: *pterocles* o *pterocles alchata*, ganga común. Vagamente parecida a la perdiz, vive en pequeños grupos en las zonas áridas, pero siempre a mucha distancia de los cursos del agua. Se alimenta de semillas que encuentra errando por entre las pequeñas plantas herbáceas. Lo mismo que la del desierto, son objeto de caza y pueden adaptarse fácilmente a la cautividad». < <

[17] Es lo dispuesto en *Éxodo* 20: 5: «[...] castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian». < <

[18] *Prov*. 14: 10. <<

[19] El texto alfonsí no deja la acción inconclusa, cerrando el capítulo con la frase: «Luego se despidió del rey, y voló y se fue», que es lo que evidentemente el ave debió de hacer. < <

[20] Cf. capítulo 18 del *Calila e Dimna*. El tema de este capítulo ya aparece como refrán en *Fedro* 1, 9,1: «No protegerse a sí mismo y dar consejo a otro es ser insensato». Para su extendida difusión por Europa, *vid*. Chauvin, *Bibliographie*, t. 2, pág. 112; Walther, *Lateinische Sprichworter und Sentenzen des Mittelalters*, t. 4, nr. 2947, y *Thesaurus Proverbiorum Medii Aevi*, t. 9, págs. 189-90. Pero para España O'Kane, *Refranes y frases proverbiales*, pág. 47, y Hugo O. Bizzarri, *Diccionario paremiológico*, asiento C.I.240.13. Dar consejo a los demás, pero no a sí mismo. < <

[21] Se refiere al capítulo 16, cuyo tema se enuncia: «Dame ahora parábola de los aliados y de los amigos que se engañan mutuamente y cuándo uno de ellos es falso de corazón queriéndolo el compañero defraudar y causarle mal». < <

[1] Este relato pertenece a uno de los ciclos de la «saga de Alejandro Magno» en la que se narra la disputa del héroe con los Gimnosofistas hindúes o Brahmanes. Este ciclo aparece ya interpolado en la *Vida de Alejandro* de Plutarco y en el Pseudo-Calístenes, aunque el texto más importante que narra esta disputa es el *Commonitorium* atribuido al obispo Palladius de Helenópolis (363-430 d. C). Esta obra posee dos partes, en la primera se narran algunas de las maravillas de la India y la vida de los monjes Brahmanes; en la segunda, la visita de Alejandro a los sabios y su conversación con Dandamis, maestro de los Brahmanes, contrastando el defecto del materialismo de los griegos con la virtud de la vida simple de los Brahmanes. La particularidad de este ciclo de la leyenda del héroe griego es la de presentarnos a Alejandro elevado a la categoría de filósofo. *Vid.* J. D. M. Derret, «The History of *Palladius on the Races of India and the Brahmans*», *Classica et Medievalia*, 21 (1960), págs. 64-135; y los estudios de Georg Cary, *The Medieval Alexander*, ed. D. J. A. Ross, Cambridge, Cambridge UP, 1956, págs. 143 y sigs., y D. J. A. Ross, *Alexander Historiatus. A Guide to Medieval Illustrated Alexander Literature*, Londres, The Warburg Institute-University of London, 1963, págs. 30 y sigs. < <

[2] El dragón pertenecía a la familia de las serpientes, pero no hay en los bestiarios medievales una única interpretación de este mítico animal, puesto que podía simbolizar tanto algo sagrado como demoníaco. En el *Fisiólogo* (cap. 21), por ejemplo, encarna la misma sabiduría de Dios y ama a los profetas; en el *Libro del tesoro* (Lib. II, cap. 141, pág. 73) es un animal demoníaco que siembra la destrucción y el mal por el mundo: «El dragón es la mayor de todas las serpientes y aún más que todas las bestias. Se lo halla en la India y en Etiopía, donde hay siempre muy grandes calores. Y cuando sale de su cueva va por el aire y por donde va marcha tan recio y fuerte que brilla el aire por donde pasa así como fuego ardiente. Tiene cresta y la boca pequeña donde, además, tiene huecos por los cuales saca la lengua y resolla. Y la fuerza con que destruye no la tiene en la boca, pues el mal que hace no es por herir ni por llagar, sino más bien está en la cola. No hay hombre en el mundo tan fuerte que si el dragón lo hiere o lo aprieta con su cola que no lo haga morir. Y aun al elefante eso mismo sucede, pues estas bestias les tienen gran odio». < <

[3] La *Historia ecclesiastica tripartita* (*PL*, t. 69, cols. 879-1214) fue escrita por Casiodoro (*ca*. 477-570) en doce libros. Su intención fue la de completar y continuar la versión de Rufino de la *Historia* de Eusebio. Para ello encargó a un amigo suyo, Epífano, traducir del griego al latín a los filósofos Sócrates, Sozómeno y Teodoro; luego él mismo fundió los tres textos en uno en el que cede la palabra a cada uno de los filósofos para que narren una parte de la historia. No se trata de un texto muy logrado, al punto de que parece más un centón de historias tan al gusto de la época que una verdadera compilación histórica. *Vid*. el asiento de P. Godet en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, vol. 2, cols. 1830-34. < <

[4] En la Edad Media se englobaba bajo este título un conjunto de vidas, enseñanzas y dichos de los primeros monjes y eremitas que vivieron en Egipto, Palestina y en el desierto sirio. Este conjunto de vidas fue traducido prácticamente a todas las lenguas europeas e influyó poderosamente no sólo en la piedad medieval, sino también en el desarrollo de la cuentística, ya que muchas de las anécdotas que circulaban sobre santos, monjes y eremitas fueron tomadas de aquí y difundidas como relatos autónomos. Influencia similar ejerció sobre el género de la hagiografía. *Vid.* el asiento de U. Williams en *Lexikon des Mittelalters*, vol. 8, cols. 1765-68. < <

[5] Puede hacer alusión tanto a *Proverbios* 6: 6-10 como a la fábula de «La hormiga y la cigarra» (*vid. Rómulo*, núm. 25). < <

[6] Gobi modifica algunos elementos de esta fábula de tradición esópica (cf. *Rómulo*, núm. 9). No se indica con precisión al comienzo del relato qué tenía el cuervo en la boca, si un queso o un trozo de carne, para afirmar luego con certeza que era un trozo de carne. Tal vez haya aquí una contaminación con la fábula «El perro con el trozo de carne» (*Rómulo*, núm. 4). Se reemplaza la alabanza a las plumas y a la voz sonora del cuervo por el engreimiento de sentirse escuchado. Finalmente, Gobi termina el relato con una frase irónica de la zorra. Todas estas modificaciones responden a una nueva intencionalidad que el predicador buscaba con la fábula: una diatriba contra los bienes temporales a los que tienden los nobles. < <

[7] Cf. *Rómulo*, núm. 23. <<

[8] Se refiere a San Gangulf o Gengou († 780), de una ilustre familia de Borgoña. Su culto se difundió por Francia, Alemania, Suiza y los Países Bajos. < <

[9] Se trata de la leyenda de Gerberto, luego Papa Silvestre II (999-1003), cuya fiesta se celebraba el 11 o el 13 de mayo. Nació en Auvergne y se educó en el monasterio de Aurillac. Se dedicó al estudio de las matemáticas y las ciencias naturales, para lo cual parece haber ido a España. En el año 970 fue a Roma como obispo. Luego enseñó en la escuela catedralicia de Reims, lo que le dio enorme fama. A su muerte sus amplios conocimientos astronómicos hicieron surgir la leyenda de que fue a Sevilla y que fue el preceptor del emperador Otón III y del rey Roberto y que con la ayuda del diablo obtuvo la silla papal. Luego la leyenda encaja con el relato de Gobi. Quizás podría interferir aquí la leyenda de Roberto el Diablo (cf. Gobi, núm. 31). *Vid.* asiento de E. Amann en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, t. 14, cols. 2075-83. < <

[10] Este relato se remonta a una canción de gesta del ciclo de Carlomagno de hacia el año 1050 que mezcla dos motivos, el de «Los dos hermanos» (AaTh 303) y «El servidor fiel» (AaTh 889). Tal vez haya que postular en su origen dos relatos que se fusionaron. Su documentación más antigua como cuento se da en las *Epístolas* de Radulfus Tortarius (*ca.* 1120/1130) y en una poesía escolar al modo del *Waltharius*. Radulfus es el único que indica que ambos amigos sirvieron a Gaifer, rey de los pictovinos. Sin duda, Radulfus tuvo como fuente una canción de gesta, aunque en verdad no se sabe el origen del relato. Tal vez sean motivos de origen oriental, tal vez haya aquí una leyenda de dos hermanos gemelos, tal vez la canción guarde recuerdos de sucesos realmente acaecidos en Lombardía y Antioquía. La *Vita Amici et Ameli* fue retomada por Vicente de Beauvais en el *Speculum historiale* (Lib. 24, caps. 162 a 166 y 169), en el *Alphabetum narrationum* de Arnold de Liège, en la *Historia de septem sepientum Romae* y en la *Leyenda áurea* de Jacobo de Vorágine. Aparece poetizada en alto alemán en la primera mitad del siglo XIII y aludida en *Der armen Heinrich* (vv. 183-197) de Hartmann von Aue. También fue muy conocida en Francia en versiones vulgares. En España aparece en el *Romance de la linda Melisenda*, donde Amelio es llamado Airuelos, en el libro de caballerías castellano *Oliveros de Castilla y Artús d'Algarbe*, en una poesía catalana del siglo XVII. A partir del siglo XII, se difundió también como relato hagiográfico, la *Vita Sanctorum Amici et Amelii*, y los amigos hasta tuvieron su capilla en Novara (Milán). No obstante todo esto, esta leyenda no tuvo posteriores reelaboraciones. Véase A. H. Krappe, «The Legend of Amicus and Amelius», *Modern Language Review*, 16 (1924), págs. 14-17; MacEdward Leach (ed.), *Amis and Amiloun*, Londres, 1937; Hippolyte Delehaye, *Les légendes hagiographiques*, Bruselas, Société des Bollandistes, 1927, pág. 103; Francis Bar, *Les épîtres latines de Raoul le Tourtier (1065?-1114?). Étude de Sources. La légende d'Ami et Amile*, París, 1937; y Colette Ribaucourt, «Ami et Amile», en J. Berlioz, C. Brémond y C. Velay-Vallantin, *Formes*

médiévales du conte merveilleux, págs. 201-209. Para su difusión en España *vid.* Carlos Alvar, *Amis y Amiles. Cantar de gesta francés del siglo XIII*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1978, en especial págs. 26-38. < <

[11] El rey Pipino el Breve (714-768). < <

[12] Cf. *Disciplina clericalis*, núm. 2. < <

[13] Algunos manuscritos dicen «Pedro». < <

[14] Cf. *Disciplina clericalis*, núm. 1. < <

[15] *Vid.* nota 13. <<

[16] San Basilio fue obispo de Cesárea y metropolitano de Capadocia (370-379). Luchó contra el arrianismo e influyó poderosamente en la enseñanza y en la vida de la iglesia en Occidente. Tan grande fue su fama que se le atribuyen innumerables milagros, y a partir del siglo IX entró en los martirologios. La Iglesia de Oriente celebra su fiesta el mismo día de su muerte, es decir, el 1 de enero; mientras que la Iglesia de Occidente lo hace el 14 de junio. Versiones tardías de su leyenda lo unen a Juliano el Apóstata. *Vid*. el artículo de P. Allard en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, t. 12, París, Letouzey et Ané Éditeurs, 1905, cols. 441-55, y el de Fritz Wagner en *Enzyklopädie des Márchens*, t. 1, cols. 1315-17. El relato se halla en el *Libro de los ejemplos*, núm. 23. < <

[17] Hubo diversas vidas de San Basilio escritas en griego, de las cuales es reflejo la contenida en el *De viribus illustribus* de San Jerónimo, cap. 116 (*PL*, t. 23, col. 707). Gobi debe referirse aquí a alguna versión amplificada de la vida del santo que se incluye en el Libro I de la *Vitas Patrum* (*PL*, t. 73, cols. 295-320). < <

[18] Alude a *Jueces* 11: 35. < <

[19] La versión más antigua es la del *Barlaam et Josafat* (pág. 92), y de allí pasó a *Lucanor* (ej. 49), *Libro de los ejemplos* (núm. 366), *Recull de Eximplis* (núm. 578), *Leyenda áurea* (cap. 180, pág. 796), Jacques de Vitry, etc. El relato de *Barlaam et Josafat*, luego de describir la particular costumbre de este reino, presenta un «hombre entendido» que sabe precaverse para el futuro, mostrándose finalmente como muy sabio y aventurado. El *Libro de los ejemplos* presenta a su personaje desde el comienzo como sabio. Tan sólo Juan Manuel agrega un elemento importante al relato: el rey deja amigos en el reino para que le envíen lo que le haga falta si tuviera necesidad de algo. Juan Manuel no sólo considera importante proveerse de bienes de fortuna sino también de contar con aliados. Gobi toma de este ejemplo no la narración en sí del hombre que conoce el destino de sus predecesores, sino sólo el marco previo en que se narra la curiosa costumbre de ese extraño reino y se muestra la futilidad de los bienes mundanales. Véase el análisis de R. Ayerbe-Chaux, *El Conde Lucanor. Materia tradicional y originalidad creadora*, págs. 169-71. < <

[20] Se trata del relato «La niña sin manos» (Motivo AT 706), aunque hay que notar que si bien la heroína de Gobi no tiene mutiladas sus manos, es, no obstante, una «niña sin manos». Este relato no se halla en otra colección medieval sino en el tardío *Viaticum narrationum* de Heunannus Bononiensis. *Vid.* Marie-Anne Polo de Beaulieu, «La fille du comte de Poitou», en J. Berlioz, C. Brémond y C. Velay-Vallantin, *Formes médiévales du conte merveilleux*, págs. 113-21. < <

[21] Se refiere a la *Historia regis Francorum et filii in qua adulterium committere voluit*, Ms. lat. Biblioteca Nacional de Francia 8701. < <

[22] Se refiere a los *Hechos de los Romanos*. < <

[23] La primera documentación de este relato se halla en la canción de gesta *Hervis de Metz* (ca. 1225) con grandes diferencias con la versión de Gobi. Se trata de dos tradiciones bien diferentes que luego se unieron. En el siglo XVIII, el esquema narrativo de este relato vuelve a aparecer en la balada italiana *Stellante Costantina*. Véase el excelente análisis de C. Brémond, «La nef de Saint Nicolas», en J. Berlioz, C. Brémond y C. Velay-Vallantin, *Formes médiévales du conte merveilleux*, págs. 123-29. < <

[24] Este cuento y el núm. 28 corresponden a la *Vida de Segundo*, rescatando este primero la *Vida* como ejemplo y el segundo como *auctoritas*. El relato posee importantes modificaciones. Se elimina la alusión del pitagorismo de Segundo, quien aquí no es necesariamente quien va a las escuelas a aprender y quien prueba a su madre. Se elimina también la participación de una sierva a quien Segundo le dice su propuesta para que se la comunique a su madre. Por el contrario, en esta versión es el propio filósofo quien seduce a su progenitora en el banquete. Suprimiéndose la parte final del relato, es decir, la promesa del sabio hasta su encuentro con Adriano, Gobi transforma el cuento en un mero relato misógino. *Vid.* los trabajos de María Elisa Lage Cotos, «Nota a la *Vida* y a la tradición textual de Secundus», en *Actas. II Congreso hispánico de latín medieval (León, 11-14 de noviembre de 1997*), ed. Maurilio Pérez González, León, Universidad de León-Secretaría de Publicaciones, 1998, vol. 2, págs. 575-87 y, de la misma, «La recepción de Secundus como *auctoritas* y como *exemplum*», *Euphrosyne. Revista de Filologia Clássica*, 26 Nova Série, (1998), págs. 191-202. < <

[25] La Edad Media nos ha legado dos versiones de este relato, *Gauvain et l'echiquier*, obra del siglo XIII, y esta de Juan Gobi. El primero es un roman en verso influido poderosamente por la temática artúrica. La versión de Gobi, aunque más tardía, ofrece de una forma más pura el relato popular. Fue reelaborado en el siglo XVIII bajo el título «Le conte de la petite Grenouille» por un autor anónimo e incluido en el volumen *Nouveaux contes de fées*, París, 1718. El motivo de este relato, el de los hijos que deben buscar un remedio milagroso para su padre (Motivo AT 551), pervive con variantes hasta en el folklore latinoamericano. *Vid.* Marie-Anne Polo de Beualieu, «La quête du rèmede merveilleux pour le père», en J. Berlioz, C. Brémond y C. Velay-Vallantin, *Formes médiévales du conte merveilleux*, págs. 99-105; y Julio Camarena y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico del cuento folklórico español*, Madrid, Gredos, 1995, págs. 524-26. < <

[26] El relato se presenta en Berceo *(Milagros de Nuestra Señora*, núm. 21) con importantes modificaciones. Una de ellas es la de situar la acción en una edad dorada y mítica en la que predominaba la verdad. Otra es la de trazar en la oración de la abadesa una comparación de su pecado con el de otros como Teófilo, María Egipciaca y Eva. Pero la mayor maestría de Berceo yace en la descripción de los detalles como, por ejemplo, la transformación del cuerpo de la embarazada (c. 508). < <

[27] El *Mariale magnum* es la fuente principal de los cuarenta y un ejemplos referidos a la Virgen que Juan Gobi intercala en su *Escalera del cielo* (ejs. núm. 634-675). Este *Mariale magnum* parece haber sido compuesto a fines del siglo XII o comienzos del XIII sirviéndose de fuentes cistercienses, tales como los escritos de Guillaume de Malmesbury y Pedro el Venerable. Vicente de Beauvais intercaló treinta y dos relatos de esta colección en su *Speculum historíale* (Lib. VI, caps. 81-121), de donde parece que finalmente los tomó Gobi. La fuente de Beauvais parece haber sido el manuscrito BN París Lat. 3177 compuesto en la abadía cistercíense de Beaupré, cerca de Beauvais. < <

[28] Este relato se emparenta con uno de Berceo (*Milagros de Nuestra Señora*, núm. 3): un sacerdote loco que cotidianamente oraba a la Virgen es asesinado por motivos oscuros. Sus cofrades no quisieron enterrarlo en campo santo y, por tanto, su cuerpo quedó fuera del monasterio. Esto indignó mucho a la Virgen, que se apareció a un clérigo reclamando el lugar de su devoto en el campo santo. Cuando los monjes lo desentierran, hallan su cuerpo incorrupto y con una flor en la boca, alegoría de la resurrección y pureza de su alma. < <

[29] Con la primera letra de cada uno de estos cinco salmos se forma la palabra MARÍA. < <

[30] Anteriormente no hizo mención al humo. < <

[31] Aparece en Cesáreo de Heisterbach, núm. 4. Este es un claro ejemplo de cómo Gobi toma de los relatos aquello que le interesa. En este caso, prefiere la primera secuencia del relato para dar un ejemplo de servicio a la Virgen y descarta el resto, que establece una relación de pena-castigo. Berceo *(Milagros de Nuestra Señora*, núm. 1) comienza su colección con este milagro. < <

[32] Se recrea aquí el tema del Don Juan, aunque sin darle un nombre preciso. < <

[33] Este relato y el núm. 20 corresponden a la *Vida de Segundo*. Se muestra aquí la importancia que tenían también las sentencias de Segundo, a tal punto que ellas mismas podían conformar un ejemplo. < <

[34] Se refiere a la obra *Liber de septem donis Spiritus Sancti* de Étienne de Bourbon (*ca*. 1180-1261), predicador dominico del que se conserva también un *Tractatus de diversis materiis praedicabilibus*. En ambas obras retoma relatos de autores antiguos, escritos sagrados, San Isidoro y Pedro Alfonso, entre otros. Pese a la temprana fecha, fue uno de los predicadores que más se sirvió del recurso de insertar ejemplos en sus sermones e influyó en muchos de los compiladores posteriores. *Vid.* el asiento de Ch. Daxelmüller en *Lexikon des Mittelalters*, vol. 8, cols. 128-29. < <

[35] *Hebr.* 11:13. <<

[36] Se relata sólo la primera parte de la leyenda que trae completa *Hechos*, núm. 11. A Gobi sólo le interesa la conversión de Plácido, así, elimina todos los elementos que hacen referencia al mundo romano y la historia se ubica en el momento actual. La leyenda se transforma en un relato de conversión creado sobre la base de alusiones bíblicas. < <

[37] *Hechos* 9: 4. <<

[38] *Mateo* 15: 25. < <

[39] Este relato aparece por primera vez aludido en un sermón de Bertholds von Regensburg (*ca.* 1260) y en la *Tabula exemplorum* (*ca.* 1270). Luego se lo halla en el *Speculum laicorum* (*ca.* 1279-1292). Sólo en el manuscrito de la British Library Royal 12 E.1 se puede identificar a este enigmático Udo con una persona real, Udo von Gleichen-Reinhausen, obispo de Hildesheim entre 1079 y 1114. Versiones posteriores amplificaron la leyenda hasta convertirla en una pequeña obrita, como sucede con la *Historia horrenda terribilisque nimis de quodam Magdeburgensis ecclesiae archiepiscopo Vdone nuncipato*, Basel, Martin, Flach, 1473. Desde el siglo XIV abundan las versiones en lenguas vulgares. En la Península Ibérica, por ejemplo, se lo halla en el *Espéculo de los legos*, núm. 468, en el *Recull de eximplis*, núm. 264, y en diversos *Flos sanctorum*, como el del manuscrito Lázaro Galdeano, núm. 15.001, y el *Fructus sanctorum* de Alonso de Villegas. *Vid.* los trabajos de Anton E. Schönbach, «Die Legende vom Erzbischof Udo von Magdeburg», *Studien zur Erzählungsliteratur des Mittelalters. Sitzungberichte der philosophisch-historischen Classe der Kaiserlichen Akademie der Wissenscbaften*, 144 (1902), págs. 1-77, 145 (1903), págs. 78-91, y 156 (1908), págs. 78-83; y María Jesús Lacarra, «Enxenplo de un obispo que bivia deleitosamente. La leyenda de Udo de Magdeburgo en la tradición peninsular», *Diablo-texto*, 3 (1996), págs. 173-86. < <

[40] Roberto el diablo, hijo del duque de Normandía, fue un personaje legendario que habría vivido en el siglo IX. No obstante, los manuscritos más antiguos en los que se recoge esta leyenda pertenecen a un roman francés del siglo XII. Hacia la mitad del siglo XIII es retomado por los predicadores, tales como Étienne de Bourbon; en el siglo XIV aparece en el capítulo núm. 1 de las *Chroniques de Normandie*, en un «Dit» de 254 estrofas monorrimas que luego fue ampliado en un relato milagroso, «Miracle de Notre Dame de Robert le Diable», de 2.279 versos, con profundos cambios en la leyenda. Este mismo «Dit» fue reelaborado en el siglo XV en un relato en prosa, *La vie du terrible Robert le Dyable*, Lyón, 1496, que tuvo gran difusión en el siglo XVI y del cual se hizo una traducción portuguesa que pasó a Brasil, *Folheto Roberto o Diablo*. Se hizo también una traducción española, cuya primera edición conocida es la de Burgos, Fadrique de Basilea, 1509. Su pervivencia no se detuvo aquí. En 1831 se hizo una ópera, y este relato presenta algunas afinidades con el cuento «Juan de Hierro» («Der Eisenhans») de los hermanos Grimm. Sobre la difusión de esta leyenda véase J. Berlioz, «Les versiones médiévales de l'histoire de Robert le Diable: présence du conte et sens de récits», en *Le conte. Tradition oral et identité culturel (Actes du recontres de Lyon, 27-29 novembre 1986)*, Lyon, 1988, págs. 149-165; del mismo, «Robert le Diable», en J. Berlioz, C. Brémond y C. Velay-Vallantin, *Formes médiévales du conte merveilleux*, págs. 41-55; y de Lise Andries (ed.), *Robert le diable et autres récits*, Paris, Stock + Plus-Moyen Age, 1981. Para el caso particular de Castilla, el trabajo de J. M. Cacho Blecua, «Estructura y difusión de *Roberto el diablo*», en *Formas breves del relato (Coloquio. Febrero de 1985)*, Zaragoza, Departamento de Literatura Española-Universidad de Zaragoza, 1986, págs. 35-56. Véase aquí mismo el relato núm. 9. < <

[41] Gobi toma este relato del *Líber de septem sapientibus*, versión occidental del *Sendebar* compuesta en el siglo XII, que incorpora completamente a su colección. El relato presenta una historia muy bien construida en la que la virtud sobrenatural del joven y su piedad van a ser recompensadas y la injusticia del padre castigada. La historia parece fundarse en ritos primitivos; sólo al final aparece el elemento cristiano: todo estuvo planeado por Dios y esto hace que el mundo vuelva a su orden natural. Pero esto sólo es dicho al final por boca del padre y no se desprende del interior del relato, lo cual puede deberse a una adición tardía para darle un tinte cristiano. *Vid*. de Marie-Anne Polo de Beaulieu, «Le garçon qui comprend le language des oiseaux», en J. Berlioz, C, Brémond y C. Velay-Vallantin, *Formes médiévales du conte merveilleux*, págs. 107-12. < <